LA CONJURACIÓN ANTICRISTIANA

EL TEMPLO MASÓNICO LEVANTADO SOBRE LAS RUINAS DE LA IGLESIA CATÓLICA

Las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella.
(Mat, XVI,18)

A María

PRESERVADA DEL PECADO ORIGINAL
EN PREVISIÓN DE LOS MÉRITOS
DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Dijo Dios a la serpiente:
Pondré enemistad entre ti y la Mujer, entre tu descendencia y la descendencia de Ella.
Ella te aplastará tu cabeza.
Y tú pondrás asechanzas contra su talón.
(Génesis, III. 15).

Visite: www.vaticanocatolico.com

Société Saint Augustin – Desclée, De Brouwer et Cia., Lille, 41, Rue du Metz

NIHIL OBSTAT:

Insulis, die 11 Novembris 1910

H. QUILLIET, s. th. d.

Librorum censor

IMPRIMATUR

Cameraci, die 12 Novembris 1910

A. MASSART, vic. Gen.

Dommus Pontificiæ Antistes



SECRETERIA DI STATO DI SUA SANTITA

Dal Vaticano, 23 octobre 1910

Monseñor,
El Santo Padre Pío X recibió con paternal interés la obra intitulada: "La Conjuración Anticristiana", que me solicitasteis presentarle a vuestro nombre.

Su Santidad os felicita afectuosamente por haber llevado a buen término la composición de esa obra importante y sugestiva, en secuencia de una larga serie de estudios que igualmente hacen honra a vuestro celo y vuestro ardiente deseo de servir a la causa de Dios y de la Santa Iglesia.

Las ideas directoras de vuestro bello trabajo son aquellas que inspiran a los grandes historiadores católicos: la acción de Dios en los acontecimientos de este mundo, el hecho de la revelación, el establecimiento del orden sobrenatural, y la resistencia que el espíritu del mal opone a la obra de la Redención. Vos mostráis el abismo que conduce el antagonismo entre la civilización cristiana y la pretendida civilización que retrocede en dirección al paganismo. ¡Cuánta razón tenéis en establecer que la renovación social sólo se podrá hacer a través de la proclamación de los derechos de Dios y de la Iglesia!

Al expresaros su gratitud, el Santo Padre hace votos de que podáis, con una salud siempre vigorosa, realizar enteramente el plan sintético que trazasteis, y como señal de su paternal benevolencia, Él os envía la bendición apostólica.

Con mis agradecimientos personales y mis felicitaciones, recibid, Monseñor, la certeza de mis bien devotos sentimientos en Nuestro Señor.

Cardinal MERRY DEL VAL

Las dos ediciones francesas de la obra EL PROBLEMA DE LA HORA PRESENTE *están agotadas. Quedan algunos ejemplares de la versión italiana*[1]*. Los libreros piden que esa obra sea reimpresa, para que puedan atender a los pedidos de sus clientes.*

El autor entendió no deber ocuparse con la reimpresión.

El problema que el Americanismo había presentado inicialmente a sus meditaciones lo hizo luego en su espíritu el de la Revolución, después o de la civilización moderna que se remonta del Renacimiento.

Hoy, él lo concibe en una amplitud aún mayor: es el problema de la resistencia que el naturalismo opone al estado sobrenatural que Dios se dignó ofrecer a sus criaturas inteligentes. Así considerado, el problema abarca todos los tiempos. Este se presentó en la creación de los ángeles, en el paraíso terrenal, en el desierto donde Cristo quiso someterse a la tentación; y continuará colocado, para la cristiandad y para cada uno de nosotros, hasta el fin del mundo.

Rehacer la obra agotada ofrecía, bajo ese punto de vista, dos ventajas. Después de madura reflexión, el autor prefirió seccionar su obra.

El problema estaba puesto de la siguiente manera: existe una lucha entre la civilización cristiana que está en posesión del estado y la civilización moderna que quiere suplantarla; ¿Cuál será la salida para ese antagonismo?

De ahí tres cuestiones:

La del judío y del francmasón que son precisamente hoy, a los ojos de todos, los sitiadores de la ciudadela católica.

La de la Democracia que es, en el decir de los propios sitiadores, la sugestión madre de que se sirven para atacar la civilización cristiana en la opinión pública y en seguida en las instituciones.

La de la renovación religiosa, social y familiar, exigida por las ruinas ya amontonadas y aquellas que el anticristianismo todavía realizará.

Esas tres cuestiones fueron íntimamente unidas en el libro intitulado El Problema de la Hora Presente. *El autor creyó que era bueno separarlas a fin de poder tratar cada una de ellas más a fondo.*

[1] Desclée et Cie. Rome, Piazza Grazioli, Palazzo Doria; Lille 41, rue du Metz.

La cuestión de la democracia fue retomada en la obra que acaba de aparecer bajo el título: VERDADES SOCIALES Y ERRORES DEMOCRÁTICOS.

La cuestión de la conjuración anticristiana, de la cual la secta judío-masónica es el alma y el brazo, es el objeto del presente libro.

El autor no se detuvo en buscar los orígenes de la secta; no se preocupó en estudiarla de puntos de vista diversos, en los cuales otros publicistas se colocaron. Lo que él quiso traer a luz fue la parte de acción que la secta judío-masónica tiene en guerra declarada a la institución católica y a la idea cristiana, y el objetico de esa guerra. Ese objetivo es arrancar a la humanidad del orden sobrenatural fundado por la Redención del divino Salvador y de fijarla definitivamente en el naturalismo.

Faltará hablar de la renovación. Ella no puede ser fruto sino de la restauración de la Autoridad:

La autoridad de Dios sobre su obra, particularmente sobre las criaturas inteligentes;

La autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, el nuevo Adán, sobre la humanidad que Él rescató con su Sangre y de la cual Él es el Señor por su personalidad divina.

La autoridad de la Iglesia sobre los pueblos que ella dotó de civilización cristiana y que se precipitan en sus brazos bajo la presión del abandono en que los va lanzando el progreso de la civilización moderna;

La autoridad de las familias principescas sobre las naciones que ellas construyeron;

La autoridad del padre en su familia y la de los ancestrales sobre las generaciones de que fueron principio.

En fin, el derecho de propiedad sobre los bienes de que la familia o el individuo se volvieron autores *por su trabajo y sus virtudes, y no sobre las riquezas adquiridas por la usura y la injusticia.*

La renovación exige esa séxtuple restauración. Si ella no comienza a producirse en un futuro próximo, la sociedad familiar, civil, religiosa se precipitará al abismo en dirección al cual ella corre con una velocidad que se acelera cada día.

Hecho ese tercer trabajo, faltaría reconstruir la síntesis de la cual brotaría la solución del enigma que inquieta a las generaciones contemporáneas y que proyectaría su luz sobre el futuro de la humanidad.

Septuagenario hace cinco años, el autor no puede esperar cumplir tal encargo. Quiera Dios, si esto entra en sus designios, confiarlo a quien pudiere llevarlo a buen término.

I
ESTADO DE LA CUESTIÓN

CAPITULO I

LAS DOS CIVILIZACIONES

El *Syllabus* de Pío IX termina con esta proposición condenable y condenada:

"El romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y la civilización moderna."

La última proposición del decreto llamado *Syllabus* de Pío X[1], proposición igualmente condenable y condenada, concluye así:

"El catolicismo actual no puede conciliarse con la verdadera ciencia, si no se transforma en un cristianismo no dogmático, es decir, en un protestantismo amplio y liberal."

No fue seguramente sin intención que estas dos proposiciones fuesen puestas en último lugar apareciendo como la conclusión en ambos *Syllabus*. En efecto, ellas resumen las proposiciones anteriores y precisan su espíritu[2].

Es necesario que la Iglesia se reconcilie con la civilización moderna. Y la base propuesta para esta reconciliación, no es la aceptación de los datos de la verdadera ciencia que la Iglesia jamás repudió, que ella siempre favoreció, y a los progresos que ella siempre aplaudió y contribuyó más que nadie, sino el abandono de la verdad revelada, abandono que transformaría al catolicismo en un protestantismo amplio y liberal dentro del cual todos los hombres podrían encontrarse, cualquiera sean sus ideas sobre Dios, sobre sus revelaciones y sus mandamientos. Sólo así,

---

[1] El *Syllabus* de Pío IX (8/12/1864) se refiere decreto que expone los errores modernos condenados por la Iglesia. El *Sillabus* de San Pío X (3/7/1907), conocido también como decreto *Lamentabili sine exitu* es el que expone los errores condenados del Modernismo.

[2] En la deliberación de la ley sobre la libertad de la enseñanza superior, M Challemenl-Lacout dijo: "Las universidades católicas que quieran preparar a los futuros médicos, abogados, magistrados, los auxiliares del espíritu católico, deberán sostener y aplicar los principios del *Syllabus*. Ahora bien Francia, en su gran mayoría, considera las proposiciones condenadas por el *Syllabus* como los fundamentos mismos de nuestra sociedad".

dicen los modernistas, por este liberalismo es que la Iglesia puede ver nuevos días abrirse ante ella, y procurarse el honor de entrar en las vías de la civilización moderna y marchar con el progreso.

Todos los errores indicados en ambos *Syllabus* se presentan como las distintas cláusulas del tratado propuesto a la signatura de la Iglesia para esta reconciliación con el mundo, para ser así admitida en la ciudad moderna.

Civilización moderna. ¿Hay pues, civilización y civilización? ¿Hubo pues, antes de la era llamada moderna una civilización distinta de la que goza, o al menos procura el mundo de nuestro tiempo?

En efecto, la hubo, y la hubo en Francia y en Europa: fue una civilización llamada la civilización cristiana.

¿En qué se diferencian estas dos civilizaciones?

Se diferencian por la concepción en que ellas fundan el fin último del hombre, y por los efectos diversos e incluso opuestos que de una y otra concepción proceden dentro del orden social como dentro del orden privado.

"Todo hombre busca ser feliz", dice Bossuet[1] . Eso le es tan propio, es el objeto hacia el cual tienden todas las inteligencias sin excepción. El gran orador no ahorra punto en reconocerlo: "Las naturalezas inteligentes, sólo tienen voluntad de decidir por la felicidad". Y añade: "Nada de más razonable, ya que, ¿qué hay de mejor que desear el bien, es decir, la felicidad?"[2]. Así, encontramos dentro del corazón del hombre un impulso invencible hacia la búsqueda de la felicidad. Su voluntad no podría negarse a ello. Es el fondo de todos sus pensamientos, el gran móvil de todas sus acciones; y al mismo tiempo que se lanza hacia la muerte, es porque se convence de encontrar en la nada una suerte preferible a la que tiene estando vivo.

El hombre puede equivocarse, y de hecho se equivoca a menudo en la búsqueda de la felicidad, en la elección del camino que debe seguir para encontrarla. "En buscar la felicidad, está la fuente de todo bien, continúa diciendo Bossuet, y la fuente de todo mal es buscar lo contrario."[3] Esto es tan verdadero para la socie-

[1] *Méditations sur l'Evangile*.

[2] *OEuvres oratoires de Bossuet*. Sermón pour la Toussaint.

[3] *Méditations sur l'Evangile*.

dad como para el individuo. El impulso hacia la felicidad viene del Creador, y Dios le da al hombre la luz que le ilumina el camino, directamente por la gracia, indirectamente por las enseñanzas de su Iglesia. Pero pertenece al hombre, ya sea como individuo o sociedad, le pertenece a su libre arbitrio de dirigirse, de ir en busca de su felicidad allí donde le plazca ponerla, en lo que es realmente bueno, y, por encima de toda bondad, que es el bien absoluto, Dios; o en lo que tiene apariencias de bien, o en lo que no es más que un bien relativo.

Desde la creación del género humano el hombre fue engañado. En lugar de creer en la palabra de Dios y de obedecer a sus mandamientos, Adán escuchó la voz seductora que le decía poner su fin en sí mismo, en la satisfacción de su sensualidad, en las ambiciones de su orgullo. “Seréis como dioses”; “el fruto del árbol era bueno al paladar, bello a la vista, de un aspecto que excitaba el deseo”. Habiéndose así desviado, y una vez dado el primer paso, Adán comprometió a toda su descendencia en la falsa dirección que acababa de elegir.

En esa dirección marchó, avanzó, y se extravió durante el transcurso de los siglos. La historia, se puede decir, son los males que encontró en su largo extravío. Dios tuvo piedad de él. Bajo su designio de infinita misericordia y de infinita sabiduría, resolvió volver a poner al hombre en la vía de la verdadera felicidad. Y con el fin de hacer su intervención más eficaz, quiso que una Persona divina viniera sobre la tierra a mostrar el camino por su palabra, y guiarlo con su ejemplo. El Verbo de Dios se encarna y viene a pasar treinta y tres años entre nosotros, para sacarnos de las vías de la perdición y abrirnos el camino de una felicidad verdadera.

Su palabra como sus acciones invertían todas las ideas vigentes hasta entonces. El decía: ¡Bienaventurados los pobres! ¡Bienaventurados los mansos, los pacíficos, los misericordiosos! ¡Bienaventurados los puros! Antes de Él venir al mundo, se decía: ¡Bienaventurados los ricos! ¡Bienaventurados los que dominan! ¡Bienaventurados los que están en condiciones de no rechazar en nada a sus pasiones! Nació en un establo, se hizo siervo de todos, sufrió muerte y pasión, para que no se tomen sus palabras para declamaciones, sino que por medio de lecciones, las lecciones más persuasivas que se puedan concebir, siendo otorgadas por Dios y un Dios que se inmolaba por amor a nosotros.

El quiso perpetuar su palabra, hablándonos siempre en forma activa, a los ojos y a los oídos de todas las generaciones que debían venir. Para eso, funda la santa Iglesia. Establecida en el centro de la humanidad, no sólo dejó, por las enseñanzas de sus doctores y los ejemplos de sus santos, de decir, a todos los que Ella ve pasar ante sus ojos: "buscáis, oh mortales, la felicidad, y buscáis una cosa que es buena, pero advertid que la buscáis donde no la está. La buscáis sobre la tierra, y no es allí donde ella se encuentra, como bien nos dice el divino Salmista: *Diligit dies videre bonos…* Aquí son los días de la miseria, los días del sudor y del trabajo, los días de los gemidos y de la penitencia a las cuales podemos aplicar las palabras del profeta Isaías: "Pueblo mío, los que os dicen bienaventurados, abusan e invierten todas vuestras acciones". Y agrega: "Engañan aquellos que hacen creer a los pueblos que son bienaventurados" Entonces, ¿dónde se encuentra la felicidad y la verdadera vida, si no es en la tierra de los vivos? ¿Quiénes son los hombres bienaventurados sino aquellos que están con Dios? Son aquellos que ven bellos los días porque Dios es la luz que los ilumina, aquellos viven en la abundancia porque Dios es el tesoro que los enriquece. Porque Dios es el único bien que los satisface totalmente[1].

Del siglo I al siglo XIII, los pueblos se fueron convirtiendo a medida que atendían a esta predicación, y el número de los que hicieron de esta luz la norma de sus vidas fue cada vez más grande. Sin duda, hubo fallas, fallas de naciones y fallas de almas.

Pero esta nueva concepción de la vida se convirtió en la ley de todos, ley a la que los que se extraviaban, no perdían de vista y la que todos conocían, todos sentían que era necesario volver nuevamente a ella cuando se descarriaban. Nuestro Señor Jesucristo, con su Nuevo Testamento, era el doctor escuchado, el guía seguido, el rey obedecido. Sus derechos eran reconocidos oficialmente por los príncipes y por los pueblos, que lo declaraban hasta en sus monedas. Sobre todos estaba grabada la cruz, la augusta señal que el ideal cristiano había introducido en el mundo, que era el principio de la nueva civilización, de la civilización cristiana que debía regir, el espíritu de sacrificio opuesto al ideal pagano, al espíritu de gozar que había inspirado a la civilización antigua y pagana.

A medida que el espíritu cristiano penetraba en las almas y en los pueblos, almas y pueblos subían dentro de la luz y dentro del bien, ellos se elevaban y veían

[1] *OEuvres oratoires de Bossuet*. Sermón pour la Toussaint.

su felicidad a la altura a que los llevaba. Los corazones se volvieron más puros, los espíritus más inteligentes, los inteligentes y los puros introdujeron en la sociedad un orden más armonioso, que el eminente Bossuet nos describió magníficamente en su sermón sobre la dignidad de los pobres. El orden más perfecto trajo una paz más general y más profunda; la paz y el orden generaron la prosperidad, y todas estas cosas daban mayor espacio a las artes y a las ciencias, que son reflejos de la luz y de la belleza de los cielos. De suerte que, como observa Montesquieu: "La religión cristiana que no busca otro objeto que la felicidad en la otra vida, hace incluso más feliz la vida presente"[1]. Es lo que por otra parte había anunciado San Pablo: "*Pietas ad omnia utilis est, promisiones habens vital nunc est et futurae*". La piedad es útil a todos, teniendo las promesas de la vida presente y de la vida futura.[2] ¿Acaso Nuestro Señor no había dicho: "Buscad el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura"[3]? No era solamente una promesa de orden sobrenatural, sino el anuncio de las consecuencias que debían salir lógicamente de la nueva orientación otorgada al género humano.

De hecho, ¿no se ve acaso, que el espíritu de pobreza y de pureza de corazón dominan las pasiones que son la fuente de todas las torturas del alma y de todos los desórdenes sociales? De la mansedumbre, la pacificación y de la misericordia

[1] *Esprit des lois*, Libre XIV, Ch. III. M de Tocqueville dio una razón que no es la única ni la principal, pero que conviene señalar. "*En los siglos de fe, se coloca el fin último de la vida en la otra vida. Los hombres de esos tiempos se acostumbraron naturalmente, por decirlo así sin quererlo, a considerar durante una larga sucesión de años un ideal fijo, hacia el cual avanzan sin cesar, y aprendieron, por progresos insensibles, a reprimir mil pequeños deseos pasajeros para satisfacer mejor este gran y permanente ideal que los animaba: Cuando estos mismos hombres quieren ocuparse de las cosas de la tierra, estas prácticas chocan. Fijan de buen grado en sus acciones de aquí abajo un objetivo general y evidente, hacia el cual todos sus esfuerzos se dirigen. No se los ve no realizar cada día nuevas tentativas; mas no se detienen en sus intenciones, no se cansan de progresar*.

"*Esto explica por qué los pueblos religiosos a menudo realizan cosas tan duraderas. Descubrieron que al ocuparse del otro mundo, habían encontrado el gran secreto de salir bien de éste. Los pueblos religiosos infunden un hábito general de implicarse para el futuro. En esto, no son menos útiles a la felicidad de esta vida que a la felicidad de la otra. Es una de las partes más importantes de la política. Pero a medida que las luces de la fe se obscurecen, la vista de los hombres se estrecha, y se diría que cada día el objeto de las acciones humanas les parece más terrenal.*

"*Una vez que se acostumbraron a no ocuparse más en la otra vida, se los ve caer fácilmente en esa indiferencia completa y brutal de lo futuro y no se ajustan más que a ciertos instintos de la especie humana. Tan pronto como perdieron la costumbre de colocar sus principales esperanzas en la eternidad, se los ve realizar sin demora sus más bajos deseos y parece que de momento se desesperan de vivir una eternidad, estando dispuestos a actuar como si vivieran solo para el día presente.*

"*En los siglos de incredulidad, hay todavía que temer que los hombres se entreguen sin cesar a los caprichos diarios de sus deseos, y que, renunciando enteramente a obtener lo que no puede adquirirse sin prolongados esfuerzos, no se sustentan en nada grande, pacífico y duradero.*"

[2] I Tim., IV, 8.

[3] Mat., VI, 33.

procede la concordia, haciendo reinar la paz entre los ciudadanos y en de la ciudad. El amor a la justicia, incluso cuando es amenazada por la persecución y el sufrimiento, eleva el alma, ennoblece el corazón y le procura los más nobles gozos; y al mismo tiempo eleva el nivel moral de la sociedad.

Aquella sociedad que pone su mirada en las Bienaventuranzas Evangélicas como ideal, como el objeto a seguir y donde se ofrecen todos los medios para alcanzar la perfección y la beatitud son señaladas en el sermón de la montaña:

¡Bienaventurados los pobres de espíritu!

¡Bienaventurados los mansos!

¡Bienaventurados los que lloran!

¡Bienaventurados los que sufren hambre y sed de justicia!

¡Bienaventurados los misericordiosos!

¡Bienaventurados los puros de corazón!

¡Bienaventurados los pacíficos!

¡Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia!

El ascenso, no digamos sólo de las almas santas, sino también de las naciones, tuvo su punto culminante en el siglo XIII. San Francisco de Asís y Santo Domingo, con sus discípulos San Luis de Francia y Santa Isabel de Hungría, acompañados y seguidos de tantos otros, mantuvieron por un tiempo el ideal que había sido alcanzado por la imitación que había excitado dentro de las almas los ejemplos de desprecio de las cosas de este mundo, de la caridad con el prójimo y del amor de Dios que habían dado tantos otros santos. Pero mientras que estas nobles almas alcanzaban los más altas cumbres de la santidad, muchos otros se enfriaban en su impulso hacia Dios; y, hacia finales del siglo XIV, se manifestó abiertamente un movimiento de retroceso, que impulsó a la sociedad y la trajo a la situación actual, es decir, al triunfo próximo, e inminente reino del socialismo, fin obligado de la civilización moderna. Ya que mientras que la civilización cristiana eleva a las almas y conduce a los pueblos a la paz social y a la prosperidad incluso temporal, la levadura de la civilización pagana, tiende a producir los efectos contrarios; la búsqueda de todos los placeres, y para obtenerlos, la guerra, de hombre a hombre, de clase a

clase, de pueblo a pueblo; guerra que no podría terminar sino con la destrucción del género humano.

CAPITULO II

LAS DOS CONCEPCIONES DE LA VIDA

La civilización cristiana procede de una concepción de la vida completamente contraria a la que dio origen a la civilización pagana.

El paganismo, habiendo empujado al género humano por la pendiente que el pecado original lo había conducido, decía que el hombre está sobre la tierra para gozar de la vida y de los bienes que este mundo le ofrece. El pagano no ambicionaba, no buscaba nada más allá que el goce de la vida; y la sociedad pagana estaba organizada con el fin de procurarse estos bienes tan abundantes y esos placeres tan refinados o incluso hasta groseros a que pueden llegar, y solamente para aquellos que estaban en condiciones de obtenerlos. La civilización antigua se basaba en este principio, todas sus instituciones se sustentaban, sobre todo, en dos pilares, la esclavitud y la guerra. Y ya que la naturaleza no era lo bastante generosa, y sobre todo, porque en esa época, no se había cultivado desde mucho tiempo y lo suficientemente bien para obtener todos los disfrutes deseados, el pueblo fuerte sometía al pueblo débil, y los ciudadanos hacían esclavos a los extranjeros e incluso a sus hermanos para proveerse de las fuentes de riqueza e instrumentos de placer.

El cristianismo vino, en cambio, a decirle al hombre que debía buscar en otra dirección la felicidad cuya necesidad no cesa de atormentarlo. Invirtió el concepto que el pagano tenía sobre la vida. El divino Salvador nos enseña con su palabra y nos persuade con su muerte y su resurrección, de que la vida presente es *una vía*, y que ésta no es LA VIDA a la cual su Padre nos ha destinado.

La vida presente no es más que la preparación para la vida eterna. Aquella es el camino que conduce a ésta. Estamos *en vía*, nos decían los escolásticos, caminando *ad terminum*, en marcha para el cielo. Los científicos de hoy expresarían la misma idea diciendo que la tierra es el laboratorio donde se forman las almas, donde se reciben y se desarrollan las facultades sobrenaturales de las que el cristiano, después de haber terminado su paso en esta vida, gozará en la celestial morada. Así como la vida embrionaria es en el seno materno, ya que también es una vida, pero una vida en formación, y en donde se elaboran los sentidos que tendrán que funcionar en la estancia terrestre: los ojos con los cuales contemplará la naturaleza, el oído que recogerá sus armonías, la voz que allí pronunciará sus cantos, etc.

En el cielo podremos ver a Dios cara a cara[1], esta es la gran promesa que se nos hace. Toda la religión se basa en ella. Y sin embargo, ninguna naturaleza creada es capaz de esta visión.

Todos los seres vivos tienen su manera de conocer, limitada por su naturaleza propia. La planta tiene un determinado conocimiento de los líquidos que necesita para su mantención, puesto que sus raíces se extienden hacia ellos, los buscan para introducirlos dentro de ella. Este conocimiento no es una visión. El animal ve, pero no tiene la inteligencia de las cosas que sus ojos abarcan. El hombre comprende estas cosas, su razón las penetra, abstrae las ideas que contienen y por ellas se eleva a la ciencia. Pero las substancias de las cosas le permanecen ocultas, porque el hombre no es más que un animal racional y no una inteligencia pura. Los mismos ángeles, que son intelectos puros, pueden contemplar directamente las substancias de su misma naturaleza y a fortiori las substancias inferiores. Pero tampoco pueden ver a Dios. Dios es una sustancia aparte, de un orden infinitamente superior.

[1] *Vidimus nunc per speculum in aenigmate: tunc autem facie ad faciem. Nunc cognosco ex parte; tunc autem cognoscam sicut cognitus sum*. (I Cor. XIII-12). Ahora vemos en un espejo y enigma: pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco imperfectamente: pero entonces conoceré como yo me conozco (por intuición). (Mat. XVIII-10, I Juan, III-2)

El concilio de Florencia definió: *Animae sanctorum… intuentur clare ipsum Deum trinum el unum siculi est.* Las almas de los santos verán claramente a Dios como El es, en la Trinidad de personas y en la unidad de su naturaleza.

El mayor esfuerzo del espíritu humano ha llegado a calificar a Dios como siendo "Acto puro" y la revelación nos dice que es una Trinidad de personas en unidad de sustancia, la Segunda engendrada por la Primera, la Tercera procedente de las otras dos, todo dentro de una vida de inteligencia y de amor que no tiene ni comienzo ni fin. Ver a Dios como Él se ve, amarlo como Él se ama - ésta es la bienaventuranza prometida - está fuera del alcance de toda naturaleza creada e incluso posible. Para comprenderlo se debería ser nada menos que igual a Dios.

Pero lo que no le pertenece por naturaleza al hombre puede serle proporcionado por un don gratuito de Dios. Y así es: lo sabemos porque Dios nos ha revelado haberlo hecho de esta manera. Tanto para los ángeles como para nosotros. Los ángeles buenos ven a Dios cara a cara, y nosotros somos llamados a gozar de la misma felicidad.

Sólo podemos llegar hasta allá por algo de sobreañadido que nos eleve por sobre nuestra naturaleza, que nos haga capaces de esto, siendo radicalmente impotentes por nosotros mismos, como sería el don de la razón a un animal o el don de la vista a una planta. Este algo, se llama aquí, en esta vida, la gracia santificante. El apóstol San Pedro dice que es una participación de la naturaleza divina. Es necesario que sea así; acabamos de ver que, en ningún ser, la operación de determinado ser no sobrepasada y no puede sobrepasar la naturaleza de ese mismo ser. Y si un día seremos capaces de ver a Dios, es porque El habrá depositado algo de divino en nosotros, se habrá transformado en una parte de nuestro ser, y lo elevará hasta hacerlo semejante a Dios "Bienaventurados, dice al apóstol San Juan, somos ahora hijos de Dios, y lo que seremos un día no parece aún; seremos similares al Él, porque lo veremos tal como es" (I Juan, III-2).

Este algo, lo recibimos aquí abajo a partir del santo Bautismo. El apóstol San Juan lo llama un germen (I Juan III-9), es decir, una vida en principio. Es lo que Nuestro Señor nos señaló, cuando hablaba a Nicodemo de la necesidad de un nuevo nacimiento, de una generación a una vida nueva: La vida que el Padre tiene en sí mismo, que Él da al Hijo y que el Hijo nos da y nos ejercita conjuntamente con Él por el santo Bautismo. Esta palabra que da una imagen tan viva de todo el misterio, San Pablo la había tomado de Nuestro Señor cuando decía a los apóstoles: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no está unida a la vid, así ustedes tampoco si no permanecen en mi."

Estas altas ideas eran familiares para los primeros cristianos. Eso lo demuestra el hecho de que cuando los apóstoles hablan en el Epitres, lo hacen como siendo una cosa ya conocida. Y de hecho, era así porque a ellos se les presentaban en largas catequesis los ritos del bautismo. Luego, las ropas blancas de los neófitos simbolizaban que ellos comenzaban una vida nueva, que ellos eran por esta vía vueltos a la inocencia: Hijos espirituales, se les decía, como niños recién nacidos, desean ardientemente la leche que debe alimentar su vida sobrenatural; la leche de la fe sin alteración, *sine dolo lac concupiscite*, y la leche de la caridad divina. Cuando este germen que recibieron haya llegado a su término, esta fe se transformará en clara visión, y la caridad en beatitud del amor divino.

Toda la vida presente debe tender a este desarrollo, a la transformación del viejo hombre, del hombre de la pura naturaleza e incluso de la naturaleza decaída, en el hombre deificado. He aquí lo que se realiza en este mundo en el cristiano fiel. Las virtudes sobrenaturales, infundidas en nuestra alma en el bautismo, se desarrollan día a día por el ejercicio que hacemos de ellas con la ayuda de la gracia y la volvemos así capaz de actividades sobrenaturales que se van a completar en el cielo. La entrada en el cielo será como un nacimiento, que con el bautismo fue engendrado.

Esto es lo que Jesús hizo y a lo que vino a enseñar al género humano. Por lo tanto, se cambió radicalmente la concepción de la vida presente. El hombre no está en la tierra para *gozar* y morir, sino para prepararse para la vida de lo alto. Y para *merecerla*.

GOZAR, MERECER, son los dos fines que caracterizan, que separan, que oponen a las dos civilizaciones.

No se puede dejar de decir que desde el momento en que el cristianismo comenzó a ser predicado, los hombres no pensaron ya en ninguna otra cosa que no fuese su propia santificación. Ellos continuaron siguiendo los fines secundarios de la vida presente, y ejerciendo, en la familia y en la sociedad, las funciones que piden y los deberes que imponen. Por otra parte, la santificación no se opera solamente por los ejercicios espirituales, sino por la realización de todo deber de estado, por todo acto hecho con pureza de intención. “Todo lo que hagan, dice el apóstol San Pablo, ya sea de palabras o en obras, hacerlas todas en nombre de Nuestro

Señor Jesucristo… Trabajad en agradar a Dios en todas las cosas, y fructificaréis en toda buena obra." (Ad Colos., I-10 y III-17)

Permaneciendo por otra parte en la sociedad hasta el fin de los tiempos, hay dos categorías de hombres que la Sagrada Escritura señala: los buenos y los malos. Hay que observar, no obstante, que el número de malos disminuye y de los buenos se acrecienta a medida que la fe toma más imperio en la sociedad. Estos, porque tienen la fe en la vida eterna, aman a Dios, hacen el bien, observan la justicia, son los benefactores de sus hermanos. Y por todo eso, hacen que reine en la sociedad la seguridad y la paz. Aquéllos, porque no tienen fe, porque sus miradas permanecen fijas en la tierra, son egoístas, sin amor, sin piedad para sus semejantes: enemigos de todo bien, son en la sociedad causa de desorden y estancamiento para la civilización.

Mezclados los unos con los otros, los buenos y los malos, los creyentes y los incrédulos, forman las dos ciudades descritas por San Agustín: "El egoísmo llevado hasta el menosprecio de Dios constituye la sociedad comúnmente llamada "el mundo", el amor de Dios llevado hasta el menosprecio de sí mismo produce la santidad y puebla la "ciudad celestial."

A medida que la nueva concepción de la vida traída por Nuestro Señor Jesucristo a la tierra penetró en las inteligencias y en los corazones, la sociedad se modificó: la nueva concepción de la vida cambió las costumbres, y bajo el impulso de estas ideas y costumbres, las instituciones se transformaron. La esclavitud desapareció, y en vez de los poderosos someter a sus hermanos, se les ve santificarse hasta el heroísmo para procurarles el pan de la vida espiritual, para elevar a las almas y santificarlas. La guerra no fue más hecha para apoderarse de los territorios de los otros y tomar a los hombres y mujeres como esclavos, sino para romper los obstáculos que se oponían a la extensión del reino de Cristo y obtener a los esclavos del demonio la libertad de los hijos de Dios. Facilitar, favorecer la libertad de los hombres y pueblos en su progreso hacia el bien, se volvió el objetivo hacia el cual las instituciones sociales fueron llevadas, aunque no siempre como un fin expresamente determinado. Y las almas aspiraron al cielo y trabajaron para merecerlo. La posesión de los bienes temporales para el disfrute de que se puede obtener de ellos, no fue ya el único e incluso principal objetivo de la actividad de los cristianos, al menos de los que estaban realmente imbuidos del espíritu cristiano, sino la posesión de los bienes espirituales, la santificación del alma, el aumento de las vir-

tudes que son el ornamento y las verdaderas delicias de la vida de aquí abajo, y al mismo tiempo prendas de la bienaventuranza eterna.

Las virtudes adquiridas por los esfuerzos personales se transmitían por la educación de una generación a otra; y así se formó, poco a poco, la nueva jerarquía social, fundada, ya no por la fuerza y sus abusos, sino sobre el mérito; en la parte baja, las familias que se aplicaron a la virtud del trabajo; al medio, aquéllas que, sabiendo juntar en el trabajo la moderación en el uso de los bienes que obtenían, fundaron la propiedad mediante el ahorro; en lo alto, aquéllos que denegaron del egoísmo, ascendieron a las sublimes virtudes de dedicación a los demás: pueblo, burguesía, aristocracia. La sociedad se estableció y las familias escalonadas en el mérito ascendente de las virtudes transmitidas de generación en generación.

Tal fue la obra de la Edad Media. Durante su curso, la Iglesia realizó una triple tarea. Luchó contra el mal que provenía de las distintas sectas del paganismo y lo destruyó; perfeccionó los buenos elementos que se encontraban en los antiguos romanos y en las distintas razas de bárbaros; y finalmente, hizo triunfar el ideal que Nuestro Señor Jesucristo había dado de la verdadera civilización. Para llegar a esto, había procurado en primer lugar reformar el corazón del hombre; de allí vino la reforma de la familia, la familia vino a reformar al Estado y a la sociedad: vía opuesta a la que se quiere seguir hoy.

Sin duda, creer que, en el orden que acabamos de señalar no hubo punto de desorden, sería equivocarse. El espíritu antiguo, el espíritu del mundo que Nuestro Señor condenó, nunca fue, y nunca se superará completamente. Siempre, incluso en los mejores tiempos, y cuando la Iglesia obtuvo sobre la sociedad el más grande ascendiente, hubo hombres de placer y hombres de ambiciones; pero se veían a las familias subir en razón de sus virtudes o declinar en razón de sus defectos; se veía al pueblo distinguirse entre ellos por su civilización, y el grado de civilización se tomó de las aspiraciones dominantes en cada nación: se elevaban cuando estas aspiraciones se purificaban y subían; retrocedían cuando sus aspiraciones los llevaban hacia el disfrute y el egoísmo. Sucedió, sin embargo, que naciones, familias, individuos se abandonaron a los instintos de la naturaleza o resistieron a ellos; pero el ideal cristiano permanecía siempre inflexiblemente mantenido bajo la mirada de todos por la Santa Iglesia.

El impulso dado a la sociedad por el cristianismo comenzó a retrasarse en el siglo XIII: la liturgia lo constata y los hechos lo demuestran. En un primer momento se detuvo, luego retrocedió. Este retroceso o más bien esta nueva orientación se manifestó pronto y tomó un nombre, RENACIMIENTO, renacimiento del punto de vista pagano del ideal de civilización. Y con el retroceso vino la decadencia. "Teniendo en cuenta todas las crisis atravesadas, de todos los abusos, de todos los cuadros sombríos, es imposible impugnar que la historia de Francia – incluso observación para toda la república cristiana – es una *ascensión,* como historia de una nación, mientras mantiene la influencia moral de la Iglesia que allí domina, y que se convierte en una caída a pesar de todo lo que esta caída tiene a veces de brillante y de épico, en cuanto los escritores, los científicos, los artistas y los filósofos se substituyeron a la Iglesia y la eliminaron de su soberanía." [1]

CAPITULO III

EL RENACINIENTO, PUNTO DE INICIO DE LA CIVILIZACIÓN MODERNA

En su admirable introducción a la *Vida de Santa Isabel*, M. de Montalembert dice del siglo XIII, que fue – al menos por lo que se refiere al pasado – el apogeo de la civilización cristiana: "Nunca quizás la Esposa de Cristo había reinado por un imperio tan absoluto sobre el pensamiento y sobre el corazón del pueblo… Entonces, más que en ningún otro momento de este rudo combate, el amor de sus hijos, su

[1] M. Maurice Talmeyr.

dedicación sin término, su número y valor cada día crecientes, y los santos que cada día veía nacer entre ellos, ofrecían a esta Madre inmortal, fuerzas y consolaciones, hasta el momento en que le fueron cruelmente arrebatadas. Gracias a Inocencio III, que continuó la obra de Gregorio VII, la cristiandad era una extensa unidad política, un reino sin fronteras, habitado por múltiples razas. Los señores y los reyes habían aceptado la supremacía pontifical. Fue necesario que viniera el protestantismo para destruir esta obra."

Antes mismo del protestantismo, un primer y rudo golpe se dio a la sociedad cristiana de 1308. Lo que la sustentaba era, como dice M. de Montalembert, la autoridad reconocida y respetada del Soberano Pontífice, el jefe de la cristiandad, el árbitro de la civilización cristiana. Esta autoridad fue contradicha, insultada y golpeada por la violencia y por la astucia del rey Felipe IV, en la persecución que hizo sufrir al Papa Bonifacio VIII; esa misma autoridad fue también reducida, por la complacencia de Clemente V hacia este mismo rey, que llegó hasta trasladar temporalmente la sede del papado a Avignon en 1305. Urbano VI no debía volver a entrar a Roma hasta 1378. Durante este largo exilio, los papas perdieron una buena parte de su independencia y su prestigio se vio singularmente debilitado. Cuando volvieron a entrar en Roma, después de setenta años de ausencia, todo estaba listo para el gran cisma de Occidente que iba a durar hasta 1416 y que descabezó por un tiempo al mundo cristiano.

De esta manera, el poder comenzó a prevalecer sobre el derecho, como era antes de Jesucristo. Se ve renacer el carácter pagano de conquista y perderse el carácter de liberación. La "hija primogénita"[1] que había herido a su Madre en Agnani, sufre la primera de las consecuencias de su infracción: la Guerra de Cien años, Crécy, Poitiers. Azincourt. En los días de hoy[2], para no decir nada de lo que la precedió, la ocupación de Roma, la expansión de Prusia a costa de sus vecinos, la impasibilidad de Europa ante la masacre de los cristianos por los turcos, y la inmolación de un pueblo por las codicias del imperio británico, todo eso es fruto del espíritu pagano.

Pastor comienza en estos términos su *Historia de los Papas de la edad media:*

[1] Nota nuestra: Francia era llamada la *hija primogénita de la Iglesia*, ya que esta fue la primera nación que se convirtió oficialmente al cristianismo bajo el reinado de Clovis, rey de los francos.

[2] Nota nuestra: recordamos que esta obra fue escrita a comienzos del siglo XX.

"La época en que se realiza la transformación de la antigüedad pagana por el cristianismo, no es menos memorable quizá que el período de transición que conecta la Edad Media con los tiempos modernos. A esa época, se le dio el nombre de Renacimiento.

"Bajo la influencia de una admiración excesiva, se podría decir enfermiza, para las bellezas de los escritores clásicos, se enarbola abiertamente el estandarte del paganismo; los adherentes de esta reforma pretendían modelar exactamente todo bajo el prisma de la antigüedad, las costumbres y las ideas, restablecer la preponderancia del espíritu pagano y destruir radicalmente el estado de cosas existente, cuestionados por ellos como estando en decadencia.

"La influencia desastrosa ejercida dentro de la moral por el humanismo se hizo sentir temprano y de una manera espantosa en el ámbito de la religión. Los adherentes del Renacimiento pagano consideraban la filosofía antigua y la fe de la Iglesia, como dos mundos enteramente distintos y sin ningún punto de contacto."

Ellos querían que el hombre hiciese su felicidad sobre la tierra, que todas sus fuerzas, todas sus actividades estuviesen empleadas en obtener la felicidad temporal; decían que el deber de la sociedad es organizarse de modo que permita a cada uno satisfacer todos sus deseos y todos sus sentidos.

Nada de más opuesto a la doctrina y a la moral cristiana.

"Los antiguos humanistas, ha dicho muy bien Jean Janssen[1], no tenían menos entusiasmo para la herencia grandiosa legada por los pueblos de la antigüedad que tuvieron más tarde sus sucesores. Antes de éstos, ellos habían visto en el estudio de la antigüedad, uno de los más potentes medios de cultivar con éxito la inteligencia humana. Pero dentro de su pensamiento, los clásicos griegos y latinos no debían estudiarse con el fin de alcanzar en ellos y por ellos el fin de toda educación. Se proponían ponerlos al servicio de los intereses cristianos; deseaban para el futuro, gracias a ellos, alcanzar una inteligencia más profunda del cristianismo y la perfección de la vida moral. Movidos por estos mismos motivos, los Padres de la Iglesia habían recomendado y fomentado el estudio de las lenguas antiguas. La lucha no comenzó y sólo se volvió necesaria hasta que los jóvenes humanistas rechazaron toda la antigua ciencia teológica y filosófica como bárbara, y afirmaron que todo concepto científico se encuentra únicamente contenido en las obras de los

[1] *L' Allemagne à la fin du moyen âge.*

antiguos, entraron en lucha abierta con la Iglesia y el cristianismo, y muy a menudo lanzaron un desafío a la moral."

La misma observación con respecto a los artistas. "La Iglesia, dice el mismo historiador, había puesto el arte al servicio de Dios, pidiendo a los artistas cooperar a la propagación del reino de Dios sobre la tierra e invitándolos a "anunciar el Evangelio a los pobres". Los artistas respondiendo exactamente a este llamado, no elevaban la belleza sobre un altar para hacer un ídolo y adorarlo para sí mismos; ellos trabajaban "para la gloria de Dios". Por sus obras maestras ellos deseaban despertar y aumentar en las almas el deseo y el amor de los bienes celestiales. Mientras el arte conservó los principios religiosos que le habían dado nacimiento, fue en constante progreso. Pero a medida que se desvanecía la fidelidad y la solidez de los sentimientos religiosos se vio esfumarse esa inspiración. Mientras más se admiró la divinidad extranjera, más la quiso resucitar y dar una vida artificial al paganismo, vino entonces a desaparecer su fuerza creativa, su originalidad; y, al final, cayó en una sequía y aridez completa[1]".

Bajo la influencia de estos intelectuales, la vida moderna tomó una dirección completamente nueva, opuesta a la verdadera civilización. Ya que, como muy bien dijo Lamartine:

"Toda civilización que no viene de la idea de Dios es falsa.

"Toda civilización que no alcanza la idea de Dios no permanece.

"Toda civilización que no se penetra de la idea de Dios es fría y vacía.

---

[1] M Emile Mâle que publicó los estudios tan sabios y tan interesantes sobre L' ART RELIGIEUX AU XIII SIECLE y sobre L'ART RELIGEUX A LA FIN DU MOGEN AGE, termina la segunda de estas obras con estas palabras: *Es necesario reconocer que el principio del arte de la Edad Media estaba en oposición completa con el principio del arte del Renacimiento. La Edad Media que terminaba había impreso todos los lados humildes del alma: sufrimiento, tristeza, resignación, aceptación de la voluntad divina. Los santos, la Virgen, el mismo Cristo, a veces débiles aparecen a los pobres pueblos del siglo XV no tienen otra radiación que aquella que viene del alma. Este arte es de una humildad profunda, el verdadero espíritu cristiano estaba contenido en él. El arte del renacimiento es totalmente diferente, su principio oculto es el orgullo. Desde ahora el hombre se basta a sí mismo y aspira a ser un dios. La más alta expresión del arte es el cuerpo humano desnudo: la idea de una caída, de una decadencia del ser humano, que alejaron por largo tiempo los artistas del desnudo, ya no se presenta más en su espíritu. Hacer del hombre un héroe radiante de fuerza y de belleza, escapando a las fatalidades de la raza, para elevarse hasta el tipo que ignora el dolor, la compasión, la resignación; he aquí bien (con toda suerte de matices) el ideal de Italia del siglo XVI*.

"La última expresión de una civilización perfecta es la que mejor ve a Dios, la que mejor lo adora, la que mejor es servida por los hombres[1]."

El cambio se operó en primer lugar en las almas. Muchos olvidaron la concepción según la cual el fin de todo está en Dios para adoptar aquella que quiere que todo esté centrado en el hombre. "Al concepto del hombre decaído y regenerado, dice muy bien Beriot, el Renacimiento opone el concepto del hombre no caído ni regenerado, ascendiéndolo a una admirable altura por las únicas fuerzas de su razón y de su libre albedrío. El corazón ya no está para amar a Dios, ni el espíritu para conocerlo, ni el cuerpo para servirlo, y así merecer la vida eterna. La noción superior que la Iglesia había puesto tanto cuidado en fundar, y para la cual había tardado tanto tiempo, se borró en éste, en aquél, y en las multitudes; como en tiempos del paganismo, hicieron del placer, del disfrute, el objeto de la vida; buscaron los medios en la riqueza, y para adquirirlos, no se tuvo en cuenta los derechos de los otros. Para los Estados, la civilización ya no tuvo más como fin la santidad de todos, y las instituciones sociales abandonan los medios ordenados para preparar a las almas para el cielo. De nuevo volvieron a encerrar la función de la sociedad en el tiempo, sin respeto a las almas que están hechas para la eternidad. ¡Entonces, como hoy en día, llamaron a eso progreso. "Todo nos anuncia, decía con entusiasmo Campanello, la renovación del mundo. Nada detiene la libertad del hombre. ¿Cómo detener la marcha y el progreso del género humano?" Las nuevas invenciones, la imprenta, el telescopio, el descubrimiento del Nuevo Mundo, etc., sumándose al estudio de las obras de la antigüedad, causaron una embriaguez de orgullo que hizo decir: la razón humana se basta a sí misma para controlar sus asuntos en la visa social y política. No necesitamos una autoridad que apoye o rectifique la razón.

Así se invirtió el concepto sobre el cual la sociedad había vivido y por el cual ella había prosperado desde Nuestro Señor Jesucristo.

La civilización renovada de paganismo, actuó en primer lugar sobre las almas aisladamente, luego sobre el espíritu público, después sobre las costumbres y las instituciones. Sus devastaciones se manifestaron en primer lugar en el orden estético e intelectual; el arte, la literatura y la ciencia se retiraron poco a poco del servicio

[1] Citado por Mons. Perraud, obispo de Autun, en la fiesta del centenario del poeta.

del alma para ponerse al servicio de la animalidad: lo que esta revolución trajo consigo en el orden moral y en el orden religioso fue la Reforma. Del orden religioso, el espíritu del Renacimiento alcanzó el orden político y social con la Revolución. Y he aquí que atacando el orden económico con el Socialismo. Es lo que debía venir, allí encontrará su fin, o nosotros, el nuestro; su final, si el cristianismo reanuda su imperio sobre el pueblo asustado o más bien abrumado de los males que el socialismo hará pesar sobre ellos; el nuestro, si el socialismo consigue empujar hasta el final la experiencia del dogma del libre disfrute en este mundo y hacernos sufrir todas las consecuencias.

Esto sin embargo, no se realizó ni avanzó sin resistencia. Una multitud de almas permanecieron y permanecen siempre unidas al ideal cristiano, y la Iglesia está siempre allí, en la sociedad, en medio de este conflicto que lleva cinco siglos de duración, y que ha llegado hasta el estado crítico de nuestros días.

El Renacimiento es, pues, el inicio del estado actual de la sociedad. Todo esto que sufrimos proviene de allí. Si queremos conocer nuestro mal, y tomar de este conocimiento el remedio radical a la situación presente, es a ella que es necesario remontarse[1].

¡Y sin embargo, los Papas favorecieron lo que fue el inicio de la civilización moderna! Una palabra de explicación a esto se impone.

Los Padres de la Iglesia, recomendaron el estudio de los literatos de la antigüedad y esto por dos razones: encontraron en ellos un excelente instrumento de cultura intelectual, y sirvió como un pedestal a la revelación; y así es como debe ser: la razón es el apoyo de la fe.

Fieles a esta dirección, la Iglesia y en particular los monjes, pusieron todos sus cuidados en salvar del naufragio de la barbarie a los autores antiguos, de copiarlos y estudiarlos, servirse de ellos para la demostración de la fe.

---

[1] Jen Guiraud, profesor de la Facultad de letras de Besançon, que acaba de publicar un excelente libro bajo el título *La Iglesia y los orígenes del Renacimiento*, nos servirá de quía para recordar sumariamente lo que pasó en esta época. Este volumen hace parte de la "Biblioteca de la enseñanza de la Historia eclesiástica" publicada en Lecoffre.

Era por tanto, muy natural, que cuando comenzó en Italia el renacimiento literario y artístico, los papas se hayan mostrado favorables.

A las ventajas arriba señaladas, se añadieron otras, de un carácter más inmediato y útil para esa época. A partir de la mitad del siglo XIII, se habían iniciado una serie de relaciones entre el papado y el mundo griego para obtener la vuelta de las iglesias de oriente a la Iglesia romana. Por una y otra parte se enviaban embajadas. El conocimiento del griego era necesario para discutir contra los cismáticos y ofrecerles la argumentación en su propio terreno.

La caída del imperio bizantino dio ocasión a esta clase de estudios un nuevo y decisivo impulso. Los científicos griegos, aportando en occidente los tesoros literarios de la antigüedad, excitaron un verdadero entusiasmo por las letras paganas, y este entusiasmo se manifestó más entre los religiosos que en ninguna otra parte. La imprenta sirvió para multiplicarlos y para adquirirlos a un costo muchísimo menor.

Finalmente la invención del telescopio y el descubrimiento del nuevo mundo abrían a los pensamientos horizontes más amplios. Aquí vemos el celo de los papas, en primer lugar, los de Avignon, de enviar misioneros a los países lejanos, y aportar un nuevo estímulo a la fermentación de los espíritus, buena en un principio, pero del que el orgullo humano abusó, tal como vemos en nuestros días abusar de los progresos de las ciencias naturales.

Los papas tuvieron, pues, por toda clase de circunstancias providenciales, la oportunidad de llamar y reunir junto a ellos a los representantes dignos del movimiento literario y artístico de que eran testigos. Lo tomaron como un deber y un honor. Prodigaron los pedidos, las pensiones, las dignidades a aquéllos que veían elevarse por sus talentos sobre otros. Desgraciadamente al fijar la mirada en el objetivo que querían alcanzar, no tomaron bastante guardia a la calidad de las personas que así fomentaban.

Petrarca a quien se le conoce como "el primero de los humanistas", encontró en la corte de Avignon la más alta protección y obtuvo el cargo de secretario apostólico. Por lo tanto, se establece en la corte pontifical, la tradición de reservar las altas funciones de secretarios apostólicos a los escritores de mayor reputación, de suerte que pronto se volvió uno de los hogares más activos del Renacimiento. Hay santos religiosos como el camáldulence Ambrosio Traversarui, pero desgraciadamente también los groseros epicuros como Pogge, Filelfe, Arétin y otros. A

pesar de la piedad, y a pesar mismo de la austeridad personal de los papas que en ese tiempo edificaron la Iglesia[1], no supieron, en razón de la atmósfera que los envolvía, defenderse de una condescendencia demasiado grande para con los escritores, quienes, a pesar de estar a su servicio, pasaron a ser pronto, por la pendiente a la cual se abandonaron, los enemigos de la moral y de la Iglesia. Esta condescendencia se extendió a las propias obras de ellos, en resumen, ellos llegaron a ser la negación del cristianismo.

Todos los errores que vinieron a pervertir el mundo cristiano, todos los atentados perpetrados contra sus instituciones, tuvieron allí su fuente; se puede decir que todo esto que asistimos fue preparado por los humanistas. Ellos son los iniciadores de la civilización moderna. Ya Petrarca había dibujado en el comercio de la antigüedad sentimientos e ideas que habrían afligido a la corte pontifical, si hubiera medido las consecuencias. Él obviamente se inclinó siempre ante la Iglesia, su jerarquía, sus dogmas, su moral; pero no fueron así los que lo siguieron, y se puede decir que fue él quien los puso en el mal camino por donde entraron. Sus críticas contra el gobierno pontifical autorizaron a Valla a minar el poder temporal de los papas, acusarlos de enemigos de Roma y de Italia, y presentarlos como enemigos del pueblo. Llegó incluso hasta negar la autoridad espiritual de los Soberanos Pontífices en la Iglesia, negando a los papas el derecho de ser llamados "vicarios de Pedro". Otros recurrieron al pueblo o al emperador para restablecer, o bien la República romana, o la unidad italiana, o un imperio universal; todas las cosas que vemos en nuestros días, han sido, o intentadas (1848), o realizadas (1870), o presentadas como el término de las aspiraciones de la francmasonería.

[1] Martín V tuvo un gusto constante por la justicia y la caridad. Su devoción era grande; dio pruebas brillantes en sucesivas ocasiones, sobre todo cuando trajo de Ostia las reliquias de Santa Mónica. Soportó con una resignación profundamente cristiana los lutos que vinieron a afectarlo golpe sobre golpe en sus más costosos afectos. En su juventud, había distribuido la mayor parte de sus bienes entre los pobres.

Eugenio IV conservó en el trono pontificio sus prácticas austeras de religioso. Su simplicidad y su frugalidad le habían hecho llamar por su ambiente con el apodo de *Abstenius*. Es con razón que Vespasiano celebró la santidad de su vida y de sus costumbres.

Nicolás V quiso tener en su intimidad el espectáculo continuo de las virtudes monásticas. Para ello, llamó ante él a Nicolás de Cortona y a Lorenzo de Mantua, dos camaldulences con los cuales gustaba hablar de las cosas del cielo en medio de las torturas de su última enfermedad.

Alberti preparó otra clase de atentado, más característico de la civilización contemporánea. Jurista al mismo tiempo que literato, compuso un tratado de derecho. El proclama que *"a Dios debe dejarse el cuidado de las cosas divinas, y que las cosas humanas son de competencia del juez"*. Era, como observa Guiraud, declarar el divorcio entre la sociedad civil y la sociedad religiosa; era abrir las vías a los que quieren que los gobiernos sólo persigan fines temporales y sigan siendo indiferentes a los espirituales, defienden los intereses materiales y dejan a parte las leyes sobrenaturales de la moral y de la religión; decían que los poderes temporales son ineficaces o deben ser indiferentes en materia religiosa, que no tienen necesidad de conocer a Dios, que no tienen que hacer observar su ley. En una palabra, era la fórmula de la gran herejía social de los tiempos actuales, y arruinar en su base, la civilización de los siglos cristianos. El principio declarado por este secretario apostólico contenía en germen todas las teorías que reclaman nuestros modernos "partidarios de la sociedad laica". Sólo había que dejar a este principio desarrollarse para llegar a todo esto de los cuales somos, en los días de hoy, tristes testigos.

Atacando así, por su base a la sociedad cristiana, los humanistas invertían al mismo tiempo en el corazón del hombre el concepto cristiano de su destino. "El cielo, escribía Collaccio Salutati, en su *Tratado de Hércules*, pertenece de derecho a los hombres enérgicos que emprenden grandes luchas o realizaron grandes trabajos sobre la tierra." Sacaron de este principio las consecuencias. El ideal antiguo y naturalista, el ideal de Zenón, de Plutarco y de Epicuro, era multiplicar al infinito las energías de su ser desarrollando armoniosamente las fuerzas del espíritu y del cuerpo. Este pasó a ser el ideal que los fieles del Renacimiento substituyeron en sus costumbres, así como en sus escritos, a las aspiraciones sobrenaturales del cristianismo. Es en nuestros días el ideal que Frederic Nietzsche promovió al extremo predicando la fuerza, la energía, el libre desarrollo de todas las pasiones que harán llegar al hombre a un estado superior al que se encuentra, para llegar a convertirse en el *superhombre*.[1]

Para estos intelectuales, y para quienes los que los escucharon, y los que hasta nuestros días se consideran sus discípulos, el orden sobrenatural, queda completamente dejado de lado; la moral se convirtió en la búsqueda de satisfacer a todos los instintos; el gozo de la vida, bajo todas sus formas, fue el objeto de sus actos

[1] La glorificación de lo que los americanistas llaman, "las virtudes activas", parecen venir de aquí, por medio del protestantismo.

judiciales. La glorificación del placer era el tema preferido de las disertaciones de los humanistas. Laurent Valla afirmaba en su tratado *De Voluptate* que "el placer es el verdadero bien, y que no hay otros fuera del placer". Esta convicción le llevó a él, y también a otros, a poetizar los peores vicios. De esta manera eran prostituidos los talentos que tendrían que ser empleados a vivificar la literatura y el arte cristianos.

Desde todos los puntos de vista, se venía venir el divorcio entre las tendencias del Renacimiento y las tradiciones del cristianismo. Mientras que la Iglesia seguía predicando la caducidad del hombre, afirmando su debilidad y la necesidad de una ayuda divina para la realización del deber, el humanismo alimentaba sus frentes en Jean Jacques Rousseau para declarar la bondad de la naturaleza: era la deificación del hombre.

Mientras que la Iglesia asignaba a la vida humana una razón y un objetivo sobrenaturales, colocando en Dios el término de nuestro destino, el humanismo, volviendo a ser pagano, limitaba a este mundo y al hombre el ideal de la vida.

Desde Italia, el movimiento alcanzó otras partes de Europa.

En Alemania, el nombre de Reuchlin fue, sin que este científico lo quisiera, el grito de guerra de todos los que trabajaron en destruir las Ordenes religiosas, la escolástica y, finalmente, la propia Iglesia. Sin el escándalo que se hizo en torno de él, Lutero y sus discípulos nunca se hubieran atrevido a soñar lo que ellos realizaron.

En los Países Bajos, Erasmo preparó, también, las vías a la Reforma por su *Elogio a la locura*. Lutero no hizo más que proclamarlo mucho más alto. Y realizar audazmente lo que Erasmo no había dejado de insinuar.

Francia también se había apresurado a acoger en su casa las letras humanas; no hubo punto alcanzado, al menos en el orden de las ideas, por tan nefastos efectos. No fue así mismo para las costumbres. "Desde que las costumbres de los extranjeros comenzaron a agradarnos – es el gran canciller Vair, que vio esto que nos lo dice – los nuestros se pervirtieron y corrompieron tanto que podemos decir: Hace tiempo que ya no somos franceses."

En ninguna parte, las elites de la sociedad tuvieron la bastante clarividencia para separa de lo que allí había de sano de lo que allí había de infinitamente peli-

groso en el movimiento de ideas, sentimientos, aspiraciones que recibió el nombre de Renacimiento. De modo que, por todas partes, la admiración para la antigüedad pagana pasó a transformarse en la base de las letras, del arte y de la civilización. Y la civilización comenzó a transformarse para llegar a ser lo que es hoy, y lo que esperamos ver será mañana.

Dios sin embargo, no dejó a su Iglesia sin ayuda, esto se puede afirmar con toda seguridad. Muchos santos, entre ellos San Bernardino de Siena, no dejaron de señalar y denunciar el peligro. Sin embargo no se les escuchó. Y por eso el renacimiento generó la Reforma y la Reforma la Revolución cuyo objetivo bien conocido, es destruir la civilización cristiana y substituirla en todo el universo por la llamada civilización moderna.

CAPÍTULO IV

LA REFORMA, HIJA DEL RENACIMIENTO

En su libro *La Reforma en Alemania y en Francia*, un antiguo magistrado, el conde J. Boselli, dice que el señor Paulin Paris, uno de los científicos más eruditos sobre la Edad Media y uno de los que la conocieron mejor, dijo un día en su presencia a un interlocutor que se asombra de la gran diferencia de la Francia moderna con la de antes, "obscurecida por las tinieblas del la Edad Media": "desengáñense, la Edad Media no era tan diferente de los tiempos modernos de lo que cree; "*las leyes eran diferentes, así como los corazones y las costumbres*, pero las pasiones humanas eran las mismas. Si uno de nosotros fuera transportado a la Edad Media, vería en torno de si labriegos, soldados, sacerdotes, financieros, desigualdades sociales, ambiciones, traiciones. LO QUE CAMBIA ES EL FIN AL CUAL ESTABA DIRIGIDA LA ACTIVIDAD HUMANA". No se podría decir mejor. Los hombres de la Edad Media eran de la misma naturaleza que nosotros, naturaleza inferior a la de los ángeles y, más aun, decaída por el pecado original. Tenían nuestras mismas pasiones, y a veces, se dejaban llevar por ellas, a menudo a excesos más violentos. Pero el objetivo de esos hombres, en su mayoría, era alcanzar la vida eterna; las costumbres, las leyes y los hábitos se habían inspirado con ese fin; las instituciones religiosas y civiles dirigían a los hombres hacia su fin último, y la actividad humana estaba dirigida, en primer lugar, a alcanzar perfección del hombre interior.

En nuestros días – aquí está el resultado del Renacimiento, la Reforma[1] y la Revolución[2] – el punto de vista cambió, el objetivo ya no es el mismo; lo que se quiere, lo que se busca, no por individuos aisladamente, sino que por el impulso dado a toda la actividad social, es la mejora de las condiciones de la vida presente para alcanzar a un mejor y más universal goce de la vida. Lo que hoy se cuenta como "progreso", no es más aquello que contribuye a una mayor perfección moral

[1] Nota nuestra: entiéndase Reforma protestante.

[2] Nota nuestra: entiéndase Revolución Francesa, Liberalismo, Socialismo, Comunismo, Modernismo, Concilio Vaticano II, etc. En otras palabras, en IGUALITARISMO. Porque la Revolución, al ser una ideología gnóstica, es esencialmente igualitaria.

del hombre, sino lo que aumente su soberanía sobre la materia y la naturaleza, con el fin de ponerla más completa y dócilmente al servicio del bienestar temporal.

Para alcanzar este bienestar, se declaró la necesidad de la independencia de la razón frente a la revelación, la independencia de la sociedad civil frente a la ley de Dios: estas son las etapas en la vía del "progreso" perseguido por el Renacimiento, la Reforma y la Revolución.

No se crea que los humanistas, literatos y artistas, cuyas aberraciones vemos en ese triple movimiento intelectual, moral y religioso, formaron solamente pequeños cenáculos cerrados, sin eco, sin acción exterior. En primer lugar, los artistas hablaban a todos, y para dar un ejemplo, cuando Filarte buscó en la mitología, la decoración de las puertas de bronce de la basílica de San Pedro, no fue ciertamente al pueblo a quién se volvió. Además, es en la corte de los príncipes que los humanistas tenían sus academias; allí componían sus libros; allí extendían sus ideas, instalaban sus costumbres; esto es porque siempre es desde la cumbre por donde desciende todo mal y todo bien, toda perversión al igual que toda edificación.

No hay razón para asombrarse de que la Reforma, que hizo su primera tentativa de aplicación práctica de las nuevas ideas emitidas por los humanistas, fuese recibida y propagada con tanto ardor por los príncipes en Alemania y en otros lugares, y no haya encontrado en el pueblo una tan fácil aceptación.

La resistencia fue bastante débil en Alemania; más vigorosa fue en Francia. El cristianismo había penetrado más profundamente en las almas de nuestros padres que en otras partes; este espíritu cristiano, combatido por las teorías de los humanistas, sobrevivió mucho más tiempo en la manera de vivir, de pensar y sentir del pueblo. En nuestra patria fue una lucha mucho más encarnizada y prolongada. Comenzó con las guerras de religión, y continuó con la Revolución, y ésta continua en nuestros días, como Waldeck-Rousseau observó muy bien. Con medios diferentes a los utilizados en el comienzo, continúa en nuestros días, el conflicto entre el espíritu pagano, que quiere reaparecer, y el espíritu cristiano que lucha por sobrevivir. Tanto en la actualidad, como en el primer día, uno y otro espíritu quieren triunfar sobre su adversario, el primero por la violencia con que cierra las escuelas libres, despoja y exilia a las órdenes religiosas; el segundo, por el recurso a Dios y la preservación de la enseñanza cristiana por todos los medios que quedan a su disposición.

Las diversas aventuras de este largo drama tienen en suspenso el cielo, la tierra y el infierno; ya que si Francia termina por rechazar el veneno revolucionario, ella restaurará en todo el mundo la civilización cristiana ya que ella fue la primera en comprenderla, adoptarla y propagarla. Si ella sucumbe, el mundo tiene todo que temer.

El protestantismo nos vino de Alemania y sobre todo desde Ginebra. Está bien decirlo así. Era imposible calificar la reforma de Lutero sin otra palabra que la de protesta, ya que es una protesta contra la civilización cristiana, protesta contra la Iglesia que la había fundado, protesta contra Dios de quien emanaba. El protestantismo de Lutero es el eco sobre la tierra del *Non serviam*[1] de Lucifer. Éste proclama la libertad, la rebeldía de Satanás: el liberalismo. Dice a los reyes y a los príncipes: "empleen vuestro poder para sostener y hacer triunfar mi rebelión contra la Iglesia y os libraré de toda autoridad religiosa[2].

Todo lo que la Reforma había recibido del Renacimiento y que ella debía transmitir a la Revolución está en esta palabra: Protestantismo.

Comunicado de individuo a individuo, el protestantismo ganó pronto de provincia en provincia. El historiador alemán y protestante Ranke nos señala cuál fue su gran medio de seducción: La licencia que el Renacimiento había propagado. "Mucha gente abrazó la Reforma, dice, con la esperanza de que le garantizaría una mayor libertad en la conducta privada". Es que, en efecto, existe entre el catolicismo y el protestantismo, tal como fue predicado por Lutero, una diferencia radical. El catolicismo promete recompensas futuras a la virtud y amenaza los vicios con castigos eternos: por esto, pone a las pasiones humanas un freno más potente. La Reforma prometía el cielo a todos los hombres, incluso al más criminal, bajo la sola reserva de un acto de fe interior por medio del cual obtenía su justificación personal por la imputación de los méritos de Cristo. Si, por efecto de esta persuasión, que es fácil conseguir, a los hombres les está garantizado ir al cielo, manteniéndose en el pecado, e incluso al más criminal, bien tonto sería aquél que renunciara a obtener aquí abajo todo lo que encuentra a su alcance.

---

[1] No serviré (N. del T.)

[2] *Oeuvres de Luther*, XII, 1522 et XI, 1867.

La presencia de personas que seguían estos principios dentro de un país profundamente católico que y se esforzaban en propagarlos, debería traer al Estado ciertos desórdenes; estos se volvieron más profundos cuando el protestantismo no se limitó más a predicar a los individuos la fe sin las obras, sino que, una vez que se sintieron lo bastante fuerte para querer apoderarse del reino, con el fin de arrancarle sus tradiciones y moldearlo a su manera.

Desde Clovis, el catolicismo no había dejado un solo día de ser la religión del Estado. Estas tradiciones carolingeas y merovingeas se conservarían completamente intactas hasta la Revolución. Durante medio siglo, los protestantes intentaron separar de su Madre a la hija primogénita de la Iglesia; usaron alternativamente el engaño y la fuerza para apoderarse del gobierno, y para poner al muy católico pueblo francés bajo el yugo de los reformadores como acababan de hacerlo en Alemania, en Inglaterra y en Escandinavia. Ellos estuvieron a punto de lograrlo.

Después de la muerte de Francisco de Guise, los Hugonotes eran amos de todo el Mediodía. No duraron, para apoderarse del resto, en recurrir a los alemanes y a los ingleses, sus correligionarios. Para los ingleses ellos cedieron Havre; a los alemanes les prometieron la administración de los enclaves de Metz, Toul y Verdum[1]. Finalmente, con la Rochelle, ellos habían creado materialmente un Estado dentro del Estado. La intención era sustituir la monarquía cristiana por un gobierno y un estilo de vida “modelado bajo el estilo de Ginebra”, es decir, la República[2]. “Los hugonotes, decía Tavannes, están fundando una democracia”. El plan se había trazado en Verán, y los estados del Languedoc reclamaban su ejecución en 1573. El jurista protestante François Hatman ejercía sobre el espíritu, en el sentido democrático, una gran influencia con su libro *Franco-Galia* en 1573. Pone al servicio de las teorías republicanas una historia a su manera, para atraer por medio de refuerzo de textos y afirmaciones, a los Franceses a “su constitución primitiva”. “La soberanía y principal administración del reino, decía, pertenecía a la general y solemne asamblea de los tres Estados”. El Rey reina, pero no gobierna.

---

[1] Ver Ranke

[2] Hanotaux (*Histoire du cardinal Richelieu*, t. XII, 2ª parte, justifica así la revocación del edicto de Nates:

“Francia no podía ser fuerte, mientras contuviera en su seno un cuerpo organizado, en plena paz, sobre el pie de guerra, con jefes independientes, cuadros militares, plazas de seguridad, presupuesto y justicia separada, armada siempre preparada para la campaña. ¿Era necesario reconocer la existencia de un Estado dentro del Estado? ¿Se podría admitir que los numerosos y ardientes franceses tuvieran siempre la amenaza en la boca y la rebelión en el corazón? ¿Tolerarían por siempre el recurso insolente del extranjero? Un estado no puede subsistir si está dividido. Para garantizar la unidad del reino, para recoger todas las fuerzas nacionales, para las luchas exteriores que se preparaban, era necesario minar el cuerpo de los hugonotes en Francia o conducirlo a composición.

El Estado y la República son todo, el Rey nada. El lanza a sus lectores a la plena soberanía del pueblo.

En la *Franco-Galia* tuvo una repercusión enorme. Los panfletarios hugonotes no podrían haberla sorprendido mejor. El sistema expuesto en este libro es la democracia tal como se vive hoy. Es que esta forma de gobierno, al dar a los agitadores un fácil acceso a los primeros cargos del Estado, les obtuvo el poder para propagar sus doctrinas; al mismo tiempo, responde mejor a las ideas de independencia que eran el fondo de la Reforma, al derecho que el Renacimiento quería conferir al hombre de dirigirse a sí mismo hacia el ideal de felicidad que se le presentaba.

Francia, por culpa de los hugonotes, estaba al borde del abismo.

La situación no era menos crítica para la Iglesia católica. Acababa de perder Alemania, Escandinavia, Inglaterra y Suiza; los Países Bajos se levantaban contra ella. La apostasía de Francia, si venía a producirse, debía causar en todo el mundo un escándalo más pernicioso y un golpe más profundo: sobre todo teniendo en cuenta que España debía seguirla. El objetivo más constante en todo el partido protestante, para el cual Coligny no dejó de trabajar, consistía en implicar a Francia en liga general con todos los estados protestantes para aplastar a España, la única gran nación católica que seguía siendo poderosa. Habría sido la ruina completa de la civilización cristiana.

Dios no lo permitió y Francia tampoco. Los Valois debilitados, vacilaban, variaban, en su política. La liga nació para tomar en la mano la defensa de la fe, para mantenerla en el país y en el gobierno. Los católicos, que formaban aún la mayoría de los franceses[1], quisieron tener jefes absolutamente inquebrantables en su fe. Eligieron la casa de Guise. "Cualquier juicio valórico, que se haga sobre las guerras de religión, dice Boselli, es imposible no mencionar la casa de Guise, que fue, durante todo este período, la encarnación misma de la religión del Estado, del culto nacional y tradicional al cual tanto los franceses permanecían unidos. "La casa de Guise personificó el ideal de fidelidad católica. Los Guise se habrían convertido muy

[1] Los protestantes no eran más que cuatrocientos mil en 1558. Esta es la cifra que da el historiador protestante Ranke. Castelnau siendo testigo bien informado va más lejos; él afirma que los protestantes representaban el 1% de la población. Son para este puñado de calvinistas que los católicos transfieren su país devastado durante cincuenta años.

probablemente en reyes de Francia si Enrique III se hubiera hecho protestante, o si Enrique IV no se hubiese hecho católico."

Dios quiso conservar a Francia su raza real, como lo había hecho una primera vez por la misión otorgada a Juana de Arco. El heredero del trono, según la ley sálica, era Enrique de Navarra, discípulo de Coligny, protestante y jefe de los protestantes. Dios cambió su corazón. Francia recuperó la paz, y Luis XIII y Luis XIV volvieron a poner a nuestro país sobre el camino de la civilización católica. Digamos mientras que este último cometió esta falta, que debía tener tan graves consecuencias, la de apoyar la declaración de 1682. Esta contenía dentro de sus líneas la constitución civil del clero, ella comenzaba la obra más nefasta de todas, la de la secularización que continúa en nuestros días hasta sus últimas consecuencias.

Luis XV, que se sumó a las costumbres del Renacimiento, vivió la obra de descristianización comenzada por la reforma, recogida por Voltaire y los enciclopedistas precursores de Robespierre, antepasados de los que nos gobiernan actualmente. Taine lo dijo muy bien: "La Reforma no es más que un movimiento particular dentro de una revolución que comenzó antes que ella." El siglo XIV inicia la marcha, y después, cada siglo está preocupado en preparar, en el orden de las ideas, nuevas concepciones y, en el orden práctico, nuevas instituciones. Desde este tiempo, la sociedad ya no busca su guía en la Iglesia, ni la Iglesia su imagen en la sociedad[1].

[1] *Etudes sur les Barbares et le moyen âge*, p. 374-375.

CAPITULO V

LA REVOLUCIÓN INSTAURA EL NATURALISMO

El protestantismo había fallado; Francia después de las guerras de religión, seguía siendo católica. Pero se había depositado una mala levadura dentro de ella misma. Su fermentación produjo, además de la corrupción de las costumbres, tres venenos de carácter intelectual: el galicanismo, el jansenismo y el filosofismo. La acción de esto sobre el organismo social trajo la Revolución, el segundo y más terrible asalto a la civilización cristiana.

Así como lo demostrará la conclusión de este libro, todo el movimiento impuesto a la cristiandad por el Renacimiento, la Reforma y la Revolución es un esfuerzo satánico para arrancar al hombre del orden sobrenatural establecido por Dios – al crearlo y restaurarlo por Nuestro Señor Jesucristo en la plenitud de los tiempos –, con el propósito de confinarlo en el naturalismo.

Como todo era cristiano en la constitución francesa, todo debería ser destruido. La Revolución se empeñó concienzudamente en lograrlo. En algunos meses hizo tabla rasa del gobierno de Francia, de sus leyes y sus instituciones. Quería "crear un nuevo pueblo": esta es la expresión que se encuentra, a cada página, bajo la pluma de los ponentes de la Convención; mejor dicho: se proponían "rehacer al hombre", así tal cual.

Por ello, los Convencionales, de acuerdo con la nueva concepción que el Renacimiento había dado a los destinos del hombre, no pusieron límite en su ambición por la Francia; quisieron inocular la locura revolucionaria a los pueblos vecinos, y a todo el universo. Su ambición era invertir el edificio social para reconstruirlo nuevamente. "La Revolución, decía Thuriot a la Asamblea legislativa, en

1792, no es solamente para Francia; tomaremos cuenta de la humanidad." Siéyès había dicho antes, en 1788: "Levantaremos todo un golpe a nuestra ambición de querer servir de ejemplo a las naciones[1]." Y Barrère, en el momento en que los Estados Generales se reunían en Versalles, declaró: *"ustedes, deben reiniciar la historia."*

Se ve claramente el trayecto que realizó el ideal del Renacimiento; cuanto más la Revolución ponía de manifiesto el final de su desarrollo, tanto más audaz se mostraba en su empresa, lo que no pudo mostrar, dos siglos antes, en la Reforma.

En su número de abril de 1896, el periódico masónico *Le Monde* decía: cuando se realiza un ideal perseguido por mucho tiempo, se amplían los horizontes de un nuevo ideal que se ofrece a la actividad humana, siempre en marcha hacia un futuro mejor, se abren nuevos campos de exploración, nuevas conquistas pendientes, nuevas esperanzas deben proseguir.

Esto es verdadero solamente en las vías del bien. Como dice el Salmista, *el justo dispuso en su corazón los grados para elevarse hasta la perfección que ambiciona*[2]. Esto es igualmente verdadero en la vía del mal.

Los hombres del Renacimiento no llevaron sus vistas – al menos todos – más allá que los de la Reforma. Los hombres de la Reforma fueron superados por los de la Revolución. El Renacimiento había desplazado el lugar donde se halla la felicidad y cambió sus condiciones; declarando que su lugar estaba en este mundo. La autoridad religiosa continuaba diciendo: "Se equivocan, la felicidad está en el cielo". La Reforma rechazó la autoridad, pero mantuvo el libro de las Revelaciones divinas[3], que seguía teniendo el mismo lenguaje. Los Filósofos negaron que Dios había hablado a los hombres, y la Revolución ser esforzó en ahogar a sus testigos en sangre, con el fin de establecer libremente el culto de la naturaleza.

El periódico *Journal des Débats*, en uno de sus números de abril de 1852, reconocía esta filiación: "Somos revolucionarios; pero somos hijos del renacimiento y de la filosofía antes de ser hijos de la revolución."

Inútil sería extendernos detenidamente sobre la obra emprendida por la Revolución. El Papa Pío IX la caracterizó en una frase, en su encíclica del 8 de diciem-

[1] *¿Es esto el tercer Estado?*

[2] Ps. LXXXIII, 6-7.

[3] Nota nuestra: se refiere a las Sagradas Escrituras, también conocida como la Biblia.

bre de 1849: "La Revolución está inspirada por el mismo Satanás"; su objetivo es destruir por completo el edificio del cristianismo y reconstruir sobre sus ruinas el orden social del paganismo." Destruyó en primer lugar el orden eclesiástico. "Durante mil doscientos años y aún más, según la expresión enérgica de Taine, el clero había trabajado en la construcción de la sociedad como arquitecto y como constructor, en primer lugar solo, luego, casi solo"; en determinado momento, se lo vio en la imposibilidad de continuar su obra, y se lo quiso poner en la imposibilidad de nunca reanudarla. Luego se suprimió la realeza, el vínculo vivo y perpetuo de la unidad nacional. Se deshizo de la nobleza, guardiana de las tradiciones y de las clases trabajadoras, que son las más conservadoras del pasado. Luego de apartar a todos estos centinelas, se pusieron manos a la obra, mucho para destruir lo que era fácil, poco por reedificar, lo que era menos.

No tenemos que hacer aquí el cuadro de estas ruinas y estas construcciones. Digamos solamente que, en lo referente al edificio político, que el Renacimiento había soñado para la misma Roma, y que los protestantes habían ya intentado hacer en Francia substituyendo a la monarquía, y las obras que hoy realizan, son exactamente las queridas por la francmasonería.

Discípulos de J. J. Rousseau, los miembros de la Convención de 1792 pusieron como fundamento del nuevo edificio este principio: que el hombre es bueno por naturaleza; al respecto, enarbolaron la trilogía masónica: libertad, igualdad, fraternidad. Libertad para todos y para todo, puesto que el hombre tiene buenos instintos; igualdad, porque, también siendo buenos, los hombres tienen derechos iguales en todo; fraternidad, o ruptura de todas las barreras entre individuos, familias, naciones, para unir al género humano abarcándolo todo en una sola República Universal.

En lo que toca a la religión, se organizó el culto de la naturaleza. Los humanistas del Renacimiento ya habían manifestado su deseo de hacerlo. Los protestantes no se habían atrevido a llevar la Reforma hasta allí. En cambio, nuestros revolucionarios sí lo intentaron.

No llegaron a este exceso en el primer intento. Comenzaron invitando al clero católico participar en sus fiestas.

Talleyrand preside el 14 de julio de 1790, la gran fiesta de la Federación, rodeado de 40 uniformados de la guardia nacional, portando sus banderas de bandas tricolores, orquestado por 1.800 músicos, y en presencia de 25.000 diputados y

400.000 espectadores. Pero pronto no quiso ya seguir estas exposiciones más "patrióticas" que religiosas: "no conviene, decía, que la religión aparezca en las fiestas públicas, lo religioso debe descartarse.

Descartado el culto nacional, era necesario buscar otro. Mirabeau propuso uno más abstracto: "el objeto de nuestras fiestas nacionales, dijo, debe ser solamente el culto de la libertad y el culto de la ley.

Eso pareció magro para algunos. Boissy-d'Anglas lamentó muy en alto el tiempo en que "las instituciones políticas y religiosas" se prestaban una mutua ayuda, donde "una religión brillante" se presentaba con dogmas que prometían "el placer y la felicidad", adornada con todas las ceremonias que afectan los sentidos, de las ficciones más alegres, de las ilusiones más suaves.

Sus deseos no tardaron en ser concedidos. Una nueva religión fue fundada, teniendo sus dogmas, sus sacerdotes, su domingo, sus santos. Dios fue sustituido por el Ser supremo y la diosa Razón, el culo católico por el culto de la naturaleza[1].

"El gran objetivo perseguido por la Revolución, decía Boissy-d'Anglas, es traer al hombre a la pureza, a la simplicidad de la naturaleza." Poetas, oradores, representantes de la Convención, no cesaban de hacer oír invocaciones a "la Naturaleza". Y el dictador Robespierre señalaba en estas palabras las tendencias, la voluntad de los innovadores: "Todas las sectas deben confundirse ellas mismas en la religión universal de la Naturaleza.[2]" Esto es lo que actualmente quiere la Alianza Israelí Universal, en esto trabaja, y tiene como misión de establecer en el mundo, haciéndolo, eso sí, con menos precipitación y con más conocimientos técnicos.

Nada podía responder mejor a las aspiraciones de los humanistas del Renacimiento. En la fiesta del 10 de agosto de 1793, una estatua de la Naturaleza fue levantada sobre la plaza de la Bastilla, y el presidente de la Convención, Hérault de Séchelles, le envió este homenaje oficial en nombre de Francia: "¡Soberana de los salvajes y de las naciones esclarecidas, oh Naturaleza! este pueblo inmenso, armado a los primeros rayos del día ante tu imagen, es digno de ti. Es libre, está en tu seno, está en tus fuentes consagradas, que recuperó sus derechos, que se regeneró.

---

[1] En la fiesta del Ser supremo, es la Naturaleza que recibió los homenajes de Robespierre y de los representantes de la nación. Ver *A la busqueda de una religión civil*, por el abad Sicard, p133-144. tomamos prestado a este libro los hechos que informamos aquí.

[2] Discours du 7 mai 1794.

Después de haber atravesado tantos siglos de errores y de servidumbre, era necesario volver a entrar en la simplicidad de tus vías para encontrar la libertad y la igualdad. Naturaleza, recibe la expresión del compromiso eterno de los franceses por tus leyes!"

El acta añade: "Tras finalizar esta especie de himno, solo rezado, después de los primeros siglos del género humano, dirigido a la Naturaleza por los representantes de una nación y por sus legisladores, el presidente ha bebido una copa, de forma antigua, de agua que brotaba del seno de la Naturaleza: hizo libaciones en torno de la Naturaleza, bebió de la copa y la presentó a los representantes del pueblo Francés." Como se ve, el culto es completo: rezo, sacrificio, comunión.

Con el culto, las instituciones. "Es por las instituciones, escribía el Ministro de Policía Duval, que se componen la opinión y la moralidad del pueblo[1]." Entre estas instituciones, la que se juzgó más necesaria para hacer olvidar al pueblo sus antiguas prácticas religiosas y hacerle aceptar las nuevas, fue la Década o domingo civil. Fue para esta creación que la República gastó más decretos y esfuerzos. A la Década, se añadieron posteriormente fiestas anuales: fiestas políticas, fiestas civiles, fiestas morales. Las fiestas políticas tenían por objeto, según Chénier, "consagrar los tiempos inmortales en que las diferentes tiranías fueron aplastadas bajo la liberación nacional, y los grandes avances de la razón, que cruzan Europa y llegan hasta los confines del mundo[2]." La fiesta republicana por excelencia era la del 21 de enero, porque se celebraba "el aniversario del justo castigo del último rey de los franceses". Estaba también la fiesta de la fundación de la República fijada el 1º vendémiaire. La gran fiesta nacional, resucitada en nuestros días, era la de la federación o juramento, fijada el 14 de julio.

Para la moral, estaba la fiesta de la juventud, la del matrimonio, la de la maternidad, la de los ancianos, y sobre todas, las de los derechos humanos. Otras fiestas fueron instituidas o celebradas, al menos decretadas o propuestas.

Como coronación, se inventó todo un calendario republicano basado en la agricultura. Fue la consagración solemne del nuevo culto, el culto de la Naturaleza.

[1] *Moniteur* des 9, 10 et 11 pluviôse, an VII.

[2] Discours de 5 novembre 1793. *Moniteur* du 8.

Era el resultado inevitable de las ideas que el Renacimiento había sembrado en los espíritus. La Reforma había intentado una realización tímida, imperfecta; se había limitado a envilecer el cristianismo; la Revolución lo destruyó tanto cuanto pudo, y sobre sus ruinas elevó altares a la Razón y a la Voluptuosidad.

Sabemos a dónde condujo el naturalismo que, en el pensamiento de sus promotores, debía exaltar la dignidad del hombre. Barbé-Marbois, en su informe al Consejo de Ministros, denunciaba la juventud escolar como "superando todos los límites, y hasta los que la propia naturaleza parece haber asignado a los desórdenes de la infancia." Y a la otra extremidad de la vida, todos los documentos del tiempo nos muestran los difuntos entregados a los "impuros sepultureros", las familias acostumbrándose a "considerar los restos de un esposo, de un padre, de un niño, de un hermano, de una hermana, de un amigo, como los de cualquier otro animal que muere." En 1800, el ciudadano Cambry, encargado por la Administración Central del Sena a informar sobre el estado de las sepulturas en París, no creyó poder publicarlo más que en latín, tanta vergüenza tenía de esos crueles entierros. A menudo los cuerpos estaban donde se enterraban los perros.

Todos aquellos que habían mantenido alguna honradez, se aterrorizaban del desorden de las costumbres que habían llegado a su clímax. Con la ruina de las costumbres y la abolición del culto cristiano, se unió la bancarrota y la miseria.

Tal fue el nacimiento de la llamada civilización moderna en su primera etapa. Por la cual somos actualmente llevados a un no mejor final.

La ruina, la miseria, el desorden moral, no podían durar y siempre agravarse. El clamor popular reclamaba el restablecimiento del culto católico. Éste no había jamás cesado de ser practicado frente al menosprecio de la vida. Los sacerdotes habían permanecido en medio del pueblo, y se exponían a todos los peligros para favorecer el ejercicio clandestino del santo ministerio.

En 1800, la obra de la restauración se imponía, todas las creaciones destinadas a sustituir al cristianismo habían caído en un descrédito absoluto y universal. Los Consejos generales debían unánimemente reconocerlo y declararlo[1]. Vino Napoleón. Si restableció los vínculos de la Iglesia de Francia con Pío VII, lo hizo adoptando medidas – por los artículos orgánicos, la institución de la Universidad, el

[1] Analyse des procès-verbaux des Conseils généraux des départements pour l'an VIII et l'an IX. Bibl. Nationale.

Código civil, etc., – con el fin de impedir que la civilización cristiana pudiera reanudar su total imperio sobre las almas y ser restaurada en las instituciones.

No hizo, sino, que encausar la revolución.

La Revolución pudo, de esta manera, reanudar su curso con una suerte de regularidad que pretende mantener hasta que venga el momento propicio para la inversión completa y esta vez definitiva, como ella cree, de la civilización cristiana y de todo lo que se construyó sobre Cristo, para establecer sobre las ruinas del orden sobrenatural, el reino del naturalismo, la deificación del hombre.

CAPITULO VI

LA REVOLUCION, UNA DE LAS EPOCAS DEL MUNDO

A principios del siglo XIX, se podía creer que la revolución Francesa había sido principalmente una revolución política y que una vez esta revolución fuere realizada, la sociedad iba a retornar a sus cimientos. Hoy en día ya no se puede más tener esta ilusión, incluso considerando la Revolución en su primer período. Como dijo Brunetière: "La grandeza de los acontecimientos y el desborde fue sobrepasada en todos los sentidos la mediocridad de los que creen o se creen sus autores. La desproporción entre la obra y sus obreros es extraordinaria. Una corriente más fuerte que ellos los impulsa, los arrastra, los hace rodar, los destruye… y continúa avanzando".

Cuando el duque de la Rochefoucaull-Liancourt despertó a Luis XVI para anunciarle la toma de la Bastilla, el rey preguntó: "¿es una rebelión?" El duque respondió: "no Sire, es una revolución". Lo que dijo no era suficiente, esta no era una revolución, sino que era LA REVOLUCIÓN que surgía.

Esto que apareció a primera vista en la Revolución, a esto que J. de Maestre vio y señaló a partir del día en que se puso a analizarla, y a esto que vemos en la actualidad con más evidencia aún, es el ANTICRISTIANISMO. La Revolución con-

siste esencialmente en la rebelión contra Cristo, e incluso la rebelión contra Dios, más bien, es la negación de Dios. Su objetivo supremo es sustraer al hombre y a la sociedad de lo sobrenatural. La palabra LIBERTAD, en boca de ella, no tiene otro significado: libertad para la naturaleza humana de ser ella sola, como Satán que quiso ser él solo, y eso, como lo explicaremos más adelante, a la instigación de Lucifer que quiere librarse de la supremacía que la superioridad de su naturaleza le daba sobre la naturaleza humana, que fue eliminada mediante la elevación del cristianismo al orden sobrenatural. Y por eso, J. de Maistre muy precisamente caracterizó la Revolución con la palabra "satánica".

"Seguramente, la Revolución Francesa no mostró en todo momento de su recorrido este aspecto; sin embargo, su carácter general no varió en ningún punto, desde su misma cuna demostró lo que en realidad era." "Hay en la Revolución un carácter satánico que la distingue de todo esto que se vio y de lo que se verá. Ella es satánica en su esencia[1]."

Pío IX, en 1849 dijo – ya recordaremos estas palabras – con más autoridad aún dijo: "La Revolución es inspirada por el mismo Satán; su objetivo es destruir por completo el edificio del cristianismo, y reconstruir sobre sus ruinas el orden social del paganismo."

Después de nuestros desastres de 1870-1871, M de Saint-Bonnet decía: "¡Francia trabaja desde hace un siglo en eliminar de todas sus instituciones a Aquél que a quien le debe Tolbiac, Poitiers, Bouvines y Denain, es decir, a Aquél a quien debe su territorio, su existencia! ¡Para señalarle todo su odio, para hacerle la injuria de expulsarlo de las murallas de nuestras ciudades, la secta excita, desde 1830, una persecución odiosa que acecha a este "Cristo que ama a los Francos", que se hizo "Hombre para salvar al hombre, que se hizo Pan para alimentarlo!" Y concluye: "¡Y Francia pide la causa de sus desdichas!"

A este odio a Cristo, que no se cría posible en el seno del cristianismo, se le suma la rebelión directa contra Dios[2].

[1] Obras completas de J. de Maestre, t. I, pp.51,52,55,303.

[2] En una de sus cartas a d'Alambert, Voltaire señala por su carácter especial a Damilaville de "odiar a Dios" y trabajar para hacerlo odiar. Sin duda para eso es que él escribía más frecuentemente y con más intimidad que a todos sus otros adeptos.

Después de la muerte de este infeliz, arruinado y separado de su mujer, Voltaire escribía al mismo: "Lamentaré toda mi vida a Damalaville. Me gustaba la intrepidez de su corazón. Tenía el entusiasmo de San Pablo (es

Hay razones para creer que esta rebelión contra Dios no ha podido tener lugar en el gran combate entre Lucifer y el Arcángel San Miguel.

Es necesario el espíritu limitado del hombre para rebelarse contra lo Infinito. A esto se le suma también la corrupción y la extrema bajeza a que el corazón humano puede llegar.

Lo que no se había visto lo vemos hoy, "La Revolución, es la lucha entre el hombre y Dios; quiere ser el triunfo del hombre sobre Dios." Esto es lo que declaran aquellos que dicen que actualmente se trata de saber si triunfará la Revolución o la Contra-Revolución.

Por eso, M. de Saint-Bonnet no dice nada más, él no dice quizás lo suficiente, cuando afirma que "el tiempo presente no puede compararse con la rebelión de los ángeles." Y por consiguiente, de Maestre, Bonald, Donoso Cortés, Blanc de Saint-Bonnet, entre otros, seguramente coinciden en decir: "El mundo no puede permanecer en este estado".

O estamos llegando al final del odio a Dios y a su Cristo levantado por el Anticristo, volviéndose más general y violento; o bien estamos en la víspera de la más grande misericordia que Dios haya ejercido en este mundo después de la Redención.

He aquí la situación en que estamos, he aquí lo que la Revolución creó, aquello que no ha dejado de ser desde los primeros días de la Revolución, bajo el imperio en el cual todavía estamos.

En 1796, dos años después de la caída de Robespierre, J. de Maestre escribía: "La Revolución no ha terminado, nada hace presagiar el fin. Ya produjo grandes males, y ella anuncia aún mayores[1].

A los espíritus superficiales, a los que en la víspera del día de la consagración de Napoleón, les parecía que todo iba a volver a ser estable en el nuevo orden de cosas, él escribía a M. Rossi (3 de noviembre de 1804): "se intentará hacer creer que

decir, tanto celo para destruir la religión, como San Pablo para establecerla): ERA UN HOMBRE NECESARIO."

[1] *Ibid.*, t. I, p. 406.

todo se perdió, pero él llevará las cosas a donde nadie espera… Todo anuncia una convulsión general del mundo político[1].

En el apogeo de la epopeya napoleónica decía. "¡Nunca el universo había visto una cosa igual! ¿Y qué nos queda por ver? ¡Ah, distamos mucho del último acto o de la última escena de esta tragedia!" "Nada anuncia el final de la catástrofe, y todo anuncia, que por el contrario ella todavía debe durar[2]." Fue en 1806 que él formulaba este pronóstico. Al año siguiente, invitaba a Rossi a hacer con él esta observación: "¿Cuántas veces, desde el origen de esta terrible Revolución, tuvimos todas las razones del mundo para decir: Acta est jabula? Y sin embargo la obra continúa… Es tan cierto que *la sabiduría consiste en saber prever de una mirada firme la época en que estamos, es decir,* UNA DE LAS MAYORES EPOCAS DE UNIVERSO; desde la invasión de los bárbaros y la renovación de la sociedad en Europa, nada igual ha sido visto en el mundo; se necesita tiempo para similares operaciones, y repugna también creer que el mal pueda no tener un final o que pueda terminar mañana… El mundo político está absolutamente trastornado, hasta en sus fundamentos, ni la generación actual, ni probablemente aquella que la sucederá, podrá ver la realización de todo lo que se está preparando… Tenemos quizás dos siglos… Cuando pienso en todo lo que le deberá suceder aún a Europa y al mundo, me parece que la Revolución recién comienza[3]."

Vino la Restauración de los Bourbons. Nunca había dejado de anunciar, con una seguridad imperturbable, a pesar del advenimiento del Imperio, la consagración de Bonaparte y la constante marcha triunfante de Napoleón a través de Europa, que el rey volvería de nuevo. Su profecía de realizó; vuelve a ver a los Bourbons sobre el trono de sus padres y dice: lo cierto, *no sé quién*, anuncia que NADA ha terminado." "La cima de la desdicha para los franceses sería creer que la Revolución ha terminado y que la columna que la reemplaza porque ella está señalada. Es necesario creer, al contrario, que el espíritu revolucionario es sin comparación más fuerte y más peligroso que lo que era hace pocos años. ¿Qué puede hacer el rey cuando se apagan las luces de su pueblo?[4]" "Nada es estable aún, y se ven por

[1] *Oeuvres completes de J. de Maistre*, t. IX, pp. 250-252.

[2] *Ibid.*, t. X, pp. 107-150.

[3] *Ibid.*, t. XI, p. 284.

[4] *Oeuvres completes de J. de Maistre*, t. II. Du Pape.

todos lados las semillas de las desdichas[1]" "El estado actual de Europa (1819) es horroroso; el de Francia en particular es inconcebible. La Revolución sigue sin duda de pie, y no solamente está de pie, ella marcha, corre, avanza. La única diferencia que percibo entre este tiempo y el del *gran* Robespierre, es que entonces las cabezas caían y que hoy vuelven. Es infinitamente probable que los franceses aún nos darán una tragedia[2]."

¿Esta nueva tragedia no se nos anuncia como próxima?

Lo que le daba a J. de Maestre esta seguridad a lo que decía, es que había sabido elevar su mirada sobre los hechos revolucionarios de los cuales era testigo hasta sus causas principales.

"Desde los tiempos de la Reforma, decía él, incluso desde la de Wiclef, existió en Europa un cierto espíritu terrible e invariable que trabajó sin descanso en invertir las monarquías europeas y el cristianismo… Bajo este espíritu destructivo vinieron a juntarse todos los sistemas antisociales y anticristianos que aparecieron en nuestros días: el calvinismo, el jansenismo, el filosofismo, el iluminismo, etc. (añadámosle: liberalismo, internacionalismo, modernismo); todo esto hace que sea considerado como una sola secta que juró la destrucción del cristianismo y la de todos los tronos cristianos, pero sobre todo, la casa de los Bourbon y la Sede de Roma.[3]"

No sólo de Maestre veía la Revolución tener, en el tiempo, una base que se extiende sobre cuatro siglos, mas la veía en el espacio llegar a todos los pueblos.

En el encabezado de una Memoria dirigida en 1809 a su soberano, Víctor Manuel I, decía: "Hay algo que es evidente, es la inmensa base que la actual revolución tiene esparcida por todo el mundo[4]."

"Las cosas se arreglarán por una convulsión general del globo"

---

[1] *Ibid.*, t. XIII, pp. 133-188.

[2] *Ibid.*, t. XIV, p. 156.

[3] *Oeuvres completes de J. de Maistre*, t. VII, p. 312.

[4] *Ibid.*, t. XI, p. 323.

"Esta es una de las mayores épocas del universo", decía sin cesar, viendo a la Revolución con tan grandes preliminares y una tan grande superficie. Añadía: "¡Desdichadas las generaciones que asisten a las épocas del mundo[1]!"

"La revolución Francesa es una gran época del mundo, y sus consecuencias en todos sus formas se harán sentir más allá del tiempo de su explosión y los límites de su inicio[2]." "Mientras más examino lo que pasa, más me persuado de que asistimos a una de las más grandes épocas del género humano[3]." "El mundo está en un estado de parto."

Estado de parto, esto es lo que hace que un espacio de tiempo sea una época. Fue en la época del diluvio, que parió la nueva generación de hombres, en la época de Moisés que parió al pueblo electo, la época de Cristo que parió al pueblo cristiano.

La época de la Revolución, es la época del antagonismo más agudo entre la civilización cristiana y la civilización pagana, entre el naturalismo y lo sobrenatural, entre Cristo y Satanás.

¿Cómo será el fin de la lucha? Lucifer y los suyos piensan en que triunfarán. Los judíos dicen que será la venida de su Mesías, que el reino del Anticristo está cerca, y que ese reino abrirá, para su beneficio, la más grande época del mundo.

Esperamos que nuestros lectores, después de haber leído este libro, compartirán nuestra convicción que es muy opuesta. La derrota de la Revolución inaugurará el reino social de Nuestro Señor Jesucristo sobre el género humano que formará un único rebaño bajo un único Pastor.

---

[1] *Ibid.*, t. VIII, p. 237.

[2] *Oeuvres completes de J. de Maistre*, t. I, p. 26.

[3] *Ibid.*, t. IX, p. 358.

CAPITULO VII

QUÉ HACE Y QUÉ DICE DE NUESTROS DÍAS LA REVOLUCIÓN

Waldeck-Rousseau, en su discurso sobre la discusión de la ley de las asociaciones del 28 de octubre de 1900 en Toulouse, planteó en estos términos la atención que tenía pendiente a Francia y al mundo entero sobre lo que sucedía en el país:

"En este país, cuya unidad moral, su fuerza y su grandeza, que se forjó a través de los siglos, crecen sin conocerse dos juventudes – separadas menos por su condición social que por la educación que reciben – que un día se encontrarán y no se reconocerán con el riesgo de no comprenderse. Poco a poco se han ido formando dos sociedades diferentes – una, cada vez más democrática, arrastrada por la corriente de la Revolución; y otra, cada vez más imbuida de las doctrinas que se creían no habían sobrevivido al gran movimiento del siglo XVIII – destinadas un día a chocar."

Lo constatado en las palabras de Waldeck-Rousseau es verdadero. Hay en efecto en nuestra Francia, no sólo dos juventudes, sino que dos sociedades. Ellas no advierten este choque futuro, que tomará algún tiempo en producirse. Esta división del país se remonta más atrás en el tiempo que lo que le asigna Waldeck-Rousseau, más allá del siglo XVIII. Ya se veía surgir en el siglo XVI, en los grandes esfuerzos que hicieron los protestantes en construir una nación dentro de la nación.

Para encontrar la unidad moral, que a través de los siglos formó la fuerza y la grandeza de nuestra patria, y que Waldeck-Rousseau lamenta, es necesario remontarse aún más lejos. Fue con el Renacimiento que comenzó la división ideológica y moral, continuando cristiana en unos, y volviendo al paganismo en otros. Pero después de más de cuatro siglos, el espíritu del Renacimiento no ha podido aún triunfar sobre el espíritu del cristianismo y rehacer en sentido opuesto la unidad moral del país. Ni las violencias, perfidias y traiciones de la Reforma; ni la corrupción de los espíritus y de los corazones emprendida por el Filosofismo; ni las confiscaciones, los exilios y masacres de la Revolución, pudieron acabar con las doctrinas y las virtudes con que el cristianismo empapó el alma francesa durante catorce siglos. Napoleón vio siempre este espíritu cristiano de pie sobre las ruinas amontonadas por el terror revolucionario, y no encontró nada mejor que dejarlas vivir, negándole, no obstante, los medios para restaurar plenamente la civilización cristiana. Por lo tanto, a pesar de diversas las vicisitudes, este conflicto señalado por Waldeck-Rousseau, se mantuvo no tanto por la diversidad de las clases sociales sino que más bien por las educacionales: la educación universitaria fundada por Napoleón y la educación cristiana que se mantuvo en la enseñanza libre.

Siempre la Iglesia ha sido firme en su enseñanza de que la verdadera civilización es la que corresponde a la verdadera condición del hombre, y esa es la que responde al destino dado por Dios y al cual el Redentor volvió posible; por lo tanto, la sociedad debe constituirse y gobernarse de manera tal, que favorezca todos los esfuerzos hacia la santidad.

Y la Revolución, en cambio, siempre continúa diciendo que el hombre sólo tiene un fin terrenal, y que la inteligencia sólo está para satisfacer sus apetitos; y que por lo tanto, la sociedad debe estar organizada de tal suerte, que el hombre obtenga la mayor suma posible de satisfacciones mundanas y placeres carnales.

Esto no es solo una división, sino que es un conflicto; conflicto que se hizo patente desde el Renacimiento, pero un conflicto sordo que viene desde los orígenes del cristianismo; desde el día en que la Iglesia se esforzó en propagar la verdadera civilización se encontró en frente de sí con la resistencia de los malos instintos de la naturaleza humana.

"Tenemos que ponerle fin a esto, decía Raoult Rigault, llevemos a los rehenes al paredón para ejecutarlos, ya son dieciocho siglos, es la hora de terminar con esto". ¡Hay que ponerle fin! Esta era el lema del Terror[1], era la voz de la Comuna[2]. Es la voz de Waldeck-Rousseau. Ambas juventudes, ambas sociedades deberían enfrentarse en un conflicto supremo; una arrastrada por la avasalladora corriente de la Revolución, la otra impulsada y sostenida por el soplo del Espíritu Santo contra las olas revolucionarias.

Es necesario el triunfo de uno sobre el otro.

Sabemos por experiencia, que la secta de Waldeck-Rousseau ha empleado a sus agentes para lograr sus objetivos, aunque con medios menos sanguinarios que los de 1793, porque los considera más eficaces.

La primera de esas medidas, fue la aniquilación de las congregaciones religiosas. Waldeck-Rousseau, en el discurso de Toulouse, explicó en estos términos la razón de darle prioridad a la ley contra las congregaciones religiosas: "Este hecho (la coexistencia de dos juventudes, de dos sociedades) no se explica por el libre juego de las opiniones: este supone un *sustrato* de influencias que antes estaban ocultas pero que ahora son más visibles, es un poder que ya no es oculto, y que constituye dentro del Estado una potencia (un poder) rival". Este sustrato de influencias, esta potencia rival, que Waldeck-Rousseau denunció, se encontraban según él, en las congregaciones religiosas. "Esta, decía, es una situación intolerable

[1] El **Reinado del Terror**, que también se conoce sencillamente como *El Terror*, abarcó un período de la historia de la Revolución Francesa de 1793 a 1794. El Terror estaba "caracterizado por la brutal represión de los revolucionarios mediante el recurso al terrorismo de Estado". Este período transcurrió bajo la égida del Comité de Salvación Pública, cuerpo colegiado de doce integrantes encabezado por Maximilien Robespierre, quien señalaría: "*El terror no es más que la justicia rápida, severa, inflexible*".

[2] La **Comuna de París**, fue un breve gobierno popular que gobernó París del 18 de Marzo al 28 de Mayo de 1871. Marx la describe como una vindicación de los ideales socialistas, Bakunin dice que al no depender ella de una vanguardia y al no haberle tomado el poder al Estado o intentado crear un estado revolucionario, la comuna era anarquista. En un sentido formal, la Comuna de París de 1871 fue simplemente la autoridad municipal que ejerció el poder en esa ciudad durante los dos primeros meses de la primavera de 1871.

y todas las medidas administrativas utilizadas hasta ahora han sido incapaces de eliminar. Todos los esfuerzos serán inútiles mientras no haya una legislación racional, eficiente, que reemplace a tanta legislación ilógica, arbitraria e ineficaz".

Esta legislación eficaz, Waldeck-Rousseau, nos la obtuvo con el apoyo del Parlamento. Esta ley de asociaciones fue largamente estudiada y preparada en las logias para lograr sus objetivos; ha sido aprobada y promulgada sin trabas en todos sus puntos, y perfeccionada posteriormente con un conjunto de órdenes, decretos y medidas que parecen ya no dejar más en Francia un refugio para la vida monástica y la enseñanza religiosa.

Sin embargo, la aniquilación de las congregaciones no es el punto final del conflicto. Waldeck-Rousseau lo sabe muy bien. Puso mucho cuidado en decir que la "ley de asociaciones es sólo el punto de partida". Y supongamos que las congregaciones religiosas no tuviesen ninguna esperanza en ser restablecidas: sería ingenuo pensar que el cristianismo se acabaría con ello. Detrás de sus batallones está la Santa Iglesia Católica. La Iglesia enseña, no sólo a las congregaciones, sino a todos los cristianos y a todos los hombres: "El fin último no está aquí abajo; deben aspirar hacia lo alto". Es a Ella cuando Waldeck-Rousseau re refiere a ese *sustrato* de influencias que no ha dejado de actuar desde hace dieciocho siglos. Es a Ella a quien se debe eliminar para matar los ideales cristianos[1]. Waldeck-Rousseau sabe, y es esa la razón por la que presentó la ley como siendo apenas el punto de partida.

"La ley de asociaciones es, a nuestro juicio, el punto de partida de la mayor y más libre evolución social, y también la garantía indispensable de las prerrogativas más necesarias de la sociedad moderna".

Una EVOLUCIÓN SOCIAL. Aquí es donde Waldeck-Rousseau reconoce la intención de la ley propuesta a la aprobación del Parlamento, y que ahora está vigente.

La buscada evolución social que vemos en todo este proceso, dejaría sin esperanza de retorno a las vías de la civilización cristiana, y sería el camino para la instauración de la civilización pagana.

[1] El 12 de julio de 1909, Clemenceau dijo en la tribuna: "Nada habremos hecho en este país hasta que no logremos cambiar la mentalidad que introdujo la autoridad católica".

¿Cómo se puede entender que la destrucción de las congregaciones religiosas sea el punto de partida para todo este proceso?

¡Ah! Esto se debe a que la mera presencia de los religiosos en medio de la sociedad constituye una continua predicación cristiana para no perder de vista cuál es el fin último del hombre, el objetivo principal de la sociedad y la naturaleza de lo que debe ser la verdadera civilización. Ya con el sólo hecho de vestir un traje especial en medio del mundo, le dicen a las multitudes de que somos creados para el cielo y que en la búsqueda de ese fin debemos emplear nuestros esfuerzos. A esta predicación silenciosa se añade la de sus obras, para cuya dedicación no requieren de recompensa aquí en la tierra y cuyo desinterés nos enseña que existe una recompensa mucho mayor que todos deben ambicionar. Al fin y al cabo su enseñanza en las escuelas y en los púlpitos no cesa de extenderse en las almas de los niños, para crecer en los corazones de los adultos, propagando en todas las direcciones, la fe en los bienes eternos. Nada que se oponga más directamente y más eficazmente al restablecimiento del orden social pagano. No hay nada que necesite de una más inmediata desaparición, para la resurrección de ese proyecto (restablecimiento del orden social pagano) buscado desde hace cuatro siglos[1]. Cuanto mayor sea el tiempo de permanencia de los religiosos, cuanto más actúen, cuanto más enseñen, hay y habrá no solamente dos juventudes, sino que dos Francia, la Francia católica y la Francia masónica, teniendo cada una un ideal diferente e incluso opuesto, luchando entre sí y buscando su propio triunfo. Y como la masonería y el catolicismo, se extienden por el mundo entero, en todas partes las dos ciudades estarán involucradas, en todo tiempo y lugar en la misma batalla. Por todas partes se le ha declarado la guerra a las órdenes religiosas, y el lema en todo el mundo es

[1] En el siglo XV como en el día de hoy, los monjes fueron atacados por los humanistas del Renacimiento, porque representaban el ideal cristiano de la renuncia. Los humanistas impulsaron el individualismo hasta el egoísmo; por el voto de obediencia y pobreza, los monjes lo combatieron y lo suprimieron. Los humanistas exaltaron el orgullo del espíritu; los monjes exaltaron la humildad y la renuncia voluntaria. Los humanistas glorificaban la riqueza; los monjes hacían voto de pobreza. Los humanistas, en fin, legitimaban el placer sensual; los monjes mortificaban la carne por la penitencia y la castidad. El Renacimiento pagano sintió muy bien esta oposición que azuzó contra las órdenes religiosas con tanto odio como los sectarios modernos.

Mientras más rigurosa era una observancia religiosa, más excitaba la cólera del humanismo. (*L'Eglise et les Origines de la Renaissance*, par Jean Guéraud, page 305)

Los enciclopedistas tenían respecto a las Órdenes religiosas los mismos sentimientos que los humanistas.

El 24 de marzo de 1767, Federico II, rey de Prusia, escribió a Voltaire: "He observado, y otros lo han hecho como yo, que el pueblo es el que más ciegamente está comprometido con la superstición (el cristianismo). No cabe duda de que si tenemos éxito en la destrucción de estos asilos de fanatismo, el pueblo se convertirá en un foco de indiferencia y tibieza frente a estos objetos que actualmente son de su veneración. Procedamos a destruir los claustros, al menos empecemos a reducir su número…"

ir a la caza de ellas, de destruirlas. Son las leyes, los decretos que la francmasonería ha promulgado contra ellas, en todos los países, no sólo en el siglo XIX.

Pero la destrucción de la vida monástica no es ni puede ser, como dice Waldeck-Rousseau, sino que "el punto de partida". Después de los religiosos quedan los sacerdotes, y si los sacerdotes se dispersan, continuará la Iglesia, como en los tiempos de las catacumbas, manteniendo la fe en un cierto número de familias y en cierto número de corazones, en un momento para otro, la fe atraerá a los sacerdotes y a los religiosos, como lo hizo en 1800.

Pero tiene que haber algo más.

En primer lugar, acabar sometiendo a la Iglesia, para luego, destruirla. Se intenta primero someterla por "la aplicación estricta del Concordato"; y luego, destruirla por la ley de separación de la Iglesia y del Estado.

CAPITULO VIII

PARA DONDE SE ENCAMINA LA CIVILIZACION MODERNA

Es necesario destruir la Iglesia para asegurar el triunfo de la civilización moderna[1], es lo que el Sr. Waldeck-Rousseau ha dado a entender en su discurso en Toulouse. Es lo que el Sr. Viviani dijo descaradamente, el 15 de enero de 1901, de lo alto de la tribuna:

"Somos responsables de preservar de cualquier ataque el patrimonio de la Revolución… Tenemos en nuestras manos, además de las tradiciones republicanas, las tradiciones francesas que representan *siglos de lucha donde, poco a poco, el espíritu laico ha ido ganando dominio sobre la sociedad religiosa*… no estamos solamente enfrentados cara a cara contra las congregaciones, *nosotros estamos enfrentados cara a cara con la Iglesia Católica*… ¿No es verdad que por encima de este combate, un día se enfrentarán en este conflicto formidable, el poder espiritual y el poder temporal y se disputarán sus prerrogativas soberanas, intentando ganar las conciencias con el fin de liderar el destino de la humanidad?

"Como dije en el comienzo, ¿creen que esta ley nos conducirá a la batalla final? ¡Pero las batallas del pasado no son más que una escaramuza en vista de la batalla futura! La verdad, es que aquí se enfrentan, según la bella expresión del Sr. de Mun en 1878, la sociedad fundada sobre la voluntad del hombre y la sociedad fundada sobre la voluntad de Dios. La cuestión es saber si, en esta batalla, una ley sobre las Asociaciones será suficiente. *Las Congregaciones y la Iglesia no nos amenazan solamente por sus acciones,* SINO POR LA PROPAGACIÓN DE LA FE… No temáis las batallas que se os presentan, continuad, y si os encontráis enfrente de esta religión divina que poetiza el sufrimiento prometiendo recompensas futuras, *oponedle la religión de la humanidad* ya que, ella también, poetiza el sufrimiento y ofrece como recompensa, la felicidad de las generaciones presentes."

Esta es claramente la cuestión.

Estas palabras interpretan menos los pensamientos personales del Sr. Viviani que los que tiene la secta anticristiana. Ella, después de siglos de lucha contra la

[1] Nota nuestra: insistimos en recordar que el autor al referirse a "*civilización moderna*" no se refiere al verdadero progreso de la civilización, sino que a la civilización neo-pagana reiniciada con el Renacimiento, el protestantismo, seguida de la Revolución Francesa, el liberalismo, socialismo, comunismo, globalización, etc. que tienen como único fin la vida terrena y los goces de los bienes de este mundo. Civilización ésta, completamente contraria a la verdadera civilización que es la civilización Cristiana la que se sustenta en las verdades sobrenaturales reveladas por Dios. (ver el ensayo *Revolución y Contra-Revolución*, de Plinio Corrêa de Oliveira, www.r-cr.blogspot.com y la Encíclica *Inmortale Dei* de León XIII)

Iglesia Católica, se jacta de que poco a poco el espíritu laico ha ido ganando dominio sobre la sociedad religiosa: ella sabe que, en los esfuerzos realizados para destruir a las congregaciones, ella se involucró en no apenas una escaramuza, y que, para asegurar un triunfo definitivo, ella deberá librar nuevas y numerosas batallas más.

El Sr. Viviani declaró por sí mismo que, en la batalla actual, se busca en primer lugar "la defensa de la República", y en segundo lugar la aceptación de una forma de gobierno. Esto es: "que el espíritu laico gane dominio sobre la sociedad religiosa", "liderar el destino de la humanidad", "y destruir la sociedad fundada sobre la voluntad de Dios, para construir una nueva sociedad fundada sobre la voluntad del hombre[1]".

Esa es la razón de por qué de esta guerra declarada a las congregaciones es para ellos un compromiso. La verdadera batalla es la que se traba entre la Iglesia católica y el Templo masónico, es decir, entre la Iglesia de Dios y la Iglesia de Satán, conflicto formidable, del que depende la suerte de la humanidad. Siempre que la Iglesia esté de pié, Ella propagará la Fe, Ella pondrá en el corazón de los que sufren – y ¿quién no sufre? – las esperanzas eternas. Será sobre sus ruinas que se podrá edificar "la religión de la humanidad", que promete la felicidad en esta tierra.

---

[1] Es la consigna levantada por Gambetta: "*¡El clericalismo, ese es el enemigo!*". La República de centro derecha, inaugurada con el septenio del mariscal Mac-Mahon, fue bien pronto eclipsada por una República de centro izquierda. Buffet fue reemplazado como jefe del ministerio por Dufaure, que dimitió cansado de tener siempre que resistir a las exigencias de los radicales. Mac-Mahon llamó entonces a la izquierda al poder, en la persona de Jules Simon que hizo a la extrema izquierda, las concesiones que Dufaure hizo a la izquierda y Buffet a la centro-izquierda. Mac-Mahon quiso entonces retomar el camino. El 16 de mayo escribió a J. Simon una carta que éste interpretó como una exigencia de dimisión. En seguida, el presidente dio instrucciones a Broglie de formar un Gabinete, y, el 18 de mayo, envió a la Cámara un mensaje donde, después de haber explicado su conducta, lo suspendió por un mes, en conformidad al artículo 24 de la Constitución.

Durante la suspensión, el 1 de junio de 1877, Gambetta recibió una delegación de las juventudes de las escuelas de Derecho, de Medicina, etc., y les pronunció un discurso que nunca debiera ser olvidado, porque ninguno muestra con más claridad, el carácter de la actual lucha en el último cuarto de siglo: "*Nosotros tenemos, dijo, que combatir por la forma de gobierno, para la integridad de la Constitución* LA LUCHA ES MÁS PROFUNDA*; esta lucha es contra todo lo que queda del viejo mundo,* ENTRE LOS AGENTES DE LA TEOCRACIA ROMANA Y LOS HIJOS DEL '89."

El inglés Bodley, después de una larga investigación en Francia, publicó bajo el título: FRANCIA*, Ensayo sobre la Historia y el Funcionamiento de las Instituciones políticas francesas*. En la página 201 reproduce estas palabras de Gambetta:

Con el grito de guerra "El clericalismo es el enemigo" Gambetta declaró en la tribuna en 1876 que él sostiene lo que decía Peyrat. Peyrat, en efecto, había escrito, en los días del imperio en *L'Opinion nationale*, esta frase: "¡El catolicismo es el enemigo!". Sustituyendo la palabra catolicismo por clericalismo, Gambetta recurría a la hipocresía tan familiar a los francmasones.

La siguiente discusión, tanto en el Senado como en la Cámara, no hizo sino que acentuar la importancia de estas declaraciones. Aquellas breves citas del Sr. Waldeck-Rousseau y Viviani muestran bien el significado de lo que vinimos diciendo.

El Sr. Jacques Piou dijo: "Lo que quieren los socialistas, el Sr. Viviani lo dijo el otro día sin rodeos: Es quitarles las conciencias al poder espiritual y conquistar el destino de la humanidad." El orador fue interrumpido por un miembro de la izquierda que le gritó: "No son solamente los socialistas que lo quieren, son todos los republicanos."

El Sr. Piou no lo contradijo. Dio lectura de un discurso en el que el Sr. Bourgeois había dicho: "Desde que el pensamiento francés fue liberado, desde que el espíritu de la Reforma, de la Filosofía y de la Revolución han entrado en las instituciones de Francia, el clericalismo es el enemigo". Bourgeois interrumpió; Piou replicó: "La cita que hago es exacta, y el Sr. Bourgeois la mantiene toda entera. Él la mantiene porque refleja el fondo de su pensamiento, ella explica su entusiasmo para apoyar la ley sobre las asociaciones, ya que la ley de las asociaciones es la victoria del espíritu de la Revolución, de la Filosofía y de la Reforma sobre lo que afirma la doctrina católica."

En la sesión del 22 de enero, el Sr. Lasies colocó en su verdadera dimensión la cuestión en estos términos: "Hay dos frases, yo diría que dos posturas que dominan todo este debate. La primera frase fue pronunciada por nuestro honorable colega el Sr. Vivani. Dijo él: "¡Guerra al catolicismo!" Yo me levanté y le respondí: "¡Gracias por su franqueza!" La otra frase fue pronunciada por el honorable Sr. Léon Bourgeois. A instancias del Sr. Piou, Bourgeois reiteró que el objetivo perseguido por sus camaradas, es reemplazar el espíritu de la Iglesia, es decir, el espíritu del catolicismo, por el espíritu de la Reforma, el espíritu de la Revolución y el espíritu de la Razón. Estas palabras son las que se ciernen sobre el debate, son ellas que las dominan, y yo quiero enfrentarlas de frente, porque esta es toda la cuestión, despejadas de subterfugios de lenguaje y de discusiones hipócritas."

El 11 de marzo, el Sr. C. Pelletan declaró también que la lucha actual se relaciona con el gran conflicto trabado entre *los derechos del hombre* y *los derechos de Dios*. Este es el conflicto que se cierne sobre todo este debate."

El 28 de junio, al término de la discusión, el Sr. Abad Gayraud creyó que era un deber antes de la votación, recordar a los diputados lo que ellos irían a hacer, sobre lo que ellos se iban a pronunciar. "La ley que ustedes van a votar no es una ley de apaciguamiento y de pacificación. Se engañaría al país con estas palabras. Esta es una ley contra la Iglesia Católica. El Sr. Viviani dio a conocer el contenido del proyecto, cuando *él declaró en la cámara la guerra a la FE católica*."

El Sr. de Mun cumplió con el mismo deber: "Nadie ha olvidado el memorable discurso del Sr. Viviani que sigue siendo, a pesar de la abundancia de los discursos y de los anuncios, el mejor entendido por todos. El Sr. Viviani ve en la ley el principio de la guerra contra la Iglesia Católica, como siendo el alfa y el omega de su decisión... En el informe que *l'Officiel* ha publicado esta mañana y que hemos tenido que leer a toda prisa, el honorable Sr. Trouillot dice que la ley de las asociaciones es el preludio de la separación de la Iglesia y el Estado, lo cual deberá ser el corolario indispensable sobre una ley general sobre la policía de cultos. La Cámara y el país están, por lo tanto, advertidos. Es la guerra abierta declarada a la Iglesia Católica. Porque esta ley general sobre la policía de cultos serán un conjunto de requisitos con la finalidad de impedir, por todos los medios posibles, el ejercicio del culto."

El Sr. Viviani subió a la tribuna para confirmar la amenaza de Trouillot, que no fue más que repetir lo que en otro momento habían dicho muchos ministros sobre ella: "En el curso de las reuniones durante las cuales el partido Republicano había sido el líder del actual proyecto, por incompleta e imperfecta que sea la fórmula jurídica, nosotros hemos adherido a ella plenamente, con el objetivo bien firme de fortalecerla en el futuro con otras nuevas medidas." (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aclamó la extrema izquierda*).

¿Cómo deberían ser estas medidas? ¿A qué deberían tender? Viviani lo ha dicho: "Sustituir la religión Católica por la religión de la humanidad", o según la

fórmula de Bourgeois, "dar al espíritu de la Revolución, de la Filosofía[1] y de la Reforma, la victoria sobre la doctrina católica": la doctrina católica sostiene que el fin del hombre va más allá de este mundo y de la vida presente, en cambio el espíritu de la Filosofía y de la Revolución limita los horizontes de la humanidad a la vida animal y terrenal.

Si estas frases que hemos citado hubiesen sido pronunciadas en un club o en una logia, ellas merecerían examinarse en razón de su gravedad. Pero ellas han sido pronunciadas en la Cámara, y repetidas nuevamente por un intervalo de casi seis meses, aplaudidas por la mayoría de los representantes del pueblo, y finalmente sancionadas por una ley hecha con el espíritu que ellas manifiestan, esto es sin duda un serio tema para ser meditado.

Viviani ha dicho: "No estamos solamente en presencia de las Congregaciones, estamos enfrentados cara a cara con la Iglesia Católica, para combatirla, para librar contra ella una guerra de EXTERMINIO."

Hace mucho tiempo que este pensamiento obsesiona las mentes de los enemigos de Dios. Hace mucho tiempo que ellos se animan para exterminar a la Iglesia.

En una carta escrita el 25 de febrero de 1758, Voltaire decía: "Veinte años más y Dios será un bello juguete." Hérauld, el teniente de policía que le reprochaba su impiedad le decía: "Usted considera bello lo que hace, lo que escribe, pero usted no podrá destruir la religión cristiana", Voltaire le respondió: "Eso lo veremos[2]."

Lo mismo se podría decir hoy, por más que se sientan seguros de que esta vez hayan tomado las mejores medidas en su contra.

---

[1] Nota nuestra: La Filosofía debe entenderse al movimiento filosófico "*moderno*" que es muy distinto a la filosofía verdadera y que la Iglesia ha adoptado como el método más seguro para enriquecer el conocimiento humano. La filosofía de la Iglesia es la que se conoce con el nombre de Escolástica, cuyo método fue primeramente desarrollado por Aristóteles y posteriormente enriquecida y perfeccionada por Santo Tomás de Aquino. La filosofía escolástica toma como punto de partida la observación de la realidad, esto es, la certeza, en otras palabras, está construida por datos ciertos y reales, y por lo mismo fuera del sujeto del conocimiento. La filosofía moderna, en cambio, no cree en la certidumbre y construye todo su sistema en base a lo que se llama subjetivismo inmanente, esto es, la persona o el sujeto del conocimiento no cree en la realidad objetiva de las cosas, sino que lo único realmente verdadero es la existencia del pensamiento y en base a eso, se han inventado los sistemas filosóficos "*modernos*". Sus representantes modernos más conocidos son: Descartes, Hume, Kant, Hegel, entre muchísimos otros.

[2] Condorcet, *Vie de Voltaire*.

El 15 de enero de 1881, el *Journal de Génève* publicó una conversación de su corresponsal en París con uno de los mayores líderes de la francmasonería que, al igual que en nuestros días, dominaban la Cámara de Diputados. Le decía: "En el fondo de todo esto (de todas estas leyes promulgadas sucesivamente), hay una inspiración dominante, un plan fijo y metódico, que se lleva a cabo más o menos en orden, con retraso, pero siguiendo una lógica invencible. Lo que hacemos, es poner bajo estado de sito al catolicismo romano, apoyándonos en el Concordato. Queremos hacerle capitular y vencerlo. Sabemos en donde están sus fuerzas vivas, es sobre ellas donde queremos atacar."

En la *Semaine religieuse* de Cambrai, en su ejemplar del 23 de enero de 1886, se nos informaba que en Lille había dicho: "Perseguiremos sin misericordia al clero y a todo lo que se relacione con la religión. Emplearemos contra el catolicismo medidas que todavía ni siquiera existen. Utilizaremos todo nuestro ingenio para hacerlo desaparecer de este mundo. Y si a pesar de todo resiste a esta *guerra científica*, yo seré el primero en confesar que es una institución divina."

El Sr. G. de Pascal escribió en la *Revue catholique et royaliste* de marzo de 1908 lo siguiente:

"Hace muchos años, el cardenal Mermillod me contó una anécdota que ilustra bien la situación, cuando él todavía residía en Ginebra: el ilustre prelado veía cada cierto tiempo al príncipe Jerónimo Bonaparte que habitaba la tierra de Prangins. El príncipe revolucionario disfrutaba mucho de las conversaciones espirituales con el prelado. Un día le dijo: "Yo no soy amigo de la Iglesia Católica, no creo en su origen divino, pero cuando me entero de lo que se está haciendo en contra de Ella, los admirables esfuerzos ejecutados en contra de su existencia; si Ella resiste a estos asaltos, yo me veré obligado a confesar que hay cualquier cosa que supera lo humano."

En junio de 1903, la *Vérité Française* informa que el Sr. Ribot, en una conversación íntima, le había dicho: "Yo sé lo que se está preparando, conozco en detalle los hilos de esta amplia red que está siendo tendida. Ahora bien, si la Iglesia romana se escapa esta vez en Francia, este será un milagro que brillará ante mis ojos y me haré católico como usted."[1]

---

[1] Ribot dijo en la sesión del 8 de noviembre de 1909 en el Senado: "*Mantendremos la escuela laica como un instrumento necesario de progreso y civilización.*" Al hablar en esos términos, Ribot no se expresa solamente como un iniciado, sino que manifiesta que existe un complot.

Este milagro, se ha visto en el pasado y se verá en el futuro. Los Jacobinos podrán creerse seguros, incluso con más éxito que nuestros libres-pensadores, que tuvieron que reconocer que estaban equivocados… y sin embargo no se convirtieron. "He visto, dice Barruel en sus *Memorias*, a Cerutti tratar insolentemente al Nuncio de Pío VI, con una alegría impía y sonrisa lastimera, diciéndole: "Cuide bien a su Papa; protéjalo bien, y embalsámelo bien después de su muerte, porque, le advierto, puede estar cierto de esto, no tendréis ningún otro." Este supuesto profeta no adivinaba, continua Barruel, que se presentaría delante de Dios antes que Pío VI, y que Dios, a pesar de las tempestades del jacobinismo, a pesar de tantas otras, estará con Pedro y su Iglesia hasta el fin de los siglos.

Viviani dice que si la masonería quiere destruir la Iglesia, será con el fin de sustituir la religión de Cristo por la religión de la humanidad.

Establecer una nueva religión, la "religión de la humanidad", es, en efecto, lo veremos, la meta que se ha propuesto la masonería al dirigir el movimiento iniciado en el Renacimiento: la liberación de la *humanidad*.

En un libro publicado en Friburgo bajo el título: "*La deificación de la humanidad, o la meta positiva de la francmasonería*, el P. Patchtler ha demostrado claramente el significado que la masonería le da a la palabra "humanidad" y el uso que de ella hace. "Esta palabra, dice, es utilizada por miles de hombres (tanto los consciente como los inconscientemente iniciados), en un sentido confuso, sin duda, pero siempre, sin embargo, como el lema de guerra con un objetivo determinado y cierto, que es *la oposición al cristianismo positivo*. Esta palabra, en boca de ellos, no significa solamente el ser humano en oposición al ser animal,… significa, en tesis, la independencia absoluta del hombre en la esfera intelectual, religiosa y política; *ella niega cualquier fin sobrenatural*, y reclama, que la perfección puramente natural de la raza humana es la única vía para el progreso. A estos tres errores corresponden tres etapas en las vías del mal: *La Humanidad sin Dios, la Humanidad se hace Dios, la Humanidad en contra de Dios*. Este es el edificio que la masonería quiere construir para reemplazar el orden divino, que es la *Humanidad* con Dios."

Cuando la secta habla de la religión del futuro, de la religión de la humanidad, es este edificio, es este Templo que tiene en mente.

A fines de julio y comienzos de agosto de 1870, las logias de Strabourg, Nancy, Vesoul, Metz, Châlons-sur-Marne, Reims, Mulhouse, Sarreguemines, en una

palabra todo el Oriente, se reunió en Metz. Fue tratada la cuestión del *"Ser supremo"*, y las discusiones que se siguieron se propagaron de logia en logia.

Para ponerle fin, en los números de enero y mayo, *Le Monde Maçonnique* hizo la siguiente declaración: "La francmasonería nos enseña que hay una sola religión, una sola verdad, y por consiguiente un solo culto natural, el culto de la *humanidad*. Porque, mis hermanos, esta abstracción que, erigida en sistema, ha servido para formar todas las religiones. *Dios no es otra cosa que el conjunto de todos nuestros instintos* más elevados, a los cuales les hemos dado cuerpo, una existencia distinguible; Dios no es más que el producto de una concepción generosa, pero errónea, de la humanidad que se ha entregado a una quimera."

Nada más claro: la humanidad es Dios, los derechos del hombre deben sustituir a la ley de divina, el culto a los instintos del hombre debe tomar el lugar que se le rinde al Creador, la búsqueda del progreso en la satisfacción dada a los sentidos, deben sustituir a las aspiraciones hacia la vida eterna.

En una reunión conjunta de las logias de Lyon, realizada el 3 de mayo de 1882 y que ha sido publicada en la *Chaîne d'Union* de agosto de 1882, le masón Régnier decía: "No debemos ignorar lo que para nadie ya no es un misterio: desde hace tiempo dos ejércitos están enfrentados, que la lucha que se realiza en Francia, en Italia, en Bélgica, en España, es entre la luz y la ignorancia, y que una se impondrá sobre la otra. Sabemos que los Estados Mayores, los líderes de estos ejércitos son, por una parte, los jesuitas (entiéndase el clero secular y regular) y por la otra, los masones."

Pero la destrucción de la Iglesia no será suficiente para la construcción del Templo masónico; también, se suman contra la Iglesia, los gritos de odio contra el orden social, contra la familia, contra la propiedad. Y no puede ser sino así, una vez que las verdades de orden religioso hacen parte de la propia sustancia de esas instituciones.

La sociedad se sustenta bajo la autoridad que tiene su principio en Dios; la familia, sobre el matrimonio cuya legitimidad se sustenta bajo la bendición divina y su indisolubilidad; la propiedad, bajo la voluntad de Dios que promulgó los séptimo y décimo mandamientos, para protegerla contra el robo e incluso contra la

codicia. Esto es lo que quiere destruir, contra esto es lo que reclama la secta, para fundar la civilización sobre nuevas bases.

León XIII en su encíclica *Humanum genus* constató: "Lo que se proponen los Francmasones, a lo que tienden todos sus esfuerzos, es la completa destrucción de toda la disciplina religiosa y social nacida de las instituciones cristianas, y sustituirlas por otras, adaptadas a sus ideas, cuyos principios y leyes fundamentales se derivan del naturalismo."

Las ideas y proyectos expuestos en la tribuna y en las logias, son la expresión de un pensamiento y de una voluntad que se encuentra por todas partes. Se escuchan en Francia, Bélgica, Suiza, Italia, Alemania, en todos los Congresos democráticos, se lee cada día en una multitud de periódicos.

En 1865, se realizó en Liège el congreso de estudiantes. De ese congreso fueron difundidos primero al estado mayor de la internacional, después entre los auxiliares de Gambetta. Más de un millar de jóvenes venidos de Alemania, España, Holanda, Inglaterra, Francia, Rusia, se hicieron presentes. Se mostraron unánimes en sus sentimientos de odio contra los dogmas e incluso contra la moral católica; adhirieron por unanimidad a las doctrinas y acciones de la Revolución Francesa, incluyendo las masacres de 1793; fueron unánimes en el odio contra el actual orden social, "que no cuentan con dos instituciones basadas en la justicia", palabras pronunciadas por el Sr. Arnoult, editor del *Précurseur* de Amberes, y aplaudidas exageradamente por la Asamblea. Otro orador, el Sr. Fontaine, de Bruselas, terminó su discurso con estas palabras: "¡Nosotros revolucionarios y socialistas, queremos el desarrollo físico, moral e intelectual de la humanidad. Tengan en cuenta que digo *en primer lugar físico* y después intelectual. Queremos en el orden moral, *la destrucción de los prejuicios de la religión y de la Iglesia, llegar a la destrucción del Dios y al libre examen*. Queremos en el orden político, *la realización de las ideas republicanas*, llegar a obtener el gobierno de los pueblos y la solidaridad de los individuos. En el orden social, queremos, por la *transformación de la propiedad*, por *la abolición de la herencia*, por la aplicación de los principios de cooperativa, por la mutualidad, alcanzar la solidaridad de intereses y la justicia! Queremos, la liberación del trabajador en primer lugar, del ciudadano y después del individuo, y sin distinción de clases, la abolición de cualquier *sistema autoritario*."

Se pronunciaron otros discursos en la misma línea. Es la destrucción del cristianismo, que no puede ser alcanzado, sin la ruina de todas las instituciones creadas y fundadas por éste; los hombres lógicos lo comprenden, los hombres francos lo dicen, los anarquistas lo realizarán.

En el mismo congreso de Lieja, Lafargue preguntó: "¿Qué es la Revolución?" Y él respondió: "La Revolución, es el triunfo del trabajo sobre el capital, del obrero sobre el parásito, del hombre sobre Dios. Esto es la Revolución social que comporta los principios del '89, los Derechos Humanos llevados su última expresión." Y añadió: "*¡Son cuatrocientos años que llevamos socavando el catolicismo*, de hecho, la máquina de espiritualismo más fuerte que ha sido inventada; y que por desgracia sigue siendo sólida!" Finalmente, en la última sesión, lanzó este grito del infierno: "¡Guerra a Dios! ¡Odio a Dios! ¡ESO ES EL PROGRESO! Hay que destruir el cielo como quien destruye una hoja de papel."

Lafargue concluyó diciendo: "En presencia de un principio tan grande y puro como este (despejar de lo sobrenatural todo lo que constituye el orden social) se debe odiar o probar que se ama."

Otros franceses pidieron que esta separación se hiciese más completa entre los que odian y los que aman, entre los que odian el mal y aman el bien, y entre los que odian el bien y los que aman el mal. El Sr. Regnard, Parisino, explicó lo que la masonería considera el mal y el bien: el mal es el espiritualismo, el bien es el materialismo. "Nosotros unimos nuestra militancia a los hombres que proclaman el materialismo: todo hombre que está a *favor del progreso*, también lo está por la filosofía positiva o materialista."

Cuando las palabras "progreso" y otras semejantes salen de los labios masónicos, surgen católicos para acogerlos con respeto y confianza ingenua, creyendo en ellas y considerándolas como aspiraciones para un estado de cosas deseable. Lafargue y Regnard acaban de decirnos lo que la secta, que las colocó en circulación, entendió y difundió a respecto de ellas.

Germain Casse: "Exigimos que los que estamos aquí seamos de PARIS o de ROMA, jesuitas o revolucionarios." Y como sanción, exige "la exclusión total, completa de todas las personas que representen, de cualquier nivel que sea, el ideal religioso." Condición necesaria del nuevo orden de cosas querido y perseguido.

No hace falta prolongar las citas, escritas por los redactores de la *Gazette de Lieja* sobre las tablas mismas del congreso. Otros periódicos temían reproducir estas bellas palabras en toda su crudeza. El ciudadano Fontaine las recordó a propósito de la verdad: "Si hay un periódico, decía, que sea de buena fe, ese es la *Gazette de Lieja*, y esto es porque sinceramente, católica, apostólica y romana. Ella ha publicado un análisis completo de los debates."

El año siguiente, en el congreso de Bruselas, el ciudadano Sibrac, francés, llamó a las mujeres a participar de esta gran obra; y para animarlas les dice: "Fue Eva la que levantó el primer grito de rebelión contra Dios." "Sepan que uno de los gritos de admiración de la francmasonería es: "¡Eva! ¡Eva!"

Una vez más el ciudadano Brismée, dijo: "Si la propiedad se resiste a la Revolución, debemos, por voluntad del pueblo, destruir la propiedad. Si la burguesía se resiste, hay que matar a la burguesía." Y el ciudadano Pèlerin: "¡Si seiscientas mil cabezas se oponen, que caigan entonces!"

Tras el congreso de Lieja y de Bruselas, hubo uno en Ginebra, integrado por estudiantes y obreros como en Bruselas. Una vez más Dios y la religión fueron rechazados de común acuerdo, las ideas religiosas fueron declaradas funestas para el pueblo y contrarias a la dignidad humana, la moral fue proclamada independiente de la religión. Se habla de organizar huelgas "*inmensas, invencibles*", debiendo terminar con una HUELGA GENERAL.

Otro congreso internacional se celebró el La Haya en 1872. El ciudadano Vaillant también proclamó la guerra a la propiedad y a los propietarios.

"La burguesía, dijo, debe esperar una guerra más seria que la lucha latente a la que la Internacional está actualmente condenada al fracaso. ¡No tardará en llegar el día de la venganza de la Comuna de París!

"El exterminio total de la burguesía: tal debe ser el primer acto de la futura revolución social[1]."

Si quisiésemos dar una idea de lo que se ha dicho y escrito en estos treinta últimos años, sería de no parar. Es conocido por todos, que el régimen republicano, especialmente en estos últimos tiempos, ha dejado entrar, o incluso propagado en todos los estratos de la sociedad las más subversivas ideas.

---

[1] Los que deseen citas más numerosas y amplias, las pueden encontrar en el libro "*Las Sociedades Secretas y la Sociedad*" de N. Deschamps, y continuada por Claudio Jannet.

CAPITULO IX

LA FRANCMASONERIA ES LA QUE CONDUCE LA GUERRA CONTRA LA CIVILIZACION CRISTIANA

Después de la publicación de la encíclica en la que León XIII denunció nuevamente al mundo, de que es la francmasonería la que conduce secretamente la guerra contra la Iglesia y todo el orden social, el *Boletín de la gran Logia simbólica escocesa* expresó en estos términos el pensamiento de la secta:

"La francmasonería no puede menos que dar las gracias al Soberano Pontífice por su última encíclica. León XIII, con una autoridad incuestionable y un con gran lujo de pruebas, demuestra, una vez más, que *existe un abismo infranqueable entre la Iglesia, de la cual él es el representante, y la Revolución, de la cual la francmasonería es el brazo derecho*. Es bueno de que los que dudan dejen de mantener vanas esperanzas. Debemos todos habituarnos a comprender de que *ha llegado el momento de* ELEGIR *entre el antiguo orden, que se sustenta en la revelación y el nuevo orden que no reconoce*

otro fundamento que la ciencia y la razón humana, entre el espíritu de autoridad y el espíritu de libertad.[1]"

Este pensamiento ha sido de nuevo expresado en el congreso masónico de 1902, por el orador encargado de pronunciar el discurso de clausura: "… ¿Qué es lo que nos separa? Nos separa un abismo, abismo que se cubrirá el día en que triunfe la masonería, obra incansable del progreso democrático y de la justicia social… Hasta el momento, no hay tregua, ni descanso, ni reconciliación, ni concesiones… Esta es la última fase de la lucha contra la Iglesia y las Congregaciones contra nuestra sociedad republicana y laica. EL ESFUERZO DEBE SER SUPREMO…" Cuando la Iglesia sea derrotada, todo el resto caerá.

También, *La Lanterne*, órgano oficioso de nuestros gobernantes y de la Francmasonería, no ha cesado de decir todos los días y en todos los tonos: "Antes que cualquier otra cuestión, antes que la cuestión social, antes que la cuestión política, debemos poner fin con la cuestión clerical. Es la clave de todo lo demás. El partido republicano y la República cometerían pronto el crimen de capitular, si disminuyésemos nuestra acción, si permitiésemos escapar al adversario. La Iglesia no permitirá que recomencemos la experiencia. Hoy en día Ella sabe que la República le será mortal, y si no la matamos, será Ella la que matará a la República. Entre la República y la Iglesia hay un duelo a muerte. Apresurémonos de aplastar al la infame, o renunciemos y dejemos que se ahoguen siglos de libertad.

Un hecho que acaba de pasar demuestra brevemente lo que será expuesto en la segunda y tercera parte de este libro, esto es: cómo es que la secta actúa para llegar a la realización de sus objetivos.

Una rebelión hecha bajo un pretexto vano ocurrida en Barcelona puso a la ciudad en estado de sitio… El instigador Ferrer es capturado. En vez de fusilarlo en el lugar, fue entregado al tribunal militar que lo condenó a muerte. El juicio fue ratificado. Falsas noticias fueron enviadas a todos los periódicos del país: Ferrer no ha sido juzgado según la ley. Su defensor fue detenido. El clero e inclusive el Papa están involucrados. "La mano sangrienta de la Iglesia, participó en todo el proceso, escribe *La Lanterne*; y los soldados del rey de España son los que ejecutan su voluntad. Todo el mundo debiera rebelarse contra esta religión de asesinato y sangre." Y

[1] Citado por Sardá y Salvany en "*Le mal social, ses causes, ses remèdes*".

aparece la caricatura de un sacerdote con un puñal en la mano. Amenazas de represalias, de asesinar al rey y al Papa llueven en Madrid y en Roma. Peticiones de protestas contra el juicio circulan en París, en Roma, en Bruselas, en Londres, en Berlín. Ferrer es ejecutado. De inmediato se levantan manifestaciones, algunas sangrientas, en todas las principales ciudades de Francia y en todos los países europeos. Para colmo, se le rinde una especie de glorificación en las calles de París bajo la protección de la policía, con la participación del ejército, al canto de la *Internacional*.

Los gobernantes son interpelados en los diversos parlamentos, las protestas fueron apoyadas por los consejos departamentales, comunales. Cincuenta y siete ciudades en Francia deciden ponerle el nombre de Ferrer a alguna de sus calles.

Aquí vemos como la secta se denuncia a sí misma.

El consejo del Gran Oriente de París envió la orden a todas las logias y a todos los poderes masónicos del mundo, de que manifestaran su protesta contra la ejecución de Ferrer. La protesta reivindicaba que era uno de los suyos: "Ferrer era uno de los nuestros. El sentía que la masonería expresaba el más alto ideal que el hombre pueda realizar. El defendió nuestros principios hasta el final. Lo que él quiso alcanzar, es el ideal masónico.

"Ante la marcha del progreso indefinido de la humanidad se puso de pie una fuerza que detenta los principios y la acción cuyo objetivo es rechazar la noche de la edad media."

El Gran-Oriente de Bélgica rápidamente reacciono a la manifestación del Gran-Oriente de Francia: "El Gran-Oriente de Bélgica, comparte los nobles sentimientos que inspiraron la proclama del Gran-Oriente de Francia, y se une, a nombre de las Logias belgas, a la protesta indignada que la Masonería universal ha enviado al mundo civilizado contra la sentencia inicua pronunciada y despiadadamente ejecutada contra nuestro Hermano Francisco Ferrer."

El Gran-Oriente italiano y sin duda otros hicieron lo mismo: "Francisco Ferrer, honor de la cultura y del pensamiento modernos, incansable defensor de los ideales laicos, fue asesinado por orden de los Jesuitas, en el horrible calabozo de la fortaleza de Montjuich, donde todavía resuenan los gritos de innumerables víctimas… Un estremecimiento de horror ha recorrido el mundo, y que, en un sublime espíritu de solidaridad humana, maldice a los autores conocidos y ocultos del asesinato y los condena a la execración y a la infamia."

El comité central de la Liga masónica de los Derechos del Hombre, reunida en sesión extraordinaria el 13 de octubre de 1909, decidió levantar un monumento a la memoria de Ferrer "mártir del libre-pensamiento y del ideal democrático." Invitó a todas las organizaciones de libre pensamiento a contribuir a la realización de este proyecto, y resolvieron levantarlo en Montmartre, frente a la iglesia del Sagrado Corazón.

La Francmasonería ha declarado, por tanto, en palabras y hechos de que ellos consideran y defienden a Ferrer como la encarnación del "ideal masónico". ¿Cuál fue el ideal de Ferrer? El mismo lo dio a conocer en mayo de 1907 en la revista pedagógica *Humanidad Nueva* donde expuso los principios de la "Escuela moderna" que él había creado con muy poco dinero obtenido de un católico practicante y devoto.

"Cuando teníamos, hace seis años atrás, la gran alegría de abrir la Escuela Moderna de Barcelona, dimos a conocer que su sistema educativo sería racionalista y científico. Deseábamos prevenir al público que la ciencia y la razón eran los antídotos contra cualquier dogma, en nuestra escuela no enseñaríamos ninguna religión…

"Demostramos una vez más nuestra temeridad de ponernos francamente en frente de la omnipotencia de la Iglesia en España, y nos sentimos con el coraje de perseverar en nuestros proyectos.

"Sin embargo, es necesario hacer saber que la misión de la Escuela moderna no se limita solamente a hacer desaparecer de las inteligencias los prejuicios religiosos. A pesar de que estos prejuicios son los que se oponen a la emancipación intelectual de la mayoría de las personas, no vamos a conseguir con su desaparición, una humanidad libre y feliz, puesto que se puede concebir un pueblo sin religión, y también sin libertad.

"Si las clases obreras se liberasen de los prejuicios religiosos y conservasen la misma noción de la propiedad tal cual existe en la hora actual, si los obreros siguen creyendo en la parábola de que siempre habrá pobres y ricos, si la enseñanza racionalista se contentase en difundir las nociones sobre la higiene y las ciencias y de preparar solamente buenos aprendices, buenos obreros, buenos empleados de todas las profesiones, continuaremos viviendo más o menos sanos y robustos con el

modesto alimento que obtenemos con nuestro módico salario, si no dejasen de ser siempre esclavos del capital.

"La Escuela Moderna pretende, por lo tanto, combatir todos los prejuicios que se oponen a la emancipación total del individuo y adoptó, para este propósito, el racionalismo humanitario que consiste en inculcar a la juventud el deseo de conocer el origen de todas las injusticias sociales a fin de que las combatan por medio de los conocimientos que hayan adquirido.

"Nuestro racionalismo combate las guerras fratricidas, tanto internas como externas, la explotación del hombre por el hombre; lucha contra el estado de servidumbre en que actualmente la mujer se encuentra en nuestra sociedad; combate en una palabra, a todos los enemigos de la harmonía universal, como la ignorancia, la maldad, el orgullo y todos los vicios y defectos que dividen a los hombres en dos clases: los explotadores y los explotados."

En una carta dirigida a uno de sus amigos, Ferre manifestó mejor aun el pensamiento de su escuela: "Para no asustar a las personas y no darle al gobierno un pretexto para que cierre mis establecimientos, yo les llamo "Escuela Moderna" y no "Escuela de Anarquistas". Ya que el objetivo de mi propaganda es, lo admito francamente, formar en mis escuelas anarquistas convencidos. Mi deseo es llamar a la revolución. Por el momento, debemos sin embargo, contentarnos en introducir en el cerebro de la juventud el ideal de la agitación violenta. Ella debe aprender que contra los gendarmes y a la tonsura sólo hay un medio: los atentados con bomba y el veneno."

El juicio llevó al descubrimiento, en el pueblo "Germinal" en que vivía, de documentos hábilmente ocultos en el subterráneo y con varias puertas de escape. Estos documentos demostraban que él era el alma de todos los movimientos revolucionarios que se producían en España, después de 1872. Entre los documentos encontrados habían circulares como esta de 1892:

"Compañeros, seamos hombres, aplastemos a los infames burgueses… Antes de construir, debemos destruir todo… Entre los políticos, aquellos que apelen a vuestra humanidad, mátenlos… Debemos abolir todas las leyes… expulsar a todas las comunidades religiosas… Disolver los tribunales, el Ejército y la Marina… Derrumbemos las iglesias…

Por último, de la mano misma de Ferrer, la siguiente nota: *"Les adjunto una receta para fabricar bombas."*

Este es el hombre que la francmasonería presenta al mundo como representante de su IDEAL.

Pocos días después de la ejecución de Ferrer, el gabinete de Madrid se vio forzado a dimitir, los dirigentes del partido liberal y del partido democrático, obedeciendo sin duda a las instrucciones de la Logia, le hicieron saber al Sr. Maura que ellos hacían una obstrucción irreductible a toda medida, a cualquier proyecto que éste presentase. Sin embargo, en España, sin al menos dos tercios de los votos, todo puede siempre ser detenido y convertirse en legalmente imposible. El partido liberal y el partido democrático se negaron a concurrir, haciéndose imposible la administración. Esta dimisión puso contentos a los libres pensadores y ateos de toda Europa. *L'Action* dijo:

"¿Acaso no existe, en el mundo entero, *un gran duelo* que lo divide por entero, *una lucha entre la Religión y el Libre Pensamiento*, entre la Autocracia y la Democracia, entre el Absolutismo y la Revolución? ¿Existe acaso, un límite para la Iglesia y una patria para el Vaticano? ¿No es verdad que el drama de la humanidad se juega en torno a estas fuerzas internacionales que son las órdenes religiosas y las escuelas laicas? La caída del ministro Maura como también la ejecución de Ferrer, han sido uno de los episodios de este incesante drama."

Ya nos hemos explayado lo suficiente sobre este asunto. Nada puede preparar mejor al lector para comprender lo que viene a continuación: la historia de la acción de la masonería en Francia durante los dos últimos siglos, la organización de la secta, sus medios de acción y procedimientos, y las posibles hipótesis sobre el resultado final de la lucha trabada por la sinagoga de Satanás y la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo.

II

EL AGENTE DE LA CIVILIZACION MODERNA

ANTECEDENTES

PRIMER PERÍODO

LOS INICIOS DE LA REVOLUCIÓN

CAPITULO X

LOS INICIOS DE LA FRANCMASONERIA

En una carta pastoral, escrita en 1878, Mons. Martin obispo de Natchitoches en los Estado Unidos, ha dicho con razón:

"En presencia de esta persecución, de una universalidad nunca antes conocida, por la simultaneidad de sus acciones y la similitud de los medios que emplea, somos llevados inevitablemente a la conclusión de la existencia de una dirección, de un plan de conjunto, de una poderosa organización que tiene un objetivo definido al cual tienden todas sus acciones.

"Sí, efectivamente esta organización existe, ella tiene un objetivo, un plan y un gobierno oculto al que obedece, es una sociedad compacta a pesar de su diseminación por todo el orbe; es una sociedad oculta mezclada entre todas las sociedades, sin hacerse notar en ninguna de ellas; una sociedad de un poder por sobre todo los poderes, salvo sobre Dios; sociedad terrible, que es, tanto para la sociedad religiosa como para la sociedad civil del mundo civilizado, no apenas un peligro, sino que el más temible de los peligros."

León XIII ha explicado en estos términos el propósito perseguido por esta organización internacional:

"El propósito supremo de la francmasonería es DERRUMBAR DE ALTO A BAJO *toda disciplina religiosa y social de las instituciones cristianas* CON EL FIN DE SUBTITUIRLA POR UNA NUEVA basada en sus ideas*, cuyos principios y leyes fundamentales son extraídos del* NATURALISMO[1]."

Este propósito de substituir la civilización cristiana por otra civilización basada en el naturalismo nació, ya lo hemos dicho, a mediados del siglo XIV; un esfuerzo sobrehumano que continúa en nuestros días, intentó realizarlo a fines del siglo XVIII. Es difícil de concebir que, combatida por la Iglesia durante todo este tiempo, ella haya subsistido y desarrollado a través de cinco siglos hasta alcanzar el poder que vemos tiene hoy en día, sin que a través de este largo espacio de tiempo, ella no haya encontrado hombres que la protegen para propagarla y trasmitirla de generación en generación por medio de una poderosa organización con el fin de prepararle el triunfo.

Una verdadera conspiración contra el cristianismo exige, en efecto, no solamente el deseo de eliminarlo, sino que también la inteligencia y medios coordinados para atacarlo, combatirlo y destruirlo.

[1] Encíclica del 20 de abril de 1884.

Sus miembros, puesto que conspiran contra el estado de cosas existente, tienen todo el interés de ocultar la posibilidad de la existencia de su organización y de su conspiración.

Sin embargo, la evidencia permite concluir que las ideas de los humanistas fueron recogidas por la francmasonería. Que ella existía o no antes que ellos ya poco importa una vez que intentó lograr su objetivo en el siglo XVIII y que lo ha reanudado en nuestros días con la experiencia que ha obtenido de su fracaso.

Los francmasones reclaman que sus orígenes se remontan desde los tiempos del templo de Salomón e incluso, que son herederos de los misterios del paganismo. No examinaremos aquí lo razonable o no de esas pretensiones; sin embargo, hay que ver si, en los tiempos actuales, la secta ha sido en realidad el alma de las transformaciones sociales iniciadas por el Renacimiento, seguidas con la Reforma y que quiere terminar por la Revolución[1] continuada desde ya hace más de un siglo.

La segunda generación de humanistas, incluso más que la primera, introdujo en las mentalidades una manera absolutamente pagana de concebir la existencia. Esta tendencia debería provocar la resistencia de la autoridad suprema de la Iglesia. Eso es lo que ocurrió bajo el reinado de Paulo II. El Papa renovó el colegio de secretarios de la cancillería e hizo salir a todos aquellos que no eran de una integridad y de una honestidad perfectas. Esto llevó al último límite de la cólera a los que sufrieron las consecuencias de esta medida. Durante veinte noches seguidas, ellos asediaron las puertas del palacio pontifical sin lograr ser recibidos. Uno de ellos, Platina, escribió al Papa amenazándolo de acudir a los reyes y príncipes para proponerles convocar un concilio para oponerse a Paulo, para obligarlo a disculparse de la medida tomada contra ellos. Esta insolencia le significó ser arrestado y encerrado en el fuerte de Sant Angelo.

Los otros se reunieron en casa de uno de ellos, Pomponius Letus, del que Pastor dice "nunca un sabio tuvo tan impregnada su existencia de paganismo antiguo

[1] Tenga en cuenta que en estas tres palabras: ***Re****nacimiento,* ***Re****forma y* ***Re****volución*, existe un evidente parentesco. Estas destacan las grandes etapas de un mismo movimiento.

como él". El profesaba hacia el cristianismo el más profundo desprecio, y no cesó nunca de propagar discursos violentos contra sus ministros[1].

Estas reuniones dieron origen a una sociedad que se hizo llamar la Academia Romana. Una multitud de jóvenes imbuidos de ideas y costumbres paganas vinieron a unírsele. Para entrar en este cenáculo, ellos abandonaron sus nombres de bautismo para adoptar otros inspirados en la antigüedad, eligiendo incluso de entre los de peor fama. Al mismo tiempo, ellos adoptaron los vicios más escandalosos del paganismo. Valaterranus reconoció que estas reuniones y fiestas que celebraban constituían "el inicio de un movimiento conducente a la abolición de la religión."

¿Es posible que haya llegado un momento en que ellos no se sintieran más seguros en la casa de Pomponius? El hecho es que los nombres de los miembros de la Academia Romana se encuentran inscritos en las catacumbas: Pomponius Letus es llamado *"Pontífice máximo"* y Pantagathus *"sacerdote"*. A estas inscripciones son adjuntados nombres de vicios. No se avergonzaron de haber grabado en estos muros venerables aquellas inscripciones. El historiador Gregovorius no duda en llamar a esta Academia "una logia de francmasones clásicos". La Academia eligió la obscuridad de las catacumbas para mejor ocultar su existencia a la autoridad; y al atribuir a sus jefes los títulos de "sacerdote" y de "Soberano Pontífice", ella recalca de esta manera que claramente no es una sociedad literaria, sino más bien una especie de iglesia en oposición a la Iglesia católica, una religión, esta religión humanitaria o esta religión de la Naturaleza que la Revolución quiso más tarde substituir en Francia a la religión de Dios Creador, Redentor, Santificador; religión que la secta, como lo veremos, propone que la adopte el género humano entero.

A la impiedad y licencia paganas ellos habían dado por compañía el ideal republicano. A finales de febrero de 1486, la policía, para inquietud de la ciudad de Roma, había descubierto una conspiración, principalmente entre los miembros de la Academia. Pretendían asesinar a Paulo II y proclamar la república romana. "Sin duda, jamás se disipará enteramente, dice Pastor, la obscuridad que se cierne sobre esta conjuración". Esto es lo que propiamente caracteriza una sociedad secreta.

[1] Ver la narración de todos estos hechos en LA HISTORIA DE LOS PAPAS desde finales de la Edad Media. Obra escrita en base a un gran número de documentos inéditos extraídos de los archivos secretos del Vaticano y otros por el Dr. Louis Pastor, t. IV, p. 32-72.

En tiempos de la Reforma, la existencia de la francmasonería se hace más manifiesta.

Es en el siglo XVI, dice N. Deschamps, el año de 1535, a que se remonta el más antiguo documento que testifica la existencia de las Logias masónicas. Se lo conoce bajo el nombre de Carta de Colonia. El revela la existencia, ya antigua, que data de hace dos siglos quizás, de una o más sociedades secretas que existían clandestinamente en varios Estados de Europa, y su antagonismo directo con los principios religiosos y civiles que habían formado la base de la sociedad cristiana.

N. Deschamps da pruebas de la autenticidad de esta carta. Dice que no son aceptadas por todos. Sin embargo, Claudio Jannet las admite. El documento se encontraría en su original en los archivos de la logia-madre de Amsterdam, que conserva también su propia acta de constitución, datada en 1519.

Todo es notable en este documento, los hechos, las ideas y los nombres de los signatarios. Nos revela la existencia y la actividad, desde por lo menos un siglo – que nos lleva más atrás de Paulo II y de la sociedad secreta de los humanistas – de una sociedad que ya se extendía en todo el mundo, rodeada del secreto más profundo, con iniciaciones misteriosas y que obediente a un jefe supremo o patriarca, conocido sólo por unos pocos maestros.

"No obedecemos a ningún poder del mundo, dicen los signatarios, somos sumisos solamente a los superiores electos por nuestra asociación extendida por toda la tierra, ejecutamos sus encargos ocultos y sus ordenes clandestinas a través de cartas secretas y por sus representantes responsables con órdenes específicas."

Ellos dicen que sólo le dan acceso a sus misterios a aquellos que fueron examinados y probados y que han sido vinculados y consagrados en sus asambleas bajo juramentos.

Ellos hacen una distinción entre ellos mismos y el mundo profano por estas palabras que se encuentran en todos los documentos de la masonería: "El mundo iluminado" y "el mundo sumido en las tinieblas", palabras que utiliza toda la francmasonería, ya que su objetivo es pasar de las tinieblas del cristianismo a la luz del naturalismo, en otras palabras, de la civilización cristiana a la civilización masónica.

Entre los que firman esta carta, encontramos no apenas a Philippus Mélanchthon, el gran amigo de Lutero[1], sino que también al Herman de Viec, arzobispo-elector de Colonia, que tuvo que ser condenado al ostracismo por su connivencia con los protestantes; a Jacobus d'Anvers, preboste de los Agustinos de aquella ciudad; y a Nicolás Van Noot, que incurrió en los mismos reproches; y también Coligny, el jefe del partido calvinista de Francia.

Doce años antes, cuatro años después de la creación de la Logia de Amsterdam, Franz de Seckonger, cuya rebelión puso a toda Alemania en guerra civil, murió herido en su castillo de Landstuchl, asediado por los príncipes aliados de Tréveris, de Hesse y del Palatinado. "¿Dónde están, escribió, todos nuestros amigos? ¿Dónde están los señores de Amberes, de Fürstenberg, de Zollen, los Suizos, mis amigos aliados de Straburgo, y *todos los amigos de la hermandad* que me prometieron tanto y no han cumplido su palabra?" Z. Janssen, en su libro *Alemania y la Reforma*, pregunta: "¿De qué elementos estaba compuesta aquella fraternidad de la que hablan de dar hasta la vida?" No es imposible que la respuesta esté es esta carta. En efecto, se señala que en las ciudades donde, de acuerdo con la Carta de Colonia se han establecido las primeras Logias, son aquellas en los que el protestantismo encontró sus primeros adeptos.

A partir de estos hechos, podemos concluir seriamente, que la francmasonería tuvo un papel muy importante dentro del gran movimiento de ideas que se manifestaron en el Renacimiento, y que quiso imponerse sobre la sociedad cristiana por medio de la Reforma, ya sea porque ya existía desde antes, o bien porque que su existencia de debió gracias a los humanistas que la habrían creado precisamente para encarnar en ella su concepción de la vida y de la sociedad

En sus orígenes, la francmasonería debió envolverse dentro de un secreto mucho más impenetrable de lo que es en nuestros días una vez que ha actuado continuamente durante varios siglos, de ahí proviene la dificultad de encontrar sus huellas. Pero de que ella participó en la Revolución hay más que suficientes pruebas de que así fue, ya que es ese el pensamiento de los humanistas, y hemos visto

[1] El editor de Melanchthon, el científico Bretschneider, dijo: "Melanchthon recibió en la intimidad extranjeros que nunca había visto antes, y los recomendaba calurosamente a donde quiera que iba para que los apoyasen en toda ocasión. No sé si *semejante familiaridad* se debía exclusivamente a las virtudes de aquellos hombres o bien al renombre de Melanchthon y *a la doctrina que ellos tenían en común*."

que la Revolución quería la destrucción de la Iglesia católica y establecer el culto de la naturaleza.

Louis Blanc muestra el objetivo de la francmasonería al relatar lo siguiente: "En el grado de caballero del sol, cuando se celebra una recepción, el muy Venerable pregunta al primer supervisor: "¿Qué hora es?" A lo que debe responder: *"La hora de las tinieblas entre los hombres"*. Interrogado a su vez por los motivos por los que debe ser admitido el postulante responde: "Acabo de ver la luz, porque mis compañeros y yo nos hemos perdido en medio de la noche que cubre al mundo. Las nubes obscurecieron a Hesperus, la estrella de Europa; ellos son formados por los inciensos que les ofrecen las supersticiones déspotas." No es necesario decir que claramente se refiere a que la civilización católica ha sumido a Europa en las tinieblas, que la humanidad ha perdido de vista el fin natural del hombre, y que la francmasonería tiene la misión de abrirles los ojos.

Durante largo tiempo los historiadores han excluido deliberadamente la francmasonería de la historia; y por esa razón ellos presentan la Revolución bajo una apariencia falsa y engañosa

Por ejemplo, Wallon, cuando publica los procesos verbales que fueron redactados en esos tiempos, nos expone los hechos tal como ocurrieron; pero no se remonta ni a las causas ni a los agentes primeros que llevaron al cataclismo, ni a las ideas propagadas que la hicieron posible. Tocqueville y Taine que aportaron a los estudios de la Revolución una crítica más luminosa no han centrado sus investigaciones sobre el dominio de las sociedades secretas.

Las maquinaciones de la Francmasonería en los últimos tiempos han despertado la atención. Podemos prever que preparan nuevas conmociones y nuevas ruinas. Nos preguntamos si los males y los crímenes que marcaron los finales del siglo XVIII no les son imputables. Maurice Talmeyr realizó recientemente una conferencia en virtud de la cual se imprimió un folleto titulado: *La Francmasonería y la Revolución Francesa*. Copin-Albancelli, Prache y otros se aplicaron a sacar a la luz diferentes documentos mantenidos cuidadosamente en las tinieblas que comprometen la participación de las sociedades secretas en el desarrollo de la Revolución. Para su demostración, ellos pudieron aprovechar la obra publicada hace treinta años por N. Deschamps titulada: *Las sociedades secretas y la sociedad*, complementada en 1880 por Claudio Jannet, a la que había contribuido largamente una obra an-

terior publicada en plena Revolución en 1789 por Barruel titulada: *Memorias para servir a la historia del Jacobinismo*.

Esas Memorias no ofrecen, como el titulo podría hacer creer, documentos relacionados a la historia de los crímenes cometidos por los jacobinos; lo que Barruel, en sus cinco volúmenes, se aplicó en ofrecer a los futuros historiadores del Terror, fueron las informaciones que les permitieron establecer el punto de partida, los agentes primeros y las causas ocultas de la Revolución. "En la Revolución Francesa, dice él, todo, hasta sus perversidades mas pavorosas, todo fue previsto, meditado, combinado, resuelto, establecido; todo fue efecto de la más profunda maldad, puesto que todo fue amargo, de los hombres que poseían, solos, el hilo de las conspiraciones urdidas en las sociedades secretas, y que supieron escoger y apresurar el momento propicio a las conjuraciones."

La convicción de esa premeditación y de esas conspiraciones se concluye de la lectura de sus cinco volúmenes. En el inicio del cuarto, en el "Discurso preliminar", él pregunta: "¿Cómo los es que adeptos secretos del moderno Spartacus (Weishaupt) dirigieron todas las perversidades, todos los desastres de ese flagelo de pillaje y de ferocidad que es llamado 'Revolución'?" *¿Cómo es que llegaron ellos incluso a realizar todos aquellos planes que la secta medita para consumar la disolución de las sociedades humanas?*[1]

"Consagrando mis últimos volúmenes a esclarecer esas cuestiones, no ve vanaglorio de resolverlas con toda la precisión y con todos los detalles los hombres que tuvieron la facultad de seguir a la secta "Iluminada" en sus subterráneos, sin perder de vista por un solo instante a los jefes o los adeptos… Recogiendo los aspectos que me fueron desvendados, no dejan de ser suficientes para marcar la secta por toda la parte en que las perversidades señalan su fatal influencia."

Comprendemos lo fuerte, el pungente interés que la lectura de esa obra presenta en el momento actual[2]. Aquello que está aconteciendo, aquello a que nosotros asistimos, es el segundo acto del drama que comenzó hace un siglo, para realizar el ideal del Renacimiento: substituir la civilización cristiana por una civilización llamada moderna. Es la propia Revolución, reavivada en su fuego, con la intención, que Barruel ya observara, de esparcir el incendio por todo el mundo. El nos muestra ese designio, esa voluntad, manifestada desde el comienzo del siglo XVIII. ¿Podrán los conjurados alcanzar sus objetivos? Es secreto de Dios, pero

[1] Aquello que ella (la secta) consideraba retomar en el día siguiente al de la Revolución, ella lo ejecuta hoy bajo nuestros ojos. Son propiamente los mismos francmasones los que dirigen todo lo que nosotros estamos viendo.

[2] No habiendo sido más encontrada, la obra fue editada de nuevo con notas explicativas por la dirección del periódico de *La Bastilla*.

también nuestro. Porque la estratagema de la Revolución depende del uso que nosotros quisiéremos hacer de nuestra libertad, así como de los decretos eternos de Dios.

Fue para dar apoyo, para animar a las buenas voluntades, que Barruel escribió en sus *Memorias*: "Es para triunfar, en fin, a cualquier precio, sobre la Revolución, y no para desesperar, que es necesario estudiar las acciones de la secta. Seamos tan celosos en el bien, como ella ha sido en relación al mal. Que se quiera salvar a los pueblos; que los pueblos sean ellos mismos quienes quieren salvar su religión, sus leyes y su fortuna, así como ella sabe destruir, que los medios de salvación no faltarán." Es precisamente la voluntad y la esperanza que también gustaríamos ver como resultado de la lectura de este libro.

Antes de dar aquí un resumen muy corto de la obra de Barruel, es bueno presentar a nuestros lectores al autor, para que sepan qué crédito deben darle.

Agustín Barruel nació el 2 de octubre de 1741, en Villenueve-de-Berg. Su padre era teniente de la villa de Vivarais. Terminó sus estudios y entró en la Compañía de Jesús. Cuando ella fue amenazada, se mudó para Austria, donde pronunció sus primeros votos. Permaneció algunos años en la Bohemia, después en Moravia, y fue profesor en Viena, en el Colegio Teresiano. Después fue enviado a Italia y a Roma. Retornó a Francia después de la supresión de su Orden, en 1774. Habiéndose hecho independiente por su fortuna, se consagró enteramente a los trabajos filosóficos e históricos, y publicó desde entonces obras que, a pesar de ser escritas en varios volúmenes, alcanzaron hasta cinco ediciones.

De 1788 a 1792 dirigió prácticamente solo el *Journal Ecclésiastique*, publicación semanal de las más preciosas para la historia literaria y eclesiástica de la segunda mitad del siglo XVIII. Asumiendo su dirección, Barruel dijo a sus lectores: "Nosotros sentimos todo el peso y toda la extensión de los deberes que nos imponemos. No podemos dejar de sentir preocupación con toda la asiduidad que ellos exigen, prohibiéndonos, en adelante, toda ocupación que pudiera distraernos de ellos. Pero, permaneciendo en el estado del culto del verdadero Dios, a la defensa de nuestras santas verdades, ¡cómo esos deberes se convertirán en queridos por nosotros! Sí, este día en el cual nos complacemos en considerar nuestras funciones de periodista eclesiástico, esos deberes se vuelven preciosos." El imprimió en todas sus obras ese espíritu de fe.

A medida que los días se volvían más difíciles, el abate Barruel se mostraba más celoso y valiente. Cambiaba frecuentemente de domicilio, para huir de las órdenes de mandarlo a prisión. A partir del 10 de agosto tuvo que suspender la publicación de su periódico e ir para Normandía. De ahí se refugió en Inglaterra.

Publicó, en Londres, en 1794, una *Historia del Clero de Francia durante la Revolución*. Fue ahí cuando él concibió la idea de su gran obra: *Memorias para servir a la historia del jacobinismo*. Trabajó cuatro años para reunir y preparar las materias de las primeras partes. Los tomos I y II vinieron a la luz en Londres en 1796.

En 1798 fueron reimpresos en Hamburgo, acompañados del tercero, relativo a la secta de los iluministas. Los dos últimos fueron editados igualmente en Hamburgo, en 1803. Barruel publicó una segunda edición, "revisada y corregida por el autor", en 1818, dos años antes de su muerte, en Lyon, en la casa de Teodoro Pitrar.

Es necesario leer esa obra entera si se quiere conocer la Revolución a fondo. Para escribirla, el abate Barruel tuvo revelaciones directas de varios personajes de la época, y encontró en Alemania una serie de documentos de primer orden. "Debo al público – dice él en las *Observaciones preliminares* del tercer volumen, donde desvenda a los Iluministas – una explicación especial de las obras de las cuales saco mis pruebas". Él da la lista de las principales, en número de diez, con una nota sobre cada una, que permiten juzgar su autenticidad. La lista de las obras se completa con aquella de varios otros documentos menos importantes. Él acrecienta: "Ahí hay lo suficiente para ver que no escribo sobre los iluministas sin conocimiento de causa. Gustaría, en reconocimiento, poder nombrar a aquellos cuya correspondencia me proporcionó muchos nuevos recursos, cartas, memorias, que no podría apreciar suficientemente; pero ese reconocimiento les sería fatal". Y más adelante: "Aquello que yo cito, lo tengo frente a mí, yo lo traduzco; y cuando traduzco, frecuentemente acontecen cosas impresionantes, cosas que con dificultad se creería pudiesen ser dichas, cito el propio texto, convidando a cada cual a explicarlas, o hacerlas explicar y verificar. Yo cotejo los diversos testimonios, siempre con el libro en la mano. No menciono ninguna ley del Código de la Orden, sin las pruebas de la ley o de su práctica".

De vuelta a Francia, fue consultado al respecto de la promesa de fidelidad a la Constitución, que substituía, por decreto del 28 de diciembre de 1799, todos los juramentos anteriores. Él publicó, el 8 de julio de 1800, un parecer favorable. Sus razones, muy claras, anexadas a las explicaciones del *Moniteur*, declarado diario oficial, decidieron a Mons. Emery y al consejo episcopal de París a pronunciarse a favor de la legitimidad de la promesa. Algunos, en esta oportunidad, acusaron a Barruel de lisonjear a Bonaparte para obtener favores. Lejos de lisonjearlo, el abate Barruel fue de una audacia inaudita: hablando al primer Cónsul, él lo llama de "flagelo de Dios". En 1800, él aduce: "Todos los príncipes de Europa reconocerían a la República; no veo cómo por eso Luis XVIII haya tenido sido menos verdadero heredero de Luis XVI. Soy francés. El consentimiento de los otros soberanos sobre

esa materia es para mí tan nulo cuanto el de los jacobinos; él puede disminuir mi esperanza, suprimir los medios; pero no hace nada al derecho[1]."

Barruel retornó a Francia solamente en 1802. Tomó la defensa del concordato y publicó sobre la materia su tratado *El Papa y sus derechos religiosos por ocasión del Concordato*.[2]

Durante el Imperio, Barruel se mantuvo apartado, no recibió puesto ni dignidad. Emprendió la refutación de la filosofía de Kant. Por ocasión de la cuestión del cardenal Maury, Napoleón sospechó que él hubiese hecho propagar el Breve de Pío VII, y fue tomado preso, con la edad de 70 años. La policía lo persiguió incluso durante los Cien Días. El terminó su vida en casa de sus padres, en Villenueve-de-Bery, el 5 de octubre de 1820, a la edad de 80 años.

Fue necesario entrar en estos detalles para mostrar hasta qué punto ese autor merece nuestra confianza.

Durante los cinco y los siete años que transcurrieron entre la publicación de los tres primeros volúmenes y de los dos últimos, su obra fue leída y suscitó observaciones de parte de los francmasones. "De acuerdo con alguno de esos francmasones, dice Barruel, yo dije demás; de acuerdo con otros, faltó mucho para que yo hubiese dicho todo. Sabemos que los primeros pertenecen al número de aquellos que incluye la excepción de los francmasones demasiado honestos como para ser admitidos en los últimos misterios; y los otros, al número de aquellos que, después de haber visto todo en los bastidores de las logias, se avergüenzan, en fin, y se arrepienten de haber podido merecer las honras masónicas. Debo a unos y a otros mis agradecimientos, pero les debo también una respuesta". El les da esa respuesta, mostrando haber dicho todo lo que debía decir, y nada más allá de lo que debía decir.

Otros masones se irritaron de verse así descubiertos y acusaron a Barruel de mala fe. Esto sucedió principalmente con la obra de un inglés, Griffith, redactor de la *Monthly Review*. Ese escritor considera aceptables, realmente satisfactorias, las pruebas que Barruel da sobre la conspiración contra el altar; pero dice que las de la conspiración contra los tronos están imperfectamente demostradas. En particular, la abolición de la realeza en Francia se debe, dice él, a las circunstancias locales, más que a los designios y las conspiraciones de la Revolución. Diciendo eso, no hace la menor mención a las pruebas traídas por Barruel a favor de su tesis.

---

[1] L'*Evangile et le clergé français. Sur la soumission des pasteurs dans les révolutions des empires,* p. 75. Londres.

[2] Paris, 1803, dois vol. in-8°.

Para responder a la acusación de mala fe, Barruel observó que él dio, y que él da de nuevo, los textos en su lengua original al lado de la traducción que él hace. Y relativamente a los más importantes documentos a los cuales él se refiere, dice que no solamente es permitido a cada cual consultar los volúmenes impresos, mas confrontar esos volúmenes con los manuscritos que se encuentran en los archivos reales de Munich. Barruel hace más: ofrece a su acusador un encuentro en Munich, para mostrarle en los *escritos originales* las pruebas evidentes de su calumnia. Griffith se resguardó de ese encuentro y también rechazó publicar en su revista la respuesta de Barruel.

Weishaupt, el fundador del Iluminismo, ofreció fuerte apoyo a Griffith, que era sin duda uno de sus adeptos. Barruel ofreció también a Weishaupt un encuentro en los archivos de Munich, donde él podría rever los originales de sus propias cartas, cuyo texto o existencia él contestaba. *"Pero*, acrecienta Barruel, *como él no podría comparecer hasta allá sin exponerse a ser condenado (por causa de sus crímenes contra las buenas costumbres), él podría nombrar a un procurador"*. El no fue, ni personalmente, ni por un procurador.

CAPITULO XI

LA FRANCMASONERIA EN EL SIGLO XVIII

I. – LOS ENCICLOPEDISTAS

Voltaire fue uno de los primeros y de los más poderosos agentes de la Revolución.

Esta se propone – ya lo dijimos y en esto seguimos a Haller, León XIII, y a muchos otros, y mejor todavía por su propia confesión – el aniquilamiento de toda religión y el derrumbe de toda autoridad. Voltaire se encargó de la primera parte de ese programa, sino en su totalidad, al menos de su parte más importante, el aniquilamiento de la religión de Cristo.

Este proyecto, ¿fue concebido por él mismo o le fue sugerido? Condorcet no lo dice, pero nos da esta información: "Fue en Inglaterra que Voltaire juró consagrar su vida a ese proyecto; y mantuvo su palabra"[1].

¿Hizo él esa promesa en su fuero interno o a los conjurados? Esta última suposición parece la más verosímil. "Fue en Inglaterra", dice Condorcet. En su primer

[1] Condorcet. *Vie de Voltaire*.

viaje a aquel país (1725-1728), Voltaire fue recibido como francmasón en una de las sociedades descritas por Toland en su *Pantheisticon* dedicado a los *Lectori Philometho et Philaleti*. (Esa denominación Philalèthes se le daba a una de las logias de París más avanzadas en el movimiento revolucionario). Durante esos tres años de estadía en suelo inglés, Voltaire llevó "la vida de un rosa-cruz siempre ambulante y siempre escondido."

Aquí ya no estamos en las tinieblas infranqueables de las primeras épocas de la francmasonería; estamos, como observa Claudio Janner, en un terreno histórico perfectamente seguro. Es la época del viaje de Voltaire a Inglaterra y de su iniciación en la francmasonería por los ingleses, que data de la fundación de las primeras logias en Francia, por lo menos de aquellas constituidas para preparar la Revolución[1]. Ellas fueron establecidas por los ingleses, y en las ciudades donde las relaciones con ellos eran frecuentes. Tales fueron las de Dunquerque y de Mons en 1721; París, en 1725; Bordeaux, en 1732; Valenciennes, en 1735; Havre, en 1739[23].

---

[1] Fueron también los ingleses que instauraron las primeras logias en los otros países. Sir George Hamilton, dignatario de la Gran Logia de Inglaterra, se encargó de la de Suiza. El conde Scheffer fue designado para la de Suecia; lord Chesterfield para la de Holanda; el duque d'Exter, Martin Folkes, para el Reino del Piamonte; el duque de Middlesex para el gran ducado de Toscana. El emisario enviado a Roma fue el masón Martin Folkes; y el duque de Wharton recibió el mandato de crear las masonerías de España y Portugal.

[2] Lacourt Gayet acaba de publicar en un volumen muy documentado el resumen de su curso en la Escuela Superior de Marina. Vemos ahí que, después de la época de Colbert, el reino de Luis XVI fue el período más brillante de nuestro poderío marítimo. Durante los quince años que precedieron la Revolución, pudimos, por la primera y por la última vez hasta el presente, colocarnos como rivales de los ingleses en la posesión del imperio de los mares.

La Revolución sobrevino y los fenómenos de "anarquía espontánea" inmediatamente se manifestaron en los puertos de guerra. Desde antes de la reunión de los Estados Generales, los clubes, las municipalidades, pretenden substituirse a la autoridad militar que no tarda a encontrarse radicalmente aniquilada. Las tripulaciones desertaron. Se observa con frecuencia que los navíos están aparejados con un *déficit* de sesenta a cien hombres. No es el caso de hacer la prueba de que Inglaterra haya sacado un inmenso provecho de ese orden. ¿Colaboró ella directamente para eso? En una carta a uno de sus amigos, lord Granville confesó que "el gobierno británico tiene el hábito de excitar y de entretener desordenes interiores en el territorio francés". A su vez, lord Mansfield declaró en pleno Parlamento que "el dinero gastado para fomentar una insurrección en Francia sería bien empleado".

Más recientemente, en 1899, cuando Inglaterra estaba empeñada en la guerra del Transvaal, el hijo del ministro de las colonias, Chamberlain Hijo, decía en una correspondencia íntima publicada por *Le Jura* de Porrentruy: "Más allá de las garantías del gobierno francés, estamos garantizados contra todas las represalias de Fachoda en razón de los acontecimientos internos que se van a desenvolver en Francia. Si no podemos contar con el *affaire* Dreyfus, que está gastado; si el proceso en la Suprema Corte no parece crear una sensación suficiente para absorber la atención de la nación, sabemos que, a partir de la reapertura del Parlamento de París, el gobierno, introducía, con el apoyo de la mayoría, diferentes *bills* contra los católicos, que, por su violencia, podrán sumergir a Francia en un estado de extrema sobre-excitación y desviar la atención de los franceses del sur de África. Mi padre sólo marchó después de todas las garantías por parte de Francia." ¿Cómo explicar una tal certeza y una tal complicidad, si no es a través del acuerdo y de la acción de las sociedades secretas internacionales?

[3]

Inglaterra tuvo siempre una gran participación en las revoluciones del continente, y siempre supo sacar de eso un gran provecho. La Revolución Francesa destruyó nuestra flota, nos hizo perder las colonias, y garantizó a Inglaterra el imperio de los mares, del cual ella goza desde entonces. La mano de Inglaterra fue igualmente percibida en la Revolución que Rusia sufre actualmente.

A Voltaire se juntaron inicialmente, D'Alembert, Federico II y Diderot. Voltaire fue el jefe de la conspiración; D'Alembert, su más astuto agente; Federico, el protector, frecuentemente el consejero; Diderot, el hijo perdido. Todos los cuatro estaban penetrados de un profundo odio al cristianismo: Voltaire porque envidiaba al divino Autor y a todos aquellos cuya gloria Él produjo; D'Alembert porque nació con un corazón corrupto; Federico porque conocía el cristianismo apenas a través de los enemigos de éste; Diderot, porque era loco por naturaleza, con la cual pretendía, como los humanistas, substituir el culto del Dios vivo. Ellos arrastraron un gran número de hombres de todas las clases en su conspiración.

De retorno a París, por vuelta de 1730, Voltaire no hizo misterio de su proyecto de destruir el cristianismo contra el cual ya había publicado tantos escritos. Hérault, teniente de policía, lo reprendió un día por su impiedad, le dijo: "Vos os esforzáis en vano, a pesar de lo que escribieres no conseguiréis jamás destruir la religión cristiana". Voltaire respondió: "Es lo que veremos"[1]. El decía también: "Estoy cansado de oírlos repetir que doce hombres fueron suficientes para establecer el cristianismo, y tengo deseo de probarles que no es preciso mas de que uno para destruirlo[2]."

Pero lo que mejor muestra su designio es la palabra que constantemente se repite bajo su pluma y sobre sus labios. "Todos los conspiradores, dice Barruel, tienen un lenguaje secreto, una seña, una fórmula ininteligible para el lego, pero cuya explicación secreta desvenda y recuerda sin cesar a los adeptos el gran objetivo de su conspiración. La fórmula escogida por Voltaire consistió en estas palabras: "Aplastar al infame". "Lo que me interesa, escribía él a Damilaville[3], es la humillación del infame". "Convocad a todos los hermanos en perseguir al infame de viva voz y por escrito, sin darle un momento de descanso". "Haced, tanto cuanto podáis, los más inteligentes esfuerzos para aplastar al infame". "Nuestra situación es tal que somos la execración del género humano, si (en ese esfuerzo) no tuviéremos en nuestro favor a las personas de bien (las personas de la alta sociedad).

[1] Condillac. *Vie de Voltaire*.

[2] *Ibid*.

[3] Carta del 15 de junio de 1762.

Es preciso, pues, tenerlos todos, no importan a qué precio: Aplastad al infame, yo os digo”[1].

¿Quién es ese infame que era preciso perseguir, humillar, aplastar de esa manera sin descanso, sin importar a qué precio y a través de los esfuerzos de todos los conjurados?

En boca de Voltaire y en la de todos sus adeptos, esas palabras significaban constantemente: Aplastad la religión que adora a Jesucristo. Abundan las pruebas de eso en su correspondencia. Aplastar al infame, es deshacer lo que los Apóstoles hicieron; es combatir a Aquel que los deístas y ateos combatieron; es pasar por encima de todo hombre que se declare a favor de Jesucristo. Ese es el sentido que Voltaire vincula a esas palabras, y ese sentido no es menos evidente en su pluma de que en la de otros. El cristianismo, la secta cristiana, la superstición “cristiana” son sinónimos bajo la pluma de Federico. D’Alembert es más reservado en el uso de esa palabra, pero él la toma siempre en el pensamiento que Voltaire le da. Los otros conjurados no comprenden de otra forma esa “clave”. Ellos no la encuentran suficientemente fuerte para expresar el voto diabólico que está en sus corazones. La extensión que ellos dan a su conjuración no debe dejar sobre la tierra el menor vestigio de la doctrina o del culto del divino Salvador.

Los conjurados se encontraban completamente organizados en torno de Voltaire después de su estadía en Prusia, por vuelta de finales de 1752.

El medio que juzgaron deber emplear preferencialmente a cualquier otro para aplastar al infame fue atacar la fe en las almas. “Minar soterradamente y sin ruido el edificio, escribía Federico a Voltaire, es obligarlo a caer por sí mismo” (29 de julio de 1775). Entre tanto, incluso en eso D’Alembert advertía que fuesen prudentes y que no fuesen demasiado rápido. “Si el género humano se ilumina, decía él al observar el efecto producido por la Enciclopedia, es porque se tomó la precaución de iluminarlo poco a poco”.

Los conjurados hacían de la Enciclopedia el depósito de todos los errores, de todos los sofismas, de todas las calumnias inventadas hasta entonces contra la religión. Pero él estaba convenido que ella vertería el veneno de forma insensible. Una maniobra admirable fue empleada para llegar a ese resultado. “Sin duda, escribía D’Alembert a Voltaire, nosotros tenemos artículos ruines (quiere decir, artículos ortodoxos) de teología y de metafísica. Con censores teológicos y un privilegio, yo os desafío a hacerlos mejores. Hay artículos menos en el día que todo hubiese sido reparado”[2]. Sabían esperar la ocasión para insinuar esos artículos reparadores.

[1] Cartas a Damilaville, D'Alembert, Thercot y Saurin.

[2] Carta del 24 de julio de 1757.

"Durante la guerra de los Parlamentos y de los Obispos, escribió Voltaire en el año anterior a D'Alembert (13 de noviembre de 1756), tendréis el tiempo disponible para rellenar la Enciclopedia de verdades que no se osaría decir hace veinte años". Y a Damilaville: "Pongo todas mis esperanzas en la Enciclopedia"[1]. De hecho, ella fue, como decía Diderot, un pozo en que una especie de catadores de trapos lanzaron mezcladamente una infinidad de cosas mal recibidas, mal digeridas, buenas, malas, inciertas y siempre incoherentes; esto es porque, según él mismo pretendía insinuar aquello que no se podía decir abiertamente sin causar reacciones[2].

En cuanto buscaban corromper los fundamentos de la fe, los conjurados trabajaban en hacer desaparecer a sus defensores, y todo el acceso de los religiosos. Fue el segundo medio que emplearon para alcanzar sus objetivos.

A partir de 1743, Voltaire fue encargado de una misión secreta junto al rey de Prusia, con la finalidad de secularizar los principados eclesiásticos.

En Francia no había electores eclesiásticos a despojar, pero habían órdenes religiosas que suprimir. Los primeros en ser atacados fueron los jesuitas. Choiseul dio la razón de esa elección: "Siendo destruida la educación que dan, todos los otros cuerpos religiosos caerán por sí mismos". Sabemos cómo llegaron a la supresión de los religiosos.

El tercer medio fue la propaganda. La correspondencia de esos conjurados muestra como estaban atentos y mutuamente se comunicaban las acciones que emprenderían contra el cristianismo, de los resultados que esperaban, de las artimañas que empleaban para garantizar el éxito. Ellos las mandaban a imprimir la mayoría de las veces a Holanda, y cada mes sacaban un nuevo ejemplar.

Para obtener la facultad de divulgarlas, ellos tenían hombres poderosos en la corte, incluso ministros que sabían hacer callar la ley y favorecer ese comercio de impiedad. Fue en reconocimiento a ese extraño uso de la autoridad que le era confiado, que Voltaire exclamaba: "¡Viva el ministerio de Francia! ¡Viva Choiseul!"[3] Malesherbes, que tenía la superintendencia de la biblioteca, estaba, para esa propaganda, de acuerdo con D'Alembert. El mostraba en sus funciones una parcialidad odiosa a favor de los Enciclopedistas. El suprimía de los artículos de Frénon

[1] Cartas del 23 de mayo de 1764.

[2] La Enciclopedia tuvo un tiraje de 4.200 ejemplares, en 35 volúmenes in-folio. El proceso de difusión fue diseñado con todo el cuidado y todo el suceso posible. Los libreros ganaban 500 por ciento. Era una especie de revista cuya publicación duró veinte años

[3] Carta a Marmontel, 1767.

todo lo que pudiese molestar la obra de ellos. Ese hombre, guillotinado a los 70 años, hizo todo lo que estaba en su poder para propagar las ideas por las cuales debería morir y combatir aquellas que habrían podido salvar la sociedad.

En su correspondencia, los conjurados se felicitan por los sucesos que obtienen en Suiza, Alemania, Rusia, España, Italia. Lo que muestra que en su pensamiento la conjuración confesada de destruir el cristianismo no estaba limitada a Francia. Brunetière señala: "La Enciclopedia era una obra internacional". Relativamente a Inglaterra, ellos no tienen ninguna solicitud; ella rebosaba, dicen, de socinianos. En lo que dice respecto a Francia, Voltaire y D'Alembert lamentan los obstáculos que ahí encontraban, a pesar de lo que acabamos de decir relativamente a la ayuda que ellos encontraban en los estratos elevados de la sociedad. Donde ellos no podían difundir los escritos abiertamente impíos, o licenciosos, ellos publicaban otros que tenían por finalidad colocar en boga las grandes palabras como *tolerancia*, *razón*, *humanidad*, de las cuales la secta no dejó de hacer uso, fiel a la recomendación de Condorcet que decía de ellas hacer su grito de guerra[1].

Bertin, encargado de la administración del tesoro particular del rey, comprendió el peligro de esa propaganda y llamó la atención sobre los propagandistas. El vio qué libros ellos diseminaban en sus campañas. Interrogados por él, dijeron que esos libros no les costaban nada, que ellos los recibían por lotes, sin saber de dónde venían, con la recomendación de apenas venderlos en su trayecto al precio más módico posible. Los preceptores eran igualmente gratificados. En días y horas marcados, ellos reunían a los obreros y a los campesinos, y uno de ellos leía en voz alta un libro que sirviera para corromperlos. Era de esa forma que los caminos para la Revolución eran preparados hasta incluso en las clases ínfimas de la sociedad.

Las pesquisas que Bertin hizo para llegar a la fuente de esa propaganda lo condujeron a un escritorio de preceptores, creado y dirigido por D'Alembert.

Ese escritorio se ocupaba también en conseguir preceptores en las ciudades y colocar profesores en los colegios. Los adeptos, esparcidos de un lado y de otro, se informaban sobre las plazas vacantes, instruían a D'Alembert y a sus coadjutores y daban, al mismo tiempo, informaciones sobre los que se presentaban para llenarlas. Antes de enviarlos, los instruía de las reglas de conducta a seguir y las precauciones a tomar según los lugares, las personas y las circunstancias. Ya entonces, la francmasonería había comprendido que nadie podría mejor difundir sus ideas, mejor servir a sus designios de que el preceptor.

Para apoderarse del pueblo, se recurrió incluso a otros medios. Barruel señala particularmente a aquel empleado por los que se autodenominaban "economistas", porque se decían amigos del pueblo, preocupados con sus intereses, deseosos de

---

[1] *Esquisse du tableau historique des progrès*. Época 9.

aliviar su miseria y de hacer observar más orden y economía en la administración. La humanidad no está perdida. "Sus obras, dice Barruel, están llenas de trazos que anuncian la resolución de sustituir por una religión puramente natural a la Religión revelada". Como prueba él aporta el análisis que él hace de los economistas de M. le Gros, preboste de Sanit-Louis du Louvre.

Esos economistas habían persuadido a Luis XV de que el pueblo de los campos y los artistas de las ciudades corrompían en una ignorancia fatal a sí mismos y al Estado, y que era necesario crear *Escuelas profesionales*. Luis XV, que amaba al pueblo, acogió ese proyecto con desvelo, y se mostró dispuesto a tomar recursos propios para fundar esas escuelas. Bertin lo disuadió. "Hace mucho tiempo, dijo él, que yo observaba a las diversas sectas de nuestros filósofos. Comprendí que se trataba mucho menos de dar a los hijos del labrador y del artesano lecciones de agricultura de que impedirlos de recibir las lecciones habituales del catecismo o de la religión. No dudé en declarar al rey que las intenciones de los filósofos eran bien diferentes de las suyas".

Bertin no se engañaba. Barruel relata los temores y los remordimientos que manifestó, tres meses antes de su muerte, un gran señor que había ejercido las funciones de secretario de ese club de los "Economistas": "Nosotros sólo admitíamos en nuestra sociedad a aquellos respecto de los cuales estábamos muy seguros. Nuestras asambleas se realizaban regularmente en el palacio del barón d'Holbach. Por miedo de que sospechasen del objetivo, nos hacíamos llamar de economistas. Tuvimos a Voltaire como presidente honorario y perpetuo. Nuestros principales miembros eran D'Alembert, Turgout, Condorcet, Diderot, La Harpe, Lamoignon, ministro de Justicia, y Damilaville, a quien Voltaire atribuyó como aspecto principal del carácter el odio a Dios". Para terminar de esclarecer al rey, Bertin explicó el sentido de esas medias palabras "Ecr. L'inf"[1], con las cuales Voltaire terminaba un número tan grande de sus cartas. Acrecentó que todos aquellos que recibían de Voltaire cartas que terminaban con la horrible formula eran los miembros del comité secreto a los iniciados en sus misterios.

Ese club había sido fundado entre los años 1763 y 1766. En el momento en que la Revolución estalló, él trabajaba, pues, hace por lo menos veinticinco años, para seducir al pueblo, bajo el auspicioso pretexto de auxiliarlo a aliviar sus males.

Para alcanzar el gran objetivo de su conjuración, los sectarios juzgaban que no sería suficiente emplear los medios generales que acabamos de describir y para los cuales todos deberían concurrir con un esfuerzo común. Ellos atribuían a cada uno de ellos un trabajo particular al cual se consagraban más especialmente.

[1] "**Ecr**asez **l'inf**ame" — Aplastad al infame. (N. del T.)

Voltaire se encargó de los ministros, de los duques, de los príncipes y de los reyes[1]. Cuando él no podía aproximarse personalmente al príncipe, él lo cercaba. El había colocado junto a Luis XV un médico. Quesnay, que supo muy bien enseñorearse de las ideas del rey, que lo llamaba de su "pensador". Y el medio escogido por el pensador para inmiscuirse en el espíritu del rey fue aquel empleado por los economistas: llamar su atención sobre lo que podía hacer la felicidad del pueblo.

D'Alembert fue encargado o se encargó de reclutar jóvenes adeptos. "Tratad, le escribía Voltaire, tratad, de vuestra parte, de esclarecer a la juventud tanto cuanto pudieres" (15 de septiembre de 1762). Jamás una misión fue cumplida con más habilidad, celo y energía. D'Alembert se fijó como el protector de todos los jóvenes que venían a París con algún talento y algún dinero. El los atraía por las recompensas, por los premios, por las presidencias académicas a respecto de las cuales disponía más o menos soberanamente, sea como secretario perpetuo, sea por sus intrigas. Su influencia y sus maniobras en ese género bien más lejos de París. "Acabo, escribía a Voltaire, de hacer entrar en la academia de Berlín a Helvetius y al caballero Jaucourt". El dispensaba de todos los cuidados a aquellos que destinaba a formar otros adeptos, confiándoles las funciones de profesores o de preceptores. El tuvo éxito en colocarlos en todas las provincias de Europa y todos lo mantenían al par de la propaganda filosófica. "He aquí, mi querido filósofo, escribía a Voltaire, en la alegría de su alma ruin, he aquí lo que fue dicho en Cassel en el día 8 de abril (1772), en la presencia de Mons., el landgrave[2] de Hesse-Cassel, de seis príncipes del imperio y de la más numerosa asamblea, por un profesor de historia que di a

[1] E. J. F. Barbier, abogado del Parlamento de París, hojeó un "*Journal historique et anecdotique du règne de Louis XV*", publicado por la Sociedad de la Historia de Francia, de acuerdo con el manuscrito inédito de la Biblioteca Nacional, por A. de la Villegille (París, Jules Renouard et Cie., rue de Tournon, 6, MDCCCXLIX. Por ahí se ve cómo los príncipes eran especialmente buscados por los jefes de la francmasonería: "Nuestros señores de la Corte inventaron muy recientemente una orden llamada de los Frimason, a ejemplo de Inglaterra, en la cual hay también diferentes ordenes particulares y no tardaremos en imitar a los impertinentes extranjeros. En esa orden estaban enrolados algunos de nuestros secretarios de Estado y diversos duques y señores. No se sabe nada al respecto de los estatutos, de las reglas y del objetivo de esa nueva orden. Ellos se reunían, recibían nuevos caballeros, y la primera regla era un secreto inviolable relativamente a todo lo que se hacía. Como semejantes asambleas, así de secretas, son muy peligrosas dentro de un Estado, estando compuesta por señores, sobre todo en las circunstancias del cambio que acaba de acontecer en el ministerio, el cardenal Fleury entendió que era un deber reprimir esa orden de caballería en su nacimiento, prohibió a todos esos señores de reunirse y de mantener semejantes capítulos". T.II, marzo de 1737, p. 448).

En 1738, salió a luz en Dublin un libro que la francmasonería publicó especialmente para Francia. Se titulaba: *Relation apologique et historique de la Société des Francs-Maçons*, por S.G.D.M.F.M. Esa apología fue condenada por la Santa Sede en febrero de 1739. Clemente XII acababa de sacar la primera bula contra la Francmasonería; el card. Fleury había dado al jefe de policía Hérault la orden de hacer una pesquisa en las asambleas de los francmasones y el 14 de septiembre de 1737 una sentencia de la policía prohibía sus reuniones. La atención de los poderes espiritual y temporal era puesta sobre la secta. El poder civil, que tenía en sus manos los medios de coerción, no supo ir hasta el fin.

[2] Título o dignidad de algunos príncipes alemanes. (N. del T.)

Monseñor, el landgrave". La pieza enviada era un discurso lleno de invectivas contra la Iglesia y el clero.

Era sobre todo junto a los jóvenes príncipes destinados a gobernar los pueblos que importaba a los conjurados colocar preceptores iniciados en los misterios.

La correspondencia de ellos muestra la atención en no desperdiciar un medio tan poderoso. Usaron de todos los artificios para colocar junto al heredero de Luis XVI un sacerdote dispuesto a inspirar sus principios al ilustre alumno, tal como ellos habían conseguido colocar al abate Condillac junto al Infante de Parma[1]. Entre tanto, no fue dado a los conjurados ver el filosofismo sentado sobre el trono de los Bourbons, como estaba sobre los tronos del Norte. Pero Luis XV, sin ser un impío, sin poder ser contado entre el número de sus adeptos, ni por eso dejó de ser una de las grandes causas del progreso de la conjuración anticristiana. Él lo fue por la disolución de sus costumbres y por la publicidad de sus escándalos. Además, se cercó o se dejó rodear de ministros sin fe, que tenían relaciones íntimas con Voltaire y sus conjurados.

Barruel consagra los capítulos XII a XVI de su primer volumen en mostrar las conquistas que ellos hicieron entre las cabezas coronadas, los príncipes y las princesas, los ministros, los grandes señores, los magistrados, los hombres de letras, en fin, ¡ay de nosotros! en el clero[2]. Es verdadero decir que los conjurados sacados del

---

[1] El gran duque Nicolás Mikhailowitch de Rusia acaba de publicar un libro, Comte Paul Stroganow. Stroganow fue confiado por su familia a los cuidados del futuro convencional y regicida Romme, como Alejandro I, del cual se hizo amigo y consejero, tuvo por preceptor al iluminista La Harpe. Romme llevó a su alumno para Francia y no dejó de hablar en una sola sesión de la Constituyente, "la mejor escuela de derecho público". En enero de 1790, Romme funda un club, la "Sociedad de los Amigos de la Ley"; en ella hace entrar a su alumno, al cual da desde luego el nombre de Paul Otcher. El 7 de agosto de 1799, Paul Octher es recibido como miembro del club de los jacobinos. Catalina, advertida por su embajador, llama entonces a Stroganow, que debe retornar a Rusia.

[2] El masón Emile Daruty intercaló en una de sus obras un Cuadro de Oficiales y Miembros del Gran Oriente de Francia, en 1787.

Esa lista comprendía: 1 príncipe de sangre: el duque de Orleans, Gran Maestre; 2 duques: el duque de Luxemburgo, Administrador General; el duque de Crussol, Gran conservador de la Orden en Francia; *trece* sacerdotes, religiosos: *Oficial Honorario*: Pingré (abad de Alexander Guy), miembro de la Academia Real de las Ciencias, bibliotecario de la Abadía de Santa Genoveva; – *Oficiales en ejercicio*: Beaudeau (abad), preboste mitrado de Vidzini, vicario general y plenipotenciario del Príncipe Obispo de Vilna; Coquelin (abad), canónigo de la iglesia Real de San Aubin, de Crespy en Valois; – Sauvine (abad); – Vermondans (abad), *capellán del Rey*!!! – *Diputados no dignatarios*: Baudot, religioso benedictino; – Bertolio (abad Antoine René Constance), substituto del Gran Maestre del Rito Escocés Filosófico en 1776; – Champagne (abad Jean François), profesor fundador del Colegio Luis el Grande; – Expilly (abad Jean Joseph d'); – Guessier de la Garde de Longpré, padre, doctor en teología; – Le Febvre (abad), procurador general de la Abadía Real de Santa Genoveva; – Robin, religioso benedictino; uno de los fundadores de la logia *Las Nueve Hermanas*, de la cual hacíaparte en 1806, y Tavernier (abad), canónigo de la iglesia de Meaux (op. Cit., pp. 161 a 169, inclusive).

No es sin interés anotar que el Capellán de Luis XVI, abad de Vermondans, era, en 1787, Oficial del Gran Oriente de Francia. El infortunado monarca estaba, pues, rodeado por todos lados por francmasones, de esos

cuerpo eclesiástico eran casi todos aquellos que se llamaban "abades de corte". Barruel presta un homenaje bien merecido al conjunto del clero de Francia en la víspera de la Revolución. Él alaba particularmente a los eclesiásticos que, por sus escritos, se esforzaron en impedir la corrupción de los espíritus, tan ardientemente perseguida por los conjurados.

CAPITULO XII

LA FRANCMASONERIA EN EL SIGLO XVIII

francmasones que se habían juntado a los Iluministas, como veremos más adelante, para votar su muerte en la Convención de Wilhelmsbad!

II. – LOS ANARQUISTAS

Los Enciclopedistas no fueron los únicos en preparar la Revolución; Barruel no lo ignoraba. El divide en tres clases a los demoledores que socaban los fundamentos de la sociedad cristiana. Voltaire y los suyos, que él llama de "sofistas de la impiedad", porque su principal objetivo era derrumbar los altares de Nuestro Señor Jesucristo; los francmasones, que él llama "sofistas de la rebelión", porque ellos se proponen – por lo menos los que conocían el secreto de la secta – derrumbar los tronos de los reyes; los iluministas, que él llama de "sofistas de la anarquía", porque, al juramento de derrumbar los altares de Cristo ellos juntaron el de destruir toda y cualquier religión, y al juramento de derrumbar los tronos, el de hacer desaparecer todo gobierno, toda propiedad, toda sociedad gobernada por las leyes.

Más tarde veremos aparecer a los Masones de las Logias, que retomaron, después de la Revolución, la obra que ello no pudo terminar completamente. Los *carbonar*i, o Masones de las Logias inferiores, tendrán por misión especialmente suscitar la revolución política y substituir las monarquías por las repúblicas; la Gran Logia, la de destruir la soberanía temporal de los Papas, y así preparar la ruina del Poder espiritual.

Barruel llama, pues, a los francmasones, en razón de la función propia atribuida a aquellos de su época: "los sofistas de la rebelión"; rebeldes, puesto que tenían como meta el derrumbe de los tronos; sofistas, porque el primer medio empleado para llegar a ese resultado era la propagación en el seno de la sociedad de un sofisma, el sofisma de la igualdad, padre de la anarquía.

A medida que avanzamos en este estudio, veremos cada vez mejor que el sofisma y la mentira fueron y todavía son los grandes medios de acción empleados por la secta para llegar a la realización de sus fines. Ellos no podrían desear que fuese de otra manera, pues precisan ocultar a los ojos del público y a los ojos de los propios francmasones aquello que el Poder oculto busca, aquello que él los hace ejecutar.

Ahí está la razón por la cual el primer sofisma empleado para conducir la revolución fue llamado de SECRETO MASONICO por excelencia.

Barruel narra como él pudo un día introducirse en una logia para asistir a la admisión de un aprendiz[1]. "El punto importante para mí, dice él, era aprender el

[1] T. II, p. 278 e segtes. Edit. princeps.

famoso secreto de la masonería. Se hace pasar al postulante bajo la bóveda de acero para llegar delante de una especie de altar, en el cual se hace un discurso sobre la inviolabilidad del secreto que le iba a ser confiado y bajo el peligro de faltar al juramento que debía pronunciar. El postulante jura que quiere le corten la cabeza si traicionase el secreto. El Venerable, sentado sobre un trono atrás del altar, dice entonces: "Mi querido F.:, el secreto de la francmasonería consiste en esto: Todos los hombres son iguales y libres, todos los hombres son hermanos". El Venerable no agregó ni una palabra más. Los presentes se abrazan y pasan a la cena masónica. "Yo estaba entonces, continua Barruel, tan lejos de sospechar una intención ulterior en ese famoso secreto, que casi estallé de risa cuando lo oí y les dije a aquellos que me habían introducido: Si ese es todo vuestro gran secreto, hace mucho que lo conozco". Y, en efecto, si se comprende por "igualdad" y "libertad" que los hombres no son hechos para ser esclavos de sus hermanos, sino para gozar de la libertad que Dios da a sus hijos; si por "fraternidad" se quiere decir que siendo todos hijos del Padre celestial, que todos los hombres deben amarse, ayudarse mutuamente como hermanos, no se comprende la necesidad de ser masón para aprender esas verdades. "Yo las encontré mucho mejor dichas en el Evangelio de que en sus juegos infantiles", dice Barruel. Y agrega: "Debo decir que en toda logia, por más numerosa que fuese, no vi a ni un solo masón dar el gran secreto otro significado".

Barruel observa que había allí apenas no-iniciados; y la prueba que ofrece es que ninguno de aquellos que asistieron a aquella sesión se dejó llevar por la Revolución, excepto el Venerable.

Se da que, en efecto, si la francmasonería es una asociación muy numerosa de hombres, unidos por los juramentos y que le prestan una cooperación más o menos consiente y más o menos directa para la obra propuesta, hay apenas un pequeño número de iniciados que conociendo el objetivo último de la propia asociación. Era necesario, encontrar ese objetivo, para aquella época, en las palabras "Igualdad", "Libertad", puesto que eran dadas al aprendiz como el secreto de la sociedad, secreto a ser guardado bajo las más graves penas, consentidas cuando el juramento, secreto a ser meditado y cuyo sentido profundo sería liberado poco a poco en las sucesivas iniciaciones.

En su reciente obra, Gustave Bord confirma esa manera de ver. También según él, la primera sugestión lanzada en el mundo por la francmasonería para preparar los caminos para la Jerusalén del nuevo orden, el Templo de los francmasones quieren levantar sobre las ruinas de la civilización cristiana, fue la idea de la igualdad.

Nuestro Señor Jesucristo predicaba la igualdad, pero una igualdad que procedía de la humildad que Él supo colocar en los corazones del los grandes. "Los reyes dominan las naciones. Cuanto a vosotros, no procedáis así; sino que el mayor de entre vosotros sea como el último, y aquel que gobierna como aquel que sirve" (Lucas, XXII, 25-25). Esa igualdad de condescendencia, que inclina a los grandes en dirección a los pequeños, la francmasonería quiere substituirla por la igualdad del orgullo, que dice a los pequeños que ellos tienen el derecho de considerarse en el nivel de los grandes o de rebajarlos hasta el nivel de ellos. La igualdad orgullosa, predicada por ella, dice también así al brut como al infortunado: "Vos sois iguales a las más altas inteligencias, a los poderosos y a los ricos y vosotros sois la *mayoría*". La palabra "libertad" tenía ese significado: la igualdad perfecta sólo puede ser encontrada en la libertad total, en la independencia de cada uno, relativamente a todos, después de la ruptura definitiva de los lazos sociales. No más maestros, no más magistrados, no más pontífices ni soberanos; todos iguales bajo el nivel masónico, y libres para seguir sus instintos. – tal era el significado total de las palabras: *Igualdad*, *libertad*.

Ese doble dogma masónico debía tener por efecto destruir toda jerarquía y substituirla por la anarquía, esto es, suprimir la sociedad. Al paso que la doctrina predicada por Nuestro Señor Jesucristo tuvo por efecto la abolición de la esclavitud y el ejercicio de una autoridad y de una obediencia que tomaron, una la inspiración otra el poder en la voluntad de Dios, el que regeneró a la humanidad y produjo la civilización cristiana.

"La idea de la igualdad orgullosa que la francmasonería se esforzó en hacer entrar en las entrañas de la nación, dice Gustave Bord, la más nefasta, la más terrible que se pueda imaginar. La substitución de la idea de la jerarquía por la idea de la igualdad es destructora de toda la idea social. El conduce las sociedades a los peores cataclismos".

Y más adelante: "Las ideas de igualdad social impregnaron sus ideas (de los francmasones) a tal punto que ellas se manifestaran antes de sus ideas antirreligiosas, que a su vez triunfaran no como único objetico de la masonería, pero como consecuencia de la aplicación de sus teorías de igualdad al extremo, después de haberlas aplicado a la vida social y política; no solamente ellos se impregnaran de ellas, sino que harán a Francia y a Europa entera adoptar sus doctrinas, tomadas a razón de ser de las nuevas sociedades".

Fue el 12 de agosto de 1792 que la masonería juzgó que el tiempo del misterio había pasado, que el secreto sería inútil de ahí en adelante. "Hasta entonces los jacobinos no habían datado los hechos de su Revolución sino por los años de su

pretendida *libertad*. En ese día, Luis XVI, cuarenta y ocho horas después de haber sido declarado por los rebeldes destituido de todos los derechos el trono, fue llevado cautico a las torres del Templo. En ese mismo día, el conjunto de los rebeldes decidió que a la fecha de la *libertad* sería de ahí en adelante acrecentada en los actos públicos de la fecha de la *igualdad*. Ese propio decreto fue fechado como siendo del cuarto año de la *libertad*, como del primer año, primer día de la *igualdad*.[1]

"En ese mismo día, por primera vez, brilló en fin públicamente ese secreto tan querido a los francmasones, prescrito en sus logias con toda la fe del más inviolable juramento. A la lectura de ese famoso decreto ellos exclamaron: "Finalmente, henos aquí; Francia entera no es más de que una Logia; los franceses son todos francmasones y el universo entero luego será como nosotros. Fui testigo de esas manifestaciones; oí las preguntas y las respuestas a que dieron enseñanza. Vi los hasta entonces más reservados masones responder de ahí en adelante sin la menor vergüenza: "Si, finalmente, se ha cumplido el gran objetivo de la francmasonería. *Igualdad y Libertad: todos los hombres son iguales y hermanos; todos los hombres son libres*; ahí estaba la esencia de nuestro código, todo el objetivo de nuestros designios, todo nuestro gran secreto". Oí más especialmente las palabras salir de la boca de los más celosos francmasones; de aquellos que yo había condecorado con todas las órdenes de la francmasonería y revestido con todos los derechos para presidir las logias"[2].

Cosa curiosa: era estrictamente prohibido a los francmasones presentar a los profanos esas dos palabras yuxtapuestas: Igualdad, Libertad (es el orden en que entonces se encontraban). "Esa ley, dice Barruel, era tan bien observada por los escritores masónicos, que no recuerdo de jamás haberla visto violada en sus libros, a pesar de haber leído un gran número y de los más secretos. El propio Mirabeau, aun cuando daba la impresión de tener el secreto de la masonería, no osaba rebe-

[1] Es de notar que las dos palabras que componen el nombre que los francmasones se atribuían indican, la primera, lo que ellos son, o por lo menos lo que quieren ser y todo el género humano con ellos, esto es, libres o *franc*, en el sentido determinado de independencia; y la segunda, lo que ellos quieren hace: *maçonner*, contruir el TEMPLO. Más tarde diremos lo que ese templo quiere ser.

Solamente más tarde la palabra fraternidad completó la trilogía. Ella sirvió de máscara para la sociedad, como el intuito de hacerla parecer una institución benéfica.

Observamos que la fórmula sagrada de los misterios masónicos era tan preciosa para Voltaire que Franklin, habiendo tenido la bajeza de presentarle los hijos para ser bendecidos, él pronunció sobre ellos apenas estas palabras: Igualdad, Libertad. (Condorcet, *Vie de Voltaire*).

[2] "Existe, dice Barruel, un libro impreso hace cincuenta años (por consiguiente por vuelta de 1750), bajo el título: "*De l'origine des francs-maçons et de leur doctrine*. Esa obra me habría sido muy útil si yo la hubiese conocido antes. Que no me acusen de haber sido el primero en desvendar que una igualdad y una libertad impías y disgregadoras constituían el gran secreto de los bastidores de las logias. El autor lo afirmaba tan positivamente cuanto yo lo demostraba claramente, siguiendo paso a paso los grados de la masonería escocesa, tal como entonces existían".

larlas sino un parte, libertad, aquí, igualdad de condiciones, allá. El sabía que todavía no había llegado el tiempo en que sus I.: podrían perdonarlo por tener, mediante la yuxtaposición de esas dos palabras, despertando la atención sobre el sentido que ellas podrían tomar, esclarecidas una por la otra".

La palabra "libertad", considerada aisladamente en sí misma, presenta al espíritu no una cosa misteriosa y secreta, sino una cosa conocida y eminentemente buena. Es incluso el don más precioso que Dios concedió a la naturaleza humana, aquel que la coloca en un reino tan superior al ocupado por los animales: el don de practicar actos que no sean obligatorios y que, por consiguiente, traen con ellos la responsabilidad y el mérito, y por eso permiten a cada uno de nosotros crecer indefinidamente.

La palabra "igualdad" aplicada al género humano indica que, en la diversidad de las condiciones, la comunidad de origen y de fin último, da a todas las personas que la componen, la misma dignidad.

También la francmasonería no veía ningún inconveniente, lejos de eso, en ser presentada a estos como glorificadora de la libertad, a aquellos como glorificadoras de la igualdad. Lo que ella no quería fuera de sus logias, lo que ella al contrario, quería en su interior, es que esas palabras fuesen presentadas juntas y unidas. La inteligencia de lo que ella tuviera la intención de colocar en la reunión de esas palabras, eso es lo que ella quería fuese aprendido por sus adeptos y escondido a los legos. Ahí estaba su misterio. Y ese misterio, aun hoy importa no manifestarlo a la luz del día, porque la francmasonería no cesó de mistificar al público con esas palabras, que ella y los suyos toman en un sentido y las personas honestas de otro.

Destacamos, inicialmente, cuál es el género de igualdad que la francmasonería exaltaba en sus logias. Todos los masones, fuesen ellos príncipes, eran "*hermanos*". La igualdad que ella establecía entre ellos marcaba que aquello que ella se impusieran como misión de establecer en el mundo no era la igualdad, que tenemos según nuestro origen común y nuestro destino común, sino que la igualdad social, que debe abolir toda jerarquía y consecuentemente toda autoridad, hacer reinar la anarquía. La palabra libertad unida a la palabra igualdad acentuaba al último grado ese significado. Esto traducía que la igualdad no se encontraría sino en la libertad, vale decir, en la independencia de todos relativamente a todos, después de la ruptura de todos los lazos que ligan a los hombres unos a los otros. Así, nada más maestros, ni magistrados, nada más de padres, ni de soberanos y, en consecuencia, nada de subordinados bajo ningún título: todos iguales bajo el nivel masónico, todos libres, con la libertad de los animales, pudiendo seguir sus instintos.

Era a eso que la francmasonería quería desde luego llegar, es para allá que ella quería llevar al género humano; pero era un secreto a ser guardado. Esparci-

remos en medio del pueblo las palabras libertad e igualdad; pero guardemos para nosotros el significado último.

Ya Voltaire declara querer dar libertad a la razón oprimida por el dogma, y restablecer entre los hombres la igualdad que el sacerdocio, armado de la revelación, había roto. "Nada hay de tan pobre y de tan miserable, decía Voltaire, como un hombre que recurre a otro hombres para saber en lo que debe creer"[1]. El invocaba con sus deseos "aquellos días en que el sol iluminará apenas a los hombres libres, que no reconocerán otros maestro más allá de su razón"[2].

A esa primera igualdad en la incredulidad, la alta masonería juzgó ser necesario juntar otra, la igualdad social. Era necesario, por consiguiente, deshacerse de los reyes, así como de los sacerdotes abatir los tronos, así como los altares, y antes de todo aquel que dominaba todos los pueblos, el trono de los Bourbons. *Lilia pedibus destrue*[3] fue la palabra de orden que se esparció de logia en logia, y de ahí, de pueblo en pueblo.

En la logias se oía que no existe libertad sin igualdad para un pueblo que no es soberano, que no puede hacer sus leyes, que no puede ni revocarlas, ni cambiarlas.

Para el pueblo no hay necesidad de largas explicaciones. Basta hacerlo oír esas palabras: libertad, igualdad. El comprende, y luego se mostrará pronto para los combates que los objetos de sus más ardientes deseos deberían proporcionarle. Así, en un instante, armado de lanzas, bayonetas y hachotes, se lanzó a la conquista de la libertad y de la igualdad. El supo dónde encontrar los castillos que debían ser quemados y las cabezas a ser cortadas para no ver nada más encima de sí, y en todo y por todo tener libertad de acción.

No se injuria a la francmasonería cuando se afirma que el secreto que ella ocultaba sobre esas palabras, libertad e igualdad, era la Revolución con todos sus horrores.

Citemos, entre tanto, por causa de su importancia y de su claridad, lo que dice John Robinson, profesor de filosofía natural y secretario de la Academia de Edimburgo. El se hizo masón en la segunda mitad del siglo XVIII y luego obtuvo el grado de Maestro escocés. Con ese título él visitó las logias de Francia, Bélgica, Alemania y Rusia. Adquirió tan gran crédito junto a los francmasones, que estos le ofrecieron los más elevados grados. Fue entonces, en 1797, que él publicó el resul-

[1] Carta al duque de Usez, 19 de noviembre de 1760.

[2] Condorcet. *Esquisse d'un tableau historique du progrès de l'esprit humain.* (Época 9).

[3] Destruid los lirios (las flores de lis) desde la base (N. do T.).

tado de sus estudios en un libro intitulado *Preuves des conspirations contre toutes les religions et tous les gouvernements de l'Europe, ourdies dans les assemblées secrètes des illuminés et des francs-maçons*. "Tuve, dice él, las oportunidades de acompañar todas las tentativas realizadas durante cincuenta años, bajo el pretexto de *esclarecer al mundo con la llama de la filosofía, y de disipar las nubes de que se sirven la superstición religiosa y civil para mantener al pueblo de Europa en las tinieblas de la esclavitud*". Siempre las mismas palabras para expresar las mismas intenciones: liquidar con la civilización cristiana para substituirla por una civilización basada únicamente en la razón y que debe dar satisfacción aquí abajo a todas las concupiscencias de la naturaleza.

"Vi, continua, John Robinson, formarse una asociación que tenia por único objetivo destruir, hasta sus fundamentos, todas las instituciones religiosas, y derrumbar todos los gobiernos existentes en Europa. Vi esa asociación divulgar sus sistemas con un celo tan alentado, que ella se tornó casi irresistible; y percibí que *los personajes que tuvieron mayor participación en la Revolución Francesa eran miembros de esa asociación, que sus planes fueron concebidos según sus principios y ejecutados con su asistencia*".

Un personaje aun más autorizado, el conde Haugwitz, ministro de Prusia, acompañó a su soberano en el congreso de Verona, y, en aquella augusta asamblea, leyó un memorial que habría podido intitular: "Mi confesión". El dice en ese memorial que no solamente fue francmasón, sino que fue encargado de la dirección superior de las reuniones masónicas de una parte de Prusia, de Polonia y de Rusia. "La masonería, dice él, estaba entonces dividida en dos partes en sus trabajos secretos"; aquello que otro masón llama de "parte pacífica", encargada de la propagación de las ideas, y de la "parte guerrera", encargada de hacer las revoluciones. "Las dos partes se daban las manos *para llegar a la dominación del mundo*… Ejercer una influencia dominadora sobre los soberanos: tal era nuestro objetivo"[1]. Esa voluntad de llegar a la dominación del mundo es propia de los judíos; en eso los francmasones no son sino instrumentos de ellos; ella explica casi todos los acontecimientos de los últimos siglos, y sobre todo los del momento actual.

La Revolución es la obra de la masonería; o mejor, como dice Henri Martin, "la francmasonería fue el laboratorio de la Revolución"[2]. Ella misma, además, no se omite en reivindicar la honra de haber puesto la Revolución en el mundo.

---

[1] El escrito de ese hombre de Estado fue publicado por primera vez en Berlín, en 1840, en la obra intitulada: *Dorrow's Dnkscrifften und Briefen zur charackteristick der Wett und litteratur* (T. IV, p. 211e 221).

[2] *Histoire de France*, t. XVI, p. 535.

En la Cámara de los Diputados, en la sesión del 1 de julio de 1904, habiendo el marqués de Rosanbo dicho: "La francmasonería trabajó en la sordina, pero de una manera constante para preparar la Revolución",

"JUMEL – Es así, en efecto, de lo que nos vanagloriamos.

"Alexander ZÉVAÈS – Es el mayor elogio que el señor pudiera hacer.

"Henri MICHEL (Bouches-du-Rhône) – Es la razón por la cual el señor y sus amigos la detestan"[1].

Rosanbo replicó: "Estamos, pues, perfectamente de acuerdo a respecto de ese punto: que la masonería fue la única autora de la Revolución, y los aplausos que ella recoge de la izquierda, y a los cuales estoy poco habituado, prueban, señores, que reconocéis conmigo que ella hizo la Revolución Francesa.

"JUMEL – Hacemos más que reconocerlo. Lo proclamamos abiertamente".

En una relación leída en la Sesión Plenaria de las Respetables Logias *Paz y Unión y Libre Conciencia*, en el Oriente de Nantes, el 23 de abril de 1883, un lunes, leemos:

"Fue de 1772 a 1789 que la Masonería elaboró la gran Revolución que debía mudar la faz del mundo…

"Fue entonces que los francmasones vulgarizaron las ideas que habían recibido en sus logias… (Relación, p. 8)".

En la circular que el gran consejo de la orden masónica envió a todas las logias para preparar el centenario del 89, encontramos la misma afirmación seguida de una amenaza: *"La masonería, que preparó la Revolución de 1789*, tiene el deber de continuar su obra; el actual estado de los espíritus la compromete con eso".

Mucho antes de eso, en 1776, Voltaire escribió al conde d'Argental: "De todos los lados se anuncia una Revolución".

Él conocía lo que él y sus amigos de las logias preparaban para la Iglesia y para la sociedad; el convencional Guffroy la caracterizó con estas palabras: "Jamás la historia de los pueblos bárbaros, jamás la historia pavorosa de los tiranos, ofrecerán la imagen de una conspiración más espantosa ni mejor combinada contra la humanidad y a virtud".

[1] *Journal Officiel*, 2 de julio, p. 1799.

Ya en ese mismo año de 1776 la comisión central del Gran Oriente había escogido, entre los masones, hombres encargados de recorrer las provincias y de visitar las logias en toda la extensión de Francia, para advertirlas de mantenerse prontas para ofrecer su concurso a lo que se iba a cumplir[1].

Copin-Albancelli hizo una observación muy justa: "Para llegar a tomarse los destinos de Francia, la francmasonería precisó de setenta años de preparación.

---

[1] He aquí, como ejemplo, lo que según testimonio de Barruel, fue intentado en Flandre:

"Desde el año de 1776, la comisión central del Oriente encargó a sus diputados de predisponer a los hermanos a la insurrección, de recorrer y visitar las logias en toda la extensión de Francia, de apresarlas, de concitarlas en virtud del juramento masónico, y de anunciarles que era el tiempo al fin de dar cumplimiento a ese juramento por la muerte de los tiranos.

"Aquel de entre los grandes adeptos que tuvo por misión las provincias del norte, era un oficial de infantería llamado Sinetty. Sus marchas revolucionarias lo llevaron a Lille. El regimiento de Sarre estaba entonces sirviendo en esa ciudad. Importaba a los conjurados garantizar sobre todo a los hermanos con los cuales contaban entre los militares; la misión de Sinetty tuvo el suceso del cual él se vanagloria, pero la manera por la cual él se des incumbió de ella basta para nuestro objetivo. Para contarla, voy a penas repetir aquí la exposición que me quiso hacer un testimonio ocular, entonces oficial de ese regimiento de Sarre, escogido por Sinetty para escuchar el objetivo de su apostolado, así como los varios otros del mismo regimiento.

"Nosotros teníamos, me decía aquel digno militar, nuestra logia masónica; *ella era para nosotros, como para la mayoría de los otros regimientos, apenas un verdadero juego*; las pruebas de los nuevos que llegaban servían de diversión para nosotros; nuestras refecciones masónicas hacía encantador nuestro ocio y nos servían de descanso de los trabajos. Vosotros os dais bien cuenta que *nuestra libertad* y *nuestra igualdad* no eran nada menos de que la libertad y la igualdad de los jacobinos. La gran generalidad y casi universalidad de los oficiales lo supieron demostrar cuando la Revolución llegó.

"No pensábamos en nada menos de que en esa Revolución, cuando un oficial de infantería llamado Sinetty, famoso francmasón, se presentó en nuestra logia. Fue recibido como hermano. Inicialmente no manifestó ningún sentimiento contrario a los nuestros. Pero pocos días después, él mismo convidó a veinte de nuestros oficiales para una asamblea particular. Creímos que ella quería simplemente retribuirnos la fiesta que le habíamos ofrecido.

"Accediendo a su convite, nos encontramos en una pequeña quinta llamada La Nueva Aventura. Esperábamos una simple cena masónica, cuando he aquí que él tomó la palabra, como orador que tiene importantes secretos a desvendar de parte del Gran Oriente. Nosotros escuchamos. Imagine nuestra sorpresa cuando lo vimos súbitamente adoptar el tono de énfasis, de entusiasmo, para decirnos que era tiempo en fin; que los proyectos tan dignamente concebidos, tan largamente meditados por los verdaderos francmasones, se debían cumplir; que el universo en fin iba a ser liberado de sus amarras; que los tiranos llamados reyes serian vencidos; que todas las supersticiones religiosas darían lugar a la luz; que la libertad, la igualdad, irían a substituir la esclavitud en la cual el universo gime; que el hombre, en fin, iría a retomar sus derechos.

"En cuanto nuestro orador se aplicaba a esas declamaciones, nos mirábamos unos para los otros como diciendo: ¿Quién es ese loco? Nos propusimos escucharlo durante más de media hora, reservándonos de reír libremente entre nosotros. Lo que nos parecía más extravagante era el tono de confianza con el cual él anunciaba que de ahí en adelante los reyes o los tiranos se opondrían en vano a los grandes proyectos; que la Revolución era infalible y que estaba próxima; que los tronos y los altares iban a caer.

"El percibió, sin duda, que no éramos masones de su especia; nos dejó para ir a visitar otras logias. Después de habernos divertido con lo que tomábamos como el efecto de un cerebro perturbado, cuando nos habíamos olvidado de esa cena, la Revolución no vino a enseñar cuánto nos habíamos engañado" (BARRUEL, *Mémoires*, tomo II, p.446). En *Notas* sobre algunos puntos de los dos primeros volúmenes, Barruel acrecienta otros testimonios de ese hecho que él acaba de relatar aquí.

"¿Por qué tanto tiempo? Esto está relacionado al método que ella estaba obligada a emplear.

"Cuando la masonería apareció en Francia, venida de Inglaterra, bajo la Regencia, ella era totalmente impotente. No obstante, ella tenía en vista desde luego destruir las tradiciones francesas, es decir, los elementos de que se componía el ser llamada Francia. ¡Hacer de Francia otra Francia! ¿Cómo llegar a la realización de ese objetivo, tan loco como si se intentase hacer de un hombre un anti-hombre, de la Humanidad una anti-Humanidad?

"El poder oculto masónico, no pudiendo actuar por la fuerza, puesto que en el origen ella no poseía la fuerza, estaba reducido a actuar por persuasión, por sugestión. Pero no es fácil sugerir a una nación que ella debe destruir sus tradiciones, esto es, destruir a sí misma. No se puede esperar un tal resultado sino procediendo por sugestiones sucesivas, dirigidas con extrema habilidad y prodigiosa hipocresía: una hipocresía cuya medida es dada por el hecho de que la divisa *libertad*, *igualdad* y *fraternidad*, que no cesaron de presentar, como si se tratase de seducir la nación, como una carta de emancipación y de universal felicidad, manifestó su veneno cuando llegó a dominar esta nación, por el terror y por la guillotina.

"Para hacer aceptar toda la serie de las sugestiones por las cuales era necesario pasar para crear los estados de espíritu intermediarios indispensables a la obtención del resultado anhelado, se comprende que haya sido necesario mucho tiempo".

Lanzando de ahí su mirada sobre lo que acontece hoy, Copin-Albancelli acrecienta: "La francmasonería preparó, pues, su primer reino durante cerca de setenta años. Ahora, ese reino no duró sino algunos años. Sofocada por la sangre del Terror y por el barro del Directorio, la francmasonería se encontró tan flaca cuanto era en sus comienzos.

"Ella fue obligada a recomenzar su trabajo subterráneo, a preparar de nuevo los estados de espíritu sobre los cuales ella se podrá apoyar un día para escalar, una segunda vez, el poder que ella fue obligada a abandonar. No serán necesarios ochenta años.

"¡Setenta años de esfuerzos paciente y miserablemente hipócritas, en la primera vez; ochenta años en la segunda! ¡Se comprende que, instruida por sus primeras experiencias, ella no pueda decidirse ahora a abandonar su presa!

"Ella no quiere, pues, dejar el poder y nosotros podemos estar ciertos de que ella hará lo imposible para ahí permanecer y terminar en fin la obra de la ruina para la cual, hace de los siglos, ella ha empleado tanta astucia y tantas violencias".

CAPITULO XIII

LA FRANCMASONERIA EN EL SIGLO XVIII

III. – LOS ILUMINISTAS

L. Blanc, en su *Histoire de la Révolution*, consigna la existencia de esos santuarios más tenebrosos de que las logias, “cuyas puertas no se abren al adepto sino después de una larga serie de pruebas calculadas de manera a confirmar los progresos de su educación revolucionaria, a confirmar la constancia de su fe, a experimentar el temple de su corazón”.

Es de esos santuarios que descienden a las logias la “luz” y el estímulo.

Antes de 1789, fue la secta de los “Iluministas” que imprimió a la francmasonería las directrices para que pudiese implementar el proyecto de revolucionar Francia y Europa. Después de la Restauración, cupo a la Gran-Logia el papel de preparar los hechos a los cuales asistimos y que deben completar y terminar la obra interrumpida de la Revolución.

“Después de los trabajos históricos de esos últimos años, dice Monseñor Freppel, no es más permitido ignorar la perfecta identidad de las fórmulas de 1789 con los planes elaborados en la secta de los Iluministas”[1].

[1] *La Révolution Française*. A propos du centenaire de 1789, p. 34.

Barruel trajo a la luz la organización de los Iluministas, sus doctrinas, la acción sobre la francmasonería y a través de esta sobre el movimiento revolucionario

Para hacer esas revelaciones, él se apoya en documentos, sobre cuyo origen y autoridad es preciso inicialmente hablar.

Por vuelta del año de 1781, la Corte de Baviera sospechó la existencia de una secta que se constituyó en aquel país para sobreponerse a la francmasonería. Ella ordenó hacer pesquisas, que los sectarios tuvieron el arte de apartar o de hacer inútiles. Entre tanto, el día 22 de junio de 1784, su Alteza Electoral mandó publicar en sus Estados la prohibición absoluta de “toda comunidad, sociedad y cofradía secreta o no aprobada por el Estado”. Muchos francmasones cerraron sus logias. Los Iluministas, que tenían F.: en la propia Corte, continuaron a realizar sus asambleas.

En el mismo año, un profesor de Munich, Babo, desvendó lo que él sabía acerca de la existencia de los Iluministas y de sus proyectos en un libro intitulado *Premier avis sur les franc-maçons*. El gobierno depuso entonces a Weishaupt de la silla de Derecho que él ocupaba en Ingolstad, no porque supiese fuese él el fundador del Iluminismo, cosa que no estaba clara, sino en calidad de “famoso maestro de las logias”[1]. Al mismo tiempo dos profesores de humanidades en Munich, el padre

[1] Weishaupt, “el más profundo conspirador que jamás surgió”, dice L. Blanc, más conocido en los anales de su secta bajo el nombre de Spartacus, nació en la Baviera por vuelta de año 1748. Este es el retrato que de él traza Barruel: “Ateo sin remordimientos, el hipócrita profundo, sin ninguno de esos talentos superiores que dan a la verdad célebres defensores, pero con todos los vicios y todo ese ardor que dan a la impiedad, a la anarquía grandes conspiradores. Ese desastroso sofista no quedará conocido en la historia sino como el demonio, por el mal que hizo y por lo que pretendía hacer. Su infancia es obscura, su juventud ignorada; en su vida doméstica, un solo trazo escapa a las tinieblas de las cuales lo rodean, y ese trazo es el de la depravación, de la perfidia consumada (incesto e infanticidios confirmados en sus propios escritos).

“Pero es más especialmente como conspirador que importa conocer a Weishaupt. Así que la Justicia lo descubre, ella lo ve al frente de una conspiración cerca de la cual todas aquellas de los clubes de d’Alembert y de Voltaire no pasan de juegos infantiles. No sabemos, es difícil comprobar, se Weishaupt tuvo un maestro, o si él fue el padre de los dogmas monstruosos sobre los cuales fundó su escuela”.

Una tradición que Barruel no puede confirmar pretende que, por vuelta del año 1771, un negociante llamado Kolmer, después de haber estado en Egipto, se puso a recorrer Europa. Le dan por discípulo al famoso Cagliostro, y se afirma que él tuvo contactos con Weishaupt.

Puede ser que Kolmer fuese un mensajero de la comisión central de las sociedades secretas internacionales, o del Patriarca que, de un santuario impenetrable, rige y dirige la guerra contra la civilización cristiana.

El objetivo del Iluminismo, aquello a que él debía conducir jamás varió en el espíritu de Weishaupt: nada más de religión, de sociedad, de leyes civiles, de propiedades, fueron siempre los términos fijos de sus conspiraciones; pero él comprendía que era necesario conducir para ese fin a sus adeptos escondiéndoles su pensamiento último. De ahí las iniciaciones misteriosas y sucesivas, que ocupan una gran parte de la obra de Barruel. “No puedo, escribía Weishaupt a Xavier Zwack, emplear los hombres tales como ellos son: es preciso que yo los forme; es necesario que cada clase de mis órdenes sea una escuela de pruebas para la prueba siguiente”.

Como su secreto, su pensamiento último podía ser, un día u otro, divulgado, él tomaba mucho cuidado en no exponer su persona. El escribía a sus confidentes: “Conocéis las circunstancias en que me encuentro. Es preciso

Cosandey y el abad Benner, que, después haber sido discípulos de Weishaupt, se habían separado de él, recibieron la orden de comparecer delante del tribunal del Ordinario, para ahí declarar bajo juramento, lo que ellos habían visto de contrario a las costumbres y a la religión entre los Iluministas. No se sabía entonces que esas logias de retaguardia también tenían por misión conspirar contra los gobiernos. Barruel publicó los testimonios que ellos prestaron en los días 3 y 7 de abril de 1786. El consejero palaciano Utschneider y el académico Grümberger, que se habían retirado de la orden desde que habían conocido todo el horror, prestaron igualmente, testimonio jurídico y que Barruel también publicó.

Esos testimonios, por importantes que fuesen, no condujeron a la adopción de las medidas que reclamaban, sea porque los Iluministas tuviesen inteligencias en el propio seno del tribunal, sea porque el apartamiento de Weishaupt llevó a creer que la secta, estando decapitada, desaparecería por sí misma.

Fue necesario, dice Barruel, que el cielo interfiriese. Depuesto de sus funciones, Weishaupt se había refugiado en Ratisbona, más decidido que nunca a continuar su obra. El tenía junto a sí un sacerdote apóstata, llamado Lanz. En el momento en que él le trasmitía sus instrucciones, antes de enviarlo para llevar a la Silesia sus misteriosas y funestas maquinaciones, un rayo cayó sobre ellos y Lanz murió al lado de Weishaupt[1].

El pavor no dejó a los conjurados libertad de espíritu suficiente para substraer a los ojos de la justicia los papeles de los cuales Lanz estaba encargado. La lectura de esos documentos recuerda los testimonios de Cosandey, de Benner, de Utschneider y de Grümberger, y resolvió investigar entre aquel que se sabía haber tenido ligaciones más estrechas con Weishaupt.

El 11 de octubre de 1786, en el momento en que Xavier Zwack, consejero palaciano de la regencia – llamado Caton en la secta - se juzgaba al abrigo de cualquier busca, los magistrados se encaminarían para su casa de Landshut. Otros, al mismo tiempo, descendieron al castillo de Sanderstorf, que pertenecía al baron de Bassus – Annibal para la secta. Esas visitas colocaron la Justicia en la posesión de los estatutos y de las reglas, de los proyectos y de los discursos, en una palabra, de todo lo que constituía los archivos de los iluministas. En las notas, en su mayoría escritas

que yo dirija todo a través de cinco o seis personas: es absolutamente necesario que yo permanezca desconocido" (escritos originales). "Cuando el objeto de ese deseo (el suyo), agregaba, es una Revolución universal, no seria posible divulgarlo sin exponer a aquel que concibió la venganza pública. Es en la intimidad de las sociedades secretas que es preciso saber propagar la opinión" (T. I. Letres à Caton, 11 y 25).

[1] Barruel da aquí por referencia, *Apologie des Illuminés*, p. 62.

en código por Massenhausen, consejero de Munich – llamado Ajax por los conjurados – se encontraron recetas para hacer la *Acqua toffana*, para hacer insalubre el aire de los apartamentos, etc. El arresto abarcó igualmente, una colección de ciento y treinta sellos de soberanos, señores, banqueros, y el secreto de imitar a aquellos de los cuales la orden no podía disponer.

La conspiración de Weishaupt se mostró tan monstruosa en esos documentos, dice Barruel, que con dificultad se podía concebir que toda la perfidia humana hubiese bastado para prestarse a eso.

El elector mandó depositar los documentos confiscados en los archivos del Estado. Quiso al mismo tiempo, advertir a los soberanos del peligro que a todos amenazaba, a ellos y a sus pueblos. Mientras tanto, los mandó imprimir bajo el título ÉCRITS ORIGINAUX DE L'ORDRE ET DE LA SECTE DES ILLUMINES, en la tipografía de Ant. François, editor de la Corte de Munich, 1787.

La primera parte de esa obra contiene los escritos descubiertos en Lanshut, en la casa del consejero de la Regencia Zwack, en los días 11 y 12 de octubre de 1786.

La segunda parte contiene aquellos que fueron encontrados por ocasión de la visita hecha por orden de Su Alteza Electoral al castillo de Sanderstof.

En el inicio del primer volumen y en el frontispicio del segundo se encuentra esta advertencia bien digna de atención: "A los que tuvieren cualquier duda a respecto de la autenticidad de esta compilación basta que se recurra a los Archivos secretos de Munich, en el cual se tienen orden las piezas originales para ser mostradas".

En esos dos volúmenes encontramos reunido todo lo que puede evidenciar la más característica conspiración anticristiana. Ahí se ven los principios, el objetivo, los medios de la secta, las partes esenciales de su código, la correspondencia entre los adeptos y su jefe, sus progresos y sus esperanzas. Barruel, en sus Memorias, reproduce las piezas más interesantes[1]. Cada una de las potencias de Europa reci-

[1] Las otras obras de las cuales Barruel sacó sus pruebas son:

1ª. *Le véritable Illuminé* o el perfecto *Rituel des Illuminés*. El Barón Knigge, apellidado Philon en la secta, que es el autor de ese código, testificó en estos términos la sinceridad de esa publicación: "Todos esos grados, tal como los describí, aparecen este año impresos en Edesse (vale decir, en Francfort-sur-le-Mein) bajo el título *Véritable illuminé*. No sé quién es ese editor, pero los grados están absolutamente como salieron de mi pluma, tal como los redigí". (*Dernier éclaircissement de Philon*, p. 96).

2ª. *Dernier éclaircissement de Philon* ou *Dernier mot de Philon*. Constituyen las respuestas de Knigge a diversas preguntas sobre sus ligaciones con los Iluminados.

3ª. Diversos trabajos de Spartacus (Weishaupt) y de Philon (Knigge). Después los *Écrits originaux*, esta obra es la más importante que se imprimió sobre el Iluminismo.

bió pues esos documentos. Todas fueron así advertidas con las pruebas auténticas sobre la monstruosa Revolución meditada para su perdición y la de todas las naciones. El propio exceso de las conspiraciones podrán parecer, tal vez, como quiméricas, hasta el momento en que exploten los acontecimientos que las preparaban.

En Baviera, la cabeza de Weishaupt fue puesta a recompensa; él se refugió bajo Su Alteza el duque de Saxe-Gotha. La protección que allí encontró, y aquella de que gozaron en diversas cortes varios de sus adeptos, se explican por el número de sus discípulos que él tenía en los más eminentes cargos, incluso al nivel de los príncipes[1].

Exceptuado Weishaupt, que supo escapara de los jueces, ninguno de los conjurados fue condenado en Baviera a penas más fuertes de que el exilio o una prisión pasajera, y desde Holstein hasta Venecia, desde Lovaina hasta Estrasburgo, no fue hecha la menor busca en sus logias. La mayoría de los adeptos reconocidos como los más culpables encontró más protección de que indignación. Así, la secta se libró

4ª. *Histoire critique des grades de l'Illuminisme*. Todo lo que ahí es dicho está probado por las propias cartas de los grandes adeptos.

5ª. *L'Illuminé dirigeant*. Es el complemento de la n° 3.

6ª. *Dépositions remarquables sur les Illumines*. Como todo es jurídico en esas declaraciones, como fueron confirmada por el juramento delante de los tribunales, ninguna necesidad de insistir sobre su fuerza probatoria.

7ª. *Les apologies* de los Iluministas.

Además de los documentos que tuvo en sus manos, Barruel se informa de otras fuentes. Los viajes que había hecho a diversos países, lo pusieron en relación con numerosos personajes que, de viva voz o por correspondencia, lo colocaron al par de lo que ocurría entre ellos.

[1] Barruel ofrece una lista de los personajes que hicieron parte de la secta de los Iluministas desde su fundación, en 1776, hasta el descubrimiento de sus escritos originales, en 1786. Encontramos ahí los nombres propios de los conjurados, sus nombres de guerra, sus residencias, sus cualificaciones, funciones y dignidades, etc.

Revelamos aquí lo que sigue por causa del interés más particular que presenta.

En el mundo eclesiástico: 1 obispo, vicepresidente del consejo espiritual en Munich; 1 primer predicador; 1 párroco; 1 sacerdote; 1 eclesiástico; 2 ministros luteranos.

En la nobleza: 1 príncipe; 2 duques; 2 condes; 7 barones.

En la magistratura: 1 consejero palaciano de la Regencia; 1 vice-presidente; 17 consejeros; 2 jueces; 1 procurador; 1 secretario de los Estados; 1 secretario de embajada; 1 canciller; 1 coadjutor y un secretario de coadjutor; 1 superintendente; 1 tesorero; 1 comisario.

En el ejército: 1 general, gobernador de Ingolstad; 1 oficial; 1 capitán; 1 mayor.

En la enseñanza: 1 profesor de teología católica y 1 profesor de teología protestante; 4 profesores; 1 tutor en una casa principesca; 1 gobernante de los hijos de un conde; 1 bibliotecario; 1 libreto.

Otras profesiones: El médico de la aduana del Elector; otro médico; etc., sin contar, dice Barruel, un número prodigioso de otros adeptos designados solamente por sus nombres de guerra y cuyo verdadero nombre no fue descubierto.

de tener que abandonar la patria. Zwack escribió: "Es necesario, para restablecer nuestros negocios, que entre los Il:. que huyeron a nuestros adversarios, algunos de los más hábiles tomen el lugar de nuestros fundadores, que se deshagan de los descontentos y que, de acuerdo con nuevos electos, trabajen para dar a nuestra sociedad su primer vigor". Weishaupt, en una carta a Fisher, dejó oír esa amenaza contra los que lo habían expulsado de Ingolstad: "Un día transformaremos su alegría en llantos."

Instruidos por el valor de los documentos que Barruel pone en sus *Memorias,* podemos, con toda confianza, penetrar en el antro de los Iluministas y transformarnos en espectadores de las tramas a través de las cuales preparaban la Revolución.

Weishaupt era, como dijimos, profesor en la Universidad de Ingolstad cuando lanzó los fundamentos del Iluminismo, el 1 de marzo de 1776. Entre los estudiantes que seguían el curso, él escogió a Massehausen, que después fue consejero en Munich, y al cual dio el nombre de Ajax, y Merz, que más tarde fue secretario del embajador del Imperio en Copenhague; a este dio el nombre de guerra de Tiberio. Dijo al primero: "Jesucristo envió a Sus apóstoles para predicar en el universo. Tú, que eres mi Pedro, ¿por qué te dejaré ocioso y tranquilo? Id pues, y predica". El año de 1776 precede bien poco el de la Revolución; y ahí están sus frágiles principios. Pero no olvidemos que la francmasonería era organizada hace mucho más tiempo y que la secta de los Iluministas no había sino que darle su último impulso.

Menos de dos años más tarde, el día 13 de marzo de 1778, Weishaupt, en una carta dirigida a Tiberio y a Merz, así se felicitaba por el suceso de su emprendimiento: "Tengo extremo placer en comunicaros los felices progresos de mi orden… Os conjuro, poneos manos a la obra. En cinco años, quedaréis espantados con lo que habremos hecho. Lo más difícil fue superado. Veréis que daréis pasos de gigantes".

Lo que le daba esta confianza era la facilidad que encontraba para seducir a los hombres que gozaban de la consideración pública. En Eichstad, donde se encontraba la logia que él mismo presidía, llevó sus tentativas hasta sobre dos canónigos.

Luego él pudo enviar misioneros para toda la Alemania y toda Italia. Más tarde explicaremos como el Iluminismo se introdujo en Francia.

Del fondo de su santuario, él acompañaba a todos sus adeptos, manteniendo con ellos continuas relaciones. La correspondencia de Voltaire es prodigiosa, pero ella no se aproxima de la de Weishaupt.

Además, como Voltaire, o mejor, como D'Alembert, él se esforzaba en colocar a sus hombres junto a los príncipes, a introducirlos en sus consejos, a hacerlos penetrar en sus congresos[1]. "La historia sin duda un día dirá con qué arte él supo, en el congreso de Rastadt, hacer combinar los intereses de su secta con los de las Potencias y con sus juramentos de destruirlas todas. De entre sus discípulos, quien mejor lo siguió en ese aspecto fue Xavier Zwack: "Nadie jamás supo mejor aparentar aires de un servidor celoso por su príncipe, por su patria y por la sociedad, al mismo tiempo en que conspiraba contra su príncipe, su patria y la sociedad".

En diferentes lugares de su obra, en el curso de la narración, Barruel es llevado a hablar de los grandes personajes que Weishaupt ganó en gran número, sea por él mismo, sea por sus afiliados. El supo hacer de esos príncipes instrumentos, apóstoles y propagandistas de una conspiración de la cual deberían ser las primeras víctimas.

Pero, aquello a que Weishaupt más se aplicó, fue en conquistar la dirección de la francmasonería. Desde los primeros días de la fundación de su secta, y tal vez incluso antes, él comprendiera el partido que contaba para sus conspiraciones de la multitud de francmasones esparcidos por los diversos puntos del mundo, si un día pudiese obtener su concurso.

En el año de 1777 él ingresó en la logia llamada San Teodoro, en Munich. Así, él tenía calificación para inmiscuirse en sus convenciones. Lo que él propio hizo fue recomendar a sus iniciados que igualmente lo hicieren. "El poseía los secretos de la francmasonería, observa Barruel, y los francmasones no conocían los de él". Weishaupt sabía que él y los francmasones tendían para el mismo fin, pero se encontraban localizados en el camino para donde conducía a ese fin, en puntos desigualmente distantes de objetivo. Veremos todo eso se reproduce en el siglo siguiente con la Gran Logia. Copin-Albancelli, en su libro *Le pouvoir occulte contre la France*, esclareció definitivamente esa jerarquía entre las diversas sociedades secretas, y las superiores que, a través de algunos de sus miembros penetran en las inferiores para imprimirles la dirección que sin duda ellas mismas reciben de más arriba.

El demonio de las Revoluciones, dice Barruel, sirvió a Weishaupt a voluntad para la ejecución de su designio. Él le envió un barón de Hanover, llamado Knigge "Philon-Knigge". "Que me den seis hombres de ese temple, decía Weishaupt cuando lo conoció, y con ellos yo cambio la faz del universo"[2]. Esos dos malvados del infierno se complementaban uno al otro. Una ocasión única se presentó para colocar sus designios en ejecución.

[1] Ver Barruel, IV, p. 47, 52, 174, etc.

[2] *Ecrits originaux*, t. I, carta 56.

Corría el año de 1780. Bajo la protección y los auspicios de Su Alteza el príncipe Ferdinando, duque de Brunswick, una asamblea general de los diputados masónicos acababa de ser convocada para Wilhelmsbad, en el año siguiente. "No era una sociedad insignificante, dice Barruel, aquella cuyos diputados acuden de todas las partes del mundo". Muchos francmasones en aquella época creían poder llegar a tres millones el número de sus iniciados; los de la logia *La Candeur*, establecida en París, se vanagloriaban, en su encíclica del 31 de mayo de 1782, de ser un millón solamente en Francia.

"¿Qué extraño interés convoca para una Corte de Alemania, de todas las partes de Europa, del fondo mismo de América, de África y de Asia, los agentes, los electos de tantos hombres, todos unidos por el juramento de un secreto inviolable sobre la naturaleza de sus asociaciones y sobre el objetivo de sus misterios? ¿Qué proyectos traían consigo los diputados de una asociación tan formidable?" La respuesta es que la hora de la Revolución estaba decretada, que la hora de la Revolución estaba próxima. En ese canto de Alemania y a través de ese congreso se concebía y se inflamaba el brasero del cual debía partir el incendio que iba a devastar a Europa.

Otras asambleas de francmasones habían sido realizadas en los últimos veinte años en Brunswick, en Wiesbaden y en otras ciudades alemanas; ninguna había sido general como esa; ninguna reuniera una tal variedad de sectas. "Eran, de alguna manera, dice Barruel, todos los elementos del caos masónico reunidos en el mismo centro".

"Los Iluministas llegaban de todos los lados provistos de pasaportes de autoridades civiles. Durante más de seis meses ellos entraban y deliberaban tranquilamente en su inmensa y tenebrosa logia, sin que los magistrados se dignasen de inquietarse con lo que allí pasaría relativamente a ellos y sus pueblos. Si los organismos religiosos, si el cuerpo episcopal por sí mismo, hubiesen, en esos días, realizado una asamblea general, el soberano habría reclamado el derecho de enviar emisarios; él los había encargado de vigilar para que, bajo el pretexto de cuestiones religiosas, no aconteciese nada de contrario a los derechos del Estado. Aquí, la policía mereció sin duda la confianza de los príncipes que los masones contaban entre sus Il   Ella no sabía que no hay para los adeptos de ese nivel sino medias-confidencias.

Weishaupt envió, pues, a Wilhelmsbad a su lugarteniente Knigge[1], con el pensamiento y tal vez con la misión, recibida de la dirección suprema de las socieda-

[1] El barón Knigge, apellidado Philon, es el más famoso de los iluministas después del autor de la secta. El se encargó de redactar y efectivamente redactó todo el código de los Iluministas bajo el título Veritable illuminé, impreso en Francfort-sur-le-Mein. En una obra, Dernier éclaircissement, él cuenta su historia, la del Iluminismo, de sus pactos con los jefes de la secta y de los trabajos que emprendió a favor d ella.

des secretas, que los había convocado, de arrastrar todas las diversas sectas de la francmasonería para el movimiento revolucionario.

Knigge juzgó más conveniente mantenerse a la puerta de la asamblea, acompañar el desarrollo de las materias y actuar por sus confidentes de que por sí mismo. El se sirvió sobre todo del adepto Minos, esto es, del barón Dittfurth, consejero del Gabinete Imperial de Wetzlar, que él sabía estar lleno de celo y de entusiasmo por el Iluminismo y que él tuviera el cuidado de hacer incluir en la categoría de los diputados. "Las principales disposiciones combinadas entre Knigge y Dittfurth, dice Barruel, fueron decretadas por el congreso". No entraremos en el detalle de las maniobras que él realizó para alcanzar su objetivo; pueden ser leídas en el cuarto volumen de las *Mémoires pour servir à l'histoire du jacobinisme*. Bastará decir que su objetivo fue alcanzado.

"Si yo no temiese agobiar de espanto y de dolor los francmasones honestos, dice Barruel, yo los convidaría aquí a meditar un poco estas palabras:

"¡Todos quedarán encantados, entusiasmados! ¡Electos y Rosacruces, Hermanos Templarios, Hermanos de Zenendorff y Hermanos de San Juan, caballeros del sol y caballeros Kadosch, filósofos perfectos, todos escuchan, reciben con admiración los oráculos de Epopte Hierofante (Knigge), que restituís a la claridad primitiva sus antiguos misterios, mostrando en su Hyram su Mac-Renac, y su Piedra pulida, toda la historia de esa libertad y de esa igualdad primitivas, toda esa moral que nada es más allá del arte de desembarazarse de príncipes, de gobiernos, de la religión y de la propiedad!"

Uno de los miembros más distinguidos de la nobleza del Delfinado, el conde de Virieu, que fue engañado por las apariencias místicas del sistema de Saint-Martin, fundador de un Iluminismo distinto de aquel de Weishaupt, hacía parte de la logia de los Caballeros Filantrópicos de Lyon, y fue, en esa calidad, delegado en el congreso de Wilhelmsbad. De regreso a Paría, presionado por el conde de Gilliers, dice: "No os contaré los secretos que traigo conmigo, pero lo que juzgo poder deciros es que se trama una conspiración tan bien urdida y tan profunda, que será muy difícil que la religión y los gobiernos no sucumban"[1].

L. Blanc, en su Histoire de la Révolution, caracterizó con mucha propiedad la obra de Weishaupt: "Someter, únicamente a través del misterio, el único poderío de la asociación, a una mismo voluntad y animar con un mismo soplo millares de

[1] En una carta dirigida a la Gazette de France, el 26 de febrero de 1909, Gustave Bord dice: "Virieu no solamente no abandonó a la masonería, como puedo probar que en 1788 envidió todos los esfuerzos para mantener en la secta al duque d?Haire, que había pedido si dimisión".

hombres en cada región del mundo, pero inicialmente en Alemania y en Francia; hacer de esos hombres, por intermedio de una educación lenta y gradual, seres enteramente nuevos; hacerlos obedientes hasta el delirio, hasta la muerte, a jefes invisibles e ignorados; con semejante legión valorar secretamente los corazones, envolver a los soberanos, dirigir a su voluntad los gobiernos y llevar a Europa a tal punto que toda superstición (léase toda religión) fuese apagada, toda monarquía demolida, todo privilegio de nacimiento declarado injusto, el mismo derecho de propiedad abolido: tal fue el plan gigantesco del Iluminismo".

CAPITULO XIV

LA FRANCMASONERIA EN EL SIGLO XVIII

IV. – LOS JACOBINOS

Los progresos de la secta bávara, que debería dar el impulso para la Revolución, datan de la convención de Wilhelmsbad.

"Después de los trabajos históricos de estos últimos años, dice Monseñor Freppel[1], no es más permitido ignorar la perfecta identidad de las fórmulas de 1789 con los planes elaborados por la secta de los iluministas, de los cuales Weishaupt y

[1] *La Révolution française* (a propósito del centenario de 1789), p. 34.

Knigge eran promotores, y muy particularmente del congreso general de las logias masónicas reunido en Wilhelmsbad. No podríamos olvidar, además, con qué solicitud acudieron a París, para tomar la parte más activa en todos los acontecimientos, el suizo Pache, el inglés Payne, el prusiano Clootz, el español Guzmán, Arabat, de Neufchâtel-en-Bray, el americano Fournier, el austriaco Prey, los belgas Proly y Dubuisson, un príncipe de Hesse, poloneses, italianos, bávaros, y tránsfugas de todos los países, cuyos servicios la Revolución aceptó, haciéndolos ricos".

Los diputados de las logias, después de haber recibido el bautismo del Iluminismo, retornan a sus países y trabajaron por todas partes la francmasonería en el sentido que les fue indicado: en Austria, en Francia, en Italia, en Bélgica, en Holanda, en Inglaterra, en Polonia. "El contagio es tan rápido que luego el universo estará lleno de iluministas". Su centro es en adelante Francfort, por lo menos en lo que dice respecto a la organización de la acción revolucionaria. Veremos lo que fue ahí resuelto contra la dinastía de los capetos, cumbre del orden social europeo. Knigge estableció en esa ciudad su sede. Desde ahí extendió sus conspiraciones de Oriente a Occidente y de Norte a Sur, él hace iniciaciones en sus misterios y recluta esa multitud de cabezas y de brazos de los cuales la secta tiene necesidad para las revoluciones que prepara.

"A propósito de Francia, dice Barruel, la secta tiene sus designios más profundos". Según el plan de Weishaupt y de Knigge, los franceses deberían ser los primeros en actuar pero los últimos en ser instruidos. Se contaba con el temperamento de ellos. "Estábamos ciertos de que su energía esperaría apenas, para rebelarse, que llegase la hora en que Europa entera estuviese en revolución, para entonces derribar los altares y los tronos en su país".

Entre tanto, ya se encontraba ahí algunos adeptos desde 1782, aquellos de los diputados de las logias que habían sido admitidos al secreto, por ocasión de la asamblea de Wilhelmsbad. Los dos más conocidos, y que debían tener la más funesta acción eran Dietrich[1], prefecto de Strasbourg, y Mirabeau.

Este, encargado de una misión en Prusia por los ministros de Luis XVI, se unió estrechamente con Weishaupt y se hizo iniciar en Brunswick en la secta de los iluministas, a pesar de ya pertenecer, hace mucho tiempo, a otras sociedades secretas. De regreso a Francia, él *iluminó* a Tayllerand y otros colegas de la logia *Los Amigos* Reunidos[2]. El también introdujo los nuevos misterios en la logia llamada *Filaletes*. Los jefes de la conspiración se ocuparon entonces principalmente de Ale-

---

[1] Fue en la casa de él donde se cantó la Marsellesa por la primera vez.

[2] En 1776, escribe Henri Martin, el joven Mirabeau había redactado un plan de reformas en el cual proponía a la orden masónica trabajar con moderación, pero con resolución y actividad constante, para transformar progresivamente el mundo, minar el despotismo, buscar la emancipación civil, económica, religiosa, la plena conquista de la libertad individual. (*Histoire de France*, t. XVI, p. 435).

mania. Mirabeau les aseguró que en Francia el terreno estaba admirablemente preparado por Voltaire y por los Enciclopedistas y que ellos podían ponerse a la obra con toda seguridad. Dieron entonces esa misión a Bode, consejero intimo, en Weymar, que ellos apellidaban de Aurelius, y a ese otro discípulo de Knigge, llamado Bayard en la secta, cuyo verdadero nombre era barón de Busche, y que era un hanoveriano al servicio de Holanda.

Las circunstancias, en efecto, no podían ser más favorables a su propaganda. Como dice Barruel, "los discípulos de Voltaire y de Jean-Jacques habían preparado en las logias el reino de esa igualdad y de esa libertad cuyos últimos misterios se transformaban, según lo que se conoce de Weishaupt, en aquellos de la impiedad y de las más absoluta anarquía.

"La igualdad y la libertad, decía él, son los derechos esenciales que el hombre, en su perfección originaria y primitiva, recibe de la naturaleza; la primera agresión a la libertad fue lanzada por las sociedades políticas y por los gobiernos; los únicos sustentáculos de la propiedad y de los gobiernos son las leyes religiosas y civiles: así, para restablecer el hombre en sus derechos primitivos de igualdad y de la libertad, es necesario comenzar por la destrucción de toda religión, toda sociedad civil y acabar por la abolición de toda propiedad"[1].

En esos mismos discursos, Weishaupt trazaba a los iniciados esta línea de conducta para llegar a la liquidación de la propiedad, de la sociedad civil y de la religión, objeto de su institución.

"El gran arte de hacer infalible una Revolución cualquiera, es la de esclarecer a los pueblos. Esclarecerlos es, insensiblemente, conducir a la opinión pública para el deseo de las mudanzas que constituyen el objeto de la Revolución meditada.

"Cuando el objeto de ese deseo no puede aflorar sin exponer a aquel que lo concibió a la venganza pública, es en las intimidades de las sociedades secretas que es necesario saber propagar la opinión.

"Cuando el objeto de ese deseo es una Revolución universal, todos los miembros de esas sociedades que tienden el mismo objetivo, apoyándose unos a otros, deben procurar dominar invisiblemente y sin apariencia de medios violentos, no solamente la parte más eminente o la más distinguida de un mismo pueblo, sino a los hombres de toda condición, de toda nación, de toda religión. Soplar por todas partes un mismo espíritu, en el mayor silencio y con toda actividad posible, dirigir a todos los hombres dispersos por la superficie de la tierra en dirección al mismo objetivo.

[1] Barruel, III, 24.

"He ahí sobre lo que se establece el dominio de las sociedades secretas, aquello que debe llevar el imperio del Iluminismo.

"Un imperio cuya fuerza, una vez establecido por la unión y por la multitud de los adeptos, suceda al imperio invisible; atad las manos de todos lo que se resisten, subyugad, sofocad la maldad en su embrión, esto es, todo lo que resta de hombres que no pudiereis convencer"[1].

Así instruidos por los delegados del iluminismo, las logias, por lo menos las logias de retaguardia, se pusieron a la obra y comenzaron a organizarse más fuertemente.

Un "Relato leído en la sesión plenaria de las Respetables Logias Paz y Unión y La Libre Conciencia, en el Oriente de Nantes, un lunes 23 de abril de 1883", fue impreso en un folleto bajo el título *Du Rôle de la Franc-Maçonnerie au XVIIIe siècle*.

En la página 8, leemos que la fundación (en 1772) del Gran Oriente de Francia, que significó una concentración de las tropas masónicas francesas hasta entonces dispersas, dio, "una fuerza considerable a la francmasonería".

"El obtuvo todo su desarrollo (continua el Relato), si bien que en 1789 ella contase menos de 700 logias en Francia y en sus colonias, sin contar un gran número de Capítulos y de Areópagos. Fue de 1772 a 1789 que ella elaboró la gran Revolución que debía mudar la faz del mundo…

"Fue entonces que los francmasones vulgarizaron las ideas de que se habían embebido en las logias…

"¡Que hombres saldrían de esas logias en que se agitaba el pensamiento humano! Sieyès (L n°22), los dos Lameth, Lafayette (L *La Candura*), Bailly, Brissot, Camille Desmoulins, Condorcet, *Danton* (L *Las Dos Hermanas*)… *Hebert*, Robespierre y tantos otros!..." (Relato, p. 8).

[1] Instrucciones dadas a aquel que recibe el grado de Epopte o padre iluminado, para la dirección de los iluministas de orden inferior.

"Fue para realizar nuestros trabajos que un día fuisteis llamad. Observar a los otros día y noche; formadlos, vigiladlos; reavivar el coraje de los débiles, la actividad y el celo de los tibios; predicar y enseñar a los ignorantes; revelar los que caen, fortificar a los que tambalean, reprimir el ardor de los temerarios, prevenir la desunión, ocultar las faltas y flaquezas, prevenir la imprudencia y la traición, mantener, en fin, la subordinación relativamente a los superiores, el amor de los Hermanos entre sí, tales y aun mayores son los deberes que te imponemos… Auxiliaos y apoyaos mutuamente; aumentad vuestro número. ¿Os hacéis numerosos en determinado punto? ¿Os fortificasteis por vuestra unión? No dudéis más; comenzad a haceros poderosos y formidables relativamente a los malos (esto es, a los que se resisten a nuestros proyectos). Por el sólo hecho de ser suficientemente numerosos para hablar en fuerza, y por hablar en ella (como nosotros) por sí mismos y se alinean bajo nuestras banderas. Luego seréis bastante fuertes para atar las manos de los otros, para subyugarlos". Barruel, III, p. 171, 199.

El Gran Oriente fue desde entonces lo que es hoy el gran Parlamento masónico de todas las logias del reino, que para él envían sus diputados. El catálogo de su correspondencia, en el año 1787, nos muestra no menos de 282 ciudades que tenían alguna de las logias regulares bajo su dirección. Solamente en París, se contentaban desde entonces 81; había 16 en Lyon, 7 en Bordeaux, 5 en Nantes, 6 en Marsella, 10 en Montpellier, 10 en Toulouse, y casi en todas las ciudades un número proporcionado a la población[1].

Las logias de Saboya, Suiza, Bélgica, Prusia, Rusia y España, recibían del mismo centro las instrucciones necesarias a su cooperación. En ese mismo año de 1787, se contaba, dice Deschamps, según fuentes históricas fidedignas, 703 logias en Francia, 627 en Alemania, 525 en Inglaterra, 284 en Escocia, 227 en Irlanda, 192 en Dinamarca, 79 en Holanda, 72 en Suiza, 69 en Suecia, 145 en Rusia, 9 en Turquía, 85 en América del Norte, 120 en las posesiones más allá de los mares Europeos.

La palabra de Louis Blanc es por demás verdadera: "En la víspera de la Revolución Francesa, la francmasonería parecía haber adquirido un desarrollo inmenso; esparcida por toda Europa, ella presentaba en todas partes la imagen de una sociedad fundada sobre principios contrarios a los de la sociedad civil".

Bajo el Gran Oriente, la Logia de los Amigos Reunidos estaba encargada de la correspondencia extranjera. Su Venerable era Savalette de Lange, encargado de la guarda del tesoro real, honrado, por consiguiente, con toda la confianza del soberano, lo que no lo impedía de ser el hombre de todas las logias, de todos los misterios y de todas las conspiraciones. Ella había hecho de su logia el lugar de placeres de la aristocracia. En cuanto los conciertos y bailes ahí retenían a los I.: y las I.: de alto linaje, él se retiraba para un santuario en el cual era admitido después de jurar odio a todo culto y a todo rey. Allí quedaban los archivos de la correspondencia secreta, allí se realizaban los consejos misteriosos.

"Había, dice Barruel, antros menos conocidos y más temidos aún. Ahí se evocaban a los espíritus y se interrogaban a los muertos, o, como en una logia de Ermoville, se entregaban a la más terrible disolución de las constumbres".

Para que la Masonería pasase de la propaganda doctrinaria y de la influencia moral a la acción política, era necesario un trabajo de organización y de concentración de todas las obediencias. Esto fue hecho, y el Duque de Chartres, más tarde Philippe-Ègalité, fue el agente principal. Este príncipe estaba designado para ser el

[1] Gustave Bord consiguió identificar 154 logias parisienses, 322 logias provinciales y 21 logias de regimientos militares. Sabemos que la Revolución se hizo posible gracias apenas a la súbita disolución del ejército real; ora, leyendo atentamente la composición de las 21 logias de regimientos, nos persuadimos fácilmente que nada era – en 1771 – más probable de que esa disolución. La Masonería fue instalada en el ejercito desde el origen por los regimientos irlandeses; ella invadió las tropas nacionales; ella forzosamente introdujo en ellas la indisciplina.

jefe de los conjurados y para servirles de salvaguarda. "Era preciso que fuese poderoso, dice Barruel, para apoyar todas las atrocidades que debían cometer; era preciso que fuese atroz, para que se horrorizase poco con el número de víctimas que esas atrocidades deberían causar. Era necesario tener no un genio de Cromwel, más todos sus vicios. El quería reinar. Pero, semejante al demonio, que quiere por lo menos ruinas si no puede ser exaltad, Felipe había jurado sentarse sobre el trono, por el hecho de él encontrarse aplastado por su caída"[1]. Luis XVI fue advertido, pero permaneció en una seguridad cuya ilusión sólo reconoció cuando retornó de Varennes. "¡Por qué no creí hace once años! Todo lo que hoy veo me lo habían anunciado"[2].

Felipe ya era Gran Maestra del cuerpo escocés, el más considerable de la época, cuando en 1772, se juntó a esa Gran-Maestría la del Gran Oriente. Sus conjurados le trajeron entonces la Logia-Madre inglesa de la Francia. Dos años después, el Gran Oriente filió regularmente las logias de adopción y las hizo así pasar para la misma dirección. En el año siguiente, el Gran Capítulo general de Francia se juntaba también el Gran Oriente. En fin, en 1781, un tratado solemne intervino entre el Gran-Oriente y la Logia-Madre del rito escocés.

Hecha la concentración de esa forma, se prepararon para la acción. Al término de la convención de Wilhelmsbad, Knigge había fundado en Francfort el grupo de los Eclécticos. Ese grupo no tenía cuatro años de existencia cuando fue considerado convocar una asamblea general de la Gran Logia Ecléctica. En ella fue resuel-

---

[1] Stephane Pol publicó, en 1900, un manuscrito inédito de Elizabeth Duplay, viuda del convencional Le Bas. En las Notas Esparsas se lee: "Robespierre tuvo una impresión terrible del voto (por la muerte de Luis XVI) del duque de Orleans: "¡Cuál! Dijo él, como si él pudiese ser rechazado tan fácilmente!"

La ciudadana Le Bas acrecienta: "Ese hombre profundamente inmoral y tan deseos de hacerse rey, había distribuido la mayor parte de su fortuna para alcanzar su objetivo: los Mirabeau, los Danton, los Camille Desmoulins, los Collot-d'Herbois, los Billaud-Varennes y tantos otros tan despreciables cuanto él tuvieran en sus prodigalidades corruptores".

Por ocasión de la muerte de Luis XVI, viendo que fuera usado, él envió a la francmasonería su demisión, en una carta llena de amargura.

[2] *Histoire de la Révolution*, t. II, p. 74 a 81.

Visto como Varennes se presenta aquí bajo nuestra pena, recordemos que así que los ejércitos alemanes estaban en marcha sobre París, el rey de Prusia mandó detener sus tropas en Varennes, y ahí, teniendo a su lado a Bismarck y Moltke, los dos genios de la victoria, reunió en torno de sí los principales oficiales y les dirigió las siguientes palabras: "Sabéis donde nos encontramos y que atentado se perpetró aquí, hace veinticuatro años. De aquí salieron todas las infelicidades que cayeron sobre Francia. Cuando una nación trata así a su rey, la mano de Dios pesa sobre ella".

Hace algún tiempo de esa fecha, el rey Guillermo, proclamado emperador alemán, como fruto de la victoria, recordó él mismo el incidente el cardenal de Bonnechose y lo comentó de manera a hacer de eso una lección para Francia. (*Vie du cardinal de Bonnechose*, por monseñor Besson, t. II, p. 146).

to el asesinato de Luis XVI y del rey de Suecia[1]. El hecho es hoy incontestable: abundan los testimonios. Primero, el de Mirabeau, que, en la abertura de los Estados Generales, dice, apuntando para el rey: "He aquí la víctima"; después, el del conde de Haugwitz, ministro de Prusia, en el congreso de Verona, en el cual acompañó a su soberano, en 1822. En aquella oportunidad él leyó un memorial, que podría ser intitulado "mi confesión". Dice que no solamente era francmasón, sino que fue el encargado de la dirección superior de las reuniones masónicas en diversos países. "Fue en 1777 que me encargué de la dirección de las Logias de Prusia, Polonia y Rusia.

"Adquirí en esa actividad la firme convicción de que todo lo que aconteció en Francia a partir de 1788, la Revolución Francesa, en fin, el asesinato del rey y de todos sus horrores, no solamente fueron decididos en aquella época, sino que todo fue preparado a través de las reuniones, de las instrucciones, de los juramentos y de los signos que no dejan ninguna duda sobre la inteligencia que preparó y condujo todo". "Los que conocen mi corazón y mi inteligencia imaginan que esos descubrimientos produjeron en mi"[2].

En 1875, el cardenal Mathieu, arzobispo de Besançon escribió a uno de sus amigos una carta que fue comunicada a Léon Pagès y por este publicada. En ella se lee: "Hubo en Francfort, en 1784, una asamblea de francmasones, para la cual fueron convocadas dos respetables personas de Besançon, Raymond, inspector de los Correos, y Marie de Bouleguey, presidente del Parlamento. En esa reunión, la muerte del rey de Suecia y de Luis XVI fue decidida… El último sobreviviente (de los dos) contó esto a Bourgon (Presidente de Cámara honorario en la Corte), que dejó una gran reputación de probidad, de rectitud y de firmeza entre nosotros. Lo conocí bien y durante largo tiempo, pues estoy en Besançon hace cuarenta y dos años y él falleció recientemente. El contó muchas veces el hecho a mí y a otros".

Besson, entonces vicario general del cardenal Mathieu y después obispo de Nîmes, completó esa revelación en estos términos: "Puedo confirmar la carta del cardenal, mediante detalles que no son sin interés y que me fueron relatados frecuentes veces en Besançon, no solamente por el Presidente Bourgon, sino por

[1] Gustavo III fue asesinado en el gran teatro de Estocolmo por cuatro señores de su corte. Los asesinos esparcieron el rumor de que el rey había sido herido por un revolucionario francés. Pero luego fueron descubiertos. Gustavo fue apenas herido, pero en el décimo cuarto día murió envenenado, declaró el médico Dalberg. El asesinato de Gustavo y la subida al poder de su hermano estaban preparados desde largo tiempo por la logias, como lo testifican los documentos del duque de Sudermaine, así como los interrogatorios que él instauró y rubricó en consecuencia de las sesiones de magnetismo masónico a que asistió en 1783. La masonería gastó nueve años en procurar cinco vagabundos en Suecia para asesinar a Gustavo.

[2] El escrito de esa estadística fue publicado por primera vez en Berlín, en 1840, en la obra intitulada *Dorrev's Denkscrifften und Briefen zur charackteristik der wet un litteratur.* (T. IV, p. 211 e 221).

Weiss, bibliotecario de la ciudad, miembro del Instituto y el principal autor de la Biografía universal, publicada bajo el nombre de Michaud. Bourgon y Weiss eran hombres de bien en la plena acepción de la palabra… Raymond vivió hasta 1839. Fue él quien les reveló el secreto de las logias sobre la condenación de Luis XVI, en una edad en que no se debe más al mundo sino que la verdad. Weisse y el Presidente Bourgon citaban aun a ese respecto las afirmaciones del barón Jean Debry, prefecto de Doubs. Francmasón convencional y regicida, ese personaje, que los acontecimientos trajeron a la luz, representó en Besançon un papel honrado, en los doce años que allí pasó, de 1801 a 1814".

Pero he aquí lo que acabará por convencer. En los primeros días de marzo de 1898, el Revdo. Pe. Abel, jesuita de gran renombre en Austria, en una de sus conferencias para hombres venidos a Viena por ocasión de la Cuaresma, dijo: "En 1784, se realizó en Francfort una reunión extraordinaria de la gran Logia Ecléctica. Uno de los miembros sometió a votación la muerte de Luis XVI, rey de Francia, y de Gustavo, rey de Suecia. Ese hombre se llamaba Abel. Era mi abuelo". Por haber un diario judío, La Nouvelle Presse Libre, reprendido al orador por haber desconsiderado de esa manera a su familia, el P. Abel, en la conferencia siguiente, dijo: "Mi padre, al morir, me señaló, como su última voluntad, que yo me aplicase en reparar el mal que él y nuestros parientes cometieron. Si yo no tuviese que ejecutar esa prescripción del testamento de mi padre, fechado el 31 de julio de 1870, no hablaría de la manera como lo hago"[1].

Gustavo Bord creía que la muerte del rey sólo fue decidida después de Varennes. Sin duda él ignora esa declaración del P. Abel, que fue publicada en los diarios austriacos en el momento en que fue hecha, esto es, en la fecha encima indicada.

Decidida la muerte del rey, era preciso encontrar los medio para llevarlo a término y, para eso, encontrar una asamblea compuesta de hombres capaces de cometer esa perversidad.

Augustin Cochin y Charles Charpentier, en un estudio publicado en los días 1 y 16 de noviembre de 1904, en la revista Action Française, mostraron cómo la cam-

[1] El P. Abel es hijo del famoso ministro de Baviera cuya carrera merece ser recordada en dos palabras.

Inicialmente liberal, agente del partido prusiano-masónico en Baviera, y, por consiguiente, fiel a la tradición de su padre, el francmasón de 1784, el ministro Abel se convirtió después de la muerte de su mujer, y se tornó aquello que los prusianos llaman clerical, un ultramontano, pues fue de Prusia que salieron esas dos palabras, inmediatamente adoptadas por las logias.

Abel fue derribado en 1847 por la… danzarina Lola Montes. El rey quería hacerla duquesa, y para eso era preciso un acto de ciudadanía, que el ministro rechazó firmar. El fue despedido y substituido por Maurer, el primer protestante que fue ministro en la Baviera. Su primer acto fue la firma del pretendido acto.

paña electoral de 1789 fue conducida en Borgoña. De ese estudio, y de varios otros semejantes, llegaron a la conclusión, corroborada por todas sus investigaciones, de que, en el estado de disolución en que habían caído todos los antiguos cuerpos independientes, provincias, ordenes o corporaciones, fue fácil para un partido organizado apoderarse de la opinión y dirigirla sin nada de ver al número de sus afiliados, ni al talento de sus jefes. Ellos muestran, a través de documentos de archivos, la existencia y la acción de esa organización[1].

Estudiando de cerca, levantado los nombres y fechas, ellos permiten "rastrear" a los masones, encontrar sus pistas en una serie de pasos que, tomados a parte, nada tiene de significado, pero que, vistos en conjunto, revelan un sistema ingenioso y una alianza misteriosa. Cuando se comparaban los resultados de ese trabajo en dos provincias diferentes y distantes una de la otra, la impresión se hace sorprendente.

---

[1] En 1888, Augusto Carion publicó en Lyon (Livraria Vitte) este folleto: *La Vérité sur l'Ancien Régime et la Révolution*. En ella encontramos este pasaje, que entra en el orden de ideas desarrolladas por Charpentier y Cochin:

Se encuentran en ciertos cuadernos (cuadernos de quejas del Tercer Estado), escribe Carion, proposiciones que patentizan el espíritu revolucionario. Taine explica ese hecho. Los abogados, los procuradores, los notarios de las villas, habían escrito las quejas de sus jefes y presentado sus cuadernos al jefe local del bailadio, sin incluso haber reunido a la comunidad para hacer la respectiva lectura. (Ver Taine, *L'Ancien Régime*, p.5109). (*La Vérite sur l'Anc. Régime*, Carion, p. 68).

L. Ricaud, en un libro importante, La *Bigorre et les Hautes-Pyrénées pendant la Révolution* (París, librería Honoré Champion, y Tarbes, Librería Croharé, 1894), hace la misma observación relativamente a la región pirinea.

Examinando los 260 cuadernos de quejas del Tercer-Estado que fueron conservados en los archivos del departamento de los Altos-Pirineos, Ricaud pesquisó como cada comunidad había redactado el suyo, y es de opinión que esos cuadernos no fueron de forma ninguna redactados por las comunidades.

Primeramente, dice él, he aquí los cuadernos de Argelès-Bagnères y de Bonnemazon. En el primer momento se percibe que ni uno ni otro fue escrito en la villa a respecto de la cual son hechas las quejas. Uno y otro, en efecto, fueron concebidos en los mismos términos y escritos casi que enteramente por la misma mano. Esto indica un origen común; porque es imposible que esas dos villas, separadas por una distancia bastante considerable y sin relaciones de vecindad, hayan tenido las mismas ideas, y al mismo tiempo dos redactores que las expresan en los mismos términos y con la misma caligrafia. Además, el autor de las dos piezas había dejado espacios en blanco para que se inserte el nombre de las ciudades, el de los diputados que serían nominados, así como la fecha en que la comunidad se reuniría para firmar su cuaderno y escoger su mandatario… (La Bigorre, p. 12, 13).

En los Altos-Pirineos, ocho o diez villas vecinas depositaron algunas veces el mismo cuaderno escrito en el mismo papel con las misma caligrafía, en cuanto en otros grupos de localidades los campesinos se limitaban a copiar fórmulas genéricas que les habían sido dadas (La Bigorre, p.15 a 21).

Ocurrió de la misma manera, además, a cuarenta leguas de Bigorre, en el Armagnac, en que un relato del 29 de mayo de 1789, emitido por el marqués de Fodoas, que gobernaba aquel territorio, nos hace saber que "…de un único rasguño, (los abogados, procuradores y notarios de pequeñas ciudades) hacían, para todas las comunidades, copias parecidas, que vendían bien caro a los consejos de cada parroquia rural". (Citado por Ricaut, La Bigorre, p. 21).

André Chénier, que había sido adepto entusiasta de las ideas que la Revolución produjo, y que lo condujeron, a él propio, al cadalso, percibió bien esto, cuando decía: "Esas Sociedades, todas dándose las manos, forman una especie de corriente eléctrica alrededor de Francia. En el mismo momento, en todos los cantos del imperio, ellas actúan juntas, sueltan los mismo gritos, imprimen los mismos movimientos".

A medida que se aproximaba la abertura de los Estados-Generales, las sociedades secretas redoblaron la actividad para desacreditar a la familia real y desestabilizar el gobierno. Gracias a los adeptos esparcidos por todas partes, las palabras de orden se transmiten, las leyendas circulan, la agitación se propaga, los problemas aparecen: todo se hace sin que ninguna organización aparezca. Es un movimiento, es una revolución que parece espontanea. Mientras tanto, adeptos colocados en la Corte adormecen la desconfianza real, unos sabiendo lo que hacen, otros no dándose cuenta de eso, como la princesa de Lamballe junto a la Reina.

Después, surge el "caso del collar". Sabemos hoy, pues el caso Dreyfus nos enseñó, lo que es un "caso" a través de quien es mostrado y de lo que él produce. Hubo varios en la época: el caso de los Jesuitas, el caso Calas, el caso La Chalotais y, encima de todos, el caso del collar de la Reina, montado por el judío Cagliosto. Filósofos y francmasones, después de haberlos lanzado, publicaron folletos para excitar las envidias de clases y despertar las pasiones religiosas. Al mismo tiempo, Turgot y Necker eran impuestos al Rey, las Asambleas provinciales y el Parlamento obedecían a comités ocultos.

El movimiento preparatorio de la Revolución se extendía más lejos.

"Delatores intangibles, dice Louis Blanc, hacían circular de un lugar a otro, como por un hilo eléctrico, los secretos sustraídos a las cortes, a los colegios, a las cancillerías, a los tribunales, a los consistorios… Se veían aparecer en las ciudades ciertos viajantes desconocidos, cuya presencia, finalidad, fortuna, eran otros tantos problemas". El muestra a Cagliostro ejerciendo el papel de cajero-viajante de la francmasonería en Francia y en Italia, en Polonia y en Rusia.

En 1787, una nueva mudanza se produjo en la masonería francesa, un nuevo grado fue introducido en las logias. Los Il∴ de París se apresuraron en comunicarlo a los Il∴ de las provincias. "Tengo bajo los ojos, dice Barruel, las memorias de un Il∴ que recibió el código de ese nuevo grado en una logia situada a más de ochenta leguas de París".

Las resoluciones tomadas en el Gran-Oriente eran encaminadas a todas las provincias, a los cuidados de los Venerables de cada logia. Las instrucciones estaban acompañadas de una carta concebida en estos términos:

"Tan luego recibáis el sobre anexo, acusareis su recibimiento. Acrecentaréis el juramento de ejecutar fielmente y puntualmente todas las ordenes que os llegaren de la misma forma, sin os dar el trabajo de saber de qué mano parten ni cómo llegan a vos. Si rechazáis ese juramento o se a él faltáis, seréis visto como que hubieres violado lo que hicisteis *en vuestro ingreso en la orden de los Il∴* Recordaos de la *Acqua Tophana*; recordad de los puñales que aguardan a los traidores"[1].

El club regulador podía contar con por lo menos quinientos mil francmasones, llenos de ardor por la Revolución, esparcidos en todas partes de Francia, todos prontos a levantarse a la primera señal de insurrección, y capaces de arrastrar atrás de ellos, por la violencia del primer impulso, la mayor parte del pueblo.

Se vio entonces lo que vemos se reproduce hoy: la francmasonería tenía necesidad, para la ejecución de sus designios, de un número prodigioso de brazos; y fue por eso que ella, que hasta entonces no admitía en su seno sino hombres que disfrutasen de una cierta posición, pasó a llamar la escoria del pueblo. Hasta en las villas los campesinos pasaron a oír hablar de igualdad y de libertad y a calentarse la cabeza con los derechos del hombre. Para esas personas, las palabras libertad e igualdad no necesitaban ser comprendidas en las iniciaciones de los bastidores de las logias de retaguardia, y era fácil a los cabecillas de imprimir en ellas, apenas a través de esas palabras, todos los movimientos revolucionarios que se querían producir.

Al mismo tiempo, el duque de Orleans llamó para las logias e hizo entrar en la secta a los Guardias Franceses.

Nada se hace sin dinero, y las revoluciones menos que ninguna otra cosa.

La comisión directora, presidida por Sieyès, y que comprendía, entre otros, a Condorcet, Barnave, Mirabeau, Pétion, Robespierre, Grégorie, no fallaba en recorrer y acumular los fondos para el gran emprendimiento.

Doudat, en un libro publicado en 1797, dice: "Fue a través de los francmasones que se estableció una correspondencia general y los recursos necesarios al partido (de la Revolución). Esos recursos, bajo el nombre de contribuciones francmasónicas, fueron captadas en toda Europa y sirvieron, sin que todos los Hermanos previesen eso, para alimentar la Revolución de Francia. Con esos fondos el par-

[1] Barruel, II, p. 476.

tido mantenía emisarios de una extremidad a la otra del reino y, en París, residentes; él colocaba candidatos en las corporaciones de artes y de oficios, él pagaba el suelo de los agentes, de los espías, soltaba a los ministros protestantes y asesinos. Era en Nîmes que quedaba el tesoro, era para allá que confluían todos los canales que, correspondiendo a los diversos refugios de los calvinistas, llevaron y distribuían las contribuciones, y de un solo golpe, ponían todas sus máquinas en movimiento. Ese dinero sirvió para pagar el sueldo de los emisarios en toda Francia para dirigir las asambleas de los bailadios. Sirvió para colocar al pueblo en armas". (*Les Véritables Auteurs de la Révolution de France*, p. 451-156).

Mirabeu, en su libro *La Monarchie Prussienne*,[1] publicado antes de los acontecimientos de los cuales él propio fue uno de los grandes actores, así se expresa: "La masonería en general, y sobre todo la rama de los Templarios, producía anualmente sumas INMENSAS a través de las tasas de las admisiones y de las contribuciones de todo género: una parte era empleada en los gastos de la orden, pero otra MUY CONSIDERABLE corría en una caja general, cuyo empleo nadie, exceptuados los primeros de entre los hermanos, conocía".

La misma información nos es dada por los papeles secretos hallados en la residencia del cardenal de Bernis. Deschamps cita uno de esos documentos pertenecientes al club de propaganda anexo a la comisión directora de los Filaletes, que tenía por misión no solamente cooperar con la Revolución de Francia, además de introducirla entre los otros pueblos de Europa. Se ve por esos papeles que el 23 de marzo de 1790, había en caja 1.500.000 francos, de los cuales el duque de Orleans había proporcionado 400.000; la diferencia fue dada por otros miembros por ocasión de las respectivas admisiones. Otros clubes o logias tenían otros recursos. La caja general de la francmasonería contaba, en 1790, con veinte millones de libras, en moneda corriente; según las cuentas realizadas, debería haber allí diez millones o más antes de fin de 1791. Cuando Cagliostro fue preso en Roma por la policía pontificia, en septiembre de 1789, él aseguró que la masonería tenía una gran cantidad de dinero distribuida por los bancos de Amsterdam, Roterdam, Londres, Ginebra, Venecia, y que él, Cagliostro, había recibido seiscientos luises en dinero en la víspera de su partida para Francfort[2].

Estando así todo preparado, el día de la insurreccion fue dejado para el 14 de julio de 1789. Los francmasones, actualmente de vuelta al poder, conocen bien por qué escogieron el 14 de julio de preferencia a las otras fechas para conmemorar la fiesta nacional. "La tercera república escogió ese aniversario, dice Gustave Bord, porque ella es la figuración política de la francmasonería, y porque la toma de la

[1] Tomo VI, p. 67.

[2] Deschamps, II, p. 126.

Bastilla, a despecho de todas las leyendas románticas, fue, ella propia, el resultado de una vasta conspiración masónica…”[1]

---

[1] Los detalles, de una precisión absoluta, que Bord ofrece, no dejan lugar a ninguna duda, no se prestan a ningún equívoco.

Fue la armada la que inicialmente fue atraída para la conspiración, por intermedio de las logias militares. Se acudió a la Logia de los *Tres Hermanos Unidos*, que tuvo, sucesivamente, como venerables: Minette de Saint-Martin, sub-oficial de caballería; Schmidt, funcionario de la Marina; Chauvet, funcionario del Ministerio de Guerra; Desbarodières, capitán de caballería.

En otra logia de la época, igualmente militar, El Patriotismo, encontramos a Vauchelles, principal funcionario de la Artillería, y Mathieu de l'Epidor, secretario general de los guardias de cuerpo.

Los Guardias franceses, cuya defección garantizará el suceso de la jornada, tiene su logia: *Los Amigos de la Gloria*; los sub-oficiales tienen incluso una logia especial, cuyo venerable es Beyssac, sargento: es la *Unión de los Buenos Franceses*, en el O∴ de París.

La Masonería, además, se había infiltrado en todas las ramas de la administración, no menos de que en las fuerzas armadas.

Ella controlaba los Correos a través del superintendente de Ogny, del capítulo de los Amigos Reunidos; las empresas transportadoras, a través de Chignard; las Finanzas del Rey, a través de Savalète de Lange. Latouche, Chaumont, Pelletier de Lépine, Gillet de la Croix, representaban al duque de Orleans y sus partidarios; Perronet traía al continente los puentes y vías; Boucoult, las aguas y las florestas; Méry d'Arcy, la Compañía de las Indias; Lalande reclutaba a los sabios; Roettiers de Montaleau, amigo de Cagliostro y envuelto muy próximamente en el caso puramente masónico del collar, tenía a su retaguardia a los empleados de las Monedas. Los cirujanos, médicos, abogados, porteros de los edificios reales, eran, en su mayor parte, afiliados a las logias.

El gobierno de la ciudad estaba poblado de masones. La "Viuda" era ahí representada por el teniente de policía Thrioux de Crosne, por Ethis de Corny, procurador del rey, por Veytard, jefe de los escribanos. El preboste de los comerciantes, Flessellles, era igualmente masón, pero un masonsillo y timorato, que mostraba poco entusiasmo por la conspiración. Para se garantizar de una defección inoportuna al mismo de una posible traición, se tomó la decisión de masacrarlo…

En la comisión de insurrectos, vemos al marqués de la Salle, de la Logia *Las Dos Hermans*; Deleutre, del *Contrato Social*; Quatremière, de la Logia *Heradom*; Jamin, de la *Constante Vérité*; Osselin, de la *Parfait Contentement*.

En el día 13 de julio, a las once horas de la mañana, los conjurados se reúnen en la iglesia de San Antonio. Orden del día: llamada de la tropa, organización de la milicia burguesa. La sesión es presidida por Dufour, abogado oficial del Gran Oriente, y por Villeneuve, diputado de la Logia *La Moderación*.

En el día siguiente, en el momento en que todo ya está pronto para el ataque, la comisión insurreccional envía cuatro diputados al gobernador para persuadirlo a abrir sus puertas y a rendirse. La primera diputación es compuesta de Ethis de Corny, masón; Belon, ayudante mayor, masón; Billedorf, sargento de artillería, masón. En la tercera diputación encontramos al abate Fauchet, y Chignard, masón; en la cuarta, Poupart de Beaubourg, masón, de Milly, masón, Jamin, masón.

Son aun los masones lo que comandan el ataque contra la Bastilla, y ellos, Moreton de Chabrillan, de la Logia *La Candura*.

Tomada la fortaleza, la Comision que informa a la Asamblea Nacional de esa hazaña popular es compuesta, entre otros, por Garran de Coulon, masón; Feitrié, masón; y Morillon, masón.

En la diputación que recibe a la delegación de la Asamblea Nacional está Deleutre, masón. El miembro de la Asamblea Nacional que será encargado de entrar en negociación con la Comisión insurreccional se llama Herwyn, y él es masón, también él, como por acaso.

En fin, cuando la Comuna ocupa oficialmente la Bastilla, es el caballero de Laizer que la instala, él es el oficial del G∴ O∴, venerable de la Logia *Avenir des Amis de la Glorire*, y diputado de la *Unión Militaire*, de Valognes…

La Bastilla cae[1]. Los correos, que llevaban la noticia a las provincias, volvían diciendo que por todas partes vieron las villas y ciudades en insurreccion. Las barreras son quemadas en París, en la provincia los castillos son incendiados. El temible juego de las linternas comenzó; cabezas fueron llevadas en las puntas de las lanzas; el monarca fue sitiado en su palacio, sus guardias fueron inmolados; él mismo es llevado cautivo de la capital.

Comienza entonces el reino del Terror organizado, a fin de dejar a la secta toda la libertad para ejecutar sus siniestros proyectos.

Ese reino fue inaugurado por vuelta de finales del mes de julio de 1789. En los diferentes puntos de Francia, dice Frantz Funck-Brentado, de este a oeste, de norte a sur, se esparció súbitamente un terror extraño, terror loco. Los habitantes de los campos se refugiaban en las ciudades, cuyas puertas eran cerradas en seguida con gran prisa. Los hombres se reunin armados en las calles; eran, se gritaba, los bandidos. En ciertas localidades, un mensajero llegaba, con los ojos incendiados, cubierto de polvo, en un caballo blanco de espuma. Los malechores estaban allá, en la colina, emboscados en los bosques, en dos horas ellos estarían en la ciudad. (Franz Funck-Brentano describe aquí lo que se pasó particularmente en Auvergne, en el Delfinado, en la Guyenne, etc.). El recuerdo de esa alarma permanecerá muy vivo entre las generaciones que lo conocieron. "El gran miedo", fue la denominación que se le dio en el centro de Francia. En el sur se dice "la grande pourasse", "el gran pánico". En otras partes fue "el día de los bandidos", "el jueves loco", "el viernes loco", conforme el día en que el pánico explotó. En la Vandé, el recuerdo del acontecimiento permaneció bajo el nombre de "las desaveniencias de la Mag-

---

[1] Prueba de que la Revolución Francesa fue organizada por una asociación cosmopolita: Auguste Vaquerie escribió en el Rappel del 27 del mesidor del año 102, o dicho de otra manera, del 15 de julio de 1794, un artículo que terminaba con estas palabras:

"Señor de la Bastilla, el pueblo la demolió, y pareció que un peso era quitado sobre el pecho del mundo.

"*No fue solamente Francia que respiró*. En Londres hubo un banquete en el cual Sheridan brindó "*a la destrucción de la Bastilla, a la Revolución*".

"La toma de la Bastilla fue dad como materia de concurso en las *universidades inglesas*.

"Italia la aclamó por la boca de Alfieri.

"En San Petersburgo, las personas se abrazaban en las calles, llorando de alegría.

"Ocurre que, en efecto, todos los pueblos estaban interesados en las liberación del pueblo *fraternal*, que no trabaja para *él solamente* y que cuando hace una declaración de derechos, declara, no los derechos del francés, sino los *derechos del hombre*".

Ségur, que estaba entonces en San Petersburgo, escribió en sus Memorias: "A pesar de que la Revolución seguramente no fuese amenazadora para nadie en San Petersburgo, no conseguiría expresar el entusiasmo que excitaban, entre los comerciantes, los burgueses y los jóvenes de una clase más elevada, la caída de esa prisión del Estado y el primer triunfo de una libertad tempestuosa. Franceses, rusos, ingleses, dinamarqueses, alemanes, holandeses, se felicitaban como si hubiesen sido liberados de una corriente que pesaba sobre ellos. Cada cual sentía que una nueva aurora se levantaba".

dalena". El miedo, en efecto, estalló allí en la fiesta de la Magdalena, el día 22 de julio".

El decreto que la Asamblea Nacional publicó el día 10 de agosto de 1789, confirma en su preámbulo la generalidad y simultaneidad del pánico. "Las alarmas que fueron diseminadas en las diferentes provincias, dice la Asamblea, en la misma época y casi en el mismo día."

Los documentos reunidos por Frantz Funck-Brentano dejan ver que el "gran miedo" estalló en las siguientes provincias: Ile-de-France, Normandie, Maine, Bretagne, Saintonge, Angoumois, Périgord, Limousin, Agenais, Guyenne y Gascogne, Languedoc, Provence, Dauphiné, Forez, Auvergne, Bourgogne, Franche-Comté, Champagne, Lorraine, Alsace. El acrecienta no conocer ningún documento que asigne el miedo en Bretagne, Picardie, Artois y Flandre. Recuerdo, sin embargo, haber oído hablar de él por mi madre.

Ese terror de pánico hizo con que los ciudadanos se armasen. La guardia nacional se formó. En menos de quince días, tres millares de hombres fueron acuartelados y uniformizados con los colores nacionales. El miedo de los bandidos dio motivo para que los verdaderos malhechores, que se proveyeron en ese momento, de las armas necesarias. "La opinión popular, dice Frantz Funck-Brentano, tal vez no estuvo errada al considerar ese acontecimiento con el más importante de toda la Revolución. De un día para otro los franceses vieron caer todo lo que había constituido su existencia secular. Delante de ese nada súbito, hubo el "gran miedo" en las almas simples, el gran acceso de fiebre precursor de la crisis terrible que va a sacudir la nación entera y hasta lo más profundo de sus entrañas"[1].

¿Quién era suficientemente poderoso para levantar al mismo tiempo el mismo miedo, a través de una inmensa extensión del territorio, por los mismos proce-

---

[1] En 1797 fue publicado en Neufchâtel un libro intitulado: "Los Verdaderos Autores de la Revolución de Francia en 1789", por Soudart. En la página 453, dice: "Fue a través de los francmasones que se esparció en el mes de julio, en el mismo día, en la misma hora, en todo el reino, la alarma de los pretendidos bandidos; fue a través de los francmasones que se establecieron una reciprocidad general de sentimientos y las colectas de las importancias necesarias al partido".

La revista *La Révolution Française*, de junio de 1904, página 556, publicó sobre el gran miedo los testimonios de hombres que tienen por la Revolución un verdadero culto:

Marcel Bruneau, Inspector de la Academia (*Les Débuts de la Révolution*, Cher et Indre, 1902): "El gran miedo se hizo, por sus consecuencias, uno de los mayores acontecimientos de la Revolución". Georges Bussière (*Evénements historiques de la Révolution en Périgord*, t. III, *La Révolution bourgeoise*, *La Révolution spontanée*, p. 73, 74): "El gran miedo fue visto tal vez como uno de los acontecimientos más considerables de la Revolución". Aulard: "Ese gran miedo de julio y agosto de 1789, que es tal vez el acontecimiento más importante de la Revolución Francesa…"

"Muchos historiadores vieron ahí la prueba de una organización sabia y completa del partido revolucionario, cuyos agentes, en todos los puntos del territorio, habrían obedecido a una palabra de orden" (Pierre de Vitt., La Peur en 1789. – *La journée des brigands en Limousin*, p. 7).

sos, por las mismas mentiras? ¿Cómo explicar un tal movimiento, si no por la acción combinada de una secta esparcida en todos los puntos del reino, a fin de hacer posibles los crímenes que ella planeaba?

Para llevar esos objetivos a término, era necesaria la organización de las cabezas y de los brazos. Para dirigir unas y otros, Mirabeau llama a sus Il∴ conjurados a la iglesia de los religiosos conocidos por el nombre de Jacobinos; y luego, la Europa entera pasa a conocer a los jefes y a los actores de la Revolución apenas bajo el nombre de jacobinos. Ese nombre designa por sí sólo todo lo que hay de más violento en la conjuración contra Dios y contra su Cristo, contra los reyes y contra la sociedad.

No tenemos aquí que hacer el relato, ni incluso trazar el cuadro de eso, siendo la finalidad de estos capítulos únicamente responder al deseo así formulado por Louis Blanc en su *Histoire de la Révolution*: "Importa introducir al lector en la mina que entonces cavaron, bajo los tronos, y bajo los altares, los revolucionarios, instrumentos profundos y activos de los Enciclopedistas".

En ese antro encontramos a todos los personajes que tuvieron la participación más activa en el desorden político, social y religiosa del fin del siglo XVIII: Philippe-Egalité, Mirabeau, Dumouriez, La Fayette, Custine, los hermanos Lameth, Dubois-Crancé, Roederer, Lepelletier de Saint-Fargeau pertenecen a la logia *La Candura*; Babeuf, Hébert, Lebon, Marat, Saint-Just, a la de los *Amigos Reunidos*; Bailly, Barrère, Guillotin, Danton, Garat, Lacépède, Brissot, Camille Desmoulins, Pétion, Marat, Hébert, Collot-d'Herbois, Dom Gesle, salieron de la logia de las *Nueve Hermanas*, a la cual habían pertenecido Voltaire, d'Alembert, Diderot y Helvetius. Sieyès hacía parte de la logia de los *Vingt-deux*, Robespierre era rosacruz del Capítulo de Arras.

Es Mirabeau quien, en el día 6 de mayo de 1789, apunta para Luis XVI diciendo: "¡He ahí la víctima!"

Es Sieyès quien, en el día 16 de junio, proclama que no puede existir ningún veto contra la Asamblea que va a regenerar a Francia.

Es Guilhotin quien, en el día 21 de junio de 1792, arrastra a los diputados para la sala de Juegos de Pelota, y es ese otro masón, Bailly, que improvisa el juramento de la rebelión. Es Camile Desmoulins quien, en el día 14 de julio, en el jardín del Palais-Royal, lanza a la multitud el grito: "¡A las armas!", señal de la primera muerte y del pillaje.

Es La Fayette quien, en el día 21 de junio de 1791, expide para Varennes ese otro masón, Pétion, para prender al rey fugitivo, y que se inviste como carcelero de las Tullerías.

El mismo Pétion, prefecto de París, que abandona, en el día 20 de junio de 1792, a la familia real a los ultrajes de las hordas ebrias de las calles.

Es Roederer quien, en el día 10 de agosto, después de un nuevo asalto a las Tullerías, que entrega a la familia real a la Convención.

Es Danton quien organiza las masacres de septiembre, en cuanto Marat hace cavar un poco en la calle de la Tombe-Issoire, para enterrar en las catacumbas de París los cadáveres de los degollados.

Es Marat, francmasón como todos los otros, quien, en la víspera del 21 de enero, viene a comunicar al rey mártir su decreto de muerte irrevocable.

Y después del regicidio, es Robespierre quien se convierte en gran-maestro del cadalso.

El proyecto de la francmasonería no se limitaba a jacobinizar a Francia, y a todo el universo: así vimos el Iluminismo llevado simultáneamente para todos los países.

La logia establecida en la calle Coq-Héron, presidida por el duque de la Rochefoucauld, se transforma especialmente en aquella de los grandes masones, y cuidaba de la propaganda europea; fue allí que se realizaron los mayores consejos. Quien mejor conoció ese establecimiento fue Girtaner. En sus *Mémoires sur la Révolution Française*, él dice: "El club de la Propaganda es muy diferente del de los jacobinos, no obstante los dos frecuentemente se reúnan juntos. El de los jacobinos es el gran motor de la Asamblea Nacional. El de la propaganda quiere ser el motor del género humano. Este último ya existía en 1786; los jefes eran el duque de la Rochefoucauld, Condorcet y Sieyès. El gran objetivo del club propagandista era establecer un orden filosófico, que dominase la opinión del género humano. Hay en esa sociedad dos especies de miembros: los contribuyentes y los no contribuyentes. El número de los contribuyentes es de cerca de cinco mil; todos los otros se comprometen a propagar por todas partes los principios de la sociedad y a tender siempre para ese objetivo".

Sus esfuerzos no fueron estériles. "De todos los fenómenos de la Revolución, dice Barruel, sin duda el más espantoso, e infelizmente también el más incontestable, es la rapidez de las conquistas que la revolución ya alcanzó en una tan gran parte de Europa, y que amenazan hacer la revolución del universo; es la facilidad con la cual sus ejércitos izaron la bandera tricolor y plantaron el árbol de la igualdad y de su libertad desorganizadoras en Savoya y en Belgica, en Holanda y en los

márgenes del Reno, en Suiza y más allá de los Alpes, en el Piamonte, en Milán y hasta en la propia Roma". En seguida, después de haber concedido al valor de las tropas francesas y a la habilidad de sus jefes la parte que le es debida en esas conquistas, él acrecienta: "La secta y sus conspiraciones, sus legiones de emisarios secretos precedieron en toda parte sus ejércitos. Los traidores estaban dentro de las fortalezas para abrirles las puertas a sus ejércitos. Los traidores estaban dentro de las fortalezas para abrirles las puertas, ellos estaban hasta en los ejércitos del enemigo, en los consejos de los príncipes para abortar sus planes. Sus clubes, sus diarios, sus apóstoles habían predispuesto al populacho y preparado los caminos".

Barruel ofrece numerosas pruebas de esa afirmación. La historia sincera de las conquistas de la Revolución y del Imperio la confirman.

EL AGENTE DE LA CIVILIZACION MODERNA

ANTECEDENTES

SEGUNDO PERIODO

LA REVOLUCION EN LOS DIAS ACTUALES

CAPÍTULO XV

LA FRANCMASONERIA BAJO EL PRIMER IMPERIO[1]

Vimos cómo el derrumbe de la civilización cristiana fue proyectado por vuelta del siglo XVI, por una sociedad secreta que, de generación en generación, trasmitió el plan indicado por los Humanistas, desarrollado posteriormente por los Enciclopedistas, y que, definitivamente terminado por los Iluministas, fue puesto en ejecución por los Jacobinos.

Sofocada en la sangre del Terror y en el fango del Directorio, la francmasonería no logró levantar el Templo de la Humanidad sobre las ruinas de la Iglesia de Francia, que ella había intentado destruir.

La Iglesia se levantó. Pero la francmasonería no renunció a su proyecto. Ella se aplicó nuevamente a él desde los primeros días del imperio. Cada año fue expandiendo el círculo de su acción; y en el momento actual ella tiene la garantía de conseguirlo en estos días, tanto más ciertamente una vez que ella conoce lo que la hizo fracasar en el siglo XVIII.

[1] El Primer Imperio comprende el reinado de Napoleón I, que se extendió de 1804 a 1814. (N. del T).

De manera lenta y segura, tal fue la palabra de orden que se impuso a sí misma y a sus agentes y, que ha sido mantenida y que va, piensa ella, a conseguir finalmente lo que anhela desde hace quinientos años.

Ella quiso aniquilar todo el orden de cosas existente, religión, sociedad y propiedad, y substituirlo por el estado puro de naturaleza. Ella no lo logró. El Imperio fue una reacción que la Restauración acentuó. Veremos a la masonería, bajo los gobiernos que se van a suceder, trabajar para estorbar sus buenas intenciones y paralizar sus esfuerzos para el bien, inspirarlos para el mal y en eso secundarlos; después, en fin, la veremos enseñorearse en el poder, y entonces perseguir abiertamente la realización de los designios que los enciclopedistas, los francmasones y los Iluministas habían concebido.

La reacción se dio, inicialmente, en el orden religioso.

El catolicismo no pudo ser enteramente sofocado. Su doctrina y su moral no habían dejado de vivir en una multitud de corazones, y, su culto, no dejó de ser practicado, incluso arriesgando la vida. Así que aquel, que concibió la idea y que se impuso el poder para restablecer un cierto orden en la sociedad, quiso ponerse a trabajar, comprendiendo que, para levantarse de sus ruinas, era preciso, necesariamente, comenzar por la restauración del culto. Portails lo había perfectamente demostrado en el discurso que pronunció en el Cuerpo Legislativo, en la sesión del 15 del germinal del año X. Pero, ¿qué culto? Ningún otro que no fuese el católico habría sido aceptado, ningún otro habría sido viable. Todo el mundo se daba bien cuenta de ello, y Napoleón mejor que cualquier uno. Ahora bien, el culto católico sólo podía ser restaurado por el Papa: y de ahí la necesidad de entenderse con él. Napoleón lo comprendió y luego puso en marcha las negociaciones que deberían redundar en el Concordato de 1801. Entre tanto, la francmasonería estaba siempre presente y ella, absolutamente, no renunciaba al proyecto de liquidar al catolicismo y, con él, a la civilización cristiana. Se puso entonces a trabajar para ese objetivo, no más con la impetuosidad del 93, sino que discreta y lentamente, y, pensaba ella, con más seguridad[1].

[1] Ver, para la Historia de la Iglesia de Francia en el siglo XIX (1802-1900), las conferencias hechas por L. Bourguin a los católicos. Dos volúmenes in-12. P. Téqui Editor, rue de Tournon, 29, Paris.

Desde el día de la conclusión del Concordato – si fue hecho bajo inspiración masónica es difícil decir[1] – comenzaron las restricciones, y pronto fue retomado el espíritu anticristiano. Después de un siglo de incesante trabajo, ese espíritu consiguió, en nuestros días, consolidar todas las conquistas que la Revolución hizo, y que se había visto obligada a abandonar bajo la presión del espíritu católico.

La religión católica restaurada debería haber sido, como otrora, la religión del Estado[2]. Parece que la cosa se presentaba exactamente así al espíritu de Napoleón, por ocasión de las primeras manifestaciones que él hizo a Pío VII. En el proyecto del Concordato del 26 de noviembre de 1800, los negociadores franceses dejaron pasar la expresión "religión de Estado". En el título IX, art. 1ª, estaba dicho: "En las condiciones arriba, y teniendo en vista su aceptación por la Santa Sede, el gobierno francés declara que la religión católica, apostólica y romana es la religión del Estado". Bonaparte quería, pues, restaurar el culto nacional en cuanto público, dejando a las individualidades la libertad de practicar cualquier otro. Sin embargo, el primer Cónsul luego se disculpó de eso; todos los esfuerzos fueron inútiles – los de Spina, los de Consalvi, y los del mismo Pío VII –, para hacerlo volver al proyecto primitivo, tan natural, tan lógico, como debía imponerse a un espíritu tan lúcido como el de Napoleón.

Todavía no sabríamos decir si hubo, junto a Napoleón, en ese momento, una intervención de esa Contra-Iglesia que vimos como depositaria del pensamiento del Renacimiento, y que, hace cuatro siglos, trabajaba con una perseverancia que nada desanimaba, para hacerlo triunfar. Lo que sabemos es que la historia recogió, de la boca del cardenal Pacca, este intercambio de palabras entre Volney y Bonaparte, el día siguiente de la firma del Concordato: "¿Está ahí lo que habéis prometido? – Tranquilizaos. ¡La religión en Francia tiene la muerte en el vientre: juzgaréis lo que yo os digo en diez años!"

---

[1] Lo que es cierto, es que Talleyrand, Grégoire, Fouché, los constitucionalistas, los viejos jansenistas readmitidos en los consejos del gobierno, los revolucionarios de la Corte de Bonaparte, los escépticos y los impíos que sitiaban a Malmaison, desesperando de impedir al Cónsul de negociar, reunieron sus esfuerzos para falsear el espíritu y la letra del Concordato.

[2] La religión del Estado no es la religión que el Estado impone a alguien, sino la que él practica por su propia cuenta. La República tiene una religión, el ateísmo, y ella lo impone a sus súbditos.

Es a un judío del siglo XVIII, Guillaume Dohn, que es preciso hacer remontar el pensamiento inicial de la igualdad de los cultos. El fue el instigador y el doctor de esa idea junto a los príncipes del mundo moderno. El era archivero de S. M. el rey de Prusia y secretario del Departamento de Asuntos Extranjeros cuando escribió, en 1781, su memoria *De la Réforme Politique de la Situation des Juifs*, enviada y dedicada a todos los soberanos.

El explaya en esa obra la teoría del Estado indiferente en materia de religión, neutro, ateo, y lo que es más grave, dominador de todas las religiones.

"El gran y noble empleo del gobierno, dice él, consiste en mitigar los principios exclusivos de todas esas diferentes sociedades, católica, luterana, sociana, mahometana, de manera que ellas no causen prejuicios a la gran sociedad.

"Que el gobierno permita a cada una de esas pequeñas sociedades particulares tener el espíritu de cuerpo que le es propio, e incluso de conservar sus preconceptos, cuando no sean nocivos; pero que él se esfuerce para inspirar a cada uno de sus miembros un motivo mayor de dedicación al Estado; y él habrá alcanzado la gran finalidad que le conviene tener en vista, cuando las cualidades de gentilhombre, de patriota, de sabio, de artesano, de cristiano o de judío estuvieren subordinadas a la de *ciudadano*"

Es exactamente la idea napoleónica: Napoleón quiso realizar ese programa trazado veinte años antes.

Después de largos debates, él logró introducir en el propio Concordato, y sobretodo depositó en los artículos orgánicos, que subrepticiamente lo acompañan, un germen que se desenvolvería espontáneamente para transformarse en esa otra constitución civil del clero, que Briand forjó en la ley de separación y que él tenía la firme esperanza de hacernos aceptar.

El Concordato dice lo siguiente: "El gobierno de la República reconoce que la religión católica, apostólica y romana, es la religión de la gran mayoría del pueblo francés". En esas palabras nada más hay de que el reconocimiento de un hecho, de un hecho que podría no existir en aquel momento y que puede mudar con el tiempo; no hay el reconocimiento del derecho que su origen divino confiere a la Iglesia

católica, ni el reconocimiento de la situación única que ese origen le proporciona. El Concordato, con esa redacción, reconocía al protestantismo y al judaísmo, en razón de la fracción de ciudadanos que lo profesaban, derechos en el Estado semejantes haciéndose luego derechos iguales, y, actualmente, es a los protestantes y a los judíos, que permanecen siempre en pequeño, muy pequeño número, que es concedida una situación privilegiada.

El Papa, en fecha 12 de mayo de 1801, escribió al primer Cónsul para expresarle su dolor ante esa exigencia: "Nos no os esconderemos, bien al contrario, de eso os haremos manifiesta confesión, que viva alegría experimentamos en las primeras negociaciones que fueron hechas para el restablecimiento de la religión católica en Francia; y la esperanza deleitable de que esa religión sería restablecida en su antiguo esplendor como dominante, nos hizo ver con mucho dolor el artículo desagradable que, en el proyecto oficial, fue propuesto como base para todos los otros… No podemos impedirnos de recordaros que, habiendo sido constituido por Dios para la defensa de esa religión y para su propagación, … no podemos, por un artículo de un solemne acuerdo, sancionar su degradación… Si la religión católica es la religión de la mayoría del pueblo francés, ¿podéis dudar de que sus deseos sólo puedan ser atendidos si le fuere restituido su primer esplendor? ¿Seréis impelido por la oposición de un pequeño número, que la mayoría ultrapasa en grado tan elevado? ¿Por causa de ellos privaréis a Francia y a la autoridad pública de las grandes ventajas que le propician el restablecimiento completo de la religión católica?"

Nada de eso fue hecho; y el Papa, para evitar un mal mayor, tuvo que ceder a la voluntad de Bonaparte[1].

La cuestión era de importancia capital. Emile Olivier exagera cuando expresa la opinión de que ese artículo del Concordato consagraba la separación entre la Iglesia y el Estado, que se reclama hoy, dice él, como si ya no hubiese sido hecha hace un siglo. Lejos de consagrar el principio de la separación, el Concordato sanciona la unión bajo un modo nuevo. Es verdad que la religión católica no es más la religión del Estado. Pero, a pesar de menos íntima, menos ventajosa para la Iglesia de que el antiguo orden de cosas, esta que, por el Concordato, la substituyó, no es

[1] En un comunicado llevado al conde de Chambord por de Vaussay, el Cardenal Pie no pedía para el catolicismo la calidad de "religión del Estado", sino esta declaración: "La religión de catorce siglos en el pasado y de treinta millones de ciudadanos en el presente, *es* la religión del país y de sus instituciones".

de otra naturaleza. Ella mantiene lazos con el Estado, y lazos obligatorios. El Concordato conservó intactos los principios, ella no consagró la separación, "el dogma religioso de la Revolución Francesa".

Pero la Revolución, que quiere la separación, que la ve en todas partes, la preparó desde entonces en Francia, tanto cuanto estaba en ella hacerlo.

Los Estados separados de la Iglesia y la Iglesia romana privada de la soberanía temporal, tales son las dos preocupaciones más constantes de la francmasonería, el doble objetivo de sus más continuos esfuerzos. Para vencer la resistencia de la Iglesia, es preciso que primeramente Ella esté sin punto de apoyo sobre la tierra.

Con ese objetivo fueron hechos esfuerzos para rebajar al catolicismo en Francia al nivel de una religión cualquiera, de disminuir su prestigio y su fuerza, de humillar al clero y paralizarlo. El retorna a Francia, pero no forma más un Orden dentro del Estado, no tiene más ningún derecho en cuanto cuerpo, no pasa de una colección de individuos que luego no se distinguirán de los otros sino por el hecho de sufrir más vejámenes y ultrajes. Incluso ni es más propietario. Sabemos a que punto la propiedad es necesaria a la independencia; el clero no la tendrá más. Sus bienes, por más legítimos que fuesen, no le serán devueltos; él será reducido a la condición de asalariado, no se abstendrán de cortarle los víveres para recordarle su sujeción. Es verdad que el artículo XV del Concordato dice: "El gobierno cuidará de dejar a los católicos la libertad de hacer, si lo quisieran, nuevas fundaciones a favor de las iglesias", y reconstituir así un antiguo patrimonio en la Iglesia en Francia. Pero sabemos a través de qué astuta táctica esa libertad ha sido restringida día a día, después como las fundaciones piadosas tuvieron que ser siempre constituidas con rentas del Estado, a fin de que fuese más fácil apoderarse de ellas en el día de la separación, y como, en fin, la propia indemnización prevista en el Concordato fue suprimida.

Al gobierno, ya encargado de proveer el clero de alimentación y morada, el Concordato concedió aun la elección de las personas que deberían ser elevadas a las dignidades eclesiásticas. "El primer Cónsul nominará, en los tres meses siguientes a la publicación de la Constitución apostólica, los arzobispos y los obispos que

deben gobernar las diócesis de las nuevas circunscripciones. – De la misma forma, el primer Cónsul nominará a los nuevos obispos para las sedes episcopales que quedasen vacantes. La Sede apostólica les conferirá la institución canónica. Los obispos nombrarán a los párrocos, y escogerán apenas personas aprobadas por el gobierno".

En diversas épocas los gobiernos tuvieron como deber de religión o de honestidad pública escoger los más dignos; pero, en otros momentos, ellos fueron prejuiciosos, incapaces e incluso indignos. Napoleón dio ejemplo de eso. El impuso al cardenal Caprara quince obispos constitucionales. Más tarde, procuró medios de librarse de la institución canónica. Para eso convocó un Concilio nacional; pero no pudo obtener lo que pretendía. Esto no representó más para el clero la dependencia, ni incluso la servidumbre, sino el cisma.

Hay en la Iglesia, junto al clero secular, el clero regular. Este podía encontrar en su propia constitución las condiciones de independencia rechazadas al primero. Así, Bonaparte evitó que las órdenes religiosas se pudiesen reconstituir. El decreto del 22 de junio de 1804 ordenó la disolución de la asociación de los Padres de la Fe, y "de todas las otras congregaciones o asociaciones formadas bajo pretexto de religión y no autorizadas". Además, resolvió que: "Ninguna congregación o asociación de hombres o de mujeres podrá formarse en el futuro bajo el pretexto de religión a menos que ella haya sido formalmente autorizada por un decreto imperial". Bonaparte decía también y repetía que él no quería congregaciones, que esto era inútil, que no había que temer que él restableciese a los monjes[1].

No obstante, él autorizó a los Lazaristas y a los padres de las Misiones Extranjeras. "Esos religiosos, dice él al Consejo de Estado, me serán útiles en Asia, en África y en América. Y los enviaré para que se informen sobre el estado del país, serán agentes secretos de la diplomacia". El también autorizó a los Hermanos de las escuelas cristianas, como engranajes de la máquina universitaria. "El Rector de la Universidad visará sus estatutos interiores, admitirlos al juramento, arreglarles un hábito particular y vigilará sus escuelas" (Decreto del 17 de marzo de 1808, art. 109). La autorización concedida a las Hermanas de la Caridad entra en el mismo plan. "La superiora general residirá en París y así quedará bajo la mano del gobierno". El impuso como generala a su propia madre, Leticia Bonaparte. Hanon

[1] Correspondencia, X, 127.

observó respetuosamente que la regla no lo permitía. Fue encerrado en la prisión de Fénestrelle.

Volviendo al clero secular, Bonaparte vigila para su reclutamiento no se haga fácilmente; no es necesario que los padres sean numerosos. Treinta y siete mil y cuatrocientos curas son substituidos en el día siguiente al del Concordato. Bonaparte declara no estar obligado a remunerar, por ese tratado, sino a los curas-decanos, en número de tres mil cuatrocientos. El concede, entre tanto, quinientos francos a veinticuatro mil curas en servicio. Los otros diez mil, así como los vicarios, permanecerán al encargo de las comunidades, que generalmente son muy pobres o muy sobrecargados para poder proporcionarles los medios de vida[1]. Por eso Roederer, uno de los presidentes del Consejo de Estado, dijo: "Los que están en servicio no pudieron todavía obtener tratamiento fijo en *ninguna* comuna. Los campesinos han querido de ellos con entusiasmo la misa y el servicio de domingo como en el pasado, pero pagar es otra cosa"[2]. Esto no era muy alentador para las vocaciones. Ellas no son suficientes para llenar los vacios que la muerte multiplica entre esos ancianos que retornaron del exilio; no obstante, los obispos son obligados, antes de proceder a una ordenación, a enviar a París la lista de aquellos a los cuales quieren conferir las santas Ordenes[3]. Napoleón la disminuía a su vil placer. Monseñor Montault, obispo de Angers, y Monseñor Simon, obispo de Grenoble, no pudieron el primero en siete, el segundo en ocho años, ordenar, cada uno, más de que dieciocho padres.

Pero hay más. Napoleón quiso supervisar y dirigir la enseñanza de los seminarios. "No es necesario, decía él, abandonar a la ignorancia y al fanatismo el cuidado de formar a los jóvenes padres… Tenemos tres o cuatro mil curas vicarios, hijos de la ignorancia, y peligrosos por causa de su fanatismo y sus pasiones. Es necesario preparar sucesores más esclarecidos, instituyendo bajo el nombre de seminarios, escuelas especiales que quedarán en las manos de la autoridad. Colocaremos a la cabeza de esas escuelas profesores instruidos, dedicados al gobierno y

[1] El presupuesto del culto católico en 1802 fue de 1.258.197 francos. El de 1803 se elevó para 4 millones. El último presupuesto regular del culto católico bajo el primer imperio (1813) ultrapasó un poco los 17 millones.

[2] *Œuvres*, III, 481.

[3] Artículos orgânicos, 25. Esa disposicion no fue empleada sino em 1818. orgânicos, 25. Essa disposição não foi empregada senão em 1810.

amigos de la tolerancia[1]. Ellos no se limitarán a enseñar la teología: acrecentarán una especie de filosofía y un mundanismo honesto"[2]. ¡El decreto del 5 de febrero condena como demasiado ultramontana la teología de Bailly! Veremos más tarde reaparecer esas ideas de enseñanza en los seminarios una cierta teología, una cierta filosofía, un cierto mundanismo y de preparar a los jóvenes padres para ser amigos de la tolerancia.

Napoleón quería tener al mismo tiempo el control del culto. En las negociaciones que precedieron la firma del Concordato, el Papa reclamaba el reconocimiento de la libertad de religión y del ejercicio público de su culto. Ese ejercicio fue prohibido por la Revolución; importaba que fuese formalmente reconocido en el Concordato que esas leyes tiránicas estaban abrogadas. Ese punto produjo las más penosas discusiones. "A fuerza de indecibles fatigas, de sufrimientos y de angustias de todo género, dice Consalvi, llegó en fin el día en que parecía que llegaríamos al término deseado". El había hecho reconocer, en el artículo primero del acuerdo, la libertad y la publicidad del culto católico. En el momento en que se iba a firmar, percibió que habían colocado furtivamente un texto completamente diferente de aquel que había sido convenido. Todo estaba para ser recomenzado. Nuevas discusiones y negociaciones. Consalvi quería que a la expresión "La religión católica, apostólica, romana será libremente ejercida en Francia" fuesen acrecentadas estas palabras: "Su culto será público". Los comisarios franceses tenían la orden para exigir esa adición: "Conforme a las reglas de la policía". Consalvi presentía una trampa. El no se engañaba, esa trampa eran los artículos orgánicos que el gobierno mantenía en reserva y de los cuales jamás hiciera mención en el curso de las negociaciones. La Santa Sede protestó solemnemente contra ese acto extra-diplomático. Los artículos orgánicos fueron mantenidos, fueron presentados como formando un solo y mismo todo con el Concordato. Conocemos los abusos que fueron practicados en el curso del siglo XIX. Las reglas de policía invadieron todo, y se permitió al prefecto de la más humilde villa formularlas libremente. Luego el culto público existe apenas como estado de recuerdo. No solamente las manifestaciones, sino toda señal exterior de religión acabará siendo prohibido bajo el bello

[1] Este texto revela la inspiración masónica.

[2] Thibaudeau, II, 485.

pretexto de que no se debe jamás agredir la conciencia de los señores libre-pensadores.

La Iglesia no puede ser enteramente reducida a la esclavitud durante mucho tiempo si el Papa está libre; así, no hay nada que la francmasonería perseguirá con tanta perseverancia como la abolición del poder temporal de los Papas, necesario a su independencia.

¿Había sido bajo la inspiración de la francmasonería, o fue siguiendo los impulsos de su propia ambición, que Napoleón I intentó hacer del Papa su vasallo? El todavía no era sino el general Bonaparte, comandando los ejércitos de Italia, cuando, después de la capitulación de Mantua, él se dirigió a Bolonia para allí, dice Thiers, "imponer la ley al Papa". De ahí él escribió a Joubert: "Estoy negociando con toda esa clerecía, y, esta vez, San Pedro todavía salvará la capital, cediéndonos sus más bellos Estados". Al día siguiente él escribía al Directorio: "Mi opinión es que Roma, una vez privada de Bolonia, Ferrara, Romania, y de los treinta millones que le hemos quitado, no podrá existir más: ESA MAQUINA SE DESARMARA SOLA". En esa carta se encuentra la primera manifestación diplomática de la idea napoleónica, que veremos buscada por Napoleón I, después por Napoleón III, idea idéntica al ideal masónico. El 22 de septiembre, en razón del rumor de la enfermedad del Papa, él prescribía a su hermano José, "si el Papa muriese, debemos emplear todos los medios para evitar que fuese electo otro y para suscitar una revolución". Thiers vincula a ese hecho la razón última de todo lo que venía siendo hecho hace un siglo contra el Papado: "El Directorio veía en el Papa el *jefe espiritual del partido enemigo de la Revolución*", esto es, de la civilización pagana. He aquí por qué el Directorio y su general no querían que hubiese más Papas. En el *Mémorial de Sainte-Hélène*, Napoleón expone abiertamente esa idea fundamental de la masonería, y como él había inicialmente pensado en realizarla. Hablando de sus proclamaciones a los musulmanes, él dice: "Era charlatanería, y de las mayores… Ved las consecuencias: yo me servía de Europa por el revés; *la vieja civilización* permanecía sitiada, y ¿quién habría imaginado entonces en inquietarse con el curso de los destinos de nuestra Francia y de la regeneración del siglo?[1] Destruir la vieja civiliza-

[1] Ver también: *Correspondance de Napoléon Ier.* publicada por orden de Napoleón III, t. V, p. 185, 191, 241.

ción, la civilización cristiana, regenerar al siglo a la moda pagana, y esto a través de Francia, he ahí la idea que permite comprender a fondo la historia contemporánea.

Si Napoleón tenía esos pensamientos, se preguntará por qué él restableció el culto católico en Francia. El lo explica en su *Mémorial*: "Cuando yo restablezca los altares, decía, cuando yo proteja a los ministros de la religión como ellos merecen ser tratados en todos los países, al Papa hará lo que yo le pidiere; él apaciguará los espíritus, reunirlos en su mano y colocárnoslo en la mía". Y en otro lugar: "Con el catolicismo yo alcanzaba con más seguridad todos mis grandes éxitos… En el interior, entre nosotros, el gran número absorbía el pequeño (protestantes y judíos), y yo me prometía tratar este con una tal igualdad que luego no habría posibilidad de conocer la diferencia. (En otras palabras, conseguiré hacer reinar la indiferencia en materia religiosa). En el exterior, el catolicismo me conservaba al Papa, y con mi influencia y mis fuerzas en Italia, yo tenía la esperanza de, temprano o tarde, por un medio u otro, *tener para mí la dirección de ese Papa*, y, a partir de ahí, ¡qué influencia, qué poder de opinión sobre el resto del mundo!"[1] Veremos a la Alta Venta tomar la consecuencia de esa idea y esforzarse para llevarla a buen término.

En el trono imperial, Napoleón no perdió su punto de vista. Conocemos lo que él hizo para confundir en el espíritu del pueblo la verdadera religión con sus herejías, colocando todas las religiones en el mismo nivel; lo que él hizo para llegar poco a poco a suprimir todo culto exterior, hacer del clero un cuerpo de funcionarios, e incluso, dispensar al Papa en lo que dice respecto a la institución canónica de los obispos. Todo eso no podía ser durable, si no se consiguiese quitar al Papa su independencia. Napoleón empleó lo mejor de sí en esa tarea. El 13 de febrero de 1806, le escribió a Pío VII: "Vuestra Santidad es soberano en Roma, pero yo soy emperador". Dos años más tarde el general Miollis se apoderó de la Ciudad Eterna, y el 10 de junio Napoleón publica un decreto que anexa todos los Estados del Papa al imperio francés. El día 6 de julio Pío VII es retirado del Quirinal, en cuanto los cardenales son internados en París o encerrados en prisiones del Estado. Prisionero él también, el suave anciano sufre el doble asalto de la violencia y de la traición para que consienta en la anulación del Concordato de 1801, y en la firma de

[1] *Mémorial de Sainte-Hélène*, t. V, p. 384, 388.

otro en el cual se preveía el abandono casi completo de su jurisdicción sobre la Iglesia de Francia[1].

CAPÍTULO XVI

[1] Cuando la prisión de Napoleón en Santa Helena si hizo más estricta y más dura, Pío VII escribió al cardenal Consalvi esta carta admirablemente cristiana:

“La familia del emperador Napoleón nos comunicó, a través del cardenal Fesch, que el clima de Santa Helena es mortífero y que el pobre exiliado se debilitaba. Recibimos esa noticia con una aflicción infinita, y vos sin ninguna duda la compartiréis con nosotros, porque ambos debemos recordarnos de que, junto a Dios, es principalmente a él que se debe el restablecimiento de la religión en el gran reino de Francia. La piadosa y corajosa iniciativa de 1801 nos hizo olvidar y perdonar, hace mucho tiempo, sus errores subsecuentes. *Saboya y Fontainebleau son apenas errores del espíritu y de los desordenes de la ambición humana*. El Concordato fue un acto cristiano y heroicamente salvador.

“Sería para nuestro corazón una alegría sin igual poder contribuir para disminuir las torturas de Napoleón. El no puede más representar peligro para nadie, nos desearíamos que él no constituyese remordimiento para nadie”.

BAJO LA RESTAURACION[1]

Desmoronado el imperio, Francia juzgó que solamente aquellos que la habían construido podrían, después de tanto desorden y tanta ruina, levantarla y hacerla volver a entrar en sus caminos. Ella volvió, pues, los ojos para los hijos de San Luis[2]. Ya en 1799 su corazón los llamaba. La Francmasonería había querido, si el régimen monárquico se impusiese nuevamente, entregarnos a príncipes extranjeros. Mirabeau había adelantado la candidatura del duque de Brunswick y, desde 1791, Carro había propuesto al jefe de los jacobinos la candidatura del duque de York, hijo del rey de Inglaterra. Pero la secta sentía tan bien que el deseo de la nación pedía el retorno de los Bourbons, y que un día u otro ese deseo irresistible vencería, que quiso tomar la delantera y enseñorearse del movimiento para dominarlo y dirigirlo. Dos masones eméritos, los generales Malet y Oudet, fundadores de la sociedad de los Filadelfios en Besançon, entablaron negociaciones con Luis XVIII. Ellos fueron adelantados por Sieyès y aquellos que, como él, preparaban la dictadura que fue inaugurada con el golpe de Estado del 18 de brumario.

Lo que la masonería quería, por un medio u otro, era, incluso sujetándose a las necesidades que se imponían, salvar la Revolución, mantener su espíritu y resguardar los más posible sus conquistas. La secta obtuvo eso de Napoleón por el despotismo; de Luis XVIII pretendía obtenerlo de ella llamaba “libertad”. Lo que Malet y Oudet habían querido negociar con Luis XVIII era, hecho que ocurrió

[1] La restauración corresponde al período en que reinaron Luis XVIII (1815-1825) y Carlos X (1825-1830), ambos hermanos de Luis XVI. (N. del T.)

[2] Un escrito no sospechoso, Duvergier de Hauranne, reconoció que “los Borbones no encontraron ningún apoyo en las monarquías del continente”.

Los adversarios de la restauración fueron obligados a admitir en el primer momento que ningún movimiento fue más nacional. El mariscal Ney: “Para evitar a la patria los males terribles de una guerra civil, los franceses no tenían otra alternativa sino que abrazar la causa de sus antiguos reyes”. El regicida Camot: “Ninguna duda razonable podía ser levantada sobre el deseo de la nación francesa a favor de la dinastía de los Bourbons”. La Fayette decía que estaba feliz por ver el retorno de los Bourbons “volverse un signo y una garantía de flicidad y de libertad pública” y acrecentaba que estaba profundamente unido a esa satisfacción nacional.

Y Guizot: “Cuanto más se prueba que ninguna voluntad general, ninguna gran fuerza, interna o externa, aclamó o hizo la Restauración, pero se colocará en evidencia la fuerza propia e intima de esa necesidad superior que determinó el acontecimiento”.

quince años más tarde, el establecimiento del régimen constitucional, del mecanismo parlamentario que permitiría continuar la guerra contra la Iglesia.

En 1799 Luis XVIII habría podido librarse más fácilmente del acoso masónico. Habría estado más libre para restaurar la antigua constitución nacional, despojada de sus abusos. El restablecimiento del culto católico se imponía, ya lo vimos, al punto de que Napoleón no vio nada más urgente de que negociar con el Papa. Si Luis XVIII, en vez de Napoleón, hubiese negociado el Concordato, éste habría sido otro. El mostró bien eso a través de las negociaciones cuya iniciativa él tomó junto a la Santa Sede después de la segunda Restauración, con el objetivo de mejorar aquella que Napoleón le había legado; y, libre, la Iglesia de Francia, purificada por el martirio, desembarazada de las manchas del jansenismo, habría podido recolocar a la nación cristianísima en las vías de la verdadera civilización.

La Europa entera estaba en confusión… Era, pues, a toda Europa, y no apenas a Francia, que era preciso ofrecer fundamentos sólidos. Los soberanos de Rusia, de Austria y de Prusia, quisieron empeñarse en esa labor, y establecieron entre ellos el célebre pacto que fue llamado de "Santa Alianza".

"Hay en esa cuestión – escribía J. de Maistre de San Petersburgo al conde de Vallaise – un aspecto tocante y respetable que debe ser apreciado y venerado, independientemente de toda la cuestión que podríamos traer al espíritu que la dictó y QUE ES HOY BASTANTE PODEROSO PARA HACERSE OBEDECER POR LOS SOBERANOS". ¿Cuál era ese espíritu? ¿En quién, en qué, estaba encarnado para tener tal poder? J. de Maistre, en una nueva comunicación a su rey, dice que ese espíritu era el de los iluministas. "Es ese iluminismo (no el de Weishaupt, sino el de Saint-Martin) que dictó el pacto de París, y sobre todo las frases extraordinarias del artículo que repercutió en toda Europa… Estoy perfectamente al par de las máquinas que esas personas movilizan para aproximarse del augusto autor del pacto (el emperador de Rusia), y para apoderarse de su espíritu. Las mujeres entraron en eso, como entran en todos los lugares… Si el espíritu que produce esa pieza tuviese hablado claro, leeríamos en el título: Pacto por el cual tales y tales príncipes declaran que todos los cristianos no son sino una familia que profesa la misma religión, y que las diferentes denominaciones que las distinguen no significan nada"[1]. Esa religión universal, en la cual los sectarios querían desde luego confundir

[1] J. de Maistre, *Œuvres Complètes*; t. XIII, pp. 219-222.

todas las religiones, ellos llamaban de *cristianismo trascendental*, y la concebían como una pura curiosidad o una religión sin dogmas. Es esto lo que continúan persiguiendo en nuestros días, si bien que bajo otros nombres, la Alianza Israelita Universal y la Francmasonería. Y hoy como otrora, francmasones y judíos se sirven, para ahí llegar, de los gobernantes y de los gobiernos. Esto observaba J. de Maistre relacionado al siglo pasado: "Se puede afirmar que, durante el siglo XVIII, los gobiernos de Europa casi no hicieron, de poco notable, que no haya sido dirigido por el espíritu secreto para un objetivo que los soberanos previesen"[1]. Y lo observó nuevamente en la entrada del siglo XIX; y hoy es fácil, para los que saben ver, hacer la misma observación por sus propios ojos.

Impotentes para oponerse a la marcha de los acontecimientos, las sociedades secretas se esforzaron, pues, por ocasión de la Restauración, en dirigirlos a su beneficio, para impedir que se reinstale en Europa, y sobre todo en Francia, el orden social fundado sobre la fe. Lo que ellas habían obtenido por la "Santa Alianza" del emperador de Rusia, del emperador de Austria y del rey de Prusia, se encargaron de conseguirlo del rey de Francia. Sin duda, Luis XVIII, personalmente, no era un católico de primer temple, él había bebido la copa de su siglo; pero poseía el sentido real, y si él no hubiese sido engañado, si hubiese tenido las manos libres, él habría, sin ninguna duda, dado a Francia una Restauración más perfecta y más sólida.

De entre todas las conquistas de la Revolución, la más importante a los ojos de la secta, la más útil a sus designios, la más necesaria a ser mantenida, era la indiferencia del poder en relación a la religión. Así, lo que ella más temía en la restauración realista que, en 1799, se anunciaba como inminente, era el restablecimiento de la religión del Estado; y lo que ella se esforzó para, sobre todo, conseguir cuando la Restauración se implantó fue la mantención de la protección igualitaria para todos los cultos, que Napoleón había puesto en vigor[2]. Otra cuestión que ella

---

[1] J. de Maistre, *Œuvres Complètes*; t. XIII, p. 339.

[2] La Carta de 1814 se expresaba en estos términos:

Art. 5°. – Cada cual profesa su religión con igual libertad, y obtiene para su culto la misma protección.

Art. 6°. – No obstante, la religión católica, apostólica y romana es la religión del Estado.

Art. 7°. – Los ministros de la religión católica y romana y los de los otros cultos cristianos reciben emolumento del tesoro real.

El Soberano Pontífice, en un Breve fechado de Césène, se quejaba al obispo de Troyes: "Cuando entonces esperábamos, decía Pío VII, que después de un tan feliz retorno político la religión católica estaría no solamente

tenía igualmente a pecho, era la de la soberanía. Ella quería que el rey reinase, pero no podía consentir en que él gobernase, en que tuviere en las manos la autoridad eficaz y real. La Carta declaró que la autoridad residía enteramente en la persona del rey, y que la religión católica era la religión del Estado; el artículo 6° testimoniaba las intenciones del rey, pero eran apenas palabras contradichas por el artículo 5° y el 7°. Y de la misma forma que la Constitución concedía la libertad de cultos y la libertad de prensa, restauraba la libertad de tribuna, silenciosa hacía diez años. Dos maestros iluministas, Talleyrand y Dallery, usaron junto a Luis XVIII influencias de las cuales J. de Maistre acaba de hablar, para obtener que el rey trajese con él *esas pestes*, como las llamaba Gregorio XVI. Otros actuaron junto a Alexandre, y fue a su perentorio convite que Luis XVI hizo la declaración de Saint-Ouen, que dio a la secta la garantía de las libertades constitucionales. Fue en ese preciso momento que se creó la palabra *liberal*, destinada a servir de velo a las ideas y a las obras de la Francmasonería.

Entre tanto, el entusiasmo con la cual Francia acogió a su rey, y la alegría con la cual ella se dirigió a los altares, hizo temer que las preocupaciones tomadas se hiciesen inútiles. El retorno de Napoleón fue resuelto, preparado, terminado.

---

desembarazada de todos los obstáculos que ella encontró en Francia y contra las cuales no habíamos cesado de reclamar, sino que también readquiriese su antiguo esplendor y su dignidad de otrora, vemos que la constitución mantiene a ese respecto un profundo silencio y que ella ni siquiera hace mención al Dios todopoderoso por el cual los reyes reinan y los príncipes gobiernan. Comprenderéis fácilmente cuánto nos es doloroso ver… que esa religión, que es la de la mayoría de los franceses, no sea proclamada como aquella que las leyes y los gobiernos protegen con su autoridad. Nuestro dolor crece a la lectura del artículo 22 (del proyecto de constitución aprobado por el Senado en la sesión del 6 de abril. El senado, creado por Bonaparte, era compuesto de francmasones, que no solamente permite la libertad de los cultos y de la conciencia, pero promete protección a esa libertad y a los ministros de los diversos cultos. No es necesario demostraron que la herida mortal que ese artículo causa a la religión católica en Francia. Porque a partir del momento en que se afirma la libertad de todos los cultos sin distinción, se confunde la verdad con el error y se coloca en la misma línea de las sectas heréticas y de la perfidia judía la santa e inmaculada esposa de Cristo, la Iglesia fuera de la cual no hay salvación. De otra parte, desde que se promete favor y protección a las sectas heréticas y a sus ministros, no solamente se toleran, se protegen las personas, pero también los errores; ora, en esto consiste esa herejía funesta y por demás deplorable, que, según la expresión de San Agustín, afirma que todos los heréticos siguen el buen camino y mantienen la verdad: afirmación tan absurda que ella parece increíble. Fuimos igualmente sorprendidos y afligidos por el artículo 23, que permite la libertad de prensa; es un gran peligro, la perdida cierta de las costumbres y de la fe; si se pudiese dudar de eso, la experiencia de los tiempos pasados lo demostraría; porque es a través sobre todo de ese medio, es cierto, que primero fueron pervertidas las costumbres de los pueblos, en seguida corrompida y destruida su fe, en fin excitadas la sediciones, la rebeliones y las revoluciones. En medio de la gran corrupción que reina, serían de temer esos mismos males, si se permitiese a cada uno, lo que quiera Dios no acontezca, la facultad de imprimir lo que le agrade”.

En los primeros días de enero de 1820, el historiador de Napoleón, Frédéric Masson publicó los papeles inéditos de Camille Gautier y de Dumonin. Ellos trajeron la prueba que el retorno de la isla de Elba fue una maquinación masónica. En Grenoble y en el Delfinado, el número de masones era considerable en 1789. En 1814 este fue acrecentado por todos los oficiales de la reserva, que se agruparon bajo la dirección de Gautier[1].

Fue con la certeza de una base de operaciones en plena montaña que Napoleón respondió al apelo que le era hecho[2].

Es, por tanto, a la Francmasonería que debemos la segunda epidemia. La primera fue la conclusión de la Revolución que la secta había preparado, organizado, perpetrado, y la tercera fue el fruto de la política de Napoleón III, fiel a los juramentos que él había prestado.

Después de Waterloo, los francmasones, que tanto deberían reprender a los Bourbons el haber regresado en "carros del extranjero"[3], pedirán a los aliados que

---

[1] Gautier, iniciado en la logia "La Concordia", Oriente de Livourne, se hizo maestro en 1892; recibió, dos años más tarde, de la logia "Los Amigos de la Honra Francesa", Oriente de Porto-Ferrajo, considerables dignidades, completadas, en el Oriente de Ile-Rousse, por la de caballero príncipe del Águila y del Pelícano, perfecto masón libre de Hérédon, Franc; el 26 de enero de 1807 o 5087, en el Oriente de Bastia, él fue elevado, por el "Soberano Capítulo de la Rosa Cruz", a la dignidad de príncipe y de caballero masón perfecto libre de Hérédon, bajo el título de soberano príncipe caballero de la Rosa Cruz, con todos los poderes de convocar logia, mantener la sede de las logias reunidas, constituir y elevar hasta el grado de caballero de la Espada dicha del Oriente. Finalmente, el 8 de agosto de 1808, él recibió del Gran-Oriente de Francia supremos poderes, confirmados, con el representante del gran-maestro, por los delegados de la Gran Logia Simbólica, de la Gran Logia de la Administración y del Gran Capítulo general. El no podía, en los grados capitulares, subir más alto.

Seguramente esas honras masónicas no podían dejar de asegurarle, sobre todos los regimientos y sobre todas las ciudades en que funcionaba una logia regular, una supremacía incontestada.

[2] "Que los amantes de aventuras extraordinarias, dice Frédéric Masson, hayan concebido de otra manera y hayan contado con otras palabras el retorno de la isla de Elba; que ellos hayan considerado más poético al Emperador llegar a Francia sin haber prevenido a nadie ni preparado nada para su retorno; que ellos hayan encontrado la nación más conmovida si ella fuese conquistada únicamente por la aparición de Napoleón, esto puede ser; pero la versión que, por primera vez, me permitieron tener los papeles inéditos de Camille Gautier y de Dumoulin parecerá, para cualquiera que reflexiones, la más probable y al mismo tiempo la más digna de la sabiduría del Emperador".

[3] Hasta el 31 de marzo de 1814, los soberanos aliados habían continuado negociando con Napoleón, y cuando el desaparecimiento del emperador pareció inevitable, ellos procuraban una combinación política que excluyó a los Bourbons. El Zar, sobre todo, no quería oír hablar de ellos. En compensación, los testimonios de los contemporáneos menos sospechosos de parcialidad, como Carnot, Ney, Lafayette, el general Foy, afirman todos que los deseos unánimes de los franceses era por una restauración monárquica, y los historiadores A. Sorel, L

les diesen, con sus manos, a Francia un otro rey que no fuese el jefe de la casa de Bourbon. Por dos veces una delegación de francmasones fue al campo de los aliados a pedirles impusieran la realeza de un holandés, el príncipe de Orange, o de Luis Felipe, que ellos lograron entronizar más tarde. El jefe de esa comitiva fue Charles Teste[1]. Luis XVIII, volviendo de Gand, estaba a las puertas de París el 6 de julio, pero la diplomacia masónica que rodeaba a los reyes coligados no le permitió entrar en su capital sino el día 8, después de él haber dispensado a aquellos de entre sus ministros que lo habían seguido en el exilio, y haberlos substituido por hombres de la Revolución[2], los dos apóstatas Talleyrand y Louis, con el regicida Fouché como Ministro de Seguridad[3].

El régimen constitucional fue desde entonces implantado en Francia, y con él la masonería permanecía dirigente: "Luis XVIII, dice el secretario del Gran-Oriente Bazot, promulgó la Carta. Es el gobierno constitucional. Ese principio nos protege"[4]. Era, en efecto, la realeza limitada al poder ejecutivo, y la autoridad real cedi-

---

Blanc, Guizot, Henry Houssaye, en su obra capital *1814 y 1815*, convienen todos en que ella era exigida por el interés nacional.

Edmond Biré, cuya ciencia y probidad históricas son universalmente conocidas, escribió en Alfred Nettement, sa vie et ses œuvres, pp. 267-279:

"No había entre los Aliados, en 1814, nada decidido a favor de los Bourbons; ellos tenían, al contrario, disposiciones poco benevolentes relativamente a la antigua dinastía, que durante tanto tiempo reinó Francia y la mantuvo en el primer lugar en Europa. Ellos comenzaron la guerra sin que la restauración de los principios monárquicos estuviese presente en sus proyectos; ellos la terminaron sin que esa combinación se presentase a su pensamiento. Hasta el fin tuvieron la intención de negociar con Napoleón; incluso después de haber renunciado a negociar con él, aún así no pensaron en Luis XVIII".

[1] Eckert de Dresde, protestante: *La franc-maçonnerie*, 1852, etc., t. II, pp. 162-172. — Vaulabelle, *Histoire des deux Restaurations*, t. V, cap. II e IV.

[2] Rohrbacher, XXVIII, 194.

[3] Fouché fue impuesto por la Francmasonería. Después de los Cien Díaz, habiendo Vitrolles ido a Arnouville a sondear las intenciones de la coalición, Wellington le dijo: "Hay en todo esto la cuestión de un objeto, la bandera tricolor, y una cuestión personal, Fouché". Habiendo Vitrolles recordado al duque que la bandera tricolor era el símbolo de la rebelión contra el rey y Fouché un regicida: "Muy bien, replicó el general inglés, podríamos tal vez dejar de lado la cuestión del objeto, pero cuanto a la persona, sería imposible" (L. Blanc, *Histoire de dix ans*, Introducción). Siendo Fouché el jefe de la policía, la Francmasonería puede reorganizarse libremente. Cuando él se apartó, dejó el lugar para otro masón de carrera, Descazes: "Descazes, dice L. Blanc, era Fouché en tamaño menor".

[4] Para explicar la derrota del poder político colosal de Napoleón I, Chateaubriand decía: "La fuerza del campo escondía la flaqueza de la ciudad". Y para explicar la caída de la Restauración, decía con la misma precisión: "Se juzgó haber sido restaurada la monarquía, se había simplemente instituido una democracia real. Fueron cambiadas las sábanas del lecho imperial, incluso ni se dio vuelta el colchón". Al virus revolucionario introducido en las leyes francesas por Napoleón I vino, pues, a juntarse el parlamentarismo en que las pasiones de un

da a los ministros, comisarios efímeros de las Cámaras, las cuales, ellas mismas, acabarían por ser devotas de la secta. Por eso Thiers pudo decir en un discurso pronunciado en 1873, en la Casa Legislativa: "La Constitución de 1814 salió de las entrañas de la propia Revolución". Ningún sistema político es más favorable a los designios de la secta, ninguno le da más facilidad de paralizar a la autoridad legítima, para acorralar y perseguir a la Iglesia. La masonería no lo dispensa, incluso bajo los reyes legítimos. Estos, sobre todo Carlos X, hicieron lo que pudieron para resistir a sus emprendimientos; el sistema era más fuerte que ellos. Así, no es de extrañar que, instruido por esa triste experiencia, Enrique V se haya rehusado a recomenzarla en su persona, en 1873. Era también el régimen constitucional que querían imponerle, con aquello que era el símbolo de ese régimen, hombres que no sabían a qué espíritu obedecían, ni incluso tal vez a qué influencias sufrían y para qué abismo nos iban a arrastrar.

A pesar de las precauciones tomadas por la secta para impedir a la Restauración el favorecimiento del retorno a una civilización verdaderamente cristiana, la Restauración, entre tanto, hizo lo que pudo para secundar la acción del clero en su obra de renovación religiosa.

A partir del 29 de febrero de 1816, los religiosos son autorizados a enseñar. Comisiones regionales son nominadas para fiscalizar e impulsar la instrucción; los curas no solamente participan de esas comisiones, incluso las presiden. Se concede permiso a los obispos para establecer escuelas eclesiásticas, los seminarios no están más obligados a seguir los cursos de los liceos, los obispos pueden ordenar a quien juzguen digno, sin autorización del poder. Las misiones parroquiales son promovidas, a pesar de los clamores y las calumnias, de las canciones y de las caricaturas de los liberales, y los misioneros son colocados bajo la protección del Capellán Mayor. Se designan capellanes al ejército. Una ley es hecha para la observación del domingo. Una comisión es nominada para estudiar los medios de devolver a la Iglesia su antiguo esplendor. El arzobispo de Reims queda encargado de presentar

---

cuarto de hora substituyen los planes largamente madurados. Esas dos causas debían fatalmente terminar la obra de la destrucción de las energías morales y de las fuerzas materiales de la nación.

En sus Memorias, publicadas en 1908, el barón de Frenelly expresa el mismo pensamiento cuando dice: "Había contrasentido no restaurar la legitimidad de las personas sin restaurar la legitimidad de las cosas". Nada más verdadero. ¿Quién no lo comprendió en 1871-1872?

al rey a los súbditos que le parecen más dignos de ser elevados al episcopado. En fin, un acuerdo con el Soberano Pontífice aumenta el número de diócesis.

En las instrucciones que fueron encaminadas al conde de Blacas para negociar un nuevo Concordato más favorable a la Iglesia de aquel concluido con Napoleón, al rey decía: "Su Majestad aprecia, como debe, la posición difícil en que se encontraba entonces la Santa Sede; pero ella también ve que las disposiciones tomadas en circunstancias tan diferentes, tan tempestuosas para la Iglesia de Francia, no se aplican a la situación actual, y que aquellos que podría convenir para salvarla del naufragio no sería más suficiente para Su regeneración.

Para la ejecución de ese designio fue redactado un proyecto de acuerdo el 25 de agosto de 1816, firmado por el Papa el día 4 de septiembre, y luego transmitido a Luis XVIII. El Concordato de 1816 debía ser restablecido; las dos partes contratantes procedían de común acuerdo a una nueva circunscripción de las diócesis y a la transferencia de ciertos obispos; en fin, los artículos orgánicos serían abolidos.

El alto francmasón Decazes, que cada día adquiría mayor influencia sobre el rey, demostró que el Soberano Pontífice exigía demasiado y que en particular no era posible dejar suprimir así los artículos orgánicos, principal garantía de los derechos del Estado y de las libertades de la Iglesia de Francia[1].

La Cámara de 1815, la Cámara Rara[2], favorecía las buenas disposiciones del rey. Pero la masonería vigilaba. Ella supo colocarse cerca del soberano, hacer entrar en su intimidad, uno de los suyos, Decazes, comendador del supremo consejo del grado Escocés 33. Apartado del ministerio después de la muerte del duque de Berry, él se puso al frente de la oposición.

Fue entonces que surgió, del seno de la Francmasonería, otra sociedad más secreta, con juramentos más terribles y sanciones fatales, el carbonarismo. Venido de Italia, él se esparció con una impresionante rapidez por toda Europa. En Francia

[1] La Restauración pidió y obtuvo el restablecimiento de veintidós obispados.

[2] El nombre de Rara fue dado a esa Cámara por Luis XVIII como un elogio, por causa de la comunión de principios entre ella y la realeza.

organizó las conspiraciones militares de Belfort, Saumur, la Rochelle, etc., que felizmente pudieron ser frustradas[1].

Las logias se multiplicaban: se hacía entrar en ella a los oficiales inactivos, los adquirientes de los bienes de la nobleza y del clero. El Gran-Oriente los mandaba buscar en los lugares en que se encontrasen en número suficiente para formar una logia; enviaba a un venerable, extranjero en la región; el venerable se instalaba entre ellos, y a través de ellos esparcía en la población las ideas masónicas, daba la palabra de orden todas las veces en que había una medida que adoptar o hacer adoptar en los consejos comunales o departamentales, para conseguir oprimir a la Iglesia con prudencia y arte.

Al mismo tiempo, la tribuna y la prensa conducían la campaña contra la Restauración. Ellas no cesaban de oponer el inmortal ’89 al Ancien Régime revivido, la libertad al despotismo, la democracia a la autocracia, la revolución a la contra-revolución.

En cuanto los espíritus eran así trabajados, el carbonarismo se armaba y preparaba a los revoltosos para la acción, cuando juzgaba oportuna la hora de una nueva revolución. La logia de los Amigos de la Verdad organizó la rebelión de junio de 1820. Fue también ella la que organizó la conspiración militar del 19 de agosto.

En ese intertanto, Carlos X había sucedido a Luis XVIII. A pesar de las dificultades con las cuales la secta estorbaba su gobierno, el pueblo era feliz. Uno de los más tenaces adversarios de la Iglesia, uno de los más decididos revolucionarios, Henri Beyle, que tenía por pseudónimo Stendhal, es para nosotros testimonio irrefutable. Forzado por la evidencia, él así caracterizaba ese reinado: “Serían necesarios tal vez siglos para que la mayor parte de los pueblos de Europa alcanzase el grado de felicidad de que Francia disfruta bajo el reinado de Carlos X”[2]. Al mismo

[1] Una logia, llamada “Amigos de la Verdad”, cuenta Louis Blanc, fue reclutada en las facultades de derecho, medicina, farmacia y entre los jóvenes que se dedicaban al aprendizaje del comercio”. Fue de esa logia que el carbonarismo, al respecto de lo cual hablaremos, se extendió a toda Francia. Ella había recibido los estatutos de Nápoles. Clavel afirma que los “amigos de la verdad” fueron los primeros en tomar las armas en la revolución de julio.

[2] *Promenades dans Rome*, 1ª. série, p. 27, 1853.

tiempo, ella retomaba la posición de su preeminencia en Europa y en el mundo: la Argelia era conquistada, la alianza con Rusia nos daría la frontera del Reno sin efusión de sangre.

Se ha podido decir que la Historia tal vez no ofrezca obra más extraordinaria de que el gobierno de la Restauración, que en tan pocos años supo reparar las ruinas materiales y morales producidas por la Revolución y restablecer el país en su fuerza y en su prestigio.

A pesar de eso, o mejor, por causa de eso mismo, el noble anciano está cercado de tantas armadillas que le es imposible escapar a todas; le resta apenas la elección de los errores. Le imponen medidas que hacen sangrar su corazón de hijo primogénito de la Iglesia, que él quería ser no solamente de nombre, sino en la realidad. Todas las inmunidades de la Carta son empleadas para demoler el trono. El cede en un punto, en otro punto, y acaba por decir: "Fui confirmado en la fe de toda mi vida: toda concesión a los liberales es inútil. El había podido decir "funesta". ¡Cuántas veces, en esos últimos años, la Iglesia de Francia se puede convencer de esa verdad!

Basándose lealmente en el artículo 14 de la Carta, Carlos X firma, el 25 de julio de 1830, decretos que no contrarían ni el texto, ni el espíritu de ese acto. Ellos reglamentan la libertad de prensa, procurando reprimir los más grandes abusos. En lugar de ser aceptados como un beneficio, ellos constituyen la señal de la revolución que la secta preparaba de larga fecha, de acuerdo con aquel que ella había escogido favorecer.

Deschamps y Claudio Jannet muestran, con apoyo en documentos[1], que los principales actores de la "comedia de quince años"[2] eran todos francmasones. Fue

[1] *Les Sociétés Secrètes et la Société*, liv. II, cap. VIII, § 5°.

[2] "Hubo comedia durante quince años, escribió el *Globe*, sin vergüenza, el 22 de abril de 1831. Porque aquellos de entre los liberales de entonces que no conspiraban, sea porque se temiese su fragilidad, sea porque ellos mismos se hubiesen recusado a participar del juego tan pesado, los Benjamín Constant, los Casimir Périer y mil otros, sabían, por lo menos, y de eso no podían dudar, que se conspiraba, que *existían carbonarios organizados en logias*; ellos simpatizaban con los conspiradores, deseaban el suceso de su empresa, y no obstante juraban delante de sus grandes dioses que no había conspiración ni comisión directora sino en la imaginación enfermiza de los hombres de la derecha; acusaban calurosamente a la policía, su bestia negra de entonces, de ser el agente provocador de las bajas intrigas para comprometer a ciudadanos inocentes y pacíficos". Un poco más tarde, el periodista interpeló al presidente del Consejo, Casimir Pétier, y le dice que él "debería saber muy bien que Barthe *su colega* (entonces Ministro de Justicia), *participó de los carbonarios y no lo esconde*".

un francmasón que puso fin en eso. En el momento decisivo, cuando Carlos X estaba rodeado de tropas fieles a Rambouilet, y disponía de toda la facilidad para reprimir la rebelión y retomar a la capital como señor, fue el mariscal Maison quien, a través de la más odiosa traición al juramento militar, consumó la obra de la revolución. Luis Blanc ofrece a ese respecto pruebas que no permiten ninguna duda[1].

Los conjurados no pudieron contener la alegría y la manifestación de las esperanzas que la caída del trono les permitiera concebir. Así que vio a la familia real camino del exilio, Barante escribió a su mujer: "Ellos partieron. Creo que vamos a avanzar"[2]. Un inspector general de la Universidad, Dubois, decía en la misma época, con más énfasis, a la juventud de las escuelas: "Caminamos rumbo a una gran época, y tal vez asistimos a los funerales de un gran culto". Tres años antes, el 30 de noviembre de 1827, Lamennais escribía a Berryer: "Veo mucha gente que se inquieta por los Bourbons; no nos engañemos: creo que ellos tendrán el destino de los Stuarts. Pero no está ahí, ciertamente, el primer pensamiento de la Revolución. Ella tiene vistas muy profundas para una cuestión diferente: *es el catolicismo que ella quiere destruir, únicamente él; NO EXISTE OTRA CUESTION EN EL MUNDO*"[3].

Todo el artículo está escrito en ese tono, el periodista no duda en declarar que la comedia aún perdura, con otros personajes, en el momento en que él escribe y que ella se prolongará bajo el reinado de Luis Felipe.

[1] *Histoire de dix ans,* 4ª. ed., t. I, pp. 422 a 431.

[2] *Souvenirs du baron de Barante*, III, 571.

[3] *Œuvres posthumes de Lamennais. Correspondance,* t. I, p. 303.

CAPÍTULO XVII

BAJO LA MONARQUIA DE JULIO[1]

La mano de la Francmasonería es manifiesta en la revolución de 1830. "No creáis, dice un alto masón de la logia de los Trinosofes, Dupin, no creáis que tres días hayan hecho todo. Si la revolución fue tan pronta y tan súbita, si la hicimos en algunos días, es porque teníamos el hecho de la bóveda, y pudimos substituir inmediatamente el orden de cosas que acababa de ser destruido por un nuevo orden completo". La secta no podía sufrir por más tiempo el hecho de estar sobre el trono la rama primogénita de los Bourbons; por otra parte, los recuerdos horribles de la primera república eran aún muy recientes para que se osase afrontar el sentimiento público con la proclamación de una nueva república. Fue por eso que ella adoptó un término medio y colocó como "hecho de la bóveda" del edificio que ella prepa-

[1] La Monarquía de julio, así llamada por haber tenido origen en las rebeliones ocurridas en los días 27, 28 y 29 de julio de 1830, se extiende hasta febrero de 1848. En ese período reinó Luis Felipe (Louis-Philippe Égalité)

raba hace quince años "el hijo del regicida"[1], el hijo del ex-Gran Maestro de la Francmasonería, el mismo que había sido secretario del Club de los Jacobinos.

La sociedad *Ayúdate que el Cielo te Ayudará*, de la cual Guizot era presidente, fue especialmente encargada de prepararle los caminos. El 18 de mayo de 1833, Didier dio testimonio de eso a la Cámara de los Diputados: "Fue gracias a los cuidados de nuestra sociedad que todas las publicaciones contra la Restauración fueron publicadas y distribuidas, las subscripciones fueron organizadas a favor de los condenados políticos, que se daba la palabra de orden, que consistió durante mucho tiempo en quejarse de los jesuitas y de gritar en las protestas: "¡Viva la Carta!" Debíamos aprovechar todas las ocasiones para desconsiderar el poder, para suscitar complicaciones y aumentar aquellas que el ocaso podría hacer nacer"[2].

Esa sociedad no era francmasónica propiamente hablando, sino que estaba bajo la dirección de la Francmasonería. Otra, que estaba encima de las Logias y de los Orientes, trabajaba en el mismo sentido. Era la Orden del Nuevo Templo. Ella fue fundada antes de la gran Revolución, y uno de sus miembros, Asweld, así define su carácter: "Un solo odio llena el corazón de sus adeptos, el odio a los Bourbons y a los jesuitas… Antes de la Revolución de 1789, los nuevos templarios no tenían otro fin declarado que el aniquilamiento del catolicismo… En la época en que las hordas extranjeras vinieron a imponer a los Bourbons, los templarios se limitaban a buscar la expulsión de la raza esclavizada y todos fuimos fieles, hasta el día 3 de agosto, a ese patriótico deber… El odio se temperaba con el desprecio y quedó adormecido durante varios años; pero, en el día de la opresión, explotó como un rayo… La irritación apaciguada dio lugar a la necesidad de trabajar con perseverancia en vistas al fin que se proponían todas las divisiones del Templo: *la libertad absoluta de la especie humana*; el triunfo de los derechos populares sobre la autoridad legal; la desaparición de todos los privilegios, sin excepción, y una guerra a muerte contra el despotismo religioso o político de cualquier color que estuviese revestido. Una inmensa propaganda es organizada ahora para ese objetivo general".

[1] Las *Mémoires* de Metternich, recientemente publicadas, lanzan la más viva claridad sobre las conjuraciones masónicas que llevaron a la derrota de la realeza legítima para substituirla por el gobierno volteriano de Luis Felipe.

[2] Citado por Deschamps, II, 247.

El Nuevo Templo, como la Gran Logia que le sucedió, era una de las sociedades más profundamente misteriosas que el Poder oculto creó según las necesidades del momento, con elementos escogidos, a los cuales él manifiesta, en la medida necesaria, el secreto de sus últimas intenciones. Las encontramos expresadas aquí: "Guerra de muerte a la autoridad civil y a la autoridad religiosa; destrucción de todos los *privilegios*, es decir, de las leyes particulares, principalmente de aquellas que rigen el cuerpo eclesiástico y de aquellas que hacen de la Iglesia Católica una sociedad distinta, autónoma; derechos a conceder a la multitud ciega, para servirse de ella como instrumento de guerra contra las dos autoridades y a las dos sociedades; en fin, objetivo último, liberación absoluta de las especie humana", incluso y sobre todo en relación a Dios. Como medio de obtener eso: "Inmensa propaganda" de las ideas revolucionarias…

Tal fue el objetivo de la revolución de 1830. Ella fue un punto de partida y sirvió de punto de apoyo para todo el movimiento anti-social y anti-católico que de París se extendió a toda Europa. La Monarquía de julio lo favoreció en Italia mediante la ocupación de Ancona, en España y en Portugal a través del establecimiento de regímenes semejantes, y sobre todo, en los Estados del Papa a través del *Memorandum*.

En el interior, uno de los primeros actos de la Monarquía de julio marca muy bien la acción del Poder oculto en la Revolución de 1830. La infidelidad judaica fue colocada en el mismo nivel de las comuniones cristianas. El artículo VII de la Carta de 1830 decía: "Los ministros de las religión católica, apostólica y romana, profesada por la mayoría de los franceses, y los ministros de los otros cultos cristianos, reciben salario del Tesoro Público". Por una derogación expresa de ese artículo, los rabinos fueron inscritos en el presupuesto a partir del año siguiente[1]. "Hoy, dice el

[1] No había ninguna razón legítima para otorgar un salario a los ministros del culto israelita. Los propios judíos no reconocían en ellos ningún carácter sacerdotal, ni ninguna autoridad sobre sus correligionarios. Hablando del privilegio que acababa de ser concedido a los judíos, Portais dice: "Esto obtiene para la secta un reconocimiento público, es un establecimiento que se le concede, son cartas de naturalización que se le dan, es una homologación solemne de su doctrina, cuya propaganda se alienta y cuya enseñanza se asegura".

Los Bourbons de la Restauración habían adoptado, relativamente a los judíos, la sabia política de Luis XVI, que Napoleón no pudo abandonar. Ellos se aplicaron en evitar todo vejamen para los judíos, pero ellos no juzgaron deber hacer con que los judíos olviden de que ellos eran huéspedes y no hijos de la casa. Ellos no pensaron que toda medida de protección debe ser abandonada contra la ambición de los israelitas de dominar a los cristia-

rabino Astruc en su libro *Entretiens sur le jadaïsme, son dogme et sa morale*, en nuestros países la igualdad es completa: nuestro culto camina al lado de los otros. Nuestros templos no están más escondidos; ellos se levantan a los ojos de todos, construidos por los Estados y por las comunidades, tanto cuanto por nosotros mismos. No queremos nada más allá de adorar libremente al Dios de la libertad universal".

El gobierno de Luis Felipe no se contentaba más en desconocer, como el de Napoleón I, el origen divino de la Iglesia Católica; él declaraba desconocer la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, al conceder favores absolutamente indebidos a los que hacen profesión de negarla y de blasfemar contra ella. Era un nuevo y enorme incentivo a la indiferencia religiosa, último objetivo de los deseos y de los esfuerzos de la conjuración anticristiana.

Luis Felipe estaba rodeado de todos los pontífices de la Francmasonería: Decaze, La Fayette, Dupont de l'Eure, Talleyrand, Charles Teste, etc. Así, una guerra sorda era hecha al catolicismo. No era más el exilio y el cadalso que se empleaba contra él, sino el desprecio público provocado por toda suerte de medios. La religión era insultada en casi todos los teatros, el clero era allí representado bajo los más odiosos caracteres; el libertinaje, el asesinato, el incendio eran allí llevados a cuenta de sus acciones ordinarias. Al mismo tiempo, la administración, en todos los niveles, se obstinaba en atormentarlo de todos los modos. Es preciso acompañar en el *Ami de la Religion* las injurias que le hacían sufrir diariamente.

---

nos, según la sentencia talmúdica: "El mundo es de los judíos". Ellos les habían concedido el pleno gozo del derecho internacional público e incluso el del derecho civil; ellos habían limitado sus derechos políticos, y sobre todo ellos apartaron el reconocimiento público de sus creencias y de su culto, relativamente a la fe cristiana.

Desde el 7 de agosto de 1830, esto es, dos días antes de que el duque de Orleans aceptase el título de rey de los franceses, el francmasón Viennet solicitó la inscripción en el presupuesto los salarios a los rabinos. En el día 13 de noviembre de 1830, el Ministro de la Instrucción Pública y de los Cultos, Mérilhon, francmasón afiliado a los carbonarios, protocolizó un proyecto de ley que concedía a los rabinos un salario pagadero por el Tesoro. La ley fue promulgada el día 8 de febrero de 1831.

No es inútil anotar que los salarios de los rabinos eran cerca de dos veces más elevados, en Francia, de que el de los curas católicos. Estos recibían 1.800, 1.200 o 900 francos, según la importancia de su curato; y la media obtenida dividiéndose el total de los créditos inscritos en el presupuesto por el número de curas era de 1.014. Ahora, la media de los salarios de los rabinos era de 2.015 francos. Los pastores protestantes eran menos bien tratados que los rabinos, pero mejor de que los curas, puesto que recibían 1.900 francos

Así, aquellos a los cuales el Estado no debía nada, eran mejor tratados de que aquellos en relación a los cuales el Estado se comprometió a reparar una parte de los bienes confiscados!

Fue en aquella época que nació la cuestión obrera, que debía en seguida, bajo el nombre de cuestión social, ocupar un lugar tan importante en la preocupación de todos, obreros y patronos, gobernados y gobernantes, y hasta en el pensamiento del propio Soberano Pontífice. La formidable insurrección lionesa constituyó la revelación y la primera hazaña de esa cuestión.

La Restauración había inaugurado el gran impulso industrial que debía desarrollarse bajo los regímenes que siguieron. Durante esos quince años, no hubo ni una huelga importante. Por todas partes reinaba el acuerdo entre los patrones y los operarios. "Durante el invierno de 1829 a 1830, dice Le Play, observé en la mayor parte de las oficinas parisienses, entre el patrón y los operarios, una harmonía comparable a aquella que yo acababa de admirar en las minas, en las fábricas y en las haciendas de Hanover"[1]. Pero, con la llegada de 1830, un espíritu nuevo tomó cuenta de la industria. Los economistas oficiales colocaron como cuestión de honra la teoría según la cual el trabajo no pasa de una mercadería como cualquier otra. Muchos patrones la adoptaron apresuradamente, no pensando más que en hacer fortuna, y explotaron a sus operarios, en vez de esforzarse en educarlos con sus lecciones y sus ejemplos. Era la consecuencia necesaria de la disminución del espíritu de fe y del progreso de las doctrinas naturalistas que no veían para el hombre ningún otro objetivo más allá del gozo y del bienestar. Por su vez, los operarios deban oídos a los que les predicaban el progreso, después de haberlo colocado en la facilidad y el la multiplicación de los goces, a los que los excitaban a despreciar el progreso y que los colocaban en la desconfianza de la doctrina que eleva a las almas mostrándoles, como objetivo supremo de sus esfuerzos, las recompensas eternas. Lo que vemos no es sino el desarrollo de lo que se hizo entonces.

En tanto, los católicos, al contrario de lo que acontece hoy, no dejaron de oponer resistencia. Ellos se esforzaban en reaccionar. Comenzaron por la *Agencia general para la defensa de la libertad religiosa*, después, por las *Conferencias de San Vicente de Paul*; *Academias religiosas* fueron establecidas en casi todas las grandes ciudades de Francia; las *Conferencias de Notre-Dame* fueron inauguradas, y en fin y sobre todo, el *Partido Católico* abrió la cruzada por la libertar de enseñanza.

[1] *La Réforme en Europe et le Salut en France*, p. 51.

La Carta de 1830 consagró el principio de la libertad de enseñanza, que en ella entrara no se sabe cómo. Lo primero que, para reivindicarla, emprendió, a través de carta pública, la lucha que debía ser tan ardiente, fue el viejo obispo de Chartres. Después de él se levantaron los grandes campeones: Monseñor Parisis, Montalembert y L. Veuillot.

Esa reivindicación de la libertad de enseñanza levantó otras cuestiones: el derecho de el clero a expresar su opinión sobre las grandes cuestiones sociales, y de los obispos de poder hacerse oír y levantarse en la defensa de los intereses religiosos: el uso de la prensa en la discusión de esos intereses, y el concurso que los legos pueden y deben ofrecer al clero por la defensa o por la conquista de las libertades de la Iglesia; la iniquidad de los ataques contra la vida religiosa y en particular contra la Compañía de Jesús.

En esa gran lucha vimos al gobierno francés procurar un punto de apoyo en Roma. Este envió a Roma al conde Rossi, italiano de nacimiento, llegado a Francia después de la revolución de 1830, nominado sucesivamente deán de la Facultad de Derecho de París, miembro del Instituto, par de Francia. Es esa fortuna ordinaria de aquellos sobre los cuales las sociedades secretas lanzaron los ojos con vistas a misiones particulares; como también la muerte de Rossi por el puñal de un asesino es el fin ordinario de los que no obedecen hasta el fin la incumbencia que les fue ordenada.

Enviado extraordinario junto a la Corte pontificia, él recibió, a pesar de las repugnancias manifestadas por Gregorio XVI, el título y las funciones de embajador. Su misión consistía en obtener, a través del Secretario de Estado, las concesiones de que el gobierno tenía necesidad para alcanzar sus fines. Podemos ver en el libro de Follioley, *Montalembert et Mgr. Parisis*, cómo él supo conducir esas negociaciones y el suceso que obtuvo.

Luis Veuillot describió el carácter de esas negociaciones y abogó su justificación en estos términos: "Hubo entre nosotros tantos corazones tímidos, que el Papa juzgó prudente rezar y aguardar"[1].

[1] *Mélanges*, 1ª. serie, t. II, p. 293.

CAPÍTULO XVIII

BAJO LA SEGUNDA REPUBLICA[1]

De 1844 a 1848 la campaña por la libertad de la Iglesia fue conducida con tanto coraje cuanto talento. Por eso la masonería se puso a estudiar los caminos y los medios para darle fin. Por tanto, resolvió reunir una gran asamblea, cosa que ella

[1] La 2ª República comprende el período que va de 1849 a 1852, siendo presidente Luís Napoleón Bonaparte, sobrino de Napoleón.

siempre hace en la víspera de las conmociones públicas, y que ella acompaña hace cinco siglos. Nada le podría parecer más opuesto a sus designios de que la libertad de la Iglesia educar cristianamente a sus hijos; y el partido católico se mostraba con fuerza para conquistarla,

Esa asamblea se reunió en 1847, en Strasbourg, lugar central para el encuentro de los emisarios de Francia, de Alemania y de Suiza. Eckert da los nombres de todos los miembros de esa asamblea. Anotamos, entre los delegados de la Francia: Lamartine, Crémieux, Cavaignac, Caussidière[1], Ledru-Rollin, Louis Blanc, Proudhon, Marrast, Marie, Pyat, etc., todo el gobierno provisorio[2].

En los primeros días del año siguiente, la revolución estalló no solamente en Francia, sino que en toda Europa, con una simultaneidad inexplicable, si no se lleva en cuenta la conspiración internacional de las logias. La explosión aconteció al mismo tiempo en París, Viena, Berlín, Milán, en toda Italia, y en la propia Roma. "La Revolución, dice Eckert, agitó por todas partes su puñal sangriento y su antorcha incendiaria".

Es de notar que el anti-judaísmo legal acabó en Occidente con la revolución de 1848. La emancipación de los judíos fue hecha entonces en Austria, Alemania, Grecia, Suecia y Dinamarca.

---

[1] Marc Caussidière puede ser considerado como un tipo entre los agentes de la Francmasonería. En él se ve de donde salen, para dónde se los empuja, lo que ellos hacen. El era empleado en una fábrica de sedas en Saint-Etienne, cuando se afilió al partido revolucionario. Participó, en 1834, de la insurrección de Lyon. Condenado a veinte años de detención y amnistiado en 1839, se hizo representante comercial de vinos. Todavía lo era cuando estalló la revolución de 1848. Se promovió por su propia autoridad a jefe de policía, y creó, para la guardia de su jefatura, el cuerpo de los Montagnards, compuesto de miembros de las sociedades secretas y de antiguos condenados políticos. Y como se le reprendiesen esas extrañas elecciones, dijo que él "hacía orden con elementos del desorden". Después de las jornadas de junio, en las cuales él representó uno de los más equívocos papeles, se refugió en Inglaterra, y después en los Estados Unidos, y después de la amnistía de 1859, retornó a Francia para ahí morir.

El protegió tan bien en los días de la rebelión la prefectura de Rothschild, que este lo recompensó largamente después del golpe de Estado, permitiéndole que retomase el comercio de vinos.

[2] El *Osservatore Cattolico* de Milán publicó en el mes de agosto de 1886 una serie de cartas que recibió de Berlín, a respecto de las disposiciones del emperador de Alemania relativamente a la Francmasonería y al judaísmo. Entre los muchos hechos interesantes que allí están relatados se encuentra este:

"Glasbrenner, judío y francmasón, publicó en Berlín, en octubre de 1847, un calendario en el cual él había escrito, en la página relativa al día 26 de febrero de 1848, lo que sigue: "La casa de Luis Felipe hace su inventario: el pasivo ultrapasa el activo". Así, con cuatro meses de antecedencia, ese judío señalaba con la proximidad de dos días la fecha de la revolución que debía explotar en París y en gran parte de Europa. Evidentemente, así como en 1789, el Poder oculto había preparado los acontecimientos y las fechas.

Los francmasones que habían participado de la convención de Strasbourg, se enseñorearon del gobierno en Francia. En el día 6 de marzo de 1848, el gobierno provisorio recibió una diputación oficial de las logias masónicas. Los delegados, portando sus insignias, fueron recibidos por Crémieux y Garnier-Pagès, miembros del gobierno provisorio, revestidos, ellos también, de sus insignias masónicas: "Ellos saludaron el triunfo de sus principios y se aplaudieron por poder decir que la patria entera recibió a través de los miembros del gobierno la consagración masónica. Cuarenta mil masones, divididos en más de quinientas oficinas, formando entre ellos un solo corazón y un solo espíritu, prometían su concurso para terminar la obra comenzada" (Ver el *Moniteur* del 7 de marzo de 1848).

Cuatro días después, el Supremo Consejo del Rito Escocés también fue a felicitar a los miembros del gobierno provisorio por su suceso. Lamartine respondió: "Estoy convencido de que fue del fondo de vuestras logias que emanaron, primero en la sombra, después a media claridad y, en fin, a plena luz, los sentimientos que acabaron por realizar la sublime explosión de que fuimos testigos en 1789, y del cual el pueblo de París acaba de mostrar al mundo la segunda y, espero, la última representación, hace pocos días"[1].

El Gran-Oriente también vino a presentar sus felicitaciones, y un otro miembro del gobierno provisorio, el judío Crémieux, le dijo: "La República está en la masonería"[2]. Después de esa garantía y esa promesa, él indicó qué género de traba-

[1] Imposible describir de mejor manera cómo son hechas las revoluciones. Ellas son preparadas por las ideas y por los sentimientos lanzados en el público que, así prevenido, deja hacer o incluso aplaude. Esos sentimientos y esas ideas son elaborados en la sombra de las logias para el fin a que se destinan, después lanzados en la corriente de la opinión, primeramente en la penumbra del día, después a plena luz. Cuando la secta los juzga suficientemente inoculados en el espíritu público, ella da la señal para la explosión. Esos sentimientos y esas ideas se relacionan todas y siempre a las "ideas modernas", a los "principios del 89", a los "derechos del hombre". Veremos más adelante, en el capítulo sobre la "corrupción de las ideas", que esos "principios" fueron forjados, conforme el propio testimonio de ellos, por los judíos, para establecer su dominación sobre los cristianos y sobre todo el género humano.

[2] Un empleado de escalón superior de la municipalidad de París, de nombre Flottard, publicó en la *Revue Hebdomadaire* el relato de la toma de la Prefectura y de la creación del gobierno provisorio. Este fue compuesto de apenas cinco miembros; pero cuando el decreto salió de la prensa nacional, consignaba siete. Crémieux y Marie habían sido incorporados. "Afirmo, dice Flottard, que esa adicción no fue deliberada y que ella no fue hecha en las pruebas encaminadas por la prensa y que tengo bajo los ojos al escribir esto". Un solo nombre podría haber provocado protestas. El de Marie debía hacer pasar el de Crémieux.

Crémieux no dejó de instalarse también en el gobierno provisorio de 1871 para ahí cuidar igualmente de los intereses de los judíos. El decretó la naturalización de ellos en la masa en Argelia.

jo la República debería realizar de común acuerdo con la Francmasonería: "La unión de los pueblos bajo todos los puntos del globo contra la opresión del pensamiento (por la Iglesia) y contra la tiranía de los poderes"; en otras palabras, la insurrección del género humano entero contra toda autoridad civil y toda autoridad religiosa, contra todo lo que se opone al establecimiento de la civilización masónica. Poco después, para preparar en todo el universo las vías de esa civilización, el mismo Crémieux fundó una Alianza Israelita Universal, cuyo fin declarado es el exterminio del cristianismo y la hegemonía de la raza judía sobre todas las otras razas.

El movimiento revolucionario así suscitado por la Francmasonería, sustentado, desarrollado por las sociedades secretas, tuvo su más fuerte impulso en las batallas de junio. Pero la corriente conservadora que vimos brotar en 1843, que engrosara bajo la acción del partido católico, y que había visto llegar a él a los que temían las amenazas del socialismo, se hizo suficientemente fuerte para trabar el movimiento revolucionario. Luego los conservadores comprendieron que no había salvación sino en la religión, y ese sentimiento se hizo suficientemente general y fuerte para forzar a Cavaignac y Napoleón a realizar concesiones a los católicos. Fue esto que impusieron las correspondencias de Roma y la ley de la libertad de enseñanza. Esas dos grandes victorias trajeron otras. Renacieron la libertad de los concilios y la libertad de la devoción cristiana: un lugar preponderante fue dado al clero y a las comunidades religiosas en las instituciones a favor de los infelices, y en el estudio de los medio para resolver la cuestión social puesta bajo el régimen precedente, pero que las doctrinas socialistas singularmente agravaron.

Parecía que la Iglesia iba a triunfar sobre el espíritu revolucionario. Pero no; la corriente católica no era suficientemente pura, y la corriente masónica apenas suspendió por un instante su curso para hacer rodar sus aguas con más vigor.

La corriente católica ya estaba infectada por el liberalismo[1]. El liberalismo católico consiste esencialmente en el esfuerzo hecho para aproximar la Iglesia al

[1] El liberalismo no es una herejía ordinaria. El fue muy justamente llamado por el abad Chesnel (los derechos de Dios y las ideas modernas) de heresiarquía. Es la herejía propia, personal de Satanás, puesto que consiste, para la criatura, en usurpar, en su provecho, la independencia y la soberanía que pertenecen solamente a Dios, por toda la eternidad, y en el orden de los tiempos a Nuestro Señor Jesucristo. Por ahí se ve en qué el libera-

Mundo, el Evangelio de los Derechos del Hombre, para reconciliar, como dice Pío IX en la última de las proposiciones del Syllabus, la Iglesia y la civilización, la civilización tal como la entendió el humanismo del Renacimiento, tal como la quiere la Francmasonería. Todo el trabajo de los católicos liberales, desde hace tres cuartos de siglo, tendió únicamente para ese casamiento, trabajo ingrato y funesto, que sólo puede terminar con el triunfo del mal.

Lamennais fue el creador del catolicismo liberal, como el abad de Saint-Cyran, con el cual él tiene semejanza, fuera el verdadero creador del jansenismo. Uno y otro se aplicaron particularmente en hacer penetrar el veneno de sus doctrinas en el clero, bien convencidos que de ahí él descendería fácilmente hasta el alma del pueblo. Aun hoy, los demócratas que quieren colocar bajo esa etiqueta una cosa diversa de lo que León XIII aprobó, se sirven de Lamennais; y ellos tienen razón, porque Lamennais es verdaderamente el padre y maestro de ellos.

"Lamennais, dice Crétineai-Joly, se anuncia como el ángel exterminador del racionalismo, y llega en un pase de mágica a la apoteosis de la razón humana: él solo habla del principio de autoridad, y él lo mina en todos sus grados y en todas sus formas; su primer grito de guerra es contra el indiferentismo, su último suspiro propagará, sancionará el indiferentismo real, a través de la confusión de los diversos cultos en un culto universal procedente de la Francmasonería; él inmola el sacerdocio y el imperio a la tiara, después acaba por rebajar la tiara a la autoridad de las masas ignorantes o profanas; él se rodea de la juventud clerical o lega, él monopoliza las buenas voluntades y las conduce hasta el abismo, en la borde del cual Gregorio XVI los hizo parar, así en Francia como en Italia, en Bélgica como en la Alemania… La disimulación estaba en las vías de Lamennais. El no se explicaba

lismo moderno difiere de todo lo que precedió en términos de rebelión y pecado. Es el propio pecado, el último término y el más alto grado de pecado. El liberalismo llama al "hombre de pecado", y le prepara los caminos al Anticristo.

La seducción liberal cegó casi todas las inteligencias; las últimas nociones del verdadero cristianismo terminarán por apagarse en los espíritus. ¡Qué transformación en las ideas, en las costumbres, en las creencias, desde los juristas realengos de los siglos XIV y XV hasta nuestros días, pasando por Lutero, Voltaire y Jean-Jacques Rousseau, y por Lamennais, el gran seductor de los católicos! Ellos son hijos de la misma idea, agentes de la misma seducción. La aparición sucesiva de esos personajes marca las diversas etapas del movimiento revolucionario.

El último en aparecer, Lamennais, no fue el menos peligroso ni el menos funesto. El es el padre y el jefe de la escuela simultáneamente católica y revolucionaria, de la pacificación, de la adaptación, de la unión, en fin, y de la fusión entre el cristianismo y la Revolución.

con sinceridad; sino que *él sabía arrebatar las esperanzas, y llevar hasta el fin la fiebre del bien aparente que sus opiniones debían temprano o tarde realizar*"[1]. Cuantos trazos de ese retrato se hicieron de los contemporáneos nuestros, que juzgan glorioso ser y decirse discípulo de él.

Anunciando el segundo volumen de su *Essai*, Lamennais escribió a uno de sus admiradores de los Estados Unidos: "La Iglesia está aquí bien abandonada; no tenemos, verdaderamente hablando, sino una sombra de Iglesia en este momento". Esos propósitos los oímos todavía hoy. Otro trazo de semejanza: el cardenal Benetti, dándose cuenta de la audiencia concedida a Lamennais por León XIII, decía: "El no será ni el primero ni el último en querernos dominar de lo alto de su obediencia… en hacernos tomar su defensa imponiéndonos su doctrina y haciéndonos esposar a sus exageraciones". El celo afectado por la defensa "de las directrices pontificias", ¿no han servido también en nuestros días de pasarela para peligrosas exageraciones e incluso para las malas doctrinas?

CAPÍTULO XIX

[1] *L'Eglise Romaine en face de la Révolution*, II, 276-284.

BAJO EL SEGUNDO IMPERIO[1]

El movimiento revolucionario de 1848 fue prematuro. La reacción que de él resultó en la opinión pública en Francia y en los diversos países de Europa, llevo a la Francmasonería a la comprensión de que mantener la república entre nosotros importaba en hacer retroceder su obra en los otros Estados. Ella resolvió, pues, substituir la república por una dictadura, y escogió, para ser su titular, a un hombre ligado a ella mediante terribles juramentos, que más tarde ella tendrá el cuidado de recordar: el carbonario Luis Napoleón Bonaparte[2]. Podemos ver en la obra de Deschamps y Claudio Janet (tomo II, páginas 315 a 324), como esa dictadura fue preparada y patrocinada por la masonería internacional, y particularmente por uno de sus grandes jefes, Lord Palmerston[3], y como la secta que tomó tanto cuidado en restringir el poder de Luis XVIII y de Carlos X se prestó al establecimiento de una verdadera autocracia[4].

---

[1] El II Imperio tiene inicio en 1852, como el golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte, que se posesiona del poder, pasando a gobernar bajo el nombre de Napoleón III, y termina en 1870, con la derrota de Sedan y la proclamación de la República el 4 de septiembre de aquel año.

[2] Napoleón III entró en la Francmasonería con la edad de 23 años. Su hermano se hizo carbonario como él y con él. La secta trató luego de sugestionarlo. Ella le hizo entrever la pura aureola de gloria reservada al príncipe que quisiese imponer en todas partes la justicia y devolver los pueblos a ellos mismo. De ahí la política de los nacionalistas.

[3] Palmerston era, al mismo tiempo, ministro en Inglaterra y gran maestre en la masonería universal. Están los que suponen que él tuvo una política personal y que la impuso a la masonería. Esa concepción es totalmente errada. No existe acción personal en materia de masonería. Toda la educación masónica no tiene otro objetivo sino el aniquilar los caracteres, moldear los espíritus, y los grados de iniciación señalan los progresos hechos por el masón en la renuncia a sí mismo y en la obediencia pasiva.

[4] Hablamos de la convención realizada en Strasbourg, en 1848. En 1852 hubo en Parías otra convención de los jefes de las sociedades secretas europeas. Ahí fueron determinadas la dictadura, bajo el nombre de imperio, en la persona de Luis Napoleón, y la revolución italiana. Mazzini, entonces bajo el golpe de una condenación a muerte pronunciada contra él en Francia, no quiso retornar sino con un salvo conducto firmado por el propio Luis Napoleón. Solamente tres miembros de la gran convención persistieron con él en pedir el establecimiento de una república democrática. Pero la gran mayoría pensó que una dictadura realizaría mejor los intereses de la Revolución, y el imperio fue decretado.

En el día 15 de octubre de 1852, diez meses después del golpe de Estado del 2 de diciembre y seis semanas antes de la proclamación del imperio, el Consejo del Gran Maestre del Gran Oriente votó una moción a Luis Napoleón, que terminaba así: "La Francmasonería os debe un cumplido; no paréis en medio de una tan bella carrera; asegurad la felicidad de todos, tomando la corona imperial sobre vuestra noble frente; aceptad nuestros homenajes y permitidnos hacerlo oír al grito de nuestros corazones: ¡Viva el Emperador!"

El poder oculto siempre actúa de esa manera. Cuando se encuentra desconcertado por los acontecimientos, lo que hace es suscitar un pretendido salvador o dar su apoyo a aquel que las circunstancias el momento colocan en evidencia. En razón de sus orígenes, este queda condenado a no salvar absolutamente nada. Al contrario, continúa enflaqueciendo al país material y moralmente. Fue lo que aconteció con Napoleón I y Napoleón III, ambos dejaron a Francia llagada por la invasión sangrienta en el flanco y también agotada, tanto de alma cuanto de cuerpo.

Entre tanto, subiendo al trino, Napoleón III había comprendido, o por lo menos pareciera comprender, donde estaba la salvación de Francia y lo que el interés de su dinastía exigía. El pronunció palabras bonitas y buenas, dio satisfacciones al clero, pero ninguna de aquellas que pudiesen perjudicar las conquistas de la Revolución sobre la Iglesia. Así fue que, habiendo pedido a Pío IX que viniese a consagrarlo, el Papa le respondió: "Con mucho placer, pero bajo la condición de que los artículos orgánicos sean derogados". Napoleón prefirió renunciar a la consagración.

En la obra que él había publicado anteriormente bajo el título *Idées napoléoniennes*, Luis Napoleón puso al desnudo el fondo de sus pensamientos. "Los grandes hombres tienen esto de común con la divinidad, ellos jamás mueren enteramente; el espíritu sobrevive a ellos, y la idea napoleónica surgió de la tumba de Santa Helena, así como la moral del Evangelio se elevó triunfante a pesar del suplicio del Calvario… *Napoleón, al llegar en el palco del mundo, vio que su papel era el de ser el ejecutor testamentario de la Revolución*… El enraizó en Francia e introdujo en todas partes de Europa los principales beneficios de la gran crisis del '89… El emperador debe ser considerado como el Mesías de las nuevas ideas"[1].

Ideas nuevas, nuevo Evangelio, nuevo Mesías, ninguna palabra podría mejor caracterizar lo que la Revolución quiso introducir en el mundo, y aquello de que Napoleón III, después de Napoleón I, se constituyó servidor… El fue más disimulado pero también más determinado que su primo, que, en el Senado, el día 25 de febrero de 1862, hacia suyas las palabras de Thiers en 1845: "Comprended bien mi sentimiento. Yo soy del partido de la Revolución, tanto en Francia cuanto en Europa. Deseo que el gobierno de la Revolución permanezca en las manos de los hombres moderados; pero cuando ese gobierno pase para las manos de

[1] *Œuvres de Napoléon III,* t. I. Ver las páginas 7, 28, 65, 102 y 125. Hace cinco años, el heredero de los Napoleones decía en un manifiesto: "Conocéis mis ideas. Hoy creo ser útil precisarlas para mis amigos. Recordaos que sois los defensores de la Revolución de 1789. Napoleón, según su propia expresión, "rehabilitó a la Revolución". El mantuvo con vigor sus principios".

hombres ardorosos, incluso radicales, no abandonaré por eso mi causa; siempre seré del partido de la Revolución".

La tradición continúa.

Por ocasión del centenario del Código Civil, el príncipe Víctor-Napoleón escribió a Albert Vandal una carta en que dice: "Vamos a celebrar el centenario del Código que resumió la obra social de la Revolución francesa en sus datos fundamentales, la liberación de las personas y de los bienes… Los hombres de 1789 habían proclamado los principios del nuevo orden social. El se apoderó de esos principios; les dio una forma clara y precisa; de eso hizo un monumento legislativo que Europa saludó más tarde con el nombre de "Código Napoleónico". El Código Napoleónico consagró en Francia las doctrinas de 1789. El las llevó incluso más allá de nuestras fronteras".

Napoleón I tuvo siempre, como vimos, herederos de su pensamiento y de su obra. Como Napoleón III, como el príncipe Jerónimo, el príncipe Víctor los recibió en depósito, es su fiel guardián.

Desde el primer día Napoleón III mostró que era efectivamente el hombre de la Revolución, creyendo tener o dándose la misión de "Enraizarla en Francia y de introducirla en todos los cantos de Europa". Mal las tropas francesas habían abierto las puertas de Roma a Pío IX, él escribió a Edgar Ney: "Resumo así el restablecimiento del poder temporal del Papa; *amnistía general, secularización de la administración, código Napoleónico y gobierno liberal*". La amnistía general era un nuevo brindis de aliento ofrecido a sus F∴ , los carbonarios; la secularización de la administración era la laicización sin otros límites que no fuesen la liquidación absoluta del poder eclesiástico[1]; el código Napoleónico significaba: destrucción de la antigua propiedad y abolición de una legislación presidida por el nombre y autoridad de Dios; el gobierno liberal Napoleón no lo quería ni para él mismo, sino que pretendía imponerlo al Papa.

La masonería quería más que todo eso. El atentado de Orsini vino a recordar eso al emperador, y él tuvo que mostrarse fiel a sus juramentos. Se colocó, pues, en la obligación de ejecutar aquello que la primera República y después el primer emperador habían intentado: la destrucción del poder temporal de los Papas. Conocemos esa historia lamentable: el emperador, preso entre los intereses evidentes de Francia y de su dinastía, y su deseo de constituirse, junto a su tío, en

[1] Según los levantamientos establecidos entonces por Fr. de Corcelles, había en la administración de los Estados Pontificios 6.838 funcionarios laicos contra 289 eclesiásticos, entre estos comprendidos 179 capellanes de presidios y subordinados al Vicariato de Roma. Los oficiales del ejército no figuraban en ese cuadro comparativo.

ejecutor testamentario de la Revolución, avanzaba, retrocedía, hacía el juego doble, uno oficial, por intermedio de sus ministros y embajadores, otro a través de una diplomacia oculta cuyos agentes eran escogidos en las sociedades secretas[1]. El objetivo es alcanzado. Hace cuarenta años Italia está unificada, el poder temporal existe apenas en estado de recuerdo o de sombra. No prejuzgamos nada acerca de los designios de la Providencia. Ignoramos si, cuándo y cómo Ella restituirá al Soberano Pontífice sus medios de acción ordinarios y necesarios en el orden temporal de las cosas; pero la secta está bien segura de que todo está acabado. Y si ella quiere una mudanza en lo que ella hizo, esta cosa es la transformación del régimen actual de Italia en república. Uniéndose a la república hermana de Francia, las repúblicas española y portuguesa, que se constituirán en el día y en la hora en que la masonería quisiere, las otras sin duda, ella contribuirá para formar el núcleo de la República universal, o del judaísmo que gobernará el mundo abiertamente, de una extremidad a otra del universo.

Toda la política externa de Napoleón III fue inspirada y dirigida por la voluntad de liberar Italia y de realizar su juramento de carbonario. Por ella él hizo la guerra de 1859, sin poder realizar totalmente su programa. El vio en el conflicto austro-prusiano el medio de liberar Venecia, y este constituyó todo el secreto de su colaboración con los cínicos proyectos de Bismarck. "El emperador lo ayudó, dice Emile Olivier, no por flaqueza ni por artificios, sino con conocimiento de causa. El contribuyó, por su libre voluntad, para su fortuna, tanto cuanto para la de Cavour. El veía en él el instrumento providencial a través del cual se terminaría la liberación de Italia". Cuando llegó a París, el día 3 de julio de 1866, la noticia de la victoria alcanzada en Sadowa por los prusianos sobre el ejército austríaco, victoria que significaba un golpe tan rudo al poderío francés, y los ministros insistieron en movilizar el ejército, el emperador subscribió inicialmente sus deseos: pero el príncipe Napoleón intervino el día 14 de julio y escribió al emperador una nota en la cual decía: "Aquellos que sueñan para el emperador el papel de la reacción y del clericalismo europeo, que triunfaría por la fuerza, deben insistir en una alianza con Austria y en una guerra contra Prusia. Pero aquellos que ven en Napoleón III no el moderador de la Revolución, sino su jefe esclarecido, estos quedarían bien

[1] En septiembre de 1896, *Le Correspondant* publicó bajo el título *Un ami de Napoléon III, le comte Arèse*, documentos inéditos sobre las relaciones muy íntimas que existieron durante el segundo imperio entre el carbonario coronado y el sectario italiano. Entre esos documentos hay una carta que revela la hipocresía que él usó en la cuestión romana. En cuanto sus ministros proferían declaraciones propias para tranquilizar a los católicos franceses, él mantenía con el conde Arèse conversaciones que este último resumía como sigue en una carta dirigida al conde Pasolini:

"Adormeced al Papa; dejadnos tener la convicción de que no lo atacaréis y nada de mejor pido para salir (retirar las tropas de Roma). Después, haréis lo que quisiereis".

Esta frase, atribuida al emperador por su amigo Arèse, ¿no trae a la memoria las palabras de Monseñor Pie: "¡Lava tus manos, oh Pilatos!"?

inquietos en el día en que él entrase en una política que sería el derrumbe de la verdadera grandeza y de la gloria de Napoleón III”. Napoleón III se rindió a las consideraciones de su primo[1].

La guerra de 1870 tuvo también la misma finalidad en los designios de la secta; la *Gazette d'Ausgbourg* dio para eso la siguiente explicación: “En los campos de batalla del Reno, nosotros no solamente hicimos guerra contra Francia; nosotros también combatimos Roma, que mantiene al mundo esclavizado; nos lanzaremos contra el clero católico”[2].

Destruir el trono pontificio, favorecer el triunfo del protestantismo en Europa, seguramente era mucho; no era lo bastante para satisfacer las exigencias de la secta. Napoleón III pidió a Rouland, ministro de Instrucción Pública y de los Cultos, que preparase para su uso un plan de campaña contra la Iglesia de Francia. Ese plan, encontrado en las gavetas del emperador en 1870, le fue entregado en abril de 1860.

Llevaba este significativo título: *Mémoire sur la politique à suivre vis-à-vis de l'Eglise*. Este comienza por preguntar si es necesario “mudar bruscamente de sistema: expulsar las congregaciones religiosas, modificar la ley sobre la

---

[1] El *Journal de Bruxelles* relató las palabras pronunciadas en aquella época por el príncipe Jérome en un almuerzo en la casa de Girardin:

“Ha llegado la hora en que la bandera de la Revolución, la del Imperio, debe ser ampliamente desplegada.

“¿Cuál es el programa de esa Revolución?

“*Inicialmente es la lucha entablada contra el catolicismo, lucha que es preciso llevar adelante y concluir*; es la constitución de las grandes Unidades nacionales, sobre los destrozos de los Estados ficticios y de los tratados que fundaron esos Estados; es la democracia triunfante, teniendo por fundamento el sufragio universal, pero que tiene necesidad, durante un siglo, *de ser dirigido por las manos fuertes de los Césares*; es la Francia imperial en el ápice de esa situación europea; es la guerra, una larga guerra, como instrumento de esa política.

“He ahí el programa y la bandera.

“Ahora, el primer obstáculo a vencer es Austria. Austria es el más poderoso apoyo de la influencia católica en el mundo, ella representa la forma federativa opuesta al principio de las nacionalidades unitarias; ella quiere hacer triunfar en Viena, en Pesthm y en Frankfurt, las instituciones opuestas a la democracia; es el último antro del catolicismo y del feudalismo; es preciso, pues, abatirlo y aplastarlo.

“La obra fue comenzada en 1859, debe ser concluida hoy.

“La Francia imperial debe, pues, permanecer enemiga de Austria; ella debe ser amiga y sustentáculo de Prusia, la patria del gran Lutero, y que ataca a Austria con sus ideas y con sus armas; ella debe sustentar a Italia, que es el centro actual de la Revolución en el mundo, aguardando que Francia termine, *y que tiene la misión de derrumbar el catolicismo en Roma, así como Prusia tiene por misión destruirlo en Viena*.

“Debemos ser *aliados de Prusia y de Italia*, y nuestros ejércitos estarán comprometidos en la lucha antes de dos meses”.

“*Adormeced al Papa*; dejadnos tener la convicción de que no lo atacaréis y nada de mejor pido para salir (retirar las tropas de Roma). Después, haréis lo que quisiereis”.

[2] Extratos citados na *Politique Prussienne* por um alemão anônimo, páginas 133-143.

enseñanza, aplicar rigurosamente los artículos orgánicos"[1]. No. "Es preciso llegar poco a poco y sin ruido". ¿Quién no reconocerá en esa frase la prudencia de la secta, que dio los Gambetta y a los Ferry esta palabra de orden: "lentamente, pero seguramente"? Cómo son ciegos, pues, los que, en esa continuidad de esfuerzos perseverantes durante un siglo y más, se niegan aún a ver la mano de un poder siempre vivo y actuante, y que, en las hostilidades actuales, no encontraron otra causa sino represalias contra aquellos que, sin conspirar contra el régimen republicano, tienen por la república masónica apenas una admiración relativa"[2].

El *Mémoire* señala como un peligro "la creencia del episcopado y del clero en la infalibilidad del Papa"; "el desarrollo de las conferencias de San Vicente de Paul y de las sociedades de San Francisco Rey"; "los progresos de las congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza popular".

"Es imposible al elemento lego, dice a ese respecto Rouland, luchar en ese terreno contra la enseñanza religiosa, que, en realidad o en la apariencia, siempre presentará a las familias mucho más garantías de moralidad y de dedicación". Y un poco más lejos: "Quedaríamos mucho más debilitados desde el punto de vista del sufragio universal si toda la enseñanza primaria pasase a las manos de las congregaciones". ¡Cómo son elocuentes esas dos frases!

Dos nuevas memorias, secuencias de la primera, fueron redactadas por Jean Vallon, antiguo redactor del *Etendard*, que, después del concilio se pasó para el campo de los "viejos católicos", de Suiza[3].

El plan fue puesto en ejecución sin demora.

Primero, la sociedad de San Vicente de Paula. - El ministro del interior advirtió a los prefectos sobre sus "tramoyas tenebrosas", y quiso someter al consejo central, los consejos provinciales y las conferencias locales a la autorización del gobierno. La sociedad prefirió la muerte a la degradación y cayó como debía caer. Dios recompensó más tarde ese gesto, resucitándola.

Después, la ley de 1850, sobre la libertad de enseñanza. — Rouland dice, en sus *Mémoires*, que ella era un "gran mal", pero que querer suprimirla levantaría "una lucha inmensa, encarnizada", palabras que muestran que, al perseguir a la

---

[1] Es el camino seguido hasta la separación entre la Iglesia y el Estado. Lo que bien muestra ser siempre el mismo poder oculto que dirige a nuestros gobernantes, ayer como hoy.

[2] Ver, entre otras, *Démocratie Chrétienne*, marzo de 1900.

[3] Los originales de esas tres piezas están en las manos de León Pagès, rue du Bac, 110, París. Ellas fueron publicadas íntegramente en *La Croix*, editado en Bruselas de 6 de febrero de 1874 a 4 de enero de 1878.

La memoria de Rouland se encuentra en el número del 2 de junio de 1876; y las de Jean Vallon del 30 de junio de 1876 y 28 de junio del mismo año. Esos dos últimos provienen de la biblioteca de la señora Hortense Cornu, nacida Lacroix, amiga de infancia de Napoleón III y su confidente en muchos proyectos.

religión, todos esos hombres del gobierno masónico saben que van contra el sentimiento público. No pudiendo suprimir la libertad de enseñanza, el gobierno del emperador la atacó soterradamente, a través de decretos administrativos.

Las congregaciones. — Rouland aconsejaba que no se tolerase más ningún establecimiento nuevo de los religiosos, que se fuese severo para con las congregaciones de mujeres y que no más se aprovechasen, sino con mucha dificultad, los presentes y legados que serían hechos a unos y a otras.

El clero secular. — Se esforzaron en sembrar la cizaña en el campo de la Iglesia, mediante la oposición de los intereses del clero inferior a los del episcopado. "Nada sería *más hábil* y al mismo tiempo más preciso, dice Rouland, de que aumentar las rentas del clero inferior". Pero, al mismo tiempo, él pide que se suscite "una reacción anti-religiosa, que la policía haría con las faltas del clero, y formaría en torno de él un círculo de resistencia y de oposición que lo comprimiría". En lo que dice respecto a los obispos, Rouland había dictado esa manera de proceder: "Escoger resueltamente como obispos piadosos, hombres honrados (no se dice: instruidos y de carácter firme), pero conocidos por su sincera adhesión al emperador y a las instituciones de Francia…, sin que el Nuncio tenga en eso la menor interferencia". En la ejecución del plan, se dejó de convidar, como se hacía cada cinco años, a los arzobispos y obispos, para designar, confidencialmente, a los eclesiásticos que ellos juzgaban los más dignos de ser promovidos al episcopado. Además, se prohibió a los obispos que se reuniesen. Habiendo siete arzobispos y obispos juzgado señalar, en *Le Monde*, una respuesta colectiva sobre la necesidad de considerar los intereses de la Iglesia en las elecciones, Rouland les escribió que, así actuando, ellos habían realizado una especie de concilio particular, sin consideración a los artículos orgánicos, y los denunció ante el Consejo de Estado.

El pensamiento del emperador y de su equipo fue más lejos aun. Llegó el momento en que ellos pensaran en una ruptura con Roma.

Un prelado, que pasaba por ser devoto de la dinastía, Monseñor Thibault, obispo de Montpellier, fue mandado a París. El Ministro del Culto comenzó por encerrar al pobre obispo en un cuarto y de censurarlo por la hostilidad de los Pie, de los Gebert, de los Salinis, de los Plantier, de los Dupanloup contra la política del gobierno francés. Después Napoleón lo recibió en audiencia privada. El soberano explicó que se trataba de salvar la Iglesia de Francia y de oponer una barrera al progreso de la religión. El prelado prometió consagrarse a la tarea que se esperaba de él y asumió el compromiso de hacer florecer "las tradiciones y las doctrinas de Bossuet".

Pero, apenas salió Monseñor Thibault de las Tullerías, su conciencia le reprobó el consentimiento criminal que acababa de dar al que no era sino un proyecto de cisma. Inmediatamente él ordena al cochero conducirlo a la residencia del arzobispo de París. Era el cardenal Morlot quien entonces ocupaba la silla de San Denis. "Eminencia, comenzó Monseñor Thibault, yo soy muy culpable. Acabo de aceptar del emperador la misión de favorecer la ruptura de la Iglesia de Francia con la Santa Sede…" Esas últimas palabras acababan de expirar en los labios del prelado cuando, súbitamente, Moseñor Morlot vio a su interlocutor palidecer y caer al suelo. Monseñor Thibault estaba muerto.

Al mismo tiempo en que se esforzaban en rebajar a la Iglesia, alentaban abiertamente a la Francmasonería. Ella fue reconocida oficialmente por el Ministro del Interior, el duque de Persigny; y el príncipe Murat, inaugurando sus funciones de Gran Maestre, dijo bien alto: "El futuro de la masonería no es más dudoso. La nueva era le será próspera; *retomamos nuestra obra* bajo felices auspicios. *Es llegado el momento en que la masonería debe mostrar lo que ella es, lo que ella quiere, lo que ella puede*".

Viene el *Syllabus*, que elabora el catálogo de los errores contemporáneos. El Ministro de Cultos se permite juzgarlo, y trasmite su sentencia a los obispos. El les escribe que "el *Syllabus* es contrario a los principios sobre los cuales reposa la constitución del Imperio". Consecuentemente, él prohíbe publicarlo.

Rouland habla en la tribuna, y se grita eso hasta en los pueblos, que el *Syllabus* "viene a obstaculizar el camino a la civilización moderna". A la civilización del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución, seguramente. Se permite que lo repitan. Se proclama que "la Iglesia modificará su doctrina o la Iglesia perecerá"; es *Le Siècle* quien queda encargado de pronunciar ese ultimátum. La Iglesia, permaneció ellas misma, vive hoy, pero el Imperio zozobró.

Inútil prolongar este examen y hablar sobre la *liga de enseñanza*, encargada de preparar la escuela neutra, de los colegios para niñas, de la dirección dada a la prensa, de la composición de las bibliotecas populares, de la multiplicación de los cabarés, todos los medios de arrancar el alma del pueblo al imperio de la religión.

Todo eso preparó la Comuna, que formulará así su primera ley: Artículo 1°. La Iglesia queda separada del estado. Artículo 2°. Es suprimido el presupuesto de los cultos. Artículo 3°. Los bienes que pertenecen a las congregaciones religiosas, muebles e inmuebles, son declarados propiedad nacional. Artículo 4°. Será hecho inmediatamente un levantamiento de esos bienes, para verificar su valor y colocarlos a disposición de la nación. Como sanción, vinieron los fusilamientos.

Es el programa que hoy realiza un gobierno que tiene la apariencia de un gobierno regular.

La secta se sirve igualmente de los gobiernos regulares e irregulares, de los legítimos y de los revolucionarios, para obtener la realización de sus designios. El rápido examen de los acontecimientos, que acabamos de hacer, desde el Concordato a la Asamblea Nacional de 1871, debe convencer de eso a todos nuestros lectores.

CAPÍTULO XX

BAJO LA ASAMBLEA NACIONAL

Jamás una reacción fue más fuerte y jamás salió tan evidentemente de las entrañas de la nación de que la reacción de 1871.

Gambetta, que tenía el poder en las manos, hizo lo posible y lo imposible, primero para retardar las elecciones, después para hacerlas favorables a él.

He aquí algunas correspondencias bien significativas.

Gambetta a Jules Favre. - Insisto más de que nunca en considerar las elecciones generales como funestas para la República. Me rehúso a aceptarlas y a realizarlas.

Delegación de Tour en París. – Los electores serian probablemente reaccionarios. Esto es lleno de peligros.

Gambetta al Prefecto de La Rochelle. – Es necesaria una asamblea republicana. Haced todo lo que las elecciones exigieren.

Challemel-Lacourt (Rhône). – La Asamblea será un desastre si es nombrada sin presión republicana, etc., etc.

A pesar de esa presión revolucionaria, la Asamblea Nacional fue católica y monárquica. Conocemos lo que ella hizo.

Jamás una decepción más cruel sucedió a una esperanza tan grande. El país vio caer, sin pesar, en el día 4 de septiembre de 1870, un régimen que, por tercera vez, había comprometido su existencia. Pero, en las elecciones del 8 de febrero de 1871, él manifestó su poca confianza en la República, que fue proclamada sin él. El envió a Bourdéus, para componer la Asamblea Nacional, una mayoría considerable de hombres conocidos por sus sentimientos católicos y realistas. Del punto de

vista político la Asamblea comprendía 400 realistas — legitimistas y orleanistas más o menos en número igual — 30 bonapartistas y 200 republicanos de diversos matices[1].

El primer acto de la Asamblea Nacional fue pedir oraciones en todas las iglesias "para suplicar a Dios el apaciguamiento de las discordias civiles y de poner fin a nuestros males". Solamente tres diputados se opusieron a esa moción. Después ella declaró de utilidad pública "la construcción de una iglesia sobre la colina de Montmartre, según el pedido hecho por el arzobispo de París", esto es, para ser dedicada al Sagrado Corazón, como *ex-voto* de arrepentimiento, de oración y de esperanza. Ella quería levantar al país humillado y desamparado y fue a Dios que ella pidió los medios, en eso obedeciendo a su mandato como a sus propios sentimientos.

El ejército está por ser reconstruido. La ley que lo reorganiza estipula que, cada domingo y día de fiesta, un tiempo suficiente será concedido a los soldados para cumplir sus deberes religiosos. Los capellanes son restablecidos, no más ligados a los regimientos, pero, lo que es mejor, a las guarniciones y a los campos.

Después el ejército, la enseñanza. El Consejo Superior de Instrucción Pública es reformado. La Iglesia recibe lugar en él, en la persona de los obispos. Luego en seguida la enseñanza superior es declarada libre, y las Universidades católicas se constituyen.

Las comisiones administrativas de los establecimientos de caridad – hospicios, hospitales, entidades de beneficencia – son reorganizadas; el párroco es llamado a tener asiento en esas comisiones, al lado del prefecto.

La libertad del bien no es más obstaculizada. No solamente la Sociedad de San Vicente de Paula, se reconstituye, más círculos obreros se multiplican en las ciudades, los patronatos se multiplican en los campos, y la instrucción religiosa prepara generaciones cristianas.

¿Cómo ese bello entusiasmo puede ser interrumpido, y después vuelto en sentido inverso?

Muchos de los miembros de la Asamblea Nacional eran poco afectos a las intrigas del parlamentarismo. Ellos se dejaron sugestionar. Muchos también tenían el espíritu lleno de medias verdades del catolicismo liberal, frecuentemente más funestas, en el decir de Pío IX, de que los errores manifiestos. Thiers que, en su juventud, había hecho sobre el crucifijo juramento de odio a la realeza[2], y que, en su ve-

[1] Hanotaux, *Histoire de la France Contemporaine*, I, 38-41.

[2] En 1846, Michel de Bourges recordó el hecho en la 15ª sesión de la Asamblea Nacional: "Nosotros juramos, Thiers y yo, ODIO A LA MONARQUIA, con esta circunstancia muy curiosa: Thiers aseguraba el crucifijo

jez, tenía la ambición de gobernar Francia y de reinar, rápidamente se apoderó de la dirección de la Asamblea Nacional, para conducirla donde él quería. ¿Y el mismo no fue conducido por los que adularon su ambición, que esperaban obtener provecho con eso?

Era necesario, inicialmente, conjurar el peligro de una restauración de la monarquía en la persona del conde de Chambord; ese príncipe tan cristiano y tan francés era al mismo tiempo tan firme en sus perspectivas de gobierno, que ninguna esperanza podía nacer de hacerlo renovar la falta practicada por Luis XVIII. Todas las fuerzas de la Revolución, todas las diversas facciones, a partir del liberalismo católico, trabajaran, no para un acuerdo positivo, pero cada cual de su parte y a su manera, para apartarlo del trono de su país.

Primeramente fue la Comuna, protegida por Bismarck, conducida, en sus primeras horas, por Thiers, y sustentada por la Francmasonería. Ella pretendió, de un solo golpe y por la violencia, a la moda de 93, lo que hoy se hace de una manera más segura y durable por la legalidad. En el día 26 de abril de 1871, cincuenta y cinco logias, más de diez mil francmasones[1], conducidos por sus dignatarios, revestidos con sus insignias, fueron en procesión hasta las murallas, para allá desplegar sus banderas – ellos arbolaban sesenta y dos – y hasta la Prefectura Municipal, para saludar el poder revolucionario[2]. El F∴ Tiriforque dijo a los comunales:

---

cuando yo presté juramento, y yo aseguraba el mismo crucifijo cuando Thier juró odio a la monarquía". Fue en una logia de carbonarios, puesto que la policía no intervino, y, si ella hubiese intervenido, todo no pasaría de una reunión de amigos para festejar una graduación.

La Provence, diario de Aix, recordó largamente esos hechos en su número de 1 de diciembre de 1872, cuando Thiers era entonces Presidente de la República, y cuando, en aquella ciudad, numerosos amigos vigilaban con cuidado todo lo que era escrito sobre él. No fue presentado ningún desmentido.

Dupin, el primogénito, explicando como la revolución de 1830 fue tan súbita y tan pronta, también habló de ese juramento: "Cuando, dice él, el carbonarismo se restableció en Francia, según las normas de los hombres que, en ese momento pares de Francia y funcionarios públicos, fueron a buscar en Alemania, él tuvo como objetivo el derrumbe de todo poder irresponsable y hereditario. No se puede estar afiliado a él sin prestar juramento de odio a los Bourbons y a la realeza. En algunos lugares ese juramento era pronunciado hasta incluso sobre un crucifijo y sobre un puñal. Hay diputados y pares que se recuerdan de eso".

[1] De diez a once mil, estima el *Journal Officiel* da Comuna.

[2] He aquí el apelo que el Gran-Oriente de Francia hizo a la Francmasonería universal, a favor de la Comuna. El fue publicado en 1871.

"Hermanos de la masonería y hermanos compañeros, no tenemos otra resolución a tomar que no la de combatir y de cubrir con nuestra escudo sagrada al lado del derecho.

"¡Armémonos para la defensa!

"¡Salvemos París, salvemos a Francia!

"¡Salvemos a la humanidad!

“La Comuna es la mayor revolución que pueda ser dada al mundo contemplar”, y la razón que él ofrecía era “el nuevo Templo de Salomón”, esto es, la realización de la concepción judaica de la organización social. Aquel de entre los miembros de la Comuna escogido para responderle dice: “Sabemos que el objetivo de vuestra asociación y lo mismo que el de la Comuna, la *regeneración social*”.

En cada una de nuestras revoluciones son siempre las mismas palabras que se hacen oír, señalando el mismo objetivo a alcanzar, y para lo cual no se cesa de caminar, sea directamente, sea por vías transversas: al aniquilamiento de la civilización cristiana en beneficio de una civilización contraria. Raoul Rigault lo decía brutalmente a los rehenes: “Esto que ha durado mil ochocientos años: es preciso que eso termine”.

Vencida la Comuna, la intriga tomó el lugar de la violencia. Thiers empleó luego todas las facultades de su espíritu en disgregar a la mayoría realista de la Asamblea, en provocar toda suerte de desconfianzas entre personas que debían estar próximas y unidas.

Entre tanto, el pueblo, viendo que los hombres le faltaban, elevaba la voz a Dios. Las peregrinaciones a los santuarios de Saint-Michael y de la Salette, de Paray-le-Monial y de Lourdes, se multiplicaban; sobre todas las calles retumbaba ese grito de apelo al Sagrado Corazón: “¡Salvad Roma y a Francia!” En el día 24 de mayo de 1873, la Asamblea Nacional retomó el control de sí misma. Pero el país ya no era más lo que él fue bajo la mano vengadora de Dios. La propaganda revolucionaria, re-incitada por Thiers y sus agentes, manifestaba a cada día sus progresos en las elecciones parciales; y, de otra parte, los católicos habían forzado a Enrique IV a hacer declaraciones de las cuales se sirvieron para apartarlo definitivamente[1].

“París, en la frente del progreso humano, en una crisis suprema, apela a la Masonería universal, a los compañeros de todas las corporaciones, grita: *¡A mí, hijos de la viuda!*

“Ese apelo será oído por todos los francmasones y compañeros: todos se unirán para la acción común, protestando contra la guerra civil *que los mantenedores de la Monarquía fomentan*.

“Todos comprenderán que aquello que desean sus hermanos de París, es que *la justicia pasa de la teoría a la práctica*, que el amor de unos por los otros se torne la regla general, y que la espada no es sacada de la vaina, en París, *sino para la legítima defensa de la humanidad*.”

En la sesión de la Comuna del día 17 de mayo fueron pronunciadas estas palabras significativas: “Tenemos rehenes entre los sacerdotes, alcancemos a esos de preferencia”. Ellos fueron ejecutados en el día 24.

En mayo de 1908 fue inaugurada en Père Lachaise un monumento a los Federados, con esta inscripción:

A LOS MUERTOS DE LA COMUNA

21-28 de mayo de 1871

[1] La Asamblea, dice Samuel Denis, en su *Histoire Contemporaine*, t. IV, p. 647, era compuesta en gran parte de liberales que eran, encima de todo, cristianos fervorosos y convencidos”.

"Bajo pretextos diversos", dice Hanotaux en su *Histoire de la France Contemporaine*, la Asamblea Nacional apartó "todo lo que constituye la esencia de los poderes fuertes: la legitimidad, la herencia y la autoridad: la legitimidad, en la persona del conde de Chambord; la herencia, a través del septenio; y, en fin, la autoridad, a través de la república".

El duque de Broglie, padre, publicó, en 1861, un libro titulado "Consideraciones sobre el Gobierno de Francia", que fue reimpreso en 1870. La primera edición, recogida por la policía, "quedó, dice Hanotaux, conocida apenas por un círculo muy restringido, pero el círculo estaba compuesto por las cabezas dirigentes de la futura Asamblea Nacional". El duque de Broglie había escrito: "Digámoslo claramente: un república que interesa a la monarquía, una monarquía constitucional que interesa a la república y que no difiere una de la otra sino por la constitución y por la mantención del poder ejecutivo, es la única alternativa que resta a los amigos de la libertad". El hablaba de la monarquía constitucional con un tono religioso: "Admirable mecanismo que no es hecho por la mano del hombre, simple desenvolvimiento de las condiciones colocadas por la Providencia en el progreso de las sociedades civilizadas". El además decía: "La peor de las revoluciones es una restauración"[1].

Esas palabras, en el pensamiento del historiador, no constituyen reprensión contra el liberalismo de esos católicos, al contrario: ese cuarto volumen es enteramente dedicado a justificarlos y a lanzar sobre Enrique IV el revés de la monarquía.

[1] Las ideas de Broglie y de sus amigos databan de lejos. Bajo la primera república hubo, también, "monárquicos".

En 1792 fue publicada en París, con esta mención: "Disponible en los Países Bajos, en todas las librerías", un folleto dedicado a Luis XVI, bajo el título "*Le Monarchisme Dévoilé*", por Th, Adb. C***".

En esa obra el autor denuncia a la *Sociedad de los Amigos de la Constitución Monárquica*, sociedad fundada "bajo los auspicios de un nombre que recuerda la antigua caballería francesa, Clermont-Tonnerre". Los miembros de esa sociedad, dice él, se esparcieron por toda Francia, bajo el nombre de *monárquicos*.

"Decirse puramente amigos de la *Constitución*, observa, habría sido aproximarse demasiado a sus creadores. Se agregó la palabra monárquica porque era preciso un poco de esto en los planes de esos señores. Pero, como fijarse a esa fórmula no parecía de manera ninguna de acuerdo con el sistema del partido dominante, se agregó a la expresión "monárquica" esta: "decretada por la Asamblea Nacional" (p.7). El autor, después de haber tomado una a una las "expresiones designativas de esa sociedad" y las razones invocadas para aprobarles el objetivo, concluye: "Ellas no pasan de hierba engañosa, que cubre y esconde la apertura del precipicio".

El fundador del "monarquismo" dio a esa sociedad, como símbolo, una *Balanza*, en la cual se veía, de un lado, una corona, y de otro un gorro frigio, con esta divisa: Vivir libres y fieles. "Así, tal cual una Asamblea de Facciosos, querían aun conservar la *Corona*, después de haberla envilecido, degradado, después de haberla arrancado de la cabeza augusta de nuestro soberano; y ese gorro frigio, signo pavoroso de una licencia sin límites, ese penacho ensangrentado de todos los criminales; uno y otro sobre la misma línea, en un mismo y perfecto nivel, he aquí el emblema bajo el cual los monárquicos se anuncian, he aquí la libertad que prometen, presumiéndose que sean libres, he aquí la divisa de esos modernos caballeros" (p.8). "No se debe creer que ellos hayan visto en el sistema que se esforzaban en sustentar, la felicidad de su patria; no está ahí el motivo de su predilección por esa forma de gobierno, cuyo ejemplo los ingleses nos ofrecieron; pero cada uno de ellos encontró ahí, en su conjunto o en sus partes, con qué satisfacer su pasión dominante" (p. 10).

"Ese libro y el de Prevost-Paradol, *La France Nouvelle*, tuvieron, dice Hanotaux, sobre los designios de Francia y sobre las disposiciones de la Asamblea Nacional, una influencia inmediata".

Los "fusionistas" quisieron una restauración de la monarquía con la conciliación de dos principios, de dos órdenes de gobierno hasta entonces contrarias. La fusión consistía, de un lado, en hacer reconocer por los príncipes de la Casa de Orleans los derechos hereditarios del conde de Chambord, y, de otro lado, en ganar al nieto de Carlos X para la monarquía constitucional y parlamentaria de 1830. Doble operación, en que cada uno de los términos era excluyente del otro

El conde de Chambord quería la fusión en la medida en que ella constituía el reconocimiento puro y simple del principio monárquico, del cual él era el representante, y la leal reaproximación de las dos ramas de la familia real.

La cuestión de la bandera fue, a partir de 1848, el principal obstáculo a la fusión. En cuanto que para el conde de Chambord la bandera blanca, símbolo del derecho dinástico de los Bourbons, era el emblema necesario de la monarquía tradicional y hereditaria, los parlamentarios y los liberales, reclamaban irreductiblemente la mantención de la bandera tricolor, representativa de las ideas de 1789 y de 1830.

"Se yo hubiese admitido todas las concesiones que me eran solicitadas, aceptado todas las condiciones que me querían imponer, dice el conde de Chambord al marqués de Dreux-Brézé, yo habría tal vez reconquistado mi corona, pero yo no habría quedado seis meses sobre mi trono. Antes del fin de ese corto espacio de tiempo, yo habría sido de nuevo relegado a mi exilio por la Revolución, de la cual yo me convertí, desde mi reingreso en Francia, en el prisionero[1].

Después de esa acusación, el autor, en los capítulos siguientes, examina el sistema de los monárquicos: 1° relativamente al rey y la monarquía (p.12), 2° relativamente al pueblo (p. 20), 3° relativamente a la nobleza (p. 26), 4° relativamente a la religión y a sus ministros (p. 34). Después, acrecienta (p. 46): "Ellos dijeron que el rey, convencido de la pureza de sus intenciones, aprobaba sus planes, y es con las apariencias de una misión de parte de él que procuran engañar la buena fe de los ingenuos". "Lo que pido es la constitución francesa en su pureza primitiva. Ellos dicen que querer restablecer la constitución francesa es una quimera: que todo está destruido, desorganizado, y que el único partido que resta para adoptar en tales circunstancias es el de pensar solamente en colocar al rey sobre el trono, dándole por consejos y por fiscales dos casas tal y cuales ellos proponen" (p. 52). "Pero, en fin, pregunta el autor, ¿Qué títulos tienen ellos para hacerse así de mediadores entre la nación ultrajante y la nación ultrajada? ¿Cuál es la misión de ellos? ¿A respecto de qué pretenden ellos que transijamos?"

El autor termina diciendo que "la búsqueda de esa quimera impediría definitivamente el restablecimiento del trono".

La historia poco sirve de lección, incluso para las personas más interesadas en oírla.

[1] Donoso Cortés: "Esa escuela (la escuela liberal) sólo domina cuando la sociedad se disuelve; el momento de su reino es un momento transitorio y fugitivo en que el mundo no sabe si escogerá a Barrabás o a Jesús, y permanece en suspenso entre una afirmación dogmática y una negación suprema. Entonces, la sociedad se deja de buen grado gobernar por una escuela que no osa jamás decir: Yo afirmo, y que también no osa más

De su parte, Alemania no disminuyó su viva oposición a la realeza tradicional.

El barón de Plancy, antiguo diputado de Aube, antiguo escudero del príncipe Jerónimo-Napoleón, cuenta en sus *Souvenirs* esta conversación:

"Republicano ciertamente el príncipe Napoleón lo era, y, como, después de una cena en el castillo de Monza (residencia de su cuñado, el rey Humberto), él lo manifestase enérgicamente al príncipe imperial de Alemania, más tarde Federico III, este, habiéndole pedido permiso para hablar libremente, le dijo estas palabras, "que convido todos a meditar":

"¡Señor, en Francia, la *República*, en mi opinión, no tiene razón de ser, y si vos la tenéis, fue porque *nosotros os la dimos*…[1] para vuestra infelicidad!"

"Obtuve del propio príncipe esa declaración de imperial franqueza".

decir: Yo niego; sino que responde siempre: Yo distingo. Todos los medios términos serán triturados por la Revolución o rechazados con desdén por la reconstrucción".

[1] Las cartas de Bismarck, publicadas por su hijo, muestran, en efecto, que la república nos fue impuesta por Prusia.

Cuando el príncipe de Hohenlohe publicó sus *Mémoires*, se encontraron en el diario de la misión del príncipe en París, de 1847 a 1885, pruebas nuevas de apoyo que Bismarck prestó al establecimiento de la república. Las instrucciones que Bismarck había dado al príncipe al encargarlo de la embajada de Alemania en París fueron: el interés del imperio quiere que Francia permanezca en estado de división y de flaqueza que garantiza la república. El quiere incluso que esa república sea "la más roja posible" y que los anticlericales se conviertan en sus señores.

En la edición de marzo de 1906 de *Correspondant*, monseñor Vallet, antiguo capellán del Liceo Enrique IV, ofreció un relato de la conversación que tuvo con Bismarck en 1879, durante su estadía en Gastein. Bismarck pensaba entonces en hacer cesar el Kulturkampf y en entrar en acuerdo con Roma. Hablando del estado de Europa, de las voluntades de Alemania y de los medio de Francia, él dice, con aquella grosería que le era propia, a su interlocutor, que acababa de mencionar la palabra "república":

"Para hacer alguna cosa, Francia tiene necesidad de un gobierno estable; ella tiene necesidad de una monarquía. Yo si fuese francés, sería carlista.

— ¿Carlista? ¿A favor del conde de Chambort?

— Sí, sí, es lo que yo quiero decir: legitimista".

El interés prusiano pedía que Francia fuese una república. Bismarck lo dijo en términos propios a d'Arnim: "Nosotros ciertamente no tenemos el deber de hacer a Francia más fuerte, consolidando su situación interior y estableciendo una monarquía en regla". Esas palabras de d'Arnim son el complemento de aquellas de monseñor Vallet. Es difícil ser más coherente consigo mismo de lo que fue Bismarck sobre esa cuestión.

Había otro interés que se oponía a la restauración del poder legítimo. El mandó escribir a d'Arnim a través del ministro de Baviera: "En ningún caso podemos marchar con los legitimistas, visto que ellos siempre fieles a la causa del Papa".

En una conversación con el príncipe Orloff, embajador de Rusia en París, él también dijo: "Francia puede rehacer su ejército, si quisiere, pero hay una cosa que nos no permitiríamos, es que Francia se volviese clerical".

Sabemos que en 1872 las sociedades secretas se pusieron de acuerdo en toda Europa para impedir el asenso de Enrique V al trono. Quince días después de su muerte, el 9 de septiembre de 1883, numerosos francmasones se reunieron en la logia de los Hospitalarios de Saint-Ouen, y el F∴ Cuénot bebió a la salud de la muerte de Enrique V". Ese brindis fue cubierto de aplausos y risas. Luego después, el mismo Cuénot bebió a la salud de Bismarck.

El día 28 de octubre de 1873, monseñor Dupanloup escribió a un ministro protestante, Pressensé: "Mi convicción profunda es de que los males de Francia, si lo que se está preparando fracasase[1], espantarán al mundo; iremos de calamidad en calamidad hasta el fondo del abismo. La maldición del futuro y de la historia recaerá sobre aquellos que, pudiendo asentar el país sobre bases seculares en la estabilidad, en la libertad y en la honra, hubieren impedido esa obra y precipitado esa infeliz Francia, en el momento en que ella intentaba un último esfuerzo para salvarla, en el declive fatal en que ella es arrastrada, hace más de un siglo, de catástrofe en catástrofe. Qué tristeza y qué remordimientos para ciertos hombres, forzados entonces a decirse: "¡Hubo un día, una hora, en que se habría podido salvar a Francia, en que nuestro concurso habría decidido todo, y nosotros no quisimos![2]"

Bien vemos qué personajes monseñor Dupanloup tenía en vista en sus reprimendas, sobre quien él quería hacer caer la pesada responsabilidad de haber rechazado su concurso para la salvación de Francia, y de haber así merecido las maldiciones del futuro; pero dudamos que la historia se asocie al pensamiento que inspiró esas palabras y se muestre de acuerdo con el prelado acerca de las personas a las cuales ella atribuirá esa responsabilidad. Como quiera que sea, la profecía debía realizarse: fuimos precipitados, desde aquel momento, en declive fatal; y ahora rodamos para el abismo.

La Asamblea Nacional hizo excelentes leyes y permitió la fundación de excelentes instituciones, pero luego los republicanos abolieron esas leyes, destruyeron esas instituciones, forjaron leyes y establecieron instituciones en sentido contrario.

La Asamblea atribuía, con razón, en su modo de ver, la primera importancia a las cuestiones religiosas y morales, después a las cuestiones sociales. Ella se engañaba en colocar en último lugar, en orden de sucesión, la cuestión política. En la obra del trabajo, el arado es mucho más importante de que los bueyes que lo empujan; entre tanto, el arado no está colocado al frente de los bueyes. Era preciso, primeramente, restaurar el poder, y esto no competía a la Asamblea hacerlo, pues-

[1] Una monarquía parlamentaria caracterizada por la bandera tricolor.

[2] Publicado por el marqués de Dreux-Brézé. *Notes et Souvenirs pour servir à l'histoire du parti royaliste*, 1872- 1883, páginas 167-168.

to que ella no podía asegurar ni la defensa, ni la duración de ese poder. Su único deber era reconstituir la autoridad, dejar su augusto representante venir a retomar su lugar a nuestra cabeza.

Sin embargo la Asamblea no hizo eso, porque muchos de sus miembros estaban más o menos alcanzados por el *modernismo*, esto es, estaban imbuidos de las ideas modernas.

"La esencia del modernismo, dice Charles Perin, es la pretensión de eliminar a Dios de la vida social. El hombre, según la idea moderna, siendo él su propio dios y el soberano del mundo, precisa que todo sea hecho por él en la sociedad y únicamente por la autoridad de la ley que él sostiene. Este es el modernismo absoluto, opone una contradicción radical al orden social fundado por la Iglesia, ese orden según el cual la vida pública y la vida privada se relacionaban a un mismo fin, y en que todo era hecho directamente en razón de Dios, y bajo la suprema autoridad del poder instituido por Dios para regir el orden espiritual.

"Hay un modernismo moderado que no hace guerra abierta a Dios, y que, de alguna manera, se compone con Él. Sin negarlo, ni combatirlo, pone a Dios dentro del derecho común, el lugar que Él puede ocupar entre los hombres. Con esa táctica, conservando las apariencias de un cierto respeto, el modernismo moderado coloca a Dios bajo la dominación y bajo la tutela del Estado. Ese modernismo temperado y circunspecto, es el liberalismo de todo grado y de todo matiz".

Se puede decir con igual verdad: es el masonismo, como veremos más adelante.

"Según las circunstancias, continúa Charles Perin, la revolución se inclina para uno o para otro lado, pero permanece siempre la misma en cuanto a su pretensión fundamental, esto es: la secularización de la vida social en todos sus grados y bajo todas sus formas.

"¡Qué extraña ilusión! Qué singular contradicción, vanagloriarse de restituir a nuestra época alguna estabilidad, al mismo tiempo en que se acepta, sin importar en qué grado, de una manera o de otra, tan atenuada cuanto pueda ser, la idea del modernismo"[1].

En el recogimiento de sus últimos años, Guizot, el hombre de 1830, hizo, no obstante, esta confesión y dirigió a los de su partido ésta exhortación: "Nosotros nos creíamos los sabios, los prudentes, los políticos: no solamente no reconocimos los límites de nuestro poder, como también los derechos del Poder soberano que gobierna el mundo y a nosotros mismos; no nos dimos cuenta de las leyes eternas que Dios hizo para nosotros, y pretendimos, formalmente, colocar en el lugar de

[1] *Le Modernisme dans l'Eglise*, según cartas inéditas de Lamennais.

ellas, y por todas partes, nuestras propias leyes… Apresurémonos en salir del rumbo en que el espíritu revolucionario nos lanzó; ellos nos conducirían siempre para los mismos abismos". El no fue escuchado ni por las propias personas que se comportaban como él.

Enrique V había mostrado su firme resolución de regular todas las cuestiones políticas y sociales de la época no conforme al modernismo, sino conforme al cristianismo. El así formuló su pensamiento soberano: hacer reentrar a Dios como señor en la sociedad, a fin de que Él mismo pudiese reinar como rey[1].

Esa frase chocó a los católicos liberales; y a aquellos que no estaban infectados por el modernismo, o lo eran apenas en pequeña dosis, les chocó relativamente. Ellos no sabían lo que es la Francmasonería, ni el papel que ella desempeñaba desde hace dos siglos. Marcère honestamente lo reconoció. Esa ignorancia los dejó dudando, inciertos a respecto de lo que debían hacer, y, delante de esas dudas, la Revolución se hizo más osada por arrebatarles el lugar.

Hubo, entre tanto, algunos hombres que tuvieron la intuición de las medidas que serían necesarias adoptar contra las sociedades secretas internacionales. Encontramos la prueba de eso en el Relato de la Comisión de Investigación sobre la insurrección del 18 de marzo.

He aquí, en efecto, lo que se puede leer en H. Ameline, en el fin del tomo III de los testimonios[2]:

"*El Presidente de la Comisión*. — Deben ser adoptadas medidas especiales contra las sociedades secretas afiliadas a las facciones extranjeras. Se dice que se prestaría un gran servicio a Francia destruyendo la International; pero ¿cuál es el medio para lograr eso? No es deportando a algunos individuos. Es preciso que aquellos que hacen parte de las sociedades secretas afiliadas a sociedades secretas extranjeras, dejen de ser ciudadanos franceses y, puedan ser, en cualquier momento, ser expulsados del territorio".

¿Por qué las medidas propuestas por el presidente de la Comisión por ocasión de la insurrección de 1871 no fueron aplicadas a la Francmasonería?

Porque no la conocían, y por eso no se atrevieron.

[1] A los que lo censuraban de haber hecho de su gobierno un aliado de la Iglesia, García Moreno respondía con Enrique V: "Este país es incontestablemente el reino de Dios; él le pertenece con toda propiedad y Él nada hizo más allá de confiarlo a mi solicitud. Debo, pues, emprender todos los esfuerzos posibles para que Dios reine en ese reino, para que mis órdenes sean subordinadas a las Suyas, para que mis leyes hagan respetar las suyas.

[2] Investigación sobre la insurrección del 18 de marzo de 1871, p. 253. (París, Dentu, 1872).

CAPÍTULO XXI

BAJO LA TERCERA REPUBLICA[1]

En octubre de 1872 fue realizado en la provincia de Novare, en Lucano, un concilio de los principales jefes de la masonería italiana. En esa convención, Félix Pyat representaba a Francia, y el general Etzel representaba a Prusia. Ahí fue decidida la dictadura del francmasón Gambeta.

La realización de ese proyecto parecía muy inverosímil e imposible. Gambetta volvía de Saint-Sébastien, colocado entre las ruinas de la guerra y las ruinas de la Comuna; había también contra sí los DESORDENES FINANCIEROS de su pri-

[1] 1870-1940.

mera dictadura y los TRAFICOS que lo habían marcado: esos obstáculos parecían insuperables.

La Francmasonería supo allanarlos. Las comisiones de la investigación de la Asamblea enmudecieron, los ministros se abstuvieron, si bien que la mayoría de ellos no fuesen francmasones: lo que muestra hasta dónde ella, por sus influencias secretas, puede extender su acción.

En la digresión oratoria que hizo después de la Asamblea haber declarado terminada su misión, Gambetta expuso el programa que la masonería, siempre audaz, y por eso siempre victoriosa[1], proponía al país: "Es necesario que la nueva asamblea se levante y diga: ¡Heme aquí! Soy siempre la Francia del libre examen y del libre pensamiento".

Después del 24 de mayo de 1873, el gobierno de Mac-Mahon continuó tratando con el Gran Oriente de igual a igual. Léon Renault, jefe de la policía, abría, sin conocimiento del Ministro del Interior, negociaciones con la Francmasonería como con una potencia extranjera.

Las elecciones del 20 de febrero de 1876 substituyeron la República conservadora, que la Asamblea Nacional se jactaba de haberse constituido, por la República revolucionaria y anticristiana.

Mac-Mahon disolvió esa Cámara el 16 de mayo de 1877.

En la víspera de las elecciones que debían substituirla, los jefes del gobierno conservador dirigieron a Francia un supremo exorcismo:

"Si nomináis a esos hombres — los 363 oportunistas y radicales — si ellos retornasen a los negocios, esto es lo que harán:

"Desordenarán todas las leyes. — Desorganizarán la magistratura. — Desorganizarán las fuerzas armadas. — Desorganizarán todos los servicios públicos. — Perseguirán al clero. — Restablecerán la ley de los sospechosos. — Destruirán la libertad de enseñanza. — Cerrarán las escuelas libres y restablecerán el monopolio. — Favorecerán atentados contra la propiedad privada y contra la libertad individual. — Revigorizarán las leyes de violencia y opresión de 1792. — Expatriarán a las

[1] "Audaz, esta declaración encierra toda la política de nuestra revolución". Saint Just, *Rappirt fait à la Convention au nom des comités de salut public et de la sûreté générale*, 8 de ventoso, año II.

órdenes religiosas y llamarán a los hombres de la Comuna. — Arruinarán a Francia por dentro y la humillarán en el exterior".

Todas esas amenazas decían, en efecto, lo que debía acontecer, lo que vimos y lo que vemos; pero no es con reproches que se hace detener a un pueblo sobre el declive del mal.

"Los principales medios de influencia y de corrupción de Gambetta en toda Francia, para hacer triunfar a los suyos en el escrutinio, dice el *Citoyen*, diario socialista, fueron basados en la acción de la Francmasonería[1], y en París especialmente bajo la administración de la Asistencia Pública.

"Un mes antes de la fecha del decreto de convocación de los electores, todas las logias masónicas de Francia fueron llamadas a deliberar sobre la cuestión electoral.

"Aquellas que testimoniaron un apartamiento relativo con la política gambetista no fueron más convocadas; pero aquellas cuya adhesión fue certificada, se volvieron, durante todo el período de las elecciones, y aún permanecen como centros permanentes de acción política a favor del oportunismo.

"Cuanto a la Asamblea Pública, s*abemos que sumas considerables fueron distribuidas, bajo la forma de socorros, para hacer propaganda electoral* en todos los barrios de París en que el gambetismo era más particularmente atacado[2].

---

[1] He aquí un trazo muy curioso y bien característico:

Cuando Gambetta era presidente de la Cámara, ofreció un día una gran cena oficial para la cual convidó a toda la administración de la Asamblea, y la orden de precedencia hizo sentar a su derecha al más antiguo de los vicepresidentes, el honorable conde Dufort de Sivrac, uno de los jefes de la derecha católica y monárquica.

En el curso de la refección, el diputado de Anjou notó la singular y extraordinaria copa de que se servía su anfitrión; y con la familiaridad cortés que el carácter del presidente permitía, le dio a conocer su admiración, preguntándole si aquella copa extraña estaba relacionada a un recuerdo particular.

— En efecto, le respondió simplemente Gambetta; es la copa de Lutero, que estaba guardada en Alemania hace tres siglos y medio como reliquia, y las sociedades masónicas de más allá del Rin me concedieron la honra insigne de ofrecerme en testimonio de simpatía.

Chateaubriand, en sus *Mémoires*, también habla de la copa de Lutero, que él había visto en Berlín, cercada de veneración, así como la silla de Calvino es guardada piadosamente en Ginebra.

Qué servicios excepcionales no debe él haber prestado a la secta internacional, para que los alemanes se hayan desprendido de un objeto tan precioso a sus ojos, y para que con él hayan homenajeado al propio hombre que pasaba a la idea de personificar en Francia el deseo de la guerra de muerte y de la venganza implacable contra Alemania.

[2] Desnecesario seria recordar que en toda Francia las comisiones de los hospitales y de las casas de beneficencia fueron renovadas de alto a bajo.

Fue sobre todo en Belleville que esas distribuciones insólitas fueron percibidas, después de dos meses".

La Francmasonería cosmopolita hizo a las cancillerías extranjeras comprender que el futuro estaba en Gambetta y que ellas debían comenzar a contar con él. Pocos meses antes del 16 de marzo, él había sido recibido dos veces por Víctor Emanuel y las relaciones del rey con Gambetta fueron desde entonces puestas en evidencia.

Las elecciones fueron realizadas, ellas fueron contra "el gobierno de los curas". Mac-Mahon se somete, después dimitió. Entonces es fundada la Unión Republicana que va de la centro-izquierda a la extrema-izquierda y declara tener un enemigo a combatir: "el clericalismo". Este enemigo es el catolicismo; se proclama en alta voz, y la Unión se impone el deber de exterminarlo "lenta y seguramente"[1].

Llega el momento de nuevas elecciones; ¿se mostrará el país más esclarecido, más previdente? La Cámara del 21 de agosto de 1881 es peor que la precedente. Ella realiza el "gran misterio", Gambetta a la cabeza. El Ministro de los Cultos y de la Instrucción Pública, Paul Bert, proclama la necesidad de destruir, "la filoxera negra". Esa Cámara promulga la ley de escuela neutra, la ley de divorcio, la del de

[1] Fue el 26 de marzo de 1876 que Spuller, entregando un relato favorable a la "reforma" gubernamental, dijo: "Nosotros votaremos esa reforma porque ella es conforme a la política que queremos seguir, porque queremos ir *lento pero seguramente*". En el día 18 de septiembre de 1878 Gambetta viajó para Romans, y ahí — en esa pequeña ciudad que tuvo una abadía como cuna — delante de cinco a seis mil personas reunidas en un hangar de madera, construido para la oportunidad, se expresó en estos términos:

"La cuestión clerical, es decir, la cuestión de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, comanda, mantiene en suspenso todas las otras cuestiones. Es ahí que se refugia y se fortifica el espíritu del pasado. Denuncio ese peligro cada vez mayor, a que queda sometida la sociedad moderna por causa del espíritu ultramontano, al espíritu del Vaticano, al espíritu del Syllabus, que no pasa de la explosión de la ignorancia con vistas a la sujeción general".

Esas palabras fueron aplaudidas con furor.

Deseoso de no molestar a los israelitas y a los protestantes, Gamberra retomó:

"Hablé de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Sé que para ser correcto debería decir: *de las iglesias*, pero, del punto de vista gubernamental y nacional, *existe apenas el ultramontanismo*, que se obstina en causar perjuicio al Estado. Cuando examino las usurpaciones incesantes a que se dedica el ultramontanismo, las invasiones que todos los días él practica en los dominios del Estado, tengo el derecho de decir: *¡el peligro social, helo ahí!* El espíritu clerical procura infiltrarse en todas partes, en las fuerzas armadas, en la magistratura, y tiene esto de particular, que es siempre cuando la fortuna de Francia baja que el jesuitismo sube".

La asistencia aplaudió largamente al orador.

El senador Malens, que presidia la sesión, tenía como principal asesor a Emile Loubet, el futuro presidente de la República.

Ya en 1872, en Saint-Julien, Gamberra había expuesto el programa del partido llamado "republicano". Ese programa religiosamente seguido se resume en tres palabras: Guerra al catolicismo.

los entierros civiles. Las elecciones de octubre de 1885 son mejores. El país parece reconsiderar su posición y hacer un esfuerzo para sacudir el yugo masónico. Pero la secta es demasiado poderosa, bien organizada, bien gobernada, para dejarse poner fuera a través de un escrutinio. La Unión Republicana cuenta con 380 miembros en la nueva Cámara y la oposición 204. Es mucho. La mayoría abusa sin pudor de su fuerza para invalidar en masa a los adversarios, intimidar a los electores, ostentando el mal con toda la libertad de antes. Como represalia, cuatrocientos a quinientos sacerdotes son privados de sus rentas, si así se puede decir; y unilateralmente, sin consulta a los obispos, la mayor parte de los vicariatos subvencionados por el Estado son suprimidos.

A partir de entonces nada más segura que la secta; ella hace lo que quiere, en la hora y en la medida en que ella juzga oportuna para llegar con seguridad a sus objetivos.

El plan general de la guerra contra la Iglesia fue entregado a la Cámara el 31 de marzo, por Paul Bert. Permanece como el documento capital de aquella época. — Separación entre la Iglesia y el Estado — Denuncia del Concordato — Secularización de los bienes del clero regular y secular. He aquí lo que debía ser pacientemente perseguido[1].

---

[1] Después de haber propuesto las medidas a ser adoptadas, Paul Bert confirmaba de esta forma lo que ya estaba hecho:

"Primero, *todas las instituciones monásticas desaparecieron*. No se ven más esas órdenes numerosas que devoraban sin provecho la substancia del pueblo… y que servían, en los Estados modernos, apenas para alimentar un espíritu extraño y funesto.

"En segundo lugar, los privilegios que no tenían por finalidad sino impedir el reclutamiento del clero contra la intención de las poblaciones, fueron suprimidos: los seminaristas sirven a las fuerzas armadas con los otros estudiantes; no fue concedida más ninguna dotación especial a los grandes seminarios, que dejarán de ocupar edificios pertenecientes al Estado, a los departamentos y a las prefecturas.

"Los Obispos, clasificados en su nivel de precedencia entre los funcionarios departamentales, no gozan más de las honras extraordinarias que los decretos les conferían. Van a dejar los palacios, cuya habitación, a veces principescas, aumentaba por lo menos tanto la autoridad moral de ellos cuanto los recursos materiales.

"Los establecimientos eclesiásticos no pueden más poseer inmuebles, y sus riquezas mobiliarias deben concurrir para el aumento del crédito público, mediante su aplicación como rentas del Estado. Los sacerdotes, de los cuales ya quitasteis el control de los cementerios, pierden el de las fábricas, cuya contabilidad bien establecida no permite más abuso, cuyos déficits las prefecturas no son más obligadas a cubrir.

"El clero, en razón de la leyes que ya votasteis, no tienen más ninguna participación en la dirección de la instrucción pública, y la separación entre la Iglesia y el Estado está claramente establecida.

"El sacerdote, cualquiera que sea la posición que ocupe en la jerarquía, no puede más disponer de la impunidad casi siempre garantizada, hasta aquí, por los culpables desvíos de lenguaje. No podrá más, sin ser

En cuanto se aguarda la realización de ese deseo, es necesario servirse del Concordato como de un arma para afligir con seguridad a la Iglesia. "El Concordato, decía Paul Bert al terminar, da al Estado un arma poderosa, si él supiere servirse de ella; y esa arma es la elección de los obispos y el consentimiento dado a la nominación de los curas".

Ferry, Waldeck, Combes, Loubet, Clemenceau no tuvieron ninguna política personal. Ellos ejecutaron pasivamente las órdenes de la masonería para la realización del plan cuyas líneas, dictadas por ella, Paul Bert había trazado. Cada Ministerio tuvo parte en la ejecución de ese plan, y cumplió su obligación con mayor o menor habilidad. Pero él avanzó *en orden*.

La Cámara de 1889 promulgó la ley sobre las fabricas; la de 1893 la ley del desarrollo; la de 1898 preparó la separación entre la Iglesia y el Estado en la ley sobre las asociaciones; la de 1902 termina la separación; la de 1906 saca de esta los efectos que la secta aguardaba.

En enero de 1892, quince años después de la substitución de la república conservadora por la república masónica, los seis candidatos franceses, a los cuales adhirieron doce arzobispos, comprendiendo sus coadjutores, e sesenta y cinco obispos, entre estos incluidos dos obispos titulares, publicaron una EXPOSICIÓN SOBRE LA SITUACION CREADA PARA LA IGLESIA, seguida de una DECLARACION.

Ellos comenzaban por recordar las palabras que acababan de ser dichas de lo alto de la tribuna francesa en nombre del gobierno: "La República está llena de

---

justamente punido, salir de su papel de religioso para entrometerse en la administración, en la política y en las elecciones. Si estuviese dotado de rentas decurrentes del Concordato, o con una simple gratificación debida a la generosidad del Estado, tales ventajas les serán retiradas cuando su culpabilidad fuere probada.

"Al mismo tiempo, decisiones gubernamentales, bajo forma de decretos o resoluciones, habrán abrogado una multitud de medidas tomadas en el interés de la Iglesia, relativamente a las cuales ninguna de las prescripciones del Concordato obliga al Estado.

"La Iglesia, reconducida así a la estricta observancia del Concordato que ella firmó, sin que ninguna apariencia de persecución pueda ser invocada justamente por ella, no recibiendo del Estado ninguna concesión propia a aumentar su riqueza y su influencia política, no tendrá más de que la parte muy grande y muy legitima de la autoridad que le concede la docilidad de los fieles.

"Es en esa época, es después de haber verificado los resultados de esta acción legislativa, desconocida desde 1804, que podrá ser, según pensamos, oportuno y necesario examinar si conviene pronunciar la separación entre la Iglesia y el Estado que retomó a la plenitud de su poder, con la Iglesia reducida a sus propias fuerzas y en su estricto derecho.

"Habremos cumplido nuestra tarea, si *preparamos ese futuro*.

consideración por la religión. Ningún gobierno republicano tuvo el pensamiento de contrariar la religión en lo que quiera que sea o de restringir el ejercicio del culto. Nosotros no queremos, y el partido republicano por entero no quiere ser representado como habiendo, en algún momento, pretendido invadir el terreno religioso y atentando contra la libertad de las conciencias".

A esas palabras cínicas los cardenales vinieron a oponer los hechos. Ellos comenzaban diciendo: "Lo que infelizmente es verdadero, es que después de doce años, *el gobierno de la República es cosa diversa de una personificación del poder público: él ha sido la personificación de una doctrina, digamos de un programa, en oposición absoluta a la fe católica, y él aplica esa doctrina, realiza ese programa, de tal manera que nada hay hoy, ni personas, ni instituciones, ni intereses, que no hayan sido metódicamente agredidos, disminuidos y, tanto cuanto posible, destruidos*."

Nuestros lectores saben cuál es esa doctrina, de dónde ella viene, a qué época ella se remonta, cuáles fueron sus inventores; y también no ignoran que ella es la asociación tenebrosa que se encargó de hacer triunfar y establecer su reino sobre la ruina de todas las instituciones cristianas, con enorme perjuicio para todos los intereses legítimos.

Entrando en los detalles, la Exposición examinaba la conducta del gobierno relativamente a Dios y al culto que le es debido, relativamente al clero, a la enseñanza, a la familia. Trece años pasaron desde entonces. Cada uno de esos años vio ser promulgadas nuevas leyes y nuevos decretos que indican, todos, la misma tendencia: la voluntad de liquidar el catolicismo en Francia.

Fue lo que el Papa León XIII observó algunos días después de la Declaración de los cardenales: "¿Cómo no seríamos tomados de un vivo dolor, en el momento presente, considerando a fondo el alcance de la vasta conspiración que ciertos hombres formaron para aniquilar en Francia el cristianismo, y la animosidad que colocan para alcanzar la realización de sus designios, calcando a los pies las más elementales nociones de libertad y de justicia en lo que dice respecto al sentimiento de la mayoría de la nación, y de respeto relativamente a los derechos inalienables de la Iglesia Católica?... ¡Pobre Francia! Sólo Dios puede medir el abismo de los males en que ella se hundiría, si esa legislación, lejos de mejorar, se obstinase en un

tal desvío que acabaría por arrancar del espíritu y del corazón de los franceses la religión que lo hizo tan grades"[1].

Sería necesario un volumen para recordar todos los actos legislativos, todos los decretos, todas las medidas adoptadas durante el último cuarto de siglo para apagar el catolicismo en Francia. Porque es a eso que la secta tiene en vista: ella siempre considera a Francia como siendo el punto de apoyo terrestre de la Iglesia, edificado sobre Pedro por Nuestro Señor Jesucristo. Ella querría hacerla desaparecer de en medio de las naciones. Nos elaboramos un resumen sumario de la persecución, en la *Semaine Religieuse* de la diócesis de Cambrai, por ocasión de la penúltima elección legislativa. Inútil reproducirlo aquí; los hechos aún están en la memoria y bajo los ojos de todos[2].

Pero lo que importa verificar, es que todas esas medidas de persecución fueron impuestas por la Francmasonería.

"Se puede afirmar sin ser temerario — decía en septiembre de 1893 un diario que tenía la fama de reflejar las ideas preponderantes del seno del Gran Oriente, *Le Matin* — que la mayor parte de las leyes bajo cuyo yugo están los franceses, — hablamos de las grandes leyes políticas — fueron estudiadas por la Francmasonería antes de aparecer en el *Diário Oficial*". Y acrecentaba: "Las leyes sobre la enseñanza primaria, las leyes militares, y entre otras la ley sobre la obligación del servicio para los seminaristas, volaron de la calle Cadet para el Palacio Bourbon; ellas para allá volvieron *inviolables y definitivas*". Y como conclusión, este grito de triunfo: "Somos aun todopoderosos, pero bajo la condición de sintetizar nuestras aspiraciones en una formula. Durante diez años, marchamos repitiendo: "¡El clericalismo es el enemigo!" tenemos escuelas legas por todas partes, los sacerdotes son reducidos al silencio, los seminaristas cargan la mochila escolar. Esto no es un resultado común en una nación que se intitula de hija primogénita de la Iglesia"[3].

---

[1] Encíclica *Inter sollicitudines*.

[2] Los que gustarían de tener en manos el cuadro de los actos legislativos de persecución, promulgados en los últimos veinticinco años, podrían recurrir a vatios trabajos: *La persécution depuis quinze ans*, por un patriota (Maison de la Bonne Presse). *Ving-cinq ans de gouvernement sans Dieu*, por Paul Grèveau (París, comisión antimasónica). *Les actes du ministère Waldeck-Rousseau* (Paris, Louis Tremaux) *La guerre à la religión*. *Exposé des projets de loi antireligieux, soumis aux Chambres françaises*, por C. Groussau (Sociedade Geral de Livraria Católica). *La persécution depuis vingt ans*, por Jean Lefaure (Paris, rue Bayart, 5). Y sobre todo el libro publicado por Louis Hosotte, *Histoire de la Troisième République*, 1870-1910, in-8° de 835 páginas, París, Librería de los Santos Padres.

[3] Artículo del *Le Matin* citado en "La Franc-Maçonnerie Démasquée" septiembre de 1893, páginas 322-325.

Encontramos en el *Bulletin du Grand-Orient* la prueba de lo que dice *Le Matin*.

En 1891, el 18 de septiembre, la Convención votó la siguiente proposición: "La Convención masónica convida al Consejo de la Orden a convocar a la sede del Gran-Oriente, a *todos los miembros del Parlamento que pertenecen a la Orden*, a fin de comunicarles los deseos expresados por la generalidad de los masones, así como la orientación política de la Federación. Después de cada una de esas reuniones, el Boletín publicará la lista de los que acogieren la convocación del Consejo de la Orden, la de los que se excusaron, la de los no respondieron al convite. Esas comunicaciones oficiales del Gran-Oriente, así como el intercambio de ideas que las seguirán, deberán ser hechas en uno de nuestros templos, bajo la forma masónica, en el grado de aprendiz, el Consejo de la Orden dirigiendo los trabajos, los convidados manteniéndose en las columnas"[1].

En la asamblea de 1894 fue adoptada la siguiente deliberación, publicada en el *Recueil Maçonnique*, página 308:

"Todo profano admitido a recibir la luz deberá antes hacer el siguiente compromiso:

"— Prometo, por mi honra, cualquiera que sea la posición política u otra a la cual me sea dado un día llegar, responder a toda convocación que me pueda ser dirigida, y a defender, por todos los medios en mi poder, todas las soluciones dadas por ella a las cuestiones políticas y sociales.

"Tal compromiso, después de la concesión de la luz, deberá ser consignado en acta, transcrito por entero, por el neófito, con una pluma destinada a ese fin, y por él firmada con claridad después de ser datada. Ese compromiso escrito será transmitido a los ciudadanos del V∴ de Ass∴ al Consejo de la Orden, que hará la clasificación alfabética en sus archivos".

Varias veces los diarios hicieron el levantamiento de los ministros que inmolaron su libre albedrío a los pies del Gran-Oriente. En todos los Gabinetes, ellos siempre formaron, de veinte años para acá, la gran mayoría. Así, el I∴ Colfavra pudo decir con toda verdad: "Fue de nuestras filas que salieron los hombres más considerables del gobierno de la República y del partido republicano"[2].

[1] Bulletin du Grand-Orient, 1891, página 668.

[2] *Congrès International du Centenaire*, Relatorio, página 98.

Nada más verdadero de que las palabras de monseñor Gouthe-Soulard: "No vivimos en República, sino en Francmasonería"; o la de Gadaud, entonces Ministro de los Trabajos Públicos: "La Francmasonería es la República cerrada, la República, es la Francmasonería abierta"; o aquella de Massé: "El día en la República fue la masonería al descubierto, de las misma forma como desde hace mucho tiempo ya la masonería no es sino la República escondida…[1]"

Un hombre que fue uno de los principales actores en la política de aquella ápoca, Marcère, publicó cuatro volúmenes bajo este título: LA ASAMBLEA NACIONAL DE 1871. En el momento en que participaba de los acontecimientos que él narra — como presidente de la centro-izquierda, después como ministro en el Gabinete Dufaure, habiendo conservado su Pasta en el Gabinete Wadington, que se siguió a la caída del mariscal — no sospechaba la existencia del poder misterioso que ataba las mallas de la red en la cual Francia está presa hoy. El lo confiesa con una admirable buena fe:

"En el estado de cosas creado en 1871, no se distinguían todavía las causas profundas del mal, hoy llegado al estado agudo, que la Francia sufría… nadie, incluso entre los conservadores más anti-revolucionarios, tenía la idea de los designios formados por los sectarios de la Revolución. Nadie podía imaginar que por el concurso, largamente inconsciente, de la izquierda republicana, y por el trabajo inicialmente secreto, tenebroso de las sectas judías y masónicas, trabajo, poco a poco declarado, profesado, después hecho oficial, se llegaría a este extraordinario acontecimiento: la descristianización de Francia y el triunfo de la masonería… Jamás Francia había dejado ese partido establecerse si los moderados, hoy excomulgados, no tuviesen su garantía delante el país… La Francmasonería tiene por objeto el aniquilamiento del cristianismo y sobre todo de la Iglesia Católica, ella persigue el designio satánico denunciado por J. de Maistre, desde la época de la Revolución".

[1] Convención General, Sesión del 29 de septiembre de 1903.

CAPÍTULO XXII

LA SEPARACION ENTRE LA IGLESIA Y EL ESTADO

El principal órgano del calvinismo, el *Journal de Genève*, por ocasión de la convención del Gran Oriente de Francia en 1906, confirmaba en estos términos lo que fue dicho encima sobre la voluntad de la secta en aniquilar el cristianismo en Francia: "La Francmasonería está concentrada en este momento en París, donde cuatrocientos delegados de las diversas logias del país deliberan. Es un acontecimiento de gran importancia. No es preciso esconder, en efecto, que la Francmasonería tiene en sus manos los destinos del país. Si bien que no cuente sino con veinte y seis mil adherentes, ella dirige a su voluntad la política francesa. Todas las leyes de que el catolicismo se lamenta tan amargamente fueron inicialmente elaboradas en sus convenciones. Ella las impuso al gobierno y a las Cámaras. Ella dictará todas las medidas destinadas a asegurarles la aplicación. Nadie duda de eso, y ninguna persona, ni incluso las más independientes, osaría contrariar de frente su voluntad soberana. Aquel que se permite apenas desconocerla sería luego destruido. Desde que Roma daba órdenes a los reyes y a los príncipes jamás se vio semejante poder.

"La voluntad de la Francmasonería, nadie más lo ignora, es destruir el catolicismo en Francia. Ella no tendrá interrupción ni descanso en cuanto no lo tuviere puesto abajo. Todos sus esfuerzos tienden únicamente para esa finalidad".

La Revolución ya se diera por misión realizar ese designio.

Ella creyó alcanzarlo con la constitución civil del clero. A través de ella, separó la Iglesia de Francia de Roma y bien sabía que, abandonada a sí misma, la Iglesia de Francia no podría subsistir mucho tiempo. El artículo IV del Título I de la Constitución rezaba: Se prohíbe a toda iglesia o parroquia de Francia y a todo ciudadano francés reconocer, en cualquier caso y bajo cualquier pretexto, la autoridad de un obispo ordinario o metropolitano, cuya sede estuviese establecida bajo el dominio de una potencia extranjera, ni la de sus delegados residentes en Francia o en otra parte".

El artículo 19 del Título II decía: "El nuevo obispo (electo por un colegio electoral lego) no podrá dirigirse al Papa para obtener ninguna confirmación; pero él le escribirá como al jefe visible de la Iglesia universal, en testimonio de la unidad de fe y de comunión que debe mantener con él".

Era el cisma, no solamente organizado, sino ordenado, puesto que, de un lado era prohibido a toda la iglesia y a todo ciudadano francés reconocer, en cualquier caso, la autoridad de un obispo extranjero en Francia, y, de otro lado, era igualmente prohibido a los obispos nominados en virtud de la nueva constitución, dirigirse al Papa para obtener alguna confirmación". Pensaban con razón que, privados de la savia de vida espiritual cuya fuente Jesucristo colocó en el Vaticano, la Iglesia de Francia no tardaría en morir de inanición.

Sabemos que el clero y los fieles, por la efusión de su sangre, obtuvieron que las relaciones entre la Iglesia de Francia y su Jefe fuesen restablecidas de conformidad con la institución de Nuestro Señor Jesucristo.

Lo que fue intentado a finales del primer período de la acción masónica fue intentado nuevamente a finales del segundo período. La ley de separación entre la Iglesia y el Estado fue elaborada para retomar la obra de la Constitución civil del clero, y, como ésta, con la misma finalidad, organizar el cisma. La secta experimenta la misma resistencia y tendrá el mismo fracaso. Cuatro leyes fueron sucesivamente forjadas para sorprender, por la astucia, el consentimiento del clero cuanto a la entrada en una vía obscura que quería llegar al cisma, y se anuncia una quinta, pero el Vigía tenía el ojo abierto y la tripulación era dócil a sus palabras de orden.

Así como el caso Ferrer, la preparación, la confección y la aplicación de la ley de separación muestra a toda luz la manera de actuar de la Francmasonería, y nos dicen como ella sabe imponer sus voluntades a los poderes públicos. Por esa razón debemos considerar esto ahora

Ya en 1868, por consiguiente bajo el Imperio, Jules Simon, al exponer el programa de los "republicanos", prometía la laceración del Concordato y la separación entre la Iglesia y el Estado.

Jules Simon era apenas el porta voz de la secta anticristiana. Hacía más de medio siglo que ese programa era uno de los capítulos del plan trazado por la masonería para la guerra contra la civilización cristiana, y se ejecutaría sin interrupción desde entonces.

Los artículos orgánicos habían comenzado a colocar al clero, al culto e incluso a la enseñanza doctrinaria bajo la dependencia del Estado.

La indemnización concordataria se transformó en un salario después que los ministros protestantes, primeramente, después los rabinos judíos, fueron inscritos en el presupuesto al mismo título que los sacerdotes católicos.

Estos fueron, desde entonces, considerados como funcionarios, como tales presentados al público y como tales tratados.

Las iglesias y las catedrales fueron poco a poco subordinadas a los departamentos y a las prefecturas. No fue posible construir nuevas, incluso con ofrendas de los fieles, sin hacer donación de ellas al poder civil, bajo pena de no poder liberarlas para el culto, a fin de que, así que viniese la hora de la separación, ellas pudiesen ser arrebatadas a los católicos. De la misma forma, a pesar de una clausula expresa del Concordato, no fue más permitido a la Iglesia de Francia adquirir tierras y otros inmuebles, todos sus recursos tuvieron que ser convertidos en rentas para el Estado, a fin de que este no tuviese que cerrar la mano que los retenía, cuando viniese la hora de la separación.

¿Podemos, en la presencia de esos designios de largo plazo, cuya realización es buscada de una manera continua, negar la existencia de un agente que los concibe, que los ejecuta o hace ejecutar las diversas partes según las facilidades que presentan los tiempos y las circunstancias? La multitud infinita de los hombres que, en las diversas ramas de la administración e incluso en las altas funciones del poder prestó concurso a ese misterioso agente no sabía, en su mayoría, para quien trabajaba. El poder oculto que los sugestionaba, que los hacía actuar, sabía lo que quería, y para donde tendía su perseverante acción.

En 1871, Pradier, republicano católico, presentó un proyecto de ley de separación. No queremos decir que con eso él se haya hecho servidor directo y consciente de la Francmasonería; estamos convencidos de lo contrario; pero por la abertura concedida en su espíritu a las ideas que la Francmasonería propaga, él se encontró, como tantos otros, preparado para hacer su obra, mismo que la ignorase o la detestase.

En el momento en que los republicanos percibieron tener la mayoría en la Cámara, la cuestión fue levantada en cada discusión del presupuesto de los cultos. En la convención de 1899, en el día 23 de septiembre el I∴ Prêt dio la razón de esa

táctica en estos términos: "Cuando hubiésemos obtenido la separación entre la Iglesia y el Estado, que pedimos hace tanto tiempo con todo nuestro empeño — porque bien os dais cuenta que su obtención será debida a vuestra influencia — si se nos preguntase entonces cómo hicimos para obtenerla, responderemos: *proponiéndola y haciéndola proponer siempre*"[1].

Recordada así de año en año, la proposición parecía cada vez menos extraña y menos irrealizable.

Paul Bert comenzó esa táctica en 1873. "La hora llegará, decía él, tengamos paciencia, esperemos que las leyes sobre la enseñanza hayan producido su efecto, esperemos que la educación de las mujeres sea liberada de las creencias religiosas, y en ese intertanto, presionemos a favor de la ruptura con la Iglesia a través de una serie de medidas que gradualmente la enflaquecerán".

Diez años después él anunció que era llegada la hora de comenzar a llevar a la Iglesia de Francia a la estricta observancia del Concordato (léase *Artículos Orgánicos*) y de, por ahí, llegar a la supresión de todos los privilegios concedidos a los eclesiásticos y a la Iglesia[2].

"Después de haber verificado los resultados de esa acción legislativa desconocida desde 1804, acrecentó Paul Bert, es que podrá ser, según pensamos, oportuno y necesario examinar si conviene pronunciar la separación entre la Iglesia y el Estado, que retornará a la plenitud de su poder, y la Iglesia, reducida a sus propias fuerzas y a su estricto derecho".

En 1900, la convención del Gran Oriente fue invadida por un conjunto de proposiciones y de mociones que emanaron de diversos congresos y escritorios masónicos, notoriamente del Congreso de las logias de la región parisiense y de las Logias del Sudoeste; de las logias de Gap; *L.·. de los Amigos de los Altos Alpes*; de Boulogne-sur-Mer; *Logia La Amistad*; de Melun: *L.·. de los Hijos de Hiram*; de Somières: *L.·. de la Marcha para Adelante*; de Toulon: *L.·. La Reunión*; de Ribérac: *L.·. La Colmena de los Patriotas*; de Caen: *L.·. Themis*; de Oran: *L.·. La Unión Africana*, etc. Después de tomar conocimiento de esas mociones, la convención formuló así su resolución:

[1] Informe, p. 266.

[2] Emile Olivier tradujo así el programa de acción trazado por Paul Bert: "Mantener la Iglesia atada al pilar del templo, a fin de que ella no tenga el campo libre, y fustigarla a voluntad, hasta que, agotada, humillada, ella pueda ser muerta sin peligro".

"Considerando que si la abolición del Concordato, la separación entre la Iglesia y el Estado, la supresión del presupuesto de los cultos, la retirada de la embajada francesa en el Vaticano y el retorno de los bienes inalienables constan de numerosas y de las más formales reivindicaciones del partido republicano, conviene, entre tanto, en la expectativa del triunfo de esas reivindicaciones, buscar *resoluciones de espera inmediatamente realizables*". Sigue una larga serie de promesas que responden a ese deseo[1].

En febrero de 1904, Keller, en su *Correspondance Hebdomadaire*, cuenta que, en el curso de esa preparación, Loubet, que todavía no era Presidente de la República, caminando en el Senado, en la Galería de los Bustos, dice en una conversación: "Yo también soy partidario de la separación, pero sólo votaré por ella después de haber terminado de poner las riendas en la Iglesia y de desarmar a los curas".

Para eso se trabajó a través de leyes, de decretos, de medidas diversas, sabiamente espaciadas.

Entre tanto, la atención de los católicos relativamente a lo que se hacía se volvía cada día más inquieta.

El Presidente Carnot, fuese por iniciativa propia o por sugestión masónica, juzgó, con el objetivo de adormecer a la opinión pública y la vigilancia pontificia, deber escribir una carta autografiada a León XIII, prometiendo la sincera observancia del Concordato y el respeto a los tratados que levantan la asignatura de Francia.

Era apenas una táctica, una estratagema. Aprovechando la confianza que esas palabras inspiraban, la secta hacia sus últimos preparativos.

Después de medio siglo de estudios y de disposiciones ella juzgó ser finalmente llegada la hora de pasar a la acción. Ella no osó sin embargo hablar aun abiertamente, presentar en términos propios una ley de confiscación y separación. Waldeck-Rousseau fue encargado de hacer votar y promulgar una ley sobre las asociaciones en general: no sería difícil, después, declarar que las diócesis y las parroquias constituían asociaciones religiosas y de hacerlas pasar para el régimen de las otras asociaciones de la misma naturaleza.

[1] Convención de 1900. Sesión del 8 de septiembre. Informe, p. 313.

¿Se proponía Waldeck-Rousseau verdaderamente a no aplicar sino con moderación a las congregaciones la ley que él acababa de obtener y de mantenerse así? El hecho es que, una vez votada la ley, él fue derrumbado y substituido por Combes.

Conocemos con qué rigor él aplicó la ley sobre las asociaciones y las hecatombes que él produjo y de las cuales se vanaglorió. Pero no juzgó suficiente esta arma contra la Iglesia. El 21 de marzo de 1903, en la Cámara, y el 14 de enero de 1904, en el Senado, él habló de una ley expresa sobre la separación. "Siempre fui, dice él, partidario de la separación entre la Iglesia y el Estado". Después agregó: "Pero cuando asumí el poder, juzgué que la opinión pública no estaba suficientemente preparada para esa reforma; juzgué necesario inducirla a eso".

Poco tiempo después, él publicó, bajo el título de *Une deuxième champagne: vers la Séparation*, estas líneas: "Las congregaciones fueron disueltas, sus casas cerradas. En el día siguiente al de esa operación, la más profunda paz reinaba por todas partes, incluso en las localidades que hace más tiempo habían sido abandonadas a las intrigas de los conventos. El silencio cayó, aquí como allá, sobre las congregaciones tan agitadas en la víspera. En el momento presente el olvido engulló hasta incluso sus nombres.

"Se pasará de la misma manera con las consecuencias sociales de la separación entre la Iglesia y el Estado".

Estas palabras muestran que su opinión estaba tomada y que él creía poder ir adelante.

Y el I∴ Combes responde el 15 de septiembre: "Me aplicaré con todas las fuerzas en trabajar tan prontamente que se podrán hacer las reformas democráticas indicadas en la correspondencia recibida".

Entre tanto, para una medida tan grave era bueno aprovecharse de la opinión pública y hacerla creer que los errores estaban del lado del adversario.

Conocemos los odiosos medios que fueron adoptados.

Un historiador, que de modo ninguno está dispuesto a ver la intervención divina en los acontecimientos humanos, caracterizó así la misión de la Francia en el mundo:

"Con la conversión de Clovis la nación de los francos y de la Galia se volvió el centro del catolicismo, y, por eso, de la civilización". ¿Cómo ocurrió eso? El Papa Esteban lo dijo: por el papel que Francia aceptó desde sus orígenes, de ser la defensora de la Santa Sede. En una carta escrita a Pepino, él así hace hablar al apóstol San Pedro: "Según la promesa recibida de Nuestro Señor y Redentor, distingo al pueblo de los francos de entre todas las naciones. Prestasteis a los romanos (a los Papas) el apoyo de vuestras fuerzas, a fin de que yo, Pedro, os cubra con mi protección en este y en el otro mundo".

Francia era todavía fiel a esa misión en el siglo XIX; ella restableció a Pío IX en el trono y montaba guarda junto de él. La secta anticristiana sufría eso con temblor. El exigió de Napoleón que retirase de Roma la bandera francesa, a fin de que el Piamonte pudiese entrar. Europa no consintió completamente con ese crimen, manteniendo a sus embajadores junto al Papa y conservando así su posición entre los soberanos. De su parte, los Papas Pío IX, León XIII y Pío X no cesaron de protestar, y, con eso, de impedir que la prescripción pudiese suceder. Los Papas mantuvieron así el derecho por entero.

Los jefes de Estado católicos se impusieron como ley de no visitar, en Roma, al rey de Italia, a fin de no parecer, a los ojos de los pueblos, reconociendo la soberanía que los príncipes de Saboya se atribuían ilegítimamente. Los soberanos de Austria, España, Portugal, Saxe, Baviera, Bélgica, con ese objetivo, se prohibieron incluso las visitas de familia a Roma sin carácter político, a din de no colocarse en la obligación moral de saludar al usurpador. Los emperadores y los reyes de las naciones cismáticas, cuando iban a Roma, manifestaban la misma voluntad de salvaguardar, ellos también, los derechos de la Santa Sede. Debiendo ser admitidos a presentar sus homenajes al Papa, ellos recurrieron a esta combinación: fijaron domicilio en las embajadas de ellos, que hacían parte del territorio de sus naciones, y de ahí iban al Vaticano, frecuentemente en vehículos que habían hecho venir directamente de sus países, haciendo así al Papa-Rey una visita en la cual profesaban ignorar la presencia del usurpador en Roma.

La secta soportaba eso impacientemente. Ella resolvió ponerle fin a eso y se sirvió para ello del Presidente de la República francesa. Ella encontró en eso tres ventajas: hacer con que Francia repudiase su papel providencial; que el Papado perdiese el último vestigio de su soberanía, y que la República tuviese un pretexto para su ley de separación. Porque ella pensaba con razón que el Papa no dejaría

pasar una tal injuria sin protestar, y ella se armaría con esa protesta para motivar una estrepitosa separación.

El escenario fue armado punto por punto. El viaje de Loubet fue anunciado a la Cámara, a la cual le fueron solicitados los créditos necesarios. Estos fueron concedidos. Los aliados dejaron al conde Boni de Castellane, en la Cámara, y a Dominique Delahaye, en el Senado, la honra de defender el derecho pontificio y la honra de Francia; y, lo que es aun más deplorable, dos sacerdotes diputados, uno, Gayraud, se abstuvo de votar, otro, Lemire, dio a Loubet, por su voto, los medios de realizar su perversidad.

El 23 de abril de 1904 Loubet dejó París para ir a Roma, llegando al día siguiente a la noche. El se comportó como un humilde servidor de la masonería internacional.

El Soberano Pontífice escribió secretamente al gobierno de la República una protesta contra la "grave ofensa" hecha por el jefe de Estado a los derechos de la Santa Sede. Esa protesta fue comunicada a los otros gobiernos, a fin de que el hecho consumado no pudiese convertirse en ley. Un semi-judío, el príncipe de Mónaco, liberó la protesta para ser publicada en un diario.

Combes pretendió que esa publicación era un acto de la Santa Sede e hizo pedir explicaciones a través del embajador. El Secretario de Estado reclamó que la cuestión fuese puesta por escrito. En lugar de rendirse a un deseo tan legítimo y prudente, el embajador hizo saber que él había recibido la orden de salir de vacaciones. Después Combres exigió el retiro de dos cartas a través de las cuales los obispos de Laval y de Dijon eran llamados a Roma para justificarse de las acusaciones hechas contra ellos. El retiro de esas cartas implicaba en la abdicación de toda la autoridad pontificia sobre los obispos de Francia. Con el rechazo de la Santa Sede, las relaciones diplomáticas fueron definitivamente rotas.

Estando todo así preparado, en el primer día de febrero de 1905 fue discutida en la Cámara una interpelación de Morlot. Ella fue cerrada por esta orden del día: "Verificando la Cámara que la actitud del Vaticano hizo inevitable la separación entre la Iglesia y el Estado, y contando con el apoyo del gobierno para cerrar la votación inmediatamente después del presupuesto, pasa a la orden del día".

Doce años antes, en la convención de septiembre de 1892, el F∴ Doumer, presidente, propuso e hizo aceptar una proposición de la L∴ La Emancipación, O∴ de

París, así concebida: "Todo F∴ investido de un mandato electivo tiene la obligación de votar toda proposición que asegure en corto tiempo la separación entre las iglesias y el Estado, bajo pena de delito masónico. Un voto contrario emitido por ese F∴ importará en su inmediata acusación. Un segundo voto contrario será considerado como delito de primera clase" (informe analítico).

Cuando el proyecto de ley fue presentado a la Cámara, los aliados, retomando el papel de entorpecedores que tantas veces habían representado, gritaban todos a una voz: ¡Eso no sucederá! Y cuando eso sucediere no habrá nada de que lamentarse, porque la Iglesia de Francia recobrará, con eso, la plenitud de su libertad.

La Cámara comenzó la discusión en el mes de marzo de 1905.

Una cuestión preliminar se imponía: ¿el parlamento tiene el derecho de votar una ley que dice respecto a tantos intereses sin consultar al país? Se abstuvieron de discutir esa cuestión. El marqués de Rosambo emitió la opinión de que el grupo de oposición católica debía oponerse a cooperar en lo que quiera que fuese con esa ley y a discutir las condiciones de nuestra expoliación y de nuestra sumisión. Mejor le parecía que dejasen la sala de sesiones, notificando a Francia las razones de esa actitud, y de no retornar sino cuando el trabajo de las logias hubiese terminado. La opinión era prudente. Pero nosotros no estamos más en el tiempo de las resoluciones francas.

En los primeros días de abril, fue votada la inclusión en votación de los artículos por 358 contra 317 votos, y al mismo tiempo el régimen de urgencia, que dispensaba una segunda deliberación, garantía inscrita en la ley. La logia dijo: Hacedlo rápidamente.

Berthouliet requirió que antes del voto definitivo se aprovechase la sesión de los consejos municipales y generales para informarse sobre el estado de la opinión pública a respecto de esa cuestión. Esa moción fue repelida.

Entre tanto, sobrevino, en el curso de la discusión, la cuestión de la delación, que hundió a Combes. El es substituido por Rouvier. Cuando Combes introducía la cuestión de la separación en el Consejo de Ministros, Rouvier, pronunció contra ese proyecto un discurso vehemente, terminado con esta frase: "Si hiciereis la separación, yo os entrego mi Ministerio; podréis tomarlo".

La masonería ordena, Rouvier obedece. La discusión continuó y, antes de separarse, a fines de abril, la Cámara votó el famoso artículo 4°. El punto culminante de la ley, aquello que ella quería conseguir por encima de todo, era la institución de las asociaciones de culto según los siete artículos del título IV. Los consejos parroquiales, en el momento de disolverse, deberían transmitir a esas asociaciones los bienes que administraban. La gran objeción fue que esas asociaciones, tales como la ley las quería, no conocían la jerarquía católica, ni eran de ella conocidas. Lo que se pretendía era crear otras tantas iglesitas cismáticas cuantas parroquias había en Francia. Las intenciones, los fines perseguidos por la secta estaban muy claramente desvendados. Se comprende que ocurriría una resistencia no menor de que aquella que fue producida por la constitución civil del clero. Era preciso disfrazar esas finalidades sin abandonarlas. Se juzgó alcanzar ese objetivo a través de una enmienda introducida en el artículo 4°, título II.

He aquí el artículo. El itálico marca la modificación introducida en el proyecto presentado por el Gobierno y por la Comisión:

"En el plazo de un año, a partir de la promulgación de la presente ley, los bienes muebles e inmuebles de las Mesas, Consejos parroquiales, Presbiterios, Consistorios y otros establecimientos públicos del culto, serán, con todos los impuestos y obligaciones que los gravan, transferidos a los mismo títulos por los representantes legales de esos establecimientos a las asociaciones que, *conformándose a las reglas de organización general del culto cuyo ejercicio ellas se proponen garantizar*, fueren legalmente formadas según la prescripción del artículo 17, para el ejercicio del culto, en las antiguas circunscripciones de los dichos establecimientos"

Así enmendado, el artículo 4° fue aprobado por 509 votos contra 44. Vemos, por esos números, que ese artículo fue aceptado por el centro y por una parte de la derecha. En la prensa católica fue acogido con una significativa satisfacción que, entre algunos, llegó casi al entusiasmo, tanto el espíritu de conciliación está arraigado en los espíritus de hoy. No obstante, fuera requerido a la Cámara que la jerarquía, es decir, los Obispos y el Papa debiesen pronunciarse sobre la cualidad de las asociaciones que reclamarían los bienes de las parroquias y de las diócesis. Comisión y gobierno se habían recusado y propusieron esta fórmula ininteligible: "Reglas de organización general del culto", que no comprometían nada, cuyo sentido podría ser restringido a voluntad. Y además, ¿quién se debería pronunciar sobre la conformidad o la no conformidad con las reglas de organización? ¿Serían

los Obispos? De modo ninguno; pero los tribunales, en los cuales tienen asiento judíos y protestantes, francmasones y librepensadores, tenían interés en desorganizar el Estado católico. "Pretendo, escribía Jaurès en su diario, que el artículo 4°, tal como lo votamos, sea delante de los tribunales civiles, para los sacerdotes republicanos y las asociaciones de culto solidarias con ellos, un excelente medio de defensa. Este protege contra la política arbitraria de los obispos".

El conjunto de la ley fue votado el día e de julio por 341 votos contra 223. Es bueno señalar que los 341 diputados de la mayoría habían sido elegidos por 2.980.340 de entre 11.219.340 electores. Representaban, por tanto, la cuarta parte de la soberanía nacional, si dejamos fuera de ella a las mujeres y los jóvenes.

De la Cámara, el proyecto pasó al Senado. "Es necesario, exclamó el senador Philippe Berger, que él sea votado tal como está". Y Clemenceau, después de haber demostrado las incoherencias que la ley contenía: "Sin embargo, votaré a favor porque estoy preso a un entorno del cual me es imposible librarme, puesto que soy prisionero de mi partido".

A partir de mediados de julio la Comisión senatorial adoptó, por 11 votos contra 2, el proyecto votado por la Cámara, sin cambiar una "j". Cualquier codificación, por leve que fuese, habría prolongado la discusión. Briand, relator de la Comisión, no temió dar, en su diario, el *Humanité*, el motivo de esa precipitación: "La Iglesia actual es una ciudadela adormecida, sus murallas están desguarnecidas de cañones; sus arsenales están vacíos, sus ejércitos dispersos, sus jefes entorpecidos. Si supiéramos aprovecharnos de eso, caeremos de repente sobre esa ciudadela sin defensa y la tomaremos sin combate, así como los soldados de Mahoma tomaron Bizancio".

Maxime Lecomte presentó su informe a la Comisión senatorial en los últimos días de octubre. En el informe él realizaba todos los proyectos de modificación del texto votado por la Cámara, "porque, decía, no hay un instante a perder".

El Senado inició las deliberaciones en el día lunes 9 de noviembre. El también votó el régimen de urgencia. Y, mientras tanto, el *Journal des Débats* observaba: "La separación es incontestablemente la reforma más grave que se votó y discutió desde hace un siglo hasta hoy".

En el día 6 de diciembre el Senado terminaba su obra.

Quince días antes, Veber, diputado, presidia en Pantin un banquete en homenaje a la separación. En esa oportunidad, Ferdinand Buisson tomó la palabra: "La separación, dijo, requiere tres nuevos compromisos: 1° el compromiso legal: la legislación deberá, en corto espacio de tiempo, corregir la ley[1]; 2° el compromiso moral: debemos hacer entrar el espíritu de la ley en la familia, separarla a ella también de la Iglesia; 3° el compromiso social: la separación sería inútil si no se hiciese un instrumento de emancipación del dogma, a fin de apresurar la conquista de la felicidad terrena a través de la justicia social y de la fraternidad humana".

En otros términos, la separación entre la Iglesia y el Estado es una gran victoria obtenida en la lucha entre las dos civilizaciones. Pero para que la victoria sea completa, es necesario que ella sea buscada en el terreno político, en el terreno familiar y en el terreno social. También el *Action* exclamó: "El voto del parlamento francés marca una *fecha histórica* de la HUMANIDAD. La hija primogénita de la Iglesia se convirtió en la madre gloriosa de la Libre Humanidad".

Jaurès, lanzando una mirada sobre el conjunto de los debates que acababan de acontecer en la Cámara y en el Senado, sobre cuestión de tal importancia, hacía en su diario esta observación, que no nos honra:

"¿Nuestros adversarios opusieron doctrina a doctrina, ideal a ideal? ¿Tuvieron el coraje de levantar contra el pensamiento de la Revolución el pensamiento integro católico, de reclamar para el Dios de la revelación cristiana el derecho no solamente de inspirar y de guiar la sociedad espiritual, sino de modelar la sociedad civil? No, ellos se esquivaron, ellos se enredaron en los detalles de la organización. Ellos no afirmaron con claridad el propio principio que es como que el alma de la Iglesia".

¡Pobres de nosotros! aquellos de entre nuestros representantes que hubiesen sido del porte — si se encontrase alguno — para desempeñar ese papel, no habrían sido sustentados desde fuera. Las palabras de Jaurès, reproducidas arriba, no carecían de fundamento. Estábamos desorganizados. ¿Qué digo? Nuestros adversarios tenían la voluntad del mal, nosotros perdimos la voluntad del bien. Los únicos que se agitaban eran los conciliadores. Durante toda la discusión de la ley, cada

[1] Se lee en el informe oficial de la Convención de 1905: "La Convención externa el deseo de que la ley imperfecta, pero mejorable, sobre la separación entre las Iglesias y el Estado, ya votada por la Cámara de los Diputados, sea lo más rápidamente posible adoptada por el Senado y promulgada antes de las elecciones generales, *pero que ella sea en seguida enmendada por el Parlamento republicano en un sentido más nítidamente laico*". (Informe, p. 402).

domingo, en un cierto atelier del callejón Ronsis, Desjardins reunía una quincena de personas, entre ellas a Buisson, presidente de la Comisión parlamentaria, abades, pastores protestantes y los judíos Joseph y Salomon Reinach. Buisson se informaba ahí sobre los sacrificios en que la Iglesia podría consentir y sobre las disposiciones inaceptables para Ella. Fue tal vez ahí que se llegó a un acuerdo sobre la enmienda del artículo 4°.

Los abades que comparecían no estaban en el último lugar en la masa de los demócratas cristianos, de los sillonistas, de los modernistas que sueñan con un orden de cosas nuevo para la Iglesia y para el mundo. Esa masa enflaquece la Iglesia de Francia. Así, después de algunos gemidos, ella anunciaba el deseo de sacar partido del nuevo régimen: "Hay diarios católicos, decía el abad Lemire al director del *Croix du Cantal*, que dicen que la nueva ley es una ley cismática. No es nada de eso". Ellos hablaban como el redactor de la *Tribune de Genève*, diario protestante, que decía: "Los católicos fundarán asociaciones del culto. Ellos no antipatizan en vivir bajo otro régimen que no sea el del Concordato… Ellos ahí encontrarán ventajas… e inconvenientes. La separación es un expediente político; no es una cuestión religiosa. Creo que los católicos sacarán de ahí una fuerza mayor del punto de vista de la fe".

Nada de espantar si, en esas condiciones, el *Bulletin de la Semaine* viniese a dar la siguiente palabra de orden: "Sobre todo conviene preparar, sin demora, un modelo *único uniforme*, de esas asociaciones de culto que deben ser establecidas en todo el territorio y de llegar a un acuerdo sobre los principios que deben constituirlas".

Diarios enviados gratuitamente al clero fueron luego creados para comprometerlo en ese camino y comenzar la aplicación de la ley. Se supo más tarde que los directores de esos diarios habían recibido, para crearlos y expandirlos, una parte de los fondos secretos por las menos de Clemenceau.

A su vez, los sectarios decían bien alto que ellos no permanecerían ahí. "Es apenas una etapa", decía Bepmale, diputado de Saint-Gaudens, la ley votada es apenas una transición. Y en el congreso radical que se realizó en aquella época, Pelletan y todos los oradores tuvieron la preocupación de comunicar que "la ley apresuradamente concluida era apenas una ley provisoria".

Sabemos como el Sumo Pontífice redujo a la nada las esperanzas de unos y otros.

En el mismo acto, Pío X trabó los proyectos de la Francmasonería internacional. Esta acababa de colocar, a través del juego de las asociaciones de culto, el principio de la disolución de la Iglesia en Francia. Ella prometió realizar, según el mismo modelo, la misma operación en los otros pueblos. Así, cuando Clemanceau, después de la primera aplicación de la ley de separación, anunció a las Cámaras que se acababa de "lanzar el primer tiro de cañón" sobre el edificio católico, el Gran Oriente de Francia, en respuesta al Gran Oriente de Italia, saludó "el día próximo en que la Roma laica proclamará la caída de la Roma papal".

Correspondencias semejantes fueron intercambiadas entre otras potencias masónicas. En América meridional, la logia *Estrella de Oriente* comunicó que convidaba a las trescientas logias de la República Argentina a celebrar, en el mismo día, con una reunión, la gran obra que la masonería francesa acababa de realizar.

La separación entre la Iglesia y el Estado y la constitución civil del clero son los dos puntos culminantes del trabajo masónico en Francia. Ellos encierran dos períodos, períodos de preparación para un nuevo estado, del cual ellos debían ser el punto de partida.

Ese estado de cosas no pudo ser concluido, él fue sofocado en sus comienzos, en la época de la Revolución, por la sumisión del clero a la Sede Apostólica y por la sumisión de los fieles a sus legítimos pastores

Hoy asistimos al mismo desenlace, gracias a las Encíclicas de Pío X, a la unión del episcopado, al desinterés del clero y al buen espíritu de los fieles.

Vamos a ver ahora las intrigas de la Francmasonería, no más solamente en el teatro restricto de Francia, sino sobre el de Europa y del mundo.

INDICE DE MATERIAS

I

ESTADO DE LA CUESTION